

# Heteridad 4

Revista de psicoanálisis



*El psicoanálisis  
y  
sus interpretaciones*  
I

Internacional de los Foros y  
Escuela de Psicoanálisis  
del Campo Lacaniano

# Heteridad

## 4

Revista de psicoanálisis

### El psicoanálisis y sus interpretaciones

#### I

Los diagnósticos

La dirección de la cura

Las interpretaciones del análisis terminado

Internacional de los Foros del Campo Lacaniano

Escuela de psicoanálisis del Campo Lacaniano

# Heteridad 4

## Consejo editorial internacional:

Ana Canedo, España  
Fulvio Marone, Italia  
Gladys Mattalia, Argentina  
Ramon Miralpeix, España  
Patricia Muñoz, Colombia  
Vera Pollo, Brasil  
Marc Strauss, Francia  
Megan Williams, Australia

## Comité de redacción:

Jacques Adam  
Mario Binasco  
Michel Bousseyroux  
Ana Canedo  
Susana Díaz  
Gabriel Lombardi  
Fulvio Marone  
Ramon Miralpeix  
Antonio Quinet  
Colette Soler  
Juan Guillermo Uribe

**Versión en español realizada por**  
Ana Canedo

Con la colaboración de:  
María del Mar Criado, Carme Dueñas, María Eugenia Lisman,  
María Jesús Pedrido, Marcel Ventura  
para las traducciones y las correcciones

Couverture : Giorgio de Chirico (1888-1978), Ariane (1913)  
Huile sur toile (135 x180 cm), Fondation Giorgio de Chirico,  
Metropolitan Museum of Art, New York  
Maquette et mise en page: ASTEC - nicole.cocard@wanadoo.fr  
ISBN: 2-9515133-4-8

# Sumario

## Editorial

Fulvio Marone	7
---------------	---

## Preludios

Susana Díaz <i>Introducción</i>	13
Gabriel Lombardi, <i>Un límite al no-diálogo</i>	15
Guy Clastres, <i>La práctica y el acto analítico</i>	19
Marc Strauss, <i>Haga una oferta!</i>	21
Luis Izcovich, <i>El inconsciente (por) venir</i>	25
Colette Soler, <i>Las interpretaciones del psicoanálisis</i>	29
Lydia Gómez Musso, <i>Sándor Ferenczi : el psicoanalista y la cura</i>	35
Jacques Adam, <i>Práctica analítica e inventario del Campo lacaniano</i>	39
Nicole Bousseyroux, <i>Las interpretaciones del psicoanálisis</i>	43
Gladys Mattalia, <i>Interpretación – Interpretaciones</i>	47
Antonio Quinet, <i>Histerosomática</i>	51

## El psicoanálisis...

Jacques Adam : La entrada en análisis : las entrevistas preliminares	57
Marta Elena Rocha : Niños en psicoanálisis : límite o desafío ?	73
Lola López : Michael Balint o el fin de análisis como espejismo del amor	85
Sol Aparicio : <i>Contra Balint</i>	95
Angela Mucida : El sujeto no envejece. Psicoanálisis y vejez	109
Fulvio Marone : Una ciencia que incluya al psicoanálisis	125

## ...y sus interpretaciones

Marc Strauss : El equívoco y la letra	153
Jean-Jacques Gorog : Algunas observaciones sobre la interpretación equívoca, la alusión y la voz	163
Susana Díaz : El sentido de las letras	173
Albert Nguyên : Entre retorno y decir: el saber en lugar de verdad	181
Mario Uribe Rivera : ¿Ké (a) ser del sujeto en el momento de concluir ?	195
Jorge Alberto Zanghellini : En busca del vagido de lo real	203
María Anita Carneiro Ribeiro : Una interpretación a la entrada en análisis	209
Rosa Roca : El lugar de la interpretación	217

## Interpretaciones de texto

Mónica Gabler Cruz : A propósito de Martin, de Héroes y tumbas. La cloaca es el destino	227
Jesús Mansilla Navarro : Una modalidad de saber llamada "Docta ignorancia"	231

## Editorial

La interpretación - es bien sabido - es la solución inventada por Freud para resolver la querrela metodológica que, a finales del siglo XIX, opuso las *Naturwissenschaften*, ciencias de la naturaleza a las *Geisteswissenschaften*, ciencias del hombre. Freud respondió a los defensores de la *Erklären*, la explicación, y a los del *Verstehen*, la comprensión, sin tomar partido por ninguno de los dos, sino agregando un tercer elemento a la serie: la *Deutung*, la interpretación. Como lo señala Bruno Bettelheim - en un pequeño libro sobre los malentendidos de la traducción inglesa de la obra freudiana<sup>1</sup> editada por Alix y James Strachey - Freud eligió denominar *Traumdeutung*, su texto inaugural del psicoanálisis, utilizando un término que no es ni *Interpretation*, ni *Auslegung*, ni *Erklärung*, sino fabricando una palabra que evocaba en los Alemanes, otra palabra compuesta, más conocida como: *Sterndeutung*, astrología. Provocación de Freud - las estrellas, figuras del Otro a descifrar - a la que siempre se hará necesario retornar para volver a encontrar el sentido y la dirección de lo que se hace en análisis. Así, será necesario repensar todos los obstáculos encontrados por Freud en su vía, la vía de la interpretación - obstáculos que él ha *aufgehoben* (negados-superados), dándoles nueva vida en su teoría, haciéndolos funcionar como resorte para el desarrollo de nuevos conceptos fundamentales de su psicoanálisis: transferencia (resistencia a la interpretación del inconsciente); automatismo de repetición (resistencia a la interpretación de la transferencia), más allá del principio del placer (resistencia a la interpretación de la repetición), etc.

Desde este punto de vista, parece fecundo jugar con “El psicoanálisis y sus interpretaciones”, título de la Cita de Buenos

---

<sup>1</sup> B. Bettelheim, *Freud et l'âme humaine*, Laffont

Aires, cuyas primeras contribuciones publicamos en este número de nuestra revista<sup>2</sup>. De hecho, “el psicoanálisis” está aquí tomado en doble sentido, como si se tratara de un genitivo: un sentido subjetivo, es decir “el psicoanálisis interpretante”; y un sentido objetivo, “el psicoanálisis interpretado”. Pero se puede ir más allá, anudando “psicoanálisis” e “interpretación”: ya que podemos afirmar que las diferentes interpretaciones del psicoanálisis se revelan, en primer lugar, a través de las diferentes interpretaciones *en* el psicoanálisis. Es decir: dime como interpretas *en* análisis, y te diré como interpretas *el* análisis.

Cuando Melanie Klein, en la primera sesión con Dick, al verlo jugar con el tren grande y el tren pequeño, le dice: “La estación, es mamá, Dick entra en mamá” – esto implica que ella interpreta la realidad analítica como *unreal reality*, dominado desde el inicio, desde los primeros pasos, desde las primeras palabras, por los fantasmas inconscientes, y que para ella – en ese momento – el acto analítico consiste en inscribir esos fantasmas en el simbolismo edípico. Cuando Kris interpreta al “Hombre de los sesos frescos” “por la superficie”, respondiéndole que no es un plagia-rio, se cree autorizado – en nombre del análisis de la defensa – a intervenir sobre el plano del mundo exterior, considerando que éste forma parte del análisis. Cuando Winnicott dice a la pequeña Piggie que “el hombre toma los “miams” de la mujer, pero que después se los devuelve bajo la forma de algo que le da para que ella pueda tener su niño...”, da aquí su versión de la pareja sexual, su versión de lo que es para él la metáfora paterna.<sup>3</sup>

Lo que Lacan denomina “la confusión de las lenguas” en análisis – a saber la extrema diversidad de lo que los autores consideran las vías activas del proceso analítico – no es una simple cuestión histórica, sino un aspecto didáctico importante. Jugando todavía un poco más, diría que la ley biogenética fundamental de Haeckel – la ontogénesis recapitula la filogénesis – tan cara a Freud, vale también para su creación, el psicoanálisis.

<sup>2</sup> Se ha previsto que el número 5 de *Heteridad* publique las intervenciones presentadas en la Cita de Buenos Aires de julio de 2004.

<sup>3</sup> C. Soler, *Ce que Lacan disait des femmes*, Édition du champ lacanien, Paris 2003.

Y que los tiempos lógicos de la aprehensión del trabajo psicoanalítico – y de su dialéctica singular – por el analizante (y el debutante, como Lacan nos lo sugiere)<sup>4</sup>, reproducen, en forma abreviada, la sucesión histórica de las diferentes interpretaciones del psicoanálisis post-freudiano. Del mismo modo se puede leer desde esta perspectiva la tesis extraída por Colette Soler del “Atolondradicho”: la interpretación, condición del pase.<sup>5</sup>

En ese mismo texto, se encuentra una definición que va en el sentido – en la dirección – del retorno al Freud de la *Traumdeutung*: “La interpretación es sentido y va en contra de la significación. Oracular, lo que no sorprende de lo que sabemos ligar lo oral a la voz, del desplazamiento sexual”.<sup>6</sup> Así pues, la receta para una buena interpretación no es simplemente: partir de los dichos del sujeto, para volver sobre ellos. Una interpretación sólo puede ser justa si es... una verdadera interpretación – es decir sentido, pero con efectos de real.

Apuntando a los efectos de real de la palabra, será necesario volver a plantear – a nosotros mismos y a nuestros otros – la cuestión de nuestra época: porqué la interpretación, la *Deutung*, en el tiempo de la ciencia? Y aún: qué tiene que ver el discurso del analista con el discurso de la lista?<sup>7</sup>

Para intentar dar respuesta a ello, naturalmente.

---

<sup>4</sup> J. Lacan, *El Seminario, Libro I, Los escritos técnicos de Freud*. Paidós, Barcelona, lección del 10/2/54.

<sup>5</sup> C. Soler, “Des symptômes, des interprétations”, Curso 1995-96, Clase del 15 noviembre de 1995.

<sup>6</sup> J. Lacan, “El atolondradicho”, *Escansión*. Paidós, p. 52.

<sup>7</sup> La de los psicoterapeutas, por ejemplo, que parece tanto interesar actualmente a los legisladores de los países europeos.

# PRELUDIOS



## Los Preludios

Lo que precede, anuncia o inicia, de eso se trata en los preludios. No se reducen a dar entrada al protagonista, no son una introducción, sino que son en sí mismos una pieza.

El término proviene de la música y alude a las notas que se cantan para ponerse en el tono, para afinar el instrumento o la voz. Se define como una pieza instrumental u orquestal de forma libre que constituye un todo y sirve para introducir otras formas como el adagio, la fuga, la toccata, la suite, el concierto... En esta ocasión retomamos el sentido de la música y la iniciativa lanzada en Madrid en el Encuentro Europeo 2002, en el que se pusieron en marcha por primera vez en nuestra joven comunidad.

Preludian hoy los trabajos efectivos para la Cita Internacional de la IF-EPCL Buenos Aires – 2004, donde tendremos la oportunidad de compartir el producto decantado en los carteles, seminarios, publicaciones, y ponerlo a punto respecto de nuestra disciplina y sus interpretaciones.

Pequeñas cuentas de un collar, piedras facetadas, sedimentos de saber, material con peso epistémico específico, los preludios pretenden atraer con su resonancia la atención de los psicoanalistas en torno a cuestiones precisas que hacen al modo en cómo pensamos la experiencia.

Nuestra Cita transcurre alrededor de un tema que se enriquece en su equivocidad: **El psicoanálisis y sus interpretaciones**, a desplegarse según los subtítulos: los diagnósticos, la dirección de la cura y las interpretaciones del análisis terminado.

La variedad de voces de nuestros preludios han permitido explorar el tema y los tres subtítulos de manera diversa e interrogar en suma al analista acerca de los conceptos en los que

basa su práctica. La pluralidad ha habilitado que los sentidos contenidos en los significantes de la convocatoria se expandan de forma generosa: Las interpretaciones-concepciones del psicoanálisis, las interpretaciones del psicoanalista, las del inicio, las que corresponden al tiempo de comprender, las que jalonan el tiempo de concluir. Variaciones sobre la interpretación que confluyen en el campo lacaniano: el campo del goce.

Reunimos, en suma, estos preludios, múltiples, polifónicos, que no dudamos han cumplido ya su función inspiradora y de provocación a la elaboración, afinando los instrumentos, abriendo temas, descubriendo aristas, alumbrando planos que hacen que nuestra opción lacaniana esté en sintonía con la época.

Buenos Aires, marzo de 2004

## Un límite al no-diálogo

La Cita internacional de la IFCL – a realizarse en julio de 2004 en Buenos Aires –, será la ocasión de una revisión de la doctrina psicoanalítica de la interpretación y de las particularidades de su ejercicio actual en la experiencia. Resumo algunas reflexiones al respecto.

El aislamiento social del sujeto se acentúa en nuestros días con la uniformización informática del saber y el control químico del síntoma. El progreso de la “comunicación” instantánea tiende a rellenar las grietas del muro del lenguaje. El narcinismo del que habla Colette Soler prospera por todas partes.

La psiquiatría se aleja enérgicamente del psicoanálisis así como la filosofía se aparta del estructuralismo. ¿También el paciente se aleja del psicoanalista? No necesariamente, porque el síntoma insiste. Sin embargo, la cuestión es candente para nosotros, analistas, y más sensiblemente aún cuando el síntoma, incluso el del paciente que llega a nuestro consultorio, rechaza la interpretación.

Cualquiera que sea el modo que tome (cita, enigma, alusión, pregunta, comentario, corte) la interpretación es esencial al método psicoanalítico, la escucha del analista la implica. Sea que hable mucho, poco, nada, si hay analista, la dimensión de la interpretación está presente. Ella es condición para que las asociaciones del analizante encuentren la posibilidad de abrirse en una palabra que diga algo nuevo, o en un testimonio que pueda transformarse en algo diferente de una mentira al partenaire, una certeza que no depende de la identificación.

¿Que concepción de la interpretación nos damos en esta época en la cual se la busca bajo formas cada vez más exigentes o denegatorias?

El método psicoanalítico demuestra que el lenguaje no es bueno para comunicar: la transferencia por sí sola objeta la intersubjetividad, incluso la refuta, en tanto es el despliegue lógico del no-diálogo al que el muro del lenguaje confina al parlêtre. En compensación, la chance abierta por el psicoanálisis es la del malentendido, la de *l'une bévue, l'Unbevusst*, en tanto la eficacia de la interpretación hace del inconsciente el discurso del Otro, y se muestra capaz de abrir algunas de las grietas del muro del lenguaje. Por eso Lacan escribe: "El no diálogo encuentra su límite en la interpretación". Ella permite, en el marco de la cura analítica, una comunicación de inconsciente a inconsciente, siguiendo la fórmula de Freud, aproximada sin duda, pero no tan incorrecta: es una comunicación aparente, y sin embargo es el máximo de comunicación que admite un lazo social.

De allí que la destitución subjetiva que marca al analista en el nivel del ser no sea exigible en el nivel de la interpretación, en el cual también él es "libre" del momento, del número y de la elección de sus intervenciones. En la cadena de las asociaciones de su analizante, él escucha lo que quiere, en tanto que incauto del inconsciente – ¡y no desabonado!.

Que su intervención puede merecer la rectificación estratégica y política que le imponen la transferencia y el ser, es lo que nos enseña el *acting out* – esa respuesta que recibe el analista que escucha siempre la misma cosa y que no sostiene entonces el deseo del Otro. Sobre este punto recordemos la ley freudiana: lo que profiere el analista se confirma como interpretación si, y solamente si, desencadena nuevas asociaciones, es decir si incita una profundización en la observancia de la regla fundamental.

La exigencia de control estratégico-político de la posición del analista se evidencia también en la respuesta del psicótico a su intervención. La "Cuestión preliminar..." de Jacques Lacan nos ha preparado para concebir que el rechazo de la interpretación en el psicótico no necesariamente es una prueba de no-transferencia, sino que podría resultar más bien de lo contrario: que el no-diálogo propio a la transferencia es más rigurosamente y menos dialécticamente sostenido en la psicosis que en la neurosis. Solamente intentando una política del ser que es de destitución subjetiva, el psicoanalista puede lograr el semblante conveniente (*oreja-dépotoir*) como para que el psicótico le confie los significantes que lo atormentan.

Lo que usualmente no se sostiene sin una “completa sumisión a las posiciones subjetivas del paciente”.

Ocasión de recordar que la interpretación no se reduce al decir del analista. “La técnica que describo delega en el soñante el trabajo de la interpretación”, escribe Freud en el segundo libro de su *Traumdeutung*, inaugurando así un método en el cual es el analizante quien tiene la última palabra. Aún cuando ocurra – y eso ocurre – que el analista diga una mitad de la verdad oculta para su analizante, no es en esa mitad adonde se realiza lo apofántico que ex-siste a la proposición, sino en lo imposible cuyo despliegue lógico ella solamente incita. Por eso lo que Lacan llama *el decir del análisis* (Cf. “L’étourdit”) no se reduce tampoco al decir del analista. Y también por eso en el dispositivo del pase es al analizado devenido analista a quien se ofrece la posibilidad de dar una interpretación del análisis terminado.

## La práctica y el acto analítico

Hay una interpretación “lacaniana” del psicoanálisis como lo testimonia la obra hablada y la obra escrita de Lacan. Ella, evidentemente, tiene incidencia sobre la práctica.

Recordemos que el psicoanálisis es una práctica que se apoya esencialmente en los conceptos calificados como fundamentales.

Son cuatro, se conoce la lista (el inconsciente, la repetición, la transferencia y la pulsión), implican otros conceptos que se deducen de estos cuatro.

La estructura de lenguaje del inconsciente, muchas veces repetida y de donde procede la definición lacaniana del significante, del sujeto y del discurso, excluye la idea misma de un inconsciente que sólo tendría una consistencia imaginaria.

De ello se deduce que la demanda a la entrada, la demanda inicial, reviste una importancia que el analista debe saber apreciar, sabiendo que no-toda demanda es aceptable para el psicoanálisis.

Las entrevistas preliminares que Lacan ha prescripto, permiten ese tiempo de evaluación antes que el trabajo de la cura se ponga estrictamente a hablar.

Esta escansión inicial sigue siendo determinante para lo que sigue y especialmente para la salida. Algunos psicoanalistas la pasan por alto, se equivocan.

Uno podría decir, de sus primeras entrevistas, que instituyen ese momento del *instante de ver* del tiempo lógico del sujeto que precede *el tiempo para comprender* que es el tiempo mismo de la cura hasta su terminación en *el momento de concluir*.

En la cura, según Lacan, el objeto está perdido porque lo está desde siempre; el sujeto no se conforma y construye su fantasma y su goce para desconocer esta pérdida.

De este modo, el analista no puede, ni debe, imaginarse que repara esa falta que es de estructura. No puede, entonces, ofrecerse como el objeto que soportaría las identificaciones imaginarias del sujeto, pero debe por el contrario, esforzarse en hacerse la causa en el semblante de aquello que va a hacer desear al sujeto a partir de su propio inconsciente.

Así, hay que entender, nos parece, la definición dada por Lacan del acto psicoanalítico, en la que el objeto es activo y el sujeto subvertido -inversión lógica de “la tradicional” relación de objeto de los partidarios de la ortodoxia post-freudiana.

Para esforzarse en asegurar este acto el psicoanalista debe, no solamente haber sido de entrada el analizado, sino también y sobre todo, debe haber subjetivado esta pérdida, reencontrándola, para hacer de ella el apoyo de su falta.

Marc Strauss

## Haga una oferta!

“Con la oferta yo he creado la demanda”. Esta frase de “La dirección de la cura” se cita con frecuencia para justificar la disparidad de las posiciones entre un analista que no demandaría nada y un paciente sobre el que se deposita la carga de la demanda.

No obstante, la frase que precede nos obliga a reconsiderar esta repartición demasiado fácil: “Su demanda... no es ni siquiera la suya, porque después de todo, soy yo quien le ha ofrecido hablar”.

La oferta de hablar conlleva una demanda implícita por parte del psicoanalista. Sabiendo que la palabra no es un fin en sí sino un medio del fin, ¿qué quiere entonces el psicoanalista para el sujeto?, ¿qué piensa que puede ofrecerle?

La cuestión se plantea con mucha más penetración en cuanto que la oferta de hablar ha sido ampliamente difundida desde Freud: hay que hablar, de todo, a todos; hablar hace bien.

La respuesta es evidente: el psicoanalista ofrece, además de su escucha, una interpretación. Pero esta respuesta redobla la pregunta: ¿qué es lo que especifica una interpretación como analítica? ¿Y cuál es su campo de aplicación?

Señalemos de entrada que no es posible definir lo que sería una interpretación en nuestro campo sin una opción previa acerca de aquello que es el inconsciente: envés de lo consciente, continente de mociones reprimidas, lugar de las pulsiones mal dominadas o falla radical que la interpretación desprende más de lo que ella realiza.

¿El Edipo y el levantamiento de su represión no han sido, para



numerosos alumnos de Freud, y hasta para el maestro mismo, un equivalente de la llave última, donde la verdad de cada caso debía reordenarse con un beneficio terapéutico? ¿No pasa lo mismo con la integración lograda de las pulsiones en el yo en los “annafreudianos”, que con la separación del objeto y su duelo en los kleinianos, y con el fantasma fundamental de los lacanianos?

Estas interpretaciones del psicoanálisis determinan las prácticas. ¿Se interpreta las formaciones del inconsciente, se describen los sueños, los lapsus, las manifestaciones transferenciales como Freud parecía hacerlo? ¿Se practica todavía como con el Hombre de las ratas, en el que cada obsesión era examinada cuidadosamente hasta encontrar su significación? ¿Se analiza cada elemento del sueño de manera exhaustiva? Aún sin evocar la sesión corta, poco compatible con tales ejercicios, el psicoanálisis lacaniano, en lo que le concierne, casi no nos orienta en este sentido.

La interpretación de la causa analítica no determina únicamente la práctica, sino también su finalidad.

¿Se trata de curar a los pacientes de sus síntomas, de permitirles encontrar satisfacción en el amor y en el trabajo (Freud)? ¿De transformar los dramas de la vida en infortunios corrientes? (id) ¿De hacer de modo que la vida sea un poco más amiga (Lacan)? Seguramente estamos tentados de rechazar estas respuestas demasiado comunes, que revelan en exceso su triste alcance adaptativo.

¿Pero qué otra cosa tenemos para proponer? Los psicoanalistas se caracterizan tal vez menos por sus respuestas que por su elección de los medios: sin siquiera garantizar los resultados, ellos no se proponen obtenerlos más que “poniendo en claro el inconsciente del que ustedes son sujetos” (Lacan, *Televisión*) Queda que, en función de su definición del inconsciente, los psicoanalistas no se pongan necesariamente de acuerdo acerca de la significación que se puede dar a ese “poner en claro”.

Por cierto, la opción analítica puede estar justificada técnicamente: los otros métodos terapéuticos no impiden la repetición, mientras que el psicoanálisis... Pero ese es un argumento discutible, y sobretodo secundario.

La verdadera justificación está en otra parte, atañe a las consecuencias de la toma en consideración del inconsciente, lo que incluye su definición. Digamos que se trata de ética, es decir, sin precisar más aquí, del valor y de las consecuencias que tiene para un sujeto el hecho de darse cuenta de su exilio de la relación sexual.

Las preguntas abundan entonces.

Podemos retomar así los tres subtítulos de las jornadas: diagnóstico, dirección de la cura y terminación e interrogarlos respecto de la puesta en juego, bajo la conducción del analista, de la posición ética del sujeto.

Podemos preguntarnos en qué condiciones y en qué medida un psicoanálisis consiste en una rectificación de la ética; cuáles son los sujetos para los que eso es posible y aquellos otros que permanecen inaccesibles o reacios?

¿La ética del psicoanalista es plural, o, a semejanza del deseo del psicoanalista, es singular?

¿Cómo se orientan los no lacanianos, que no se rigen por la inexistencia de la relación sexual? ¿Cómo y en qué medida están ligadas orientación teórica y ética? ¿Son impases insuperables algunas orientaciones?

Es necesario añadir que la posición del psicoanalista no se manifiesta solamente por lo que hace, sino también por lo que rehusa hacer. Freud afirmaba, cuando se le presentaba la ocasión, que el psicoanálisis no era una concepción del mundo. Sin embargo, ¿es simple resistir a las sirenas de la predicción, de los peritos, de la prevención, incluso de la prescripción, cuando en nombre de nuestro saber sobre el inconsciente, estamos requeridos por todas partes para dictaminar el bien y el mal? Y que al mismo tiempo está excluida la posibilidad de escondernos...

Por cierto, el campo lacaniano, con sus instrumentos que son los discursos, permite al “resto de voz que nos es asignada” palabras de un alcance distinto al de las vagas generalidades acerca de la marcha del mundo, ya se trate por ejemplo del casamiento de los homosexuales y su deseo de adoptar niños, o de las con-

secuencias de una agresión, sea sexual o no. Pero, incluso el uso de los discursos no pone a nadie al abrigo de una ideología tanto más convencida cuanto que es desconocida. ¿Y cómo se desenvuelven los psicoanalistas que no disponen de estas herramientas?

Verificaremos finalmente esta observación de Lacan (*Televisión*): “Es desesperante, el éxito prometido a cierta ética”, verificación que nos ahorraría la aflicción de algunos colegas que anuncian la desaparición del psicoanálisis, sin dispensarnos por ello de los deberes – de interpretación – que nos corresponden en este mundo.

## El inconsciente (por) venir\*

El inconsciente está estructurado como un lenguaje: Lacan no ha hecho de esta proposición una tesis. Es explícito, es una hipótesis. Es entonces la interpretación de Lacan que concierne al inconsciente freudiano. La ha comentado ampliamente, sin embargo deja de este modo a cargo de los analistas la continuación de la elaboración en lo que atañe a la validez de esta proposición.

Se trata en efecto de determinar lo que cambia a partir de esta interpretación de Lacan, que implica el pasaje de la noción de representación inconsciente, a la categoría de significante. En principio, lo que cambia en la interpretación analítica, pero más radicalmente en la finalidad de la cura y en consecuencia en el manejo de la transferencia.

El inconsciente es, dice Lacan. Es un efecto del significante. Dicho de otro modo, el inconsciente es, antes del encuentro con el analista. El sujeto porta en efecto la marca del discurso del Otro, bajo una forma que resiste para siempre al sueño de la unidad, de la completud: el sujeto está dividido. A eso se refiere Freud con la represión originaria. Sin embargo una pregunta se plantea: ¿la cura analítica que opera por descifrado del inconsciente, permitiendo el acceso a un saber ya ahí, y sin que el sujeto lo sepa, sin embargo, tiene una incidencia sobre el inconsciente mismo? Dicho de otro modo, ¿basta con decir, y por consiguiente con esperar, que la cura analítica permita a un sujeto el acceso a la certidumbre de la existencia del inconsciente?

Se trata ahí de una línea de partición, una separación de las aguas,

---

\* (por) venir que es la traducción de (à) venir, no restituye completamente el sentido. Ya que se trata por un lado del futuro del inconsciente -porvenir-, pero que incluya al objeto (a)

entre Freud y Lacan. Freud es explícito e invariable sobre el tema. La represión debe devenir consciente al fin de la cura. El levantamiento de la represión, de la amnesia infantil entonces, deviene lo que está en juego de modo crucial en el fin de análisis freudiano.

Pero, cuando Lacan manifiesta que “el inconsciente implica que uno lo escuche”, abre otra perspectiva. Ella no excluye, por cierto, que el inconsciente está ya ahí antes del encuentro analítico, pero también implica que el inconsciente depende del analista.

En esta expresión, Lacan no invita a una sacralización cualquiera de la escucha analítica. “Que uno lo escuche”, reenvía a la transformación posible del inconsciente por la operación analítica. Nosotros podríamos sostener también que el inconsciente depende del acto.

En esta perspectiva, el analista es el complemento necesario del inconsciente. Se trata ahí de una concepción solidaria de otras formulaciones de Lacan. Esa por ejemplo, donde coloca al analista como complemento del síntoma del sujeto, o también aquella otra del analista como pareja síntoma. Esta concepción es aquella que se escribe en el discurso analítico, en la que la pareja del sujeto dividido por el significante, no es otro sujeto, sino lo que hace función de objeto causa de deseo.

Pero, y ese es el punto inédito – sin duda aún a explorar –, la operación analítica no se limita al descifrado de los significantes inconscientes. La prueba es que los análisis de hoy se prolongan bastante más allá de los descubrimientos ligados al levantamiento de la represión. Sin duda también aquí, las razones son siempre a demostrar.

Por otra parte, si uno se refiere a la finalidad de la cura, en el sentido de la cura que ha llegado a su término, se advierte que Lacan sitúa un más allá de la cuestión de la suposición de saber al analista. En efecto, la caída del sujeto supuesto saber no es la última palabra del final del análisis.

Entonces se plantea una pregunta: ¿existen, y cómo evaluar los efectos inconscientes que en la cura no se revelan bajo la forma del descubrimiento? Me parece que estamos ahí en una perspectiva que toca a lo que podría ser la singularidad de la

opción lacaniana: a saber en la cura, hay lo que del inconsciente se descifra, y también hay lo que la cura permite al inconsciente cifrar. No llegaré a decir que la cura permite inscribir los significantes faltantes, pero es cierto que algunos significantes se inscriben en el inconsciente, que se ve entonces modificado.

Es por otra parte la razón por la cual Lacan avanza el término de subversión para el psicoanálisis cuando se refiere a lo que el inconsciente puede subvertir.

Las consecuencias de esta concepción son decisivas para el porvenir del psicoanálisis. Ya que si el inconsciente no es únicamente el capítulo censurado que se trata de traducir, sino que las articulaciones dependen del análisis, una exigencia se plantea para el analista.

Esta exigencia atañe esencialmente a lo que Lacan, en su texto “Radiofonía”, evoca en términos de propagación de discurso.

Entonces, otra pregunta se impone: ¿debemos limitarnos a constatar los impases que el discurso capitalista determina para los sujetos, especialmente su incidencia en cuanto al cierre del inconsciente?

Hemos conocido la alternativa Lacan en el psicoanálisis. A veces nos regocijamos distinguiéndonos de los lacanianos de la IPA, diciendo que ellos no han tomado más que tal o cual parte de Lacan. ¿Estamos nosotros seguros de haber seguido a Lacan en todos sus recorridos?

Existe un punto sobre el cual nuestra acción queda aún por ser evaluada en relación al programa trazado por Lacan, que es el del porvenir del psicoanálisis.

En efecto, uno podría limitar la responsabilidad del analista a la de estar a la altura de la ética analítica, aquella del bien decir. Ahí, uno podría incluso sostener, según esta perspectiva, que hay analistas lacanianos. ¿Es esto suficiente para definir un analista lacaniano?

Es un hecho que los analizantes hablan, fuera de la cura, de los efectos analíticos, positivos o negativos. Contribuyen así a la pro-

pagación del discurso analítico. No creo que la idea de Lacan era que eso bastaba para sostener el porvenir de ese discurso. Es por eso que él anticipa también, en “Radiofonía”, que “es en esa jun- tura de lo real que se encuentra la incidencia política donde el psicoanalista tendría lugar si fuera de ello capaz”. Interpreta entonces que el porvenir del psicoanálisis depende de los analis- tas. De esta manera, se diseña un programa del cual el Campo lacaniano ha comenzado a asumir la carga y nosotros podemos esperar que estas Jornadas puedan contribuir a su avance.

## Las interpretaciones del psicoanálisis

Por qué hemos elegido para la Cita Internacional de los FCL y la EPCL en el 2004 un tema que podemos llamar de apertura y de diálogo, y que invita a las diferentes corrientes del psicoanálisis a debatir? En los años cincuenta, antes que se haya consumado el gran clivaje, Lacan debatía con sus contemporáneos de la IPA, pero hoy, ¿tenemos algo para decirnos?

### Afirmar la identidad del psicoanálisis

Esa no es la cuestión. Se trata más bien hoy de hacer valer lo que hace la identidad del psicoanálisis a través de sus variantes históricamente fijadas (kleiniana, ego psychology, winnicotiana, lacaniana por último), tanto como a través de sus modificaciones individuales. Lacan señalaba, en el Seminario *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, en qué medida los diversos aportes sobre la transferencia llevaban para cada uno, Abraham, Ferenczi, etc., la marca de su propio fantasma, lo suficiente en todo caso para volverlo legible. Y sin embargo, cada uno se mantenía en el psicoanálisis...

La cuestión no es nueva, estuvo presente desde los orígenes, cuando se trataba para Freud de hacer admitir la especificidad de su descubrimiento, pero toma hoy nueva fuerza, porque la coyuntura de nuestro momento histórico llama a un frente reforzado, y si es posible consistente, del psicoanálisis. En la confusión de este principio de siglo con sus cambios de discurso, sus males, sus luchas, sus síntomas inéditos y también la proliferación de sus pseudo *talking cures*, retoños bastardos del psicoanálisis, siempre más oficializados, impuestos incluso; importa entonces que el psicoanálisis, en singular, haga valer su necesidad propia, la que no se parece a ninguna otra.



Los sujetos cambian, se dice. Queda a nuestro cargo entonces, decir cómo el psicoanálisis puede y debe responder a las mutaciones de la época.

A mi juicio, el debate no apunta tanto a ponerse de acuerdo, borrando las divergencias eventuales, como a interrogar aquello que hace la identidad común de esta práctica única, así como aquello que funda o justifica sus interpretaciones diversas. Sólo tendrá lugar si logramos ajustar nuestro estilo según esta doble intención, para dirigirnos más allá del círculo restringido de los únicos especialistas, y hacer valer lo que distingue nuestra opción lacaniana.

Aún será necesario no suponer resuelto este problema: no lo está, la solución no está ya ahí, depositada en algunas citas canónicas y listas para su empleo, porque no se trata de saber lo que Lacan decía en cada etapa, ni tampoco cómo analizaba. Se trata de saber qué es lo que promete el psicoanálisis hoy, cómo utilizamos en la práctica lo que Lacan ha transmitido a lo largo del tiempo, y con qué resultados para los sujetos contemporáneos.

### Problemática

Tomo un ejemplo: “La dirección de la cura”, del que hemos retomado el título. Podría tomar también aquel de “el análisis terminado”, nuestro otro subtítulo, por otra parte.

”La dirección de la cura”, como sabemos, es el texto por el cual Lacan cuestionaba los fines de la cura en 1958. La pregunta persiste, todavía y siempre, y quizás más que nunca, pero ¿es el caso de la respuesta?

La respuesta que Lacan daba en este texto, respuesta construida interrogando el “medio” que es la palabra, queda adquirida para nosotros, definitiva, y no obstante... paradójicamente, ya no es respuesta suficiente. No es que haya devenido obsoleta, sino que se revela parcial, simple puerta abierta sobre el problema mayor cuya solución es del dominio de elaboraciones ulteriores u otras, aún inacabadas en nuestros días.

## Me explico

La única clave de la cura según este texto, y en lo que insiste, es el deseo. En los tres registros de la interpretación, de la transferencia, y del ser del analista, el texto escande esta tesis única y afirma con fuerza la necesidad de “preservar el lugar del deseo”.

¿Contra quien lo dice? Contra una dirección de la cura que, vía el manejo de la transferencia y de la interpretación, intentaba saturar esta falta por el sesgo de las satisfacciones de las demandas o de la pulsión. Contra sí mismo también, contra las esperanzas analíticas que había puesto en la palabra plena, idéntica al deseo mismo. En efecto, si él pone el deseo en el centro en este texto, reajusta también la noción, haciendo en lo sucesivo de aquello que Freud llama deseo inconsciente, más que un simple significado: un efecto real de la palabra, irreductible entonces. Efecto de falta, cuyo significante único es el falo y que como significado sigue siendo inasible: metonimizado en la palabra y sin embargo “incompatible” con ella.

El éxito de esta tesis que hacía de la falta en ser y del no saber los dos pechos, si puedo permitírmelo, del psicoanálisis lacaniano fue fulminante. De todas las elaboraciones de Lacan, es sin refutación la que ha pasado y la que sigue pasando más fácilmente en los postulados de la *doxa* lacaniana. Veo ahí, por otra parte, un signo de que la tesis está en conexión directa con la neurosis. A su pregunta “¿qué soy?”, ella responde en sustancia: sujeto barrado, irremediablemente! Se deduce de ahí, es lógico, una “ética reducida al silencio por el advenimiento del deseo”, una interpretación igualmente “reducida”, a la alusión del dedo levantado, a la cual se suma la función “sacacorchos” del deseo del analista, y en definitiva, un final de la cura totalmente definido por el universal del falo.

Queda una cuestión previa que dista de ser la solución del problema. Porque el verdadero problema son los síntomas que implican de alguna manera que uno los tome, algo distinto de la falta – la cosa goce precisamente –, y que exigen un final de análisis que revele más que el universal del sujeto: esta “diferencia absoluta” que Lacan evoca mucho más tarde.

Preciso que esta reserva no invalida nada sin embargo, porque el paso que Lacan franquea en teoría cuando desprende “el lugar del deseo”, debe ser puesto en práctica en cada cura, puesto que el deseo, allí hace oficio de *starter* para la elaboración transfe-rencial. Pero, se hace necesario algo más para decir “dónde va” una cura... lacaniana. Ella sólo se empieza con el efecto de deseo producido por la palabra, es cierto, pero si Lacan ha introducido el campo del goce es precisamente porque el síntoma no se reduce al deseo, y un análisis no llegaría a su término sin tocarlo. Y por otra parte, si él no hubiera puesto el acento, justo a tiempo, sobre esta “dicho-mención” (dit-mension), la evolución de la época estaría ahí para que lo recordemos, evidentemente.

## Reinventar

Todo está presto a ser retomado sobre esta otra vertiente del goce y hay que rehacer la dirección de la cura. A falta de lo que el psicoanálisis, confundiendo sus medios con sus finalidades podría convertirse en esta “religión del deseo” que Lacan denunciaba, bien lejos de poder estar en sintonía con su época.

Comprobamos hoy que algunos psicoanalistas, pertinente-mente avezados en la lógica del sujeto barrado, deploran a gritos que sus contemporáneos, menos reprimidos que en el pasado, parezcan menos dispuestos a dejar sin satisfacer sus exigencias de goce. Uno ve el camino recorrido: en 1958, Lacan denunciaba la complicidad de los analistas con la demanda analizante; en el 2003, bajo el pretexto de que la demanda ha cambiado, ¡se encuentran analistas para denunciarla!

Lacan ha sabido “reunirse con la subjetividad de su época”, abriendo la cuestión de las economías del goce. Porque no hay evidentemente ninguna alternativa para plantear entre sujeto del deseo y cuerpo de goce, la única cuestión sigue siendo la de saber cómo y por que vías se ordenan los goces vivientes de un ser que, por el hecho de que habla, es hecho sujeto, afectado de la falta. Y si ocurre, y ocurre en efecto, que un sujeto pueda saturar esta falta, lo suficiente para desconocerla y en ocasiones para presentarse al analista ya identificado a un síntoma, es por los impases de su goce, los que no faltan jamás, que habrá que tomar

las cosas. La responsabilidad del analista, de su “juicio íntimo” como de su saber hacer, en resumen, su función de causa de la palabra analizante, está ahí entera.

Queda entonces por decir, en todos los casos, por cual solución particular de goce, tal sujeto barrado es capitonado, mas allá de las soluciones estándares del discurso, y cómo el saber inconsciente opera ahí. En la práctica: ¿qué es una interpretación que apunta al goce, cómo da en el blanco más allá del medio decir de la verdad?, ¿se queda intacta la noción clásica de neutralidad analítica, *quid* del goce de la transferencia, del analista como síntoma y, desde luego, del análisis terminado pese a la infinitud del deseo?

## Sándor Ferenczi: el psicoanalista y la cura

Ferenczi quiso cernir muy precisamente lo que tenía que hacer el analista y, si bien tuvo la lucidez de dirigir la atención hacia éste, insistió en la transmisión de un “saber cómo hacer” y “sentir con” (*Einfühlung*); aplicándose atentamente a la cuestión de lo que denomina “ese tacto”<sup>1</sup> como algo a transmitir a los principiantes. La contingencia lo inquietó, allí donde lo importante es el lugar del analista, pues éste “puede responder al sujeto desde el lugar donde quiere, pero ya no quiere nada que determine ese lugar”.<sup>2</sup>

Ferenczi se interroga acerca de la relación analista – analizante, pudiendo leerse en su Informe al Congreso Internacional en La Haya<sup>3</sup> que su propósito “... fue situar a los pacientes en un estado en que puedan seguir la regla de libre asociación con ayuda de determinados artificios”; y del lado del analista observa que “.. en cuanto determinadas opiniones seguras y verdaderamente válidas cristalicen en él, debe prestarles toda su atención y tras madura reflexión debe comunicar su interpretación [...] tal comunicación es ya una intervención activa en el psiquismo del paciente”. Podemos decir, que interpretar es un acto que debe hacer aparecer algo en la línea de qué es lo que eso quiere decir y, lo que no es lo mismo ¿qué es lo que eso vehiculiza?. Porque el analista extrae el texto subrayado a interpretar, es que hay allí una orientación que apunta al goce desconocido para el sujeto. En tanto que el analista “sabe” que hay un saber que fija el goce faltante o presente y, es necesario que el paciente ponga de sí para extraer las consecuencias y poder deducir lo que implica la interpretación recibida.

<sup>1</sup> S. Ferenczi: “Elasticidad de la técnica psicoanalítica”, p. 61, O.C., Tomo IV. Espasa Calpe.

<sup>2</sup> J. Lacan: “Variantes de la cura-tipo”, p. 336 y 328, *Escritos* 1. Siglo veintiuno.

<sup>3</sup> S. Ferenczi: “Prolongaciones de la técnica activa en psicoanálisis”, p. 137, O.C., Tomo III.

El procedimiento de la “técnica activa” no significó para Ferenczi una intervención activa por parte del analista, sino por parte del paciente al que se le imponía – aparte de observar el dispositivo – una tarea consistente en realizar “acciones desagradables o renunciar a actos agradables” (en histerias de angustia – fobia). La finalidad, entonces, fue la de provocar o acelerar la investigación del material psíquico inconsciente ante los “puntos muertos del análisis”. Siguiendo a Freud, habla del afecto si bien examina el acto del analista en la línea del goce.

En 1924<sup>4</sup> es llevado a formular la necesidad práctica de “...no impedir las tendencias a la repetición en el análisis, sino a favorecerlas a condición de saber dominarlas [...] porque resistencias se oponen a la repetición, sobretudo la angustia y la culpabilidad... finalmente el papel principal en la técnica analítica parece corresponder a la repetición y no a la rememoración”. Privilegia lo real del trauma al subrayar que “... la actividad moderada y enérgica, que exige el análisis reside en el hecho de que el analista acepte en cierta medida realizar el papel que le es prescripto por el inconsciente del paciente y su tendencia a la huida [...] favoreciendo así, la repetición de experiencias traumáticas precoces con la intención de vencer definitivamente la tendencia a la repetición develando su contenido”. Ese cometido es aquél de un “agente provocador” con vistas a levantar la resistencia a la emergencia de nuevos recuerdos y acabar con el conflicto pulsional, pese a que fue desalentado por Freud en su carta del 17 de noviembre de 1911. Aquí Ferenczi resalta la cuestión de la transferencia como repetición, beneficiándose del “error sobre la persona”,<sup>5</sup> promoviendo este efecto a fin de suprimirlo, sin darse cuenta que la interpretación misma será tomada como viniendo del otro de la transferencia y por lo tanto va a ser inoperante. Ferenczi no logró aquello por él esperado, ya que es justamente en la medida en que se otorga al analista una parte de ser que no está recubierta por las figuras del Otro, – es decir las figuras repetidas en la transferencia – que una interpretación opera.

<sup>4</sup> “Perspectivas del psicoanálisis”, p. 269, O.C., Tomo III.

<sup>5</sup> J. Lacan: “La dirección de la cura”, p. 571, *Escritos 2*.

Respetado por Lacan al valorar “el orden de subjetividad que (el analista) debe en él realizar...”<sup>6</sup> – segunda regla fundamental – mucho se ha escrito sobre este brillante y querido analista, acerca de sus demandas desmesuradas<sup>7</sup> a Freud luego de su trayecto analítico con éste en 1914-1916; no me detendré en ello excepto para decir que en los textos y la práctica de sus últimos años acentuó la satisfacción de las demandas de los pacientes, siendo esa orientación técnica tomada con suma reserva por Freud, el cual le dedica varios párrafos en “Análisis terminable e interminable”. Según Ferenczi el análisis termina por agotamiento al lograr “...la separación neta del mundo fantástico y del real [...] cuando el paciente se ha convencido de que el analista es para él un medio de satisfacción nuevo, pero siempre fantástico... cuando poco a poco supera el duelo por este descubrimiento se orienta inevitablemente hacia otras satisfacciones”.<sup>8</sup> Para él la separación analítica corresponde a la resolución actual de las situaciones traumáticas de frustración infantiles, acentuando que el análisis no es un proceso sin final, sino que puede llegar a “un término natural”. Sin embargo, reconoció no haber alcanzado muchos casos de análisis terminados de este modo y continuó sin reservas dedicado a observaciones sobre el hacer del analista, para concluir diciendo que si éste sabe confesar sus errores – borrando su resistencia y su narcisismo – aparece la demanda radical de cariño y la tentación en el analista de colmarla<sup>9</sup>, allí donde existió el “rechazo originario” de los adultos<sup>10</sup>, desconociendo así el vacío irreductible que constituye al sujeto.

Luego de haber evocado el viraje del pase, Lacan indica que más allá de éste hay un tiempo de duración del análisis... en el “Atolondradicho” él evoca ese tiempo: “luego el duelo se acaba”.

Con Sándor Ferenczi encontramos el testimonio de un analista comprometido que se arriesga a exponer sus ideas “bajo el

---

<sup>6</sup> Carta de Ferenczi a Freud del 17/1/30, Correspondencia Freud – Ferenczi. Ed. Síntesis.

<sup>7</sup> S. Ferenczi: “El problema del fin del análisis”, p. 57, O.C., Tomo IV.

<sup>8</sup> Cartas de Freud a Ferenczi del 4 enero de 1928 y del 13 diciembre de 1930.

Objeciones acerca de la neocatarsis del beso.

<sup>9</sup> S. Ferenczi: “Análisis de niños con los adultos”, p. 113, O.C., Tomo IV.

<sup>10</sup> “Informe al Congreso de Nüremberg”, p. 62, O.C., Tomo I.

control de la crítica”<sup>11</sup> en la comunidad de los analistas y, que nos posibilita extraer enseñanzas para el presente y el futuro, fundamentalmente no por las respuestas de su clínica sino por las preguntas que sostuvo.

Barcelona, 29 de agosto de 2003

---

<sup>11</sup> “Informe al Congreso de Nüremberg”, p. 62, O.C.,Tomo I.



Jacques Adam

## Práctica analítica e inventario del campo lacaniano

“El psicoanálisis y sus interpretaciones”. El título da lugar al equívoco.

¿Se trata de las interpretaciones que el psicoanálisis hace, de las interpretaciones que el psicoanálisis permite? Tendríamos entonces aún que precisar a qué apuntan sus interpretaciones, y sobre todo recordar que no es el psicoanálisis el que interpreta, aún cuando uno se refiere a su “discurso”, sino el psicoanalista; lo que nos conduciría a interrogarnos sobre los inconvenientes, incluso los peligros, a que éste se identifique con aquel.

¿O bien se trata de las interpretaciones que uno tiene del psicoanálisis? Entonces en este caso más valdría hablar de “concepciones”, concepciones del psicoanálisis, término harto aproximativo para referirnos a cómo puede uno interpretar los conceptos que Freud ha establecido y con los que el psicoanálisis opera. Es claro que en este tema las divergencias han tenido como consecuencia prácticas bien heterogéneas. Como sea, aún quedaría en este caso el problema de saber quien es ese “uno” (que sin duda tiene el derecho de tener su opinión acerca del psicoanálisis), pero ¿se trata del mundo en general, portador de una *doxa* universal de uso sociológico, de la cual sin embargo sólo hacemos caso en singular y que reenvía entonces a los problemas, bien actuales (en todo caso sin duda cercanos), de la responsabilidad que vamos a tener en los proyectos eventuales del reconocimiento oficial de una práctica específicamente analítica? O bien ¿se trata del “uno”, si lo hay, de los psicoanalistas, de los practicantes, del conjunto de aquellos que operan, actúan (“actent”) con los conceptos de Freud y las “interpretaciones” de sus sucesores? En lo que nos concierne, se trata de la interpretación, o mejor dicho, de la lectura que Lacan ha hecho de esos conceptos, con sus consecuencias

prácticas. Lectura que una moda lamentable enuncia ahora en Francia, bajo la etiqueta bastante incierta de "El pensamiento-Lacan" (cuando uno sabe lo que Lacan "piensa" del pensamiento...!)

El debate de nuestro encuentro de Buenos Aires estará orientado por estos dos vectores, subjetivos y objetivos, del "sus" ambiguo de nuestro título, que se reúnen y se explicitan en los subtítulos de los temas a tratar, dirección de la cura, diagnósticos, finales del análisis: se tratará de debatir desde el punto de vista de la praxis de la teoría psicoanalítica, problema de ética entonces, el que Lacan, es útil recordarlo, sitúa en el corazón de la tercera sección de su Escuela en su fundación: "Sección de inventario del campo freudiano" que comprende también la articulación a las ciencias afines y el comentario continuo del movimiento psicoanalítico.

Entonces es normal querer que dialoguen los diversos abordajes del psicoanálisis, desde la perspectiva en que se practica, aún cuando sólo tengamos de ella un conocimiento aproximativo. Porque ¿qué sabemos en efecto de la concepción que se hacen de su práctica nuestros colegas? Será la ocasión, esperémoslo, de intercambiar sobre este tema sin falsos semblantes ni precauciones retóricas. No olvidemos sin embargo, como Lacan lo ha evocado, que el efecto del análisis no depende directamente de la más o menos buena concepción que el analista tiene del psicoanálisis y de su práctica. Uno comprueba simplemente que opera. ¿Habría prácticas "aconceptuales" que también producen sus efectos? ¿Pero qué efectos entonces? ¿Psicoterapia o psicoanálisis? ¿Readaptación o marginación? ¿Pacificación o subversión? En todo caso, el "hay (de l') analista" (que Lacan avanza como una probabilidad mas que como una certidumbre) no significa una titularización universal (a lo sumo un título en una escuela) y todavía menos que sólo hay analista lacaniano, categoría cada vez más problemática desde el estallido de los grupos. "Hay (de l') analista" dice que, desde el punto de vista desde donde la cura es dirigida y desde el punto de vista a partir del cual se obtiene un término final, un analista sabe y debe poder testimoniar de la concepción que tiene del psicoanálisis y de qué empleo de los conceptos da cuenta su práctica, a falta de lo cual es el valor de su discurso mismo lo que habrá sacrificado.

El problema, me parece, no es saber: ¿cómo interpretamos hoy?, con el riesgo de quedarnos en lo inefable. Se trata primero de aproximarnos con una mirada crítica y epistémica al efecto que tiene el psicoanálisis y sus interpretaciones en el campo donde opera el acto analítico: ¿cómo practicar esta otra ciencia que es el psicoanálisis, si no eres solamente psiquiatra, psicólogo, psicoterapeuta... ? Dificil cuestión, sin duda (y delicada para el yo si aún queda un poco para un analista), pero cuestión esencial para "la puesta al día de los principios a partir de los cuales la praxis analítica debe recibir en la ciencia su estatuto" ("Acta de fundación") Nuestra práctica no es una hermenéutica; el acto analítico sólo es posible en la identidad del discurso con sus condiciones.

Me parece que hay un espacio en el cual converge todo el problema del psicoanálisis y de sus interpretaciones (en los dos sentidos de "sus"), es el espacio de la transmisión. Tomemos el caso de lo que uno puede llamar la querrela de las identificaciones. Le ha hecho falta a Lacan una lectura opuesta a la doxa freudiana para inventar el montaje del pase, hecho para contrarrestar la concepción del final del análisis bajo el modo de la identificación al analista. No se trataría de permanecer ahora en la querrela de las interpretaciones. Pero ¿estamos tan seguros que nuestra concepción y nuestro empleo del pase eliminan de modo seguro el riesgo de la salida perezosa (o superyoica) de la cura según el modelo del analista? La experiencia no prueba aún verdaderamente que nos hayamos desembarazado de esos sacudones de la ética donde el goce del analista causa estragos en el deseo del analizante de la Escuela. ¿Estamos tan seguros que es provocando el efecto de deseo que invariablemente el inconsciente se abre? ¿Y si fuera por el contrario necesario que en primer lugar el inconsciente se abriera para que el efecto de deseo surja, en la síncope de la transferencia?

Hay aún muchas cuestiones que dependen de lo que se concibe del psicoanálisis y de su práctica, la inmensidad de la tarea se despliega día a día por sernos enseñada en primer lugar por aquellos a los que escuchamos ofreciéndoles la oportunidad temible de captarse como efecto del lenguaje en lo real. Más allá de lo cual, no hay sin duda nada más para interpretar. El psicoanálisis conlleva quizás en su práctica y en su teoría su propio término final.

Lo cual no debe ahorrarnos el comenzar a inventariar el campo lacaniano, campo de los goces, en el que la clínica psicoanalítica permite desplegar los medios, en función de los fines sobre los que no hay acuerdo adquirido por adelantado.

## Las interpretaciones del psicoanálisis

¿En qué consiste la divergencia de fondo entre lacaniano y no lacaniano? Aún en 2002, en un debate con el presidente de la AMP, el presidente de la IPA responde: la longitud de las sesiones; porque la reducción del tiempo de la sesión modifica las dos reglas freudianas en que se funda la escucha interpretativa: asociación libre y atención flotante. Lo que sucede en la sesión debe entonces, en el espíritu de la IPA, durar bastante tiempo como para dar lugar a una elaboración inducida y recíproca que funcione como una “asociatividad compartida” entre el analizante y el analista, o sea entre transferencia y contratransferencia.

Puede resultar tan instructivo apreciar a qué pueden reducirse las diferencias de interpretación del psicoanálisis que podría haber entre analistas no lacanianos, como las que podría eventualmente haber entre los que se dicen lacanianos. Pero lo que es aún más interesante es cuando esta diferencia de interpretación concierne a un mismo analista en dos momentos de su práctica, y esta diferencia opera en la dirección de la cura de uno de sus analizantes, cuando vuelve para un reanálisis. De eso da cuenta Heinz Kohut, el célebre psicoanalista de Chicago, en *Los dos análisis del Sr. Z.*, publicado en 1979. Kohut estaba escribiendo *La psicología del self* cuando tuvo lugar el segundo análisis del Sr. Z, cinco años después del primero.

El Sr. Z. tiene veinticinco años cuando comienza su análisis. Hijo único, vive con su madre desde la muerte de su padre, y se queja de inhibiciones en su vida social y ante las mujeres. Emerge en la cura una fantasía masturbatoria masoquista, aparecida a los cinco años, en la que una comadrona lo fuerza a hacer el amor o bien a servirle de retrete. Cuando tenía tres años y medio su padre enfermo había sido hospitalizado y se había enamorado de su enfermera, con la cual se había ido. Volvió al hogar cuando el paciente tenía cinco años. Kohut, que en este

análisis se adecúa a los estándares de la *ego-psychology* y a la *doxa* del complejo de Edipo, interpreta la transferencia como regresiva y pre-edípica, convencido de ocupar en la transferencia el lugar de la madre fálica con la cual el niño niega al padre castrador. Aparentemente curado, el análisis termina, para agradecer al analista dice Kohut, con un sueño en que el paciente rechaza a su padre en la puerta de la casa, cargado de paquetes llenos de regalos.

Cuando el Sr. Z. vuelve, el masoquismo del fantasma se ha extendido a su trabajo y a su vida en general, implicando una depresión crónica como síntoma mayor. Kohut abordará este segundo tramo de análisis como Otro respecto del analista que había sido en el primero. Su punto de vista teórico evolucionó de tal modo que da un sentido nuevo a su lectura del caso. El Edipo le parece entonces una resistencia teórica. Su nueva aproximación de la transferencia narcisística, con la cólera que la caracteriza, le permite un manejo enteramente diferente de la arrogancia y de las exigencias del paciente en la transferencia que no concibe ya como una repetición, sino como una puesta en acto del proceso de restauración del *self*.

Es sorprendente constatar, a través de lo que dice Kohut, hasta qué punto la nueva teoría del *self-objeto* que está elaborando en ese momento tiene consecuencias sobre la dirección de la cura del Sr. Z., y en particular en qué medida ella modifica la interpretación de la relación a su madre como objeto arcaico del *self* - Kohut habla de identificación al falo -. Esta madre, que pasaba su tiempo inspeccionando los excrementos de su niño y que, cuando era adolescente, se encarnizaba en extraer el sebo de sus puntos negros, quería - explica Kohut - retener a su hijo como objeto de su propio *self*. Kohut dirige la cura en el sentido de llevar a su analizante a abandonar este objeto de umbilicación del *self* que se pegaba a la piel como el punto negro del deseo del Otro materno.

De algún modo, la psicología del *self* que Kohut se inventa es la interpretación del psicoanálisis que le permitirá operar sobre la fantasía y exteriorizar su objeto, gracias a un cambio de posición del analista. Pues en su estrategia de restauración del nuevo *self*, Kohut no está lejos de tener el lugar de un semblante de objeto *a*, como lo destaca Serge Cottet en su prefacio a la tra-

ducción francesa. En esta segunda cura, el analista paga con su persona para desprender el deseo del *self* maléfico del Otro.

De todos modos el deseo del analista no deja de reconducir el objeto causa del deseo hacia la idealización del padre. Pues lo que retorna en play back al final de este segundo análisis es el Edipo que Kohut había querido borrar de él; el Sr. K., nuevamente inflado en su narcisismo, se vuelve entonces hacia el padre idealizado, lo que le permite incorporar en su *self* la '*male psychological substance*'. Al final de la cura, el Sr. Z. terminó con el masoquismo y se encuentra en camino de alcanzar la función del padre-síntoma. Se podría entonces decir que Heinz Kohut, en este segundo análisis en el que interpreta con su teoría del *self* el impase del primero, logró dejarse incautar suficientemente por el padre como para que el goce opaco del oscuro objeto materno del Sr. Z. se desvalorice.

Algunos años después Kohut se enterará, por una amigable carta de Navidad, que el Sr. Z. eligió una mujer suficientemente confiable como para hacerle un niño. Kohut, que por otra fuente había podido saber un poco sobre esta mujer-síntoma, termina su texto así: "Concluí que el Sr. Z. había elegido una pareja que poseía las cartas ganadoras del padre reunidas en una matriz de feminidad. Y concluí que había hecho una buena elección".

## Interpretación - Interpretaciones\*

En Julio de 2004 nuestra comunidad analítica se reunirá en su primera Cita Internacional de Escuela en la ciudad de Buenos Aires, para compartir perspectivas cruciales de nuestra práctica como analistas.

Dicha ocasión será la oportunidad para reunir y concluir el trabajo sostenido de los Foros a través de carteles, seminarios, jornadas, encuentros...

Los diagnósticos, la dirección de la cura, el análisis terminado, otras perspectivas interpretativas... Son los temas que desafían nuestro recorrido.

Algunas reflexiones han surgido de mi trabajo sobre la temática...

### **“No busco, encuentro”**

Si la interpretación analítica se aleja de la búsqueda hermenéutica es porque el acto analítico se define por el encuentro. Un particular encuentro - ni bueno, ni malo - que exige a uno el “silencio oportuno” y el “relámpago” lacerante; y espera del otro participe una respuesta que renueve asociaciones inéditas, para que “la interpretación recobre el horizonte deshabitado del ser donde debe desplegarse su virtud alusiva”.

Decir silencioso que no garantiza ese efecto que hoy, al releer a Freud de 1904, descubrimos en la belleza de sus enunciados, un

---

\* Título de las IV Jornadas Nacionales de los Foros de Argentina, realizadas el 19 y 20 de septiembre de 2003 en la ciudad de San Miguel de Tucumán.



cierto tono quizás ingenuo: la interpretación es un arte – nos dice el fundador – que consiste en extraer “del mineral en bruto, el contenido metálico de pensamientos reprimidos”.

¿Pero el inconsciente freudiano – después de Lacan – es el nuestro?

En 1974 Lacan afirma que el inconsciente no es un conocimiento, sino un saber “disarmónico” que de ningún modo se presta a un matrimonio feliz... Un inconsciente definido no como el lugar de las profundidades preciosas del océano o la montaña... El inconsciente es un “chancro” y por ser tal: “le hace falta una disciplina un poco distinta que una disciplina filosófica”.

¿El inconsciente freudiano – sin los efectos de la revolución tecnológica y genética, sin la *World Culture* – es el nuestro?

¿La promoción del goce autístico en un mundo poblado de letosas qué inconsciente construye?

“El mundo –dice Lacan– está cada vez más poblado de letosas.(...) Y en cuanto a los pequeños objetos *a* minúscula que se encontrarán al salir ahí sobre el asfalto en cada rincón de la calle, tras los cristales de cada escaparate, esa profusión de objetos hechos para causar su deseo, en la medida en que ahora es la ciencia quien lo gobierna, piénsenlos como letosas”.\*

Objetos que testimonian de la imposibilidad de la relación entre los sexos, ese no inscribible que hace que la interpretación, en cuanto a sus efectos, sea un incalculable. ¿Cómo calcular el goce del combatiente? ¿Cómo calcular aquello que hace obstáculo insalvable para que la relación pueda inscribirse?

No existe interpretación analítica que se aleje de dar a cualquier proposición encontrada su relación al goce, donde la palabra asegura su “*dit*-mension” de verdad.

---

\* Lacan, Jacques: “Los surcos de la aletosfera” , *El Seminario* N° 17. Paidós, Bs.As., 1992, p. 174.

En 1972 Lacan concluye “L’etourdit” con una interrogación que tiene la particularidad de ser una *demostración clínica*. “¿Dónde mejor he hecho sentir que con lo imposible de decir se mide lo real – en la práctica?” Texto que marca las coordenadas fundamentales de su definitiva teoría sobre el lugar de la interpretación en la dirección de la cura: el equívoco.

El equívoco en sus diversas formulaciones: “Tú lo has dicho”, “no te lo hago decir”, “las paradojas”.

Dos cuestiones a trabajar y que son la especificidad de la teoría y la clínica lacaniana en el tema de la interpretación: lo imposible de decir y los modos del equívoco.

Si la práctica psicoanalítica supone el acceso a lo real por lo simbólico, es el uso del equívoco el que permite obtener un efecto que no sea solamente un efecto de significado. La idea es que el síntoma es un mensaje, una metáfora que cifra un goce real. El equívoco apunta a obtener una metamorfosis, una mutación...

Mientras la interpretación por la vía del desciframiento, sobre “un inconsciente que se estructura como un lenguaje”, cae justa y opera sobre la falta del saber; una interpretación que juega con el equívoco se apoya en el complemento lógico de la inconsistencia estructural del “hablanteser” - no hay Otro del Otro - y es incalculable.

Es decir que Lacan agrega a la dialéctica fálica que tiene la función de participar en el deseo y el erotismo. Funda una excepción al todo fálico al escribir su sentencia: *La mujer no existe*.

### Litigar lo falso

En “Radiofonía y Televisión” (1970) Lacan indica: “Duplicar esa palabra es tomarla como se debe [il faut], cuando se trata de litigar lo falso de la interpretación. Es justamente como falsa, digamos bien caída, que una interpretación opera de través, a saber: donde el ser se hace con el *lapsus linguae*.”

¡Vaya qué párrafo!

Buenos Aires será la ocasión para desplegarlo desde sus diferentes aristas...

Pleitear, litigar es del orden de la invención; hacer semblante anticipando un encuentro incalculable. ¿Qué hay en los intersticios? Difícil arriesgar una respuesta... Seguramente un poco de nada que funciona como causa.

*Operar de través* en el ser caído, perplejo, vacilante del *lapsus linguae*. Operar sobre el sujeto resto luego del derrumbamiento de sus certezas yoicas.

Operar sobre el sujeto escindido del lapsus, sobre un sujeto embrollado, embarazado, turbado...

Equivocar, *pleitear lo falso*... intentando atrapar algo de ese desarreglo estructural entre el sujeto y su goce. (demasiado poco, demasiado mucho, eso no es, ahora no, muy tarde, muy pronto...)

*Operar de través* sobre el lenguaje que no es más que una *ornura*\* para despejar el adorno y maniobrar sobre la basura.

---

\**Ornura*: condensación del verbo orner (ornar, adornar) y ordure (basura, porquería, excremento) *Seminario R.S.I.*, clase del 21 de enero de 1975.

## Histerosomática

El cuerpo que trata el psicoanálisis no es el cuerpo mortificado que trata la ciencia. El cuerpo, para la ciencia es el corps (¡abran los cadáveres!), carne pesada (¡adelgazar!), extensión medida (¡el hipocampo disminuye!), conjunto de órganos (¡trafiquen riñones, hígados, ojos!), biomáquina (¡traten sus trastornos!).

Para el psicoanálisis lacaniano, la incorporación significativa hace ciertamente del cuerpo un desierto de goce. Pero los cuerpos salen del desierto, se bañan en el arroyo del goce sexual y llegan a la escena del mundo encharcados de histeria. La histeria “encharcó” {en Charcot} - es lo que Freud advirtió en París despidiéndose entonces del neurólogo que había llegado.

*Histerosomática*: es el término que propongo para abordar el cuerpo en psicoanálisis. Ese término especifica y diferencia la concepción de la carne hecha cuerpo del ser hablante. La histerosomática es la disciplina que verifica que el inconsciente se engarza en el cuerpo y que el sujeto - que es propiamente hablando histérico - es el inconsciente en ejercicio. La histerosomática tiene por base la *lingühisteria*.

La histerosomática muestra y demuestra que el sujeto del psicoanálisis no va sin el cuerpo, así como no hay cuerpo humano sin sujeto. El cuerpo, indica Lacan en ‘Radiofonía’, es el soporte de la relación del sujeto con el significante. Sin ese soporte no hay sujeto (no hay sujeto de un cuerpo muerto). Inclusive el *fading* del sujeto tiene efecto en el cuerpo, de eso testimonian los fenómenos disociativos de la histeria. El cuerpo como soporte del sujeto puede tener diversas manifestaciones *lingühistéricas* puesto que se trata de un ‘cuerpo hablante’.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Cf. *Seminario XX* de J. Lacan

La historización del cuerpo es histórica – la incidencia del  $S_1$  en el cuerpo marcándolo con un trazo -, y eso es lo que permite situarlo en una cadena significativa, o sea en una hist(e)orización.

“Las intimaciones {sommations} de allí resultantes, por ser el hecho de una ficción del emisor, no es tanto de la represión de lo que dan testimonio (puesto que ella no deja de ser construida) como de lo reprimido que hace agujero en la cadena de vigilancia (que no es sino perturbación del sueño).”<sup>2</sup> El término sommation {intimación} equivoca en francés con somation {literalmente: somación}, que habla justamente del cuerpo (*soma*, en griego). Las intimaciones significantes del tipo ‘tú eres...’, emitidas por aquellos que ocuparon el lugar del Otro para el sujeto – madre, padre, abuelos, etc. – constituyen las somaciones del físico del sujeto, las características de su soporte corporal. Esas intimaciones son  $S_1$  – el enjambre {essaim} de los significantes amo – que el sujeto recibe como ficciones (fantasías, ideas) emitidas por esos otros.

Somation es un término médico que significa adquisición, en el curso del desarrollo, de características que modifican el soma sin modificar el germen – que es el soporte bioquímico, cromosómico, del patrimonio genético. El cuerpo, con sus características significantes, es un cuerpo histórico formado por los dichos del Otro. Es también un cuerpo histórico constituido por el retorno de lo reprimido. He aquí una generalización del síntoma histórico: no se trata de somatización, sino de somación. Es lo que nos hace proponer el término histerosomática como disciplina, oriunda del psicoanálisis, para abordar el cuerpo. El síntoma llamado conversivo hace al sujeto acordar<sup>3</sup> – con lo real pulsional – rompiendo la vigilancia sonorífera de la conciencia. Con base en la histerosomática, podemos pensar el psicoanálisis como una ‘terapia corporal’, pues ella actúa sobre el cuerpo una vez que en éste se da la disputa entre lo consciente y lo inconsciente.

---

<sup>2</sup> Lacan, ‘Radiofonía’.

<sup>3</sup> Acordar es en portugués acordar y también despertar.

La histerosomática incluye el afecto, pues éste es fundamentalmente corporal, no hay angustia sin compromiso del cuerpo: dolor en el pecho, en las tripas, en el corazón, taquicardia, aflicción. La pasión amorosa también es corporal: las piernas tiemblan, el corazón se acelera, la boca se seca. El miedo torna el cuerpo lívido, exangüe y, muchas veces, suelta el intestino. Medid las neuro-hormonas en esos momentos: por cierto sus valores estarán alterados. Qué cosa se trate (la causa o el efecto) y cómo se la trate (por el discurso o por la química) es una cuestión ética.

En la histerosomática el cuerpo está en escena y se da a ver al otro, es un cuerpo-espectáculo que funciona para el propio sujeto como Otra escena, otro palco adonde ocurren varios malentendidos. Presenta por lo tanto una doble vertiente: palco para sí mismo y palco para el otro, presencia de un plus de mirar.

En la histerosomática el cuerpo también es marcado por un plus de voz que mece, perfora, moviliza, arranca lágrimas como un adagio, o hace danzar como una samba. Es un cuerpo que se excita con la voz, se enciende, y puede apagarse. La *cantada*<sup>4</sup> viene más del canto que del contenido, depende más de la voz que de lo dicho. Es también cuerpo comandado por la voz del superyó. Cuerpo por lo tanto que se pinta con un mirar y vibra con la voz.

Nuestros cuerpos están encharcados de histeria, son cuerpos históricamente históricos, marcados por los acontecimientos significantes que no sólo van dejando trazos y síntomas (événements du corps) sino también moldeando, modelando el cuerpo, porque el significante es la causa del goce que retorna históricamente al cuerpo. Y es por eso que el cuerpo que tratamos es del orden del semblante, y responde al discurso del analista.

---

<sup>4</sup> El término *cantada*, perteneciente al argot brasileiro, es la seducción hablada, el conjunto de las palabras con que se seduce a alguien para conquistarlo sexualmente, amorosamente.

EL PSICOANÁLISIS...

Jacques Adam  
París

## La entrada en análisis: las entrevistas preliminares

*"No hay entrada posible en el análisis  
sin entrevistas preliminares"*

(Jacques Lacan, "El saber del psicoanalista", 2/12/1971)

### Introducción

No hay doctrinas codificadas de la entrada en análisis, sino un cierto número de concepciones variadas que en el post-freudismo han sido llamadas: indicaciones, contraindicaciones del análisis, analizabilidad, etc.

Lacan introdujo el término de entrevistas preliminares que, si bien son preliminares (a una dirección posible de la cura), no por ello forman menos íntegramente parte del acto analítico, precisando pues una concepción y un manejo advertidos de la demanda y de la transferencia, orientadas por la presencia (el deseo) del analista.

Pero la cuestión de la entrada en análisis no es tan solo una cuestión técnica o simplemente corporativista, en el sentido de que habría diversas maneras de hacer según las distintas corrientes de pensamiento: el momento de entrada en análisis implica a quien dirige la cura, el analista, en su deseo mismo, pero también implica a quien, al pedir implicarse en la experiencia analítica pone en juego por su síntoma lo más profundo de su ser, sin saber aún cual será el precio de separación de goce que la experiencia podrá costar. La cuestión de la entrada en análisis es pues también aquella del final de análisis o del término en el cual la experiencia acaba. Es una cuestión ética: *praxis* de la teoría.

El problema de la entrada en análisis no deja de tener relación



con un aspecto de la actualidad del movimiento psicoanalítico que pone en cuestión la evaluación de las curas y el título mismo de psicoanalista. Según las concepciones que se tengan del psicoanálisis y del inconsciente, habrá diferencias entre lo que se llama psicoanálisis o psicoterapia, y por lo tanto acerca de la forma de introducirse en ellas. Los distintos dispositivos (diván, cara a cara, etc.) no son suficientes para decidir en el debate entre psicoanálisis y psicoterapia. Hay psicoanálisis que se llevan a término en un cara a cara como la experiencia de Lacan nos lo enseñó. La corriente tradicional tiende a considerar la psicoterapia como un psicoanálisis más suave, menos en profundidad. En estas condiciones, se puede llegar a llamar psicoterapia aquello que pura y simplemente hizo imposible la entrada en el análisis propiamente dicho. Pero, sin embargo, si también hay prácticas que podemos llamar “psicoterapias psicoanalíticas” o bien “de inspiración psicoanalítica” aún quedaría por saber qué es exactamente lo que colocamos bajo esos términos que no remiten solamente a una cuestión técnica sino también a lo que en términos lacanianos llamamos discurso. No hay entrada en el espacio del inconsciente sin una forma de discurso que objetive el decir. Todo el problema consiste en saber cómo hacer que ese decir se torne verdadero. Son las condiciones y los fines de la entrada en análisis.

Para abordar la cuestión de la entrada en análisis, no es inútil comenzar por una ojeada a la historia para ubicar la posición de la cuestión, y luego ver que es lo que Lacan coloca bajo este término de entrevistas preliminares, acerca del que directamente no dice muchas cosas. Lo que obliga a pasar por otros vectores de la doctrina lacaniana como son la topología, la lógica, la demanda, y la transferencia. Esto para intentar despejar una problemática a partir de la cual, esta vez explícitamente y hacia el final de su enseñanza, Lacan habla de las entrevistas preliminares en términos de relaciones de cuerpos y de introducción al discurso analítico.

### Posición ante la cuestión

Es en los *Escritos técnicos*, una serie de artículos aparecidos entre 1904 y 1908, donde Freud habla del inicio del tratamiento, que es lo que más se acerca al tema de la entrada en análisis.

Freud habla allí de las reglas del inicio del tratamiento, reglas que por lo tanto están en el tratamiento analítico y que es necesario decir, incluso más que las reglas del tratamiento mismo, así como en el juego de ajedrez donde, entre el principio y el final de la partida, las reglas permiten comprender algo y saber como operar para tener éxito. Estas reglas se encuentran ligadas a lo que Freud llama propiamente el plan del tratamiento. A decir verdad, corrige este término de reglas diciendo que simplemente son consejos necesarios para el "tratamiento de prueba". Tratamiento de prueba que forma parte íntegra de la cura misma, obedeciendo a las mismas reglas. Esto sirve no solamente para facilitar el diagnóstico (aquí observamos que Freud como Lacan mismo se preocupan del diagnóstico desde el principio del tratamiento), sino que responde también a un principio de precaución: se trata de apartar la psicosis, inaccesible al tratamiento analítico para Freud, que mantiene en esto una posición fija, pero que no va a ser la de Lacan.

Este tratamiento de prueba no debe ser demasiado largo y debe llevarse a cabo con toda neutralidad: no puede por ejemplo venir a continuación de otro tipo de terapia ni llevarse a cabo cuando el psicoanalista y el futuro paciente mantengan relaciones de amistad. En efecto, Freud subraya que en este caso la transferencia puede hallarse por delante de la cura propiamente dicha, y se pierde entonces la ventaja de ver como esta transferencia y la resistencia que la acompaña se constituyen progresivamente. Pureza del estilo de Freud en el investimento que le es pedido al futuro analista del futuro paciente en el albor del tratamiento.

El futuro analista debe ser un hombre advertido, nos dice Freud: ni la confianza ni la desconfianza del paciente hacia el tratamiento deben ser tomadas en cuenta, y sería un error orientarse por este tipo de afectos. Y ello porque las resistencias interiores que protegen a la neurosis son desde luego mucho más poderosas que los alegatos de confianza, de desconfianza, o de esperanza en la terapia que el paciente pueda emitir. Al paciente demasiado confiado, el analista le deberá contradecir sus prejuicios favorables previniéndolo de que la experiencia analítica va a ser difícil. Al paciente desconfiado, el analista deberá señalarle que se trata ya aquí de un síntoma y que es precisamente por ello que está pidiendo un análisis. Lógica y rigor del estilo de

Freud que no atiende nada que no sean las leyes del inconsciente, alborotadas por el simple juego del “consejo” de la asociación libre que va a adquirir el peso de una “regla fundamental”.

En el principio de una cura Freud aconseja igualmente no ceder sobre el desarrollo regular y continuo de las sesiones: así, contra aquellos que querían abreviar su tratamiento pretendiéndose liberados de sus síntomas, Freud hace un llamamiento a la intemporalidad de los procesos inconscientes, que hacen de la cura una máquina que una vez se pone en marcha ya no debe detenerse. El tratamiento analítico no puede ser selectivo porque “el poder del análisis sobre los síntomas es comparable a la potencia sexual”, que es Toda, y es pues como un todo que la potencia del dispositivo analítico debe ser considerada. Es la razón por la cual resulta imposible predecir la duración de una cura analítica. Nada de promesas de un tiempo de felicidad en el dispositivo analítico, tal es ya la posición de Freud.

También deben pagarse las sesiones fallidas, recuerda Freud, no debiendo existir el acto gratuito ya que aumentaría las resistencias y provocaría malentendidos transferenciales, en particular con las mujeres...

Freud preconiza pues el inicio del tratamiento analítico en un modo que es al mismo tiempo sumamente prudente y al mismo tiempo muy autoritario. No existe en él, hablando con propiedad, la idea de “entrevistas preliminares”, puesto que en efecto preconiza tender al enfermo desde el inicio del tratamiento (igualmente por razones históricas, ligadas a la hipnosis), permitiendo este dispositivo aislar la transferencia y su poder de resistencia con el que se deberá trabajar durante el tiempo de la cura. Finalmente Freud se preocupa sobretodo de lo que llama el material con el que conviene comenzar un tratamiento. Este material es el lenguaje, en esencia es tan solo la regla fundamental lo que debe decirse al paciente, a partir de lo cual pueden comenzar las interpretaciones una vez que la transferencia se haya mudado en resistencia.

Economía de medios y grandes efectos. El analista no tiene pues en principio razones para ser más hablador al principio del tratamiento que durante el mismo. ¿Por qué Lacan introduce entonces esta noción de entrevista y de preliminar, y si tiene

lugar allí la introducción al discurso analítico, sería la empresa hoy más difícil o más delicada de producir que en tiempos de Freud? Sin duda existen razones coyunturales: banalización de la psicología y de los juegos del lenguaje en las costumbres, y quizás haya que ser más vigilante sobre la naturaleza del discurso que se sostenga que en los tiempos de Freud.

Entrevista preliminar no significa sin embargo evaluación.

Allí donde Freud puede llegar hasta a hablar de contraindicación del análisis porque el futuro paciente no se hallaría en disposición de soportar las frustraciones, el sacrificio y la abstinencia que el psicoanálisis implica, allí donde acabaría incluso por desanimar al analizante que se complaciese demasiado en el ejercicio, Lacan se mostraría en el fondo más tolerante y más “didáctico”: tan solo aquellos que, viniendo a pedir un análisis, dicen querer comprenderse mejor, son los que tendría tendencia a apartar de la experiencia. Para los demás se trata de saber hacer para que funcione el discurso analítico. Este sería el objetivo de las entrevistas preliminares, ejercicio técnicamente más difícil de lo que parece.

Este saber hacer, que sin embargo no es técnico más que en apariencia, ya había preocupado a los contemporáneos de Freud. En 1927, Ferenczi hablaba de un va y viene incesante de la posición del analista en la cura entre “empatía, observación y juicio”, para decidir acerca de las posibilidades de intervención y de interpretación del analista. El método llamado activo, permite al analista engranar mejor la cura, favoreciendo la disposición del paciente a ceñirse a la regla fundamental, pudiendo incluso verse llevado - el analista - a hablar de sí mismo al principio y durante el tratamiento. Este método por *insight*, en el que Lacan considerará un efecto de “connivencia”, había sido objetado por Freud en 1912 en su artículo “Consejos a los médicos”. No se trata, decía él, de hablar de las propias “deficiencias psíquicas”, porque se correría entonces el riesgo de que el paciente considerase el análisis de su analista más interesante que el suyo! Sin embargo, en 1918, en el último artículo de los escritos técnicos, “Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica”, Freud evoca de nuevo el método activo de Ferenczi sobre el cual asienta algunas esperanzas. Esta inclinación de Freud de seguir a Ferenczi en un método con el cual no está completamente de acuerdo, quiere sin duda simplemente decir que Freud, de hecho, pide que sea esen-

cialmente en la frustración en lo que el analista sea activo para hacer respetar la regla fundamental.

Después de Freud, en particular con la llegada de la *ego-psychology* en América y bajo la presión de la cultura y del discurso médico predominantes, el problema de la entrada en análisis se va a plantear en términos de indicaciones y de contraindicaciones a las posibilidades de adaptación al mundo. Otto Fenichel, en 1941, en su célebre *Problemas de técnica psicoanalítica*, y en 1945, en su *Teoría psicoanalítica de las neurosis* en dos volúmenes, ya había codificado las modalidades de entrada en análisis. Posteriormente, es en términos de contrato, de pacto, de alianza terapéutica, de planificación, como el problema de la cura y de sus inicios va a ser abordado. Greenson habla de alianza de trabajo para definir el marco de la cura, Leo Stone, en 1961, de transferencia racional y de transferencia madura. Langs, en 1973, codifica el principio del análisis en seis puntos que van desde la primera llamada telefónica al analista y de como responder a ella, hasta el intento de definición de la “realidad de la cura” en un marco fijo. Recordaremos que Freud había hablado de un “plan” del tratamiento en 1913. En 1951, Ernst Kris en su artículo “Psicología del yo e interpretación en la terapia psicoanalítica” (El hombre de los sesos frescos) consagra toda una parte de su artículo a lo que llama la planificación. Es un método de localización de los tiempos de la cura para ajustar la táctica y la estrategia del acto terapéutico a las necesidades de la interpretación. El plan de la cura permite al analista localizar sus propias reacciones espontáneas, sus “ideas preconscientes”, e incluso corregirlas si fuese necesario. En una palabra, desde el principio hasta el final, se trata de un plan deseable, dicen estos analistas, para el control de la contratransferencia y el respeto de la armonía de la cura en su marco, incluyendo los *insights* excepcionales que puedan producirse y tener los mejores efectos.

La idea de un marco necesario para la cura en el interior del cual “la escucha analítica” pueda ser localizada es una idea que andará su camino hasta los tiempos contemporáneos (Green, Wildlöcher, etc.). En 2001, el número especial de la *Revue française de psychanalyse* evalúa las diversas corrientes del psicoanálisis en los inicios del siglo XXI. En esta evaluación, una parte de la corriente francesa de la IPA no puede no pagar su deuda a la teoría lacaniana. Desgraciadamente es para demostrar que la

técnica lacaniana de la cura conduce inevitablemente a hacer psicoterapias por sugestión y no psicoanálisis propiamente dicho. Es con esta posición que parece no haberse movido en medio siglo como esta corriente se hace oír en el concierto de los debates actuales sobre la reglamentación de las psicoterapias, de la que se comprende entonces mejor su importancia y sin duda su peligro.

En el mismo número de esta *Revista*, Otto Kernberg hace un largo desarrollo sobre el lugar del psicoanálisis clásico en relación a sus formas asociadas como son la “psicoterapia psicoanalítica” y la “psicoterapia de soporte basada en el psicoanálisis”. De entrada se puede ver claramente que es en términos de indicaciones y de contraindicaciones del tratamiento como se habla de la entrada en análisis, que se asienta según Kernberg sobre una evaluación de la fuerza del yo, sobre la motivación del sujeto, sobre su capacidad de introspección y de *insight*, sobre los beneficios secundarios, y de forma más paradójica sobre valores como la inteligencia del paciente y su edad. Esto es sin embargo modulable y adaptable a diversas formas de técnicas que deben utilizar los terapeutas para responder al “entorno social, cultural, y económico que evoluciona”.

Kernberg diferencia así el verdadero psicoanálisis, el que provoca un cambio estructural y en profundidad de la personalidad, de la psicoterapia psicoanalítica que utiliza la interpretación explicativa antes que la interpretación en la regresión. La interpretación de la transferencia se hace entonces en el *hic et nunc* y no como repetición del pasado. Finalmente la psicoterapia de apoyo se inspira en el psicoanálisis clásico pero sin interpretación de la transferencia y sin mantener la neutralidad analítica, reduciéndose las interpretaciones a simples explicaciones, siendo indicada esta práctica de apoyo solamente en los casos más graves. Así pues, paradoja, cuanto más gravedad se evalúe en el caso, más ligero será su abordaje.

En lo referido al inicio del tratamiento Kernberg se mantiene freudiano, aunque se aparta un poco cuando desaconseja enérgicamente una evaluación psiquiátrica en el inicio del tratamiento, por conllevar el riesgo de deformar la aproximación al paciente que se pueda hacer únicamente con los medios de la transferencia y su desarrollo en la relación terapéutica inicial.

La corriente francesa mayoritaria de la IPA no está totalmente de acuerdo con la posición de Kernberg. Esta corriente no comparte la idea de una psicoterapia de apoyo de inspiración psicoanalítica y teme la deriva de la psicoterapia analítica hacia la psicoterapia de apoyo. Sin embargo, la psicoterapia psicoanalítica es reconocida por esta corriente en la medida en que puede ser una especie de psicoanálisis menos traumático, más dulce, menos angustiante y que permitirá en algunos casos servir de prelude a un psicoanálisis propiamente dicho.

No es de esta forma lineal, como un *continuum* entre psicoterapia y psicoanálisis como la corriente lacaniana plantea lo que puede ser la entrada en análisis. En 1989, la École de la cause freudienne dedicó una de sus Jornadas de estudio a la entrada en análisis, sus momentos y sus envites. Se desprende de estos trabajos un vector común: la concepción que se tenga de la entrada en análisis viene determinada por la concepción que se tenga del final de análisis. Lo que no quiere decir que todo esté jugado desde el momento de inicio, sino que el análisis, como el inconsciente, se juega en un espacio topológico y no lineal. Esta posición tiene el mérito de oponer el acto analítico al pacto analítico, y de poner en valor la lógica del momento de entrada en análisis.

### Lógica de la entrada en análisis

Partamos del problema de la transferencia y de la interpretación al principio de la cura. Las entrevistas preliminares no son en principio el lugar al cual precipitarse en el deber de interpretar. Lacan, por otra parte, criticó la errónea inversión de los post-freudianos, que consistió en movilizar la transferencia a través de la facilidad seductora de las interpretaciones iniciales. Primero la transferencia, luego la interpretación (de las resistencias), y no al revés, según la lección misma de Freud.

Lacan distinguió la estrategia de la transferencia y la táctica de la interpretación. Primero forzado por los investimentos que operan en el espacio de la transferencia, el analista reencuentra sin embargo la libertad, la de su decir, en el tiempo de la interpretación, y si invirtiese estos términos sería entonces la interpretación misma quien haría obstáculo a la transferencia, con-

virtiéndose en caduca la cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la demanda.

Sin embargo hay algo que hace interpretación desde el momento de las entrevistas preliminares y que desde ahí hace que la continuación de la cura sea posible, ya que también podría decirse: la entrada en análisis, es el juego inmanente a la puesta en función del deseo, y ya que el deseo, es su interpretación, la entrada en análisis va a ser la puesta en juego del deseo por el juego interpretativo, por la puesta en función de la palabra en el campo del lenguaje. Las entrevistas preliminares, al invitar a hablar, y solamente a hablar, movilizarían en cierta forma, *de facto*, el lenguaje del deseo.

Sin duda no es tan simple porque hay sobretodo una lógica superior que preside lo que es un encuentro analítico en su momento inicial. La entrada en análisis es un movimiento topológico entre un sujeto y un objeto cuyo lugar ocupa el analista, y lo que ocurre es que el sujeto que va al analista llega normalmente antes o después a preguntarse... que fue lo que vino a pedir. ¿Acaso no está ya entrando en el movimiento del análisis? No es que se encontrase ya en él, sin el saber mismo, por la gracia de la transferencia. Porque es en efecto necesario que el Otro, por su presencia activa, su escucha, le devuelva ya su mensaje bajo una forma invertida: tú puedes saber (*scilicet*) lo que pides al preguntarme a mí que es lo que viniste a pedir, y en la respuesta tú ya estás! Lo que está obrando es una lógica del après-coup, en el efecto retroactivo de la demanda sobre el deseo. Es la lógica del grafo del deseo, del cual Lacan hizo el recorrido para poner de relieve los puntos de encuentro de la enunciación y del enunciado en el despliegue del discurso. La lógica del encuentro de las entrevistas preliminares es este capitonaje de la demanda en la palabra dada en el momento inicial.

Esto, que constituye una experiencia habitual para todo analista lacaniano, parece no haber sido escuchado por los analistas de la IPA para quienes el corsé lineal de la demanda y de su desarrollo topa con el encuadre analítico, valorado como más útil que las sorpresas del discurso que allí se sostiene. A esta subestimación del marco de lenguaje del inconsciente, se le va a sustituir la orientación inicial hacia una “alianza terapéutica”,



que bien podría ser, como lo sugirió acertadamente Colette Soler, una “alianza contra el inconsciente”. Es la SAMCDA de Lacan: Sociedad de Seguro (Assurance) Mutuo contra el Discurso Analítico.

En suma, el espacio de desarrollo de la transferencia atraviesa el tiempo en el que se hace posible interpretar un deseo de analizante. Y aquello de lo que es libre el analista en este momento, es de poner fin a las entrevistas preliminares para comenzar la cura propiamente dicha. Sin duda, este es el momento difícil de las entrevistas preliminares, que se presentan como una serie de escansiones del tiempo lógico. ¿A qué momento los dos partenaires van a salir conjuntamente de este dispositivo preliminar?. ¿Y cómo provocar “la modulación en que la tensión del tiempo se invierte en la tendencia al acto?” ¿Acto de quién?. En primer lugar del analista, quien de una o otra forma decide continuar, de manera tal que “el después de la cura haga antesala, para que el antes (o sea la entrada en análisis) pueda ocupar su rango”. Quien pide puede entonces tomar acta de la oferta de palabra, ofreciendo la suya a los riesgos y a los equívocos del lenguaje: la cura ya no es tan sólo lo que podía aparecer como simple horizonte de las entrevistas preliminares y como espejismo de una promesa, sino que es captada retroactivamente en el instante del primer encuentro cargado de significaciones desconocidas pero por venir.

En la dialéctica de la demanda encontramos ese vuelco. El análisis comienza, como dijo Freud, por la puesta en forma del síntoma. Es lo que el neurótico comenzó dando desde el inicio, un poco de su síntoma. Lo que nos ofrece no deja de ser falaz, pero debe aceptarse como puesta en juego de un primer semblante. El sujeto quiere entonces que el analista mismo le pida algo, y como que no le pide nada (o tan poco en las entrevistas preliminares), el sujeto neurótico comienza a “hacer gamas” con sus demandas (Lacan). Es su primera entrada en análisis. Quiere que se le suplique y no pagar nada. De hecho, en este juego dialéctico de la demanda que constituye el tejido capitonado de las entrevistas preliminares, el sujeto se verá en la obligación de pasar por la demanda del otro y del saber que le imputa. La ligereza del ser del significante se entrecruza con el peso de la transferencia.

## El significante de la transferencia

“La transferencia es la puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente”. Esta frase de Lacan llevaría a pensar que es preciso franquear un umbral para entrar en la dimensión del análisis y del discurso analítico. La entrevistas del principio serían entonces los preliminares del franqueamiento de este umbral. El término de preliminar resulta entonces adecuado para enmarcar, entre amor y acto, el riesgo de franqueamiento de un umbral tal, que es aquél en donde debe detenerse el caballero del amor cortés pero que no va a serlo menos para cada cual.

¿Este pasaje al acto en el espacio del inconsciente y de lo sexual depende tan sólo del automaton del significante, en cuyo caso alguna cosa podría volverse predecible sobre el futuro de estos preliminares, fundándose en la simple promesa del efecto del lenguaje? ¿Es esto lo que se llamaría con Lacan la introducción al discurso analítico y ello por la vía del significante de la transferencia?

O bien ocurriría que, al no contentarse solamente con la simple localización del significante de la transferencia en el que está tomado, el analista deba él mismo hacer signo de algo de su propio deseo (engranando así la cura), posición que va más allá de tan sólo poner en lenguaje el deseo en los momentos iniciales del encuentro, debiendo considerarse que de todos modos está lo impredecible y lo incalculable en la cesión de goce que se produce a lo largo de toda la cura y hasta su final.

Tratar la transferencia como un significante, así como lo hizo Lacan, es una novedad. Entendido primero como un fenómeno de desplazamiento que obedecía a un mecanismo de repetición de afectos, Lacan hizo de ello un fenómeno de desplazamiento de significantes, y llamó significante de la transferencia al significante de este desplazamiento de significantes que se repite, como en el juego pulsional.

Esto cambia algo a la idea de que la transferencia pueda ser simplemente un umbral a franquear en la prueba de la entrada en análisis. En primer lugar, la transferencia no es solamente la metáfora amorosa de la vida afectiva de la infancia, sino que también se despliega en la metonimia del juego pulsional que

regula las elecciones de objeto del investimento libidinal. Pulsional y repetitivo, se convierte en un asunto de deseo y no solamente de amor. La transferencia es efectivamente un investimento de libido sobre el analista pero este desplazamiento, del síntoma del sujeto al analista, ¿acaso se evalúa, y se evalúa como franqueamiento en la dimensión de lo sexual, como umbral de deseo?

Tomemos estos ejemplos de sueños llamados de transferencia que pueden aparecer en el curso de las entrevistas preliminares y que parecen permitir sellar el pacto analítico. Pueden ser engañosos al manifestar las más de las veces la resistencia allí donde se cree discernir un desplazamiento positivo.

Por ejemplo, este paciente, obsesionalizado durante tres años por un analista de la IPA, que desde el tercer encuentro sueña con que el calor comunicativo que le pareció percibir en la persona que le abrió la puerta se prolongaba en mi despacho, en una escena en la que lo tomaba afectuosamente entre mis brazos. Tan rápida capacidad para elegirme imaginariamente como objeto capaz de responder a su demanda de amor, no me animó a invitarle a tenderse en la siguiente sesión. No se trataba, según me parece, del franqueamiento de un umbral, antes al contrario. En efecto, tomando en cuenta su experiencia anterior, la de un análisis terminado brutalmente con el rechazo a pagar las sesiones a las que faltó, este sueño lanzado a la cara del analista para seducirlo remitía a los impases de su primer análisis y al universo mórbido de sus demandas infantiles de amor. En suma nada nuevo que demostrase el franqueamiento de un umbral, ni el menor significante de un desplazamiento posible de una problemática que podría haberse percibido por ejemplo en el efecto de sorpresa (caro a Reik) y pues de apertura que habría sobrevenido en el recodo de las entrevistas preliminares.

Ello es así porque se precisa que el analista ponga de lo suyo para provocar el efecto de apertura, y para que pueda ser dicho que un umbral ha sido verdaderamente franqueado. Otro ejemplo: éste que pide un análisis, y que después de algunas entrevistas preliminares usa el pretexto cobarde de una enfermedad psicósomática banal para elegir poner un término a las primeras citas de un análisis que teme va a ser demasiado doloroso. El analista responde con brutalidad, a propósito de este pre-

texto falaz: “Ya lo sabía”. Evidentemente que no sabía nada de ello, puesto que el postulante nunca se lo dijo. Pero este semblante de saber permitió sin embargo la entrada en análisis, porque la aserción del analista, avanzando sobre el goce del cuerpo hablante, desplazó el enigma cerrado del goce del postulante hacia el terreno del saber de los significantes y del inconsciente.

El analista no puede poner de sí, para el franqueamiento del umbral que permite la transferencia, más que en calidad de objeto investido de significaciones en sí mismas todavía enigmáticas, y esto nos remite a lo que Lacan dice de la estructura del acto: el objeto es allí activo y el sujeto subvertido.

Para que el objeto de la transferencia devenga activo, es evidentemente necesario que tenga su lugar en el espacio de las entrevistas preliminares. Ello no contradice la regla de la neutralidad que no es benévola más que “en potencia”, en potencia de un actuar dejado a la libertad del analista en las secuencias del discurso del paciente. Es preciso que haya una apertura posible a pesar del cierre del inconsciente que es lo propio del fenómeno de la transferencia, una apertura, una ventana sobre el saber, por ejemplo de este tipo: después de cuatro o cinco entrevistas en las que las condiciones financieras y temporales de las entrevistas habían sido fijadas y respetadas, esta paciente pide la revisión (evidentemente a la baja) del precio de las sesiones. La respuesta, diferida hasta la siguiente cita, fue de invitarla a tenderse, y de mantener el precio convenido de las sesiones (se trata de alguien que también había hecho un análisis). Su demanda repetía una forma de dependencia financiera ancorada a unos padres benévolos, y su desconfianza y resistencia iniciales no pudieron ceder hasta que llegó a decir: “¡en fin, supongo que sabrá lo que está haciendo!” En suma, ella también sabía perfectamente lo que hacía en este poner a prueba, y es la puesta en funcionamiento del sujeto supuesto saber que ella misma relanza en su decir lo que permitió la apertura y la entrada en este campo de la pasión de la ignorancia que animó su historia, del lado del amor y del lado de su cultura.

Lacan va más lejos que Freud en la cuestión de la transferencia: no es solamente resistencia y cierre del inconsciente, también es, por el saber, apertura sobre lo real del sujeto. En suma es siempre algo positivo puesto que se ama siempre a quien se le

supone el saber, y ofrecerse a ser el objeto de la transferencia ya es el primer semblante por el cual el analista interviene y se hace presente en ocasión de las entrevistas preliminares. El significante de la transferencia no debe pues solamente ser considerado como un umbral sino también como posibilidad de desplazamiento de significantes y de surgimiento de algo nuevo. Lo nuevo es que un cualquiera haya devenido alguien, que un analista preciso haya devenido una persona precisa, nombrada de tal suerte que se pueda distinguir lo que hay de transferencia sobre un objeto y sobre una persona determinada, de lo que es simple y vaga transferencia al psicoanálisis en general como puede ser el caso en los sujetos más resistentes. La transferencia es el significativo amo de la posibilidad de cambio de discurso.

### La introducción al cambio de discurso

¿Cómo pueden las entrevistas preliminares conllevar un cambio de discurso? Libre en un decir que maneja a su antojo, el sujeto debe sin embargo dar a escuchar algo más que su deseo y sus fantasmas, algo de particular de lo cual tomará acta el analista avalando la demanda (deseo del analista). La potencia de la regla fundamental ya se halla en filigrana, en potencia, en las entrevistas preliminares, momento crucial escandido por la función del objeto pequeño *a*. En efecto, no es en la relación intersignificantes donde se puede comenzar atrapando al sujeto, al sujeto que habla libremente, puesto que en esta relación entre significantes el sujeto huye, se desvanece, se “barra” (resistencia de la transferencia). ¿Dónde atraparlo entonces? Lacan nos lo indica: entre el decir y el hablar. El sujeto comienza por decir, pero será cuando comience a hablar y que ello se perciba por los efectos producidos cuando se pueda concluir que las entrevistas sí fueron preliminares a la entrada en escena del inconsciente. En efecto, es en la separación entre la libertad de decir y el constreñimiento de hablar (que son los dos polos dinámicos de la regla fundamental) donde hay una pérdida de goce, que se convierte en asunto del sujeto y que en cierto modo viene a representarlo de una forma más sólida que el significante mismo. Esta lógica es la misma que la del fantasma; puede extenderse al discurso. Por el fantasma, el sujeto aparece en el pequeño *a* como causa de sí en el deseo. Esto quiere decir que el fantasma tiene valor de

deseo. Asimismo, por la regla fundamental, el sujeto aparece como causa de sí en el discurso. Lo que quiere decir que su palabra vale discurso. En las entrevistas preliminares funciona pues esta pérdida entre el “yo digo” y el “yo hablo” (puesto que el todo-decir de la regla fundamental es imposible de sostener) y esto permite introducir al sujeto a la fabricación de un discurso que pone a prueba la renuncia al goce del decir que representa la regla fundamental. El constreñimiento de la regla fundamental es la renuncia al goce que se articula como discurso. Es el pivote objetivo que hace que sea tomada en serio, con ocasión de las entrevistas preliminares, la búsqueda de ese oscuro objeto de deseo que es entonces extraído de la ciénaga inicial de la intersubjetividad.

En esta serie de las entrevistas del principio, ¿a dónde se fijará el acto del analista para hacer girar este discurso del inconsciente instalado ahora como discurso del analista? “Confrontación de cuerpos” dice Lacan para designar las entrevistas preliminares, una confrontación de cuerpos de la que ya no será cuestión en la continuación de la cura, aún cuando se puede añadir que siempre resonará algo de ello en la histerización del discurso que la cura implica. El cara a cara de las entrevistas preliminares (donde la mirada está en juego) permite que “en cuerpo, el analista instale el objeto pequeño *a* en el lugar del semblante”. No es lo imaginario lo concernido aquí sino el goce, el que pasa por el cuerpo, aquél del cual puede uno autorizarse como semblante para la fábrica del discurso al principio del encuentro. (cf. en el segundo ejemplo evocado). Y Lacan añadirá: “Si en algún lugar hay algo que me autorice del goce, es de hacer semblante”. Autorizarse del goce en el semblante, he aquí lo que connotará el acto del analista y la puesta en juego del deseo del analista, para subvertir al sujeto en el momento cruzado de los deseos a raíz de las entrevistas preliminares. Es lo que hace que el analizante, también él, pueda autorizarse de sí mismo poniéndose a prueba en el decir del análisis, cuando el inconsciente, que está obrando, llegue a hacer, de la palabra, discurso.

La introducción al discurso analítico es más delicada en el psicoanálisis con niños. Allí los objetos *a* pululan de entrada en los juegos, los dibujos, incluso los encuentros de cuerpos. Lo que podría parecer más facilitador para autorizarse del goce en el semblante. Pero para introducir a la cura, eso impone al contra-

rio una técnica quizás aún más austera, aún más ascética que en el análisis con los adultos en la medida en la que los semblantes de decires, de juegos, etc., pueden hacerse goce, y los primeros momentos de encuentro con un niño corren el riesgo de limitarse a no ser más que alivio rápido de su angustia y de sus síntomas, reduciendo la empresa a un simple abordaje psicoterapéutico. Es en la no-diferencia entre el psicoanálisis con niños y el psicoanálisis con adultos donde quizás se vea mejor la diferencia entre psicoanálisis y psicoterapia, entre psicoanalistas y psicoterapeutas.

“No basta con que seas perfectamente claro en tus relaciones con tus pacientes, es necesario también que puedas soportar tus relaciones con el psicoanálisis mismo”. (Lacan, *Problemas cruciales*, 16/5/1965) Si hay un momento en el que la responsabilidad de la tarea analítica pesa con todo su peso y requiere una ética bien orientada, seguramente es el de las entrevistas preliminares a toda dirección de la cura, que se hace posible por aquél que, al encarnar el objeto del psicoanálisis, permitirá un cambio de discurso.

*Traducción: Marcel Ventura*

Marta Elena Rocha  
*Tucumán*

## Niños en psicoanálisis: ¿límite o desafío?

### Introducción

En el texto *Infancias*, Catherine Doltó escribe sobre su madre, Françoise Murette, una suerte de biografía de esta psicoanalista a quien admiro por su vida y por su obra.

Nos dice: “Junto con otros, rehabilitó el genio de la infancia y devolvió la dignidad a todos los pequeños que sufren. Modificó totalmente la mirada que se arrojaba sobre los niños. Promovió una ética de la educación en la cual la responsabilidad reemplaza a la culpa. Supo expresar el saber que le había aportado el psicoanálisis con palabras muy simples por que amaba compartir lo que había comprendido”.<sup>1</sup>

Francoise, alias Vava, anhelaba ser médica de educación, esto quería decir, una médica que sepa que, cuando hay historias en la educación eso trae enfermedades a los niños, que sin ser enfermedades reales, molestan a la familia complicando a la vez la vida de los niños, la que podría ser mucho más tranquila. Y eso es un poco lo que hizo. Texto inspirador, sin duda.

Mi interés es compartir algunas puntuaciones tomando dos ejes de la dirección de la cura: la transferencia y la interpretación, para pensar el campo específico del trabajo con los niños planteando una serie de interrogantes que fueron atravesando mi investigación teórica y mi práctica.

---

<sup>1</sup> Doltó Françoise, *Infancias*. Ed.Libros del zorzal, 2.001, p.13.



## Breve historia del psicoanálisis con niños. Los orígenes

La clínica con niños comienza su producción escrita a partir de 1.920, cuando la teoría psicoanalítica tenía ya un amplio desarrollo. El caso Juanito está apoyado sobre *La interpretación de los sueños y Psicopatología de la vida cotidiana* (textos de 1.901 y 1.900). Anna Freud, en su texto: *El psicoanálisis infantil y la clínica*, nos dice que el psicoanálisis infantil es una subespecialidad del psicoanálisis que no se produjo como un desprendimiento aislado, sino que fue parte del proceso de difusión. Menciona a Siegfried Bernfeld quien en Viena inició el estudio y tratamiento de adolescentes perturbados, Paul Federn experimenta con psicóticos, quedando el psicoanálisis con niños representado por Hug-Hellmuth y Anna Freud en Viena; Berta Bornstein, Melanie Klein y Ada Müller-Braunschweig en Berlín; Steff Bornstein en Praga Y Alice Balint en Budapest. Esto ocurría en la década del 20.<sup>2</sup>

Hubo dos escuelas: por un lado se expandió la escuela de Viena con el nombre de Anna Freud y simultáneamente se desarrolló la escuela de Berlín, posteriormente la escuela de Londres, bajo el liderazgo de Melanie Klein. Las diferencias en un comienzo parecieron circunscribirse a la técnica, pero luego fueron teóricas.

La escuela de Viena exploró las modificaciones introducidas en la técnica clásica, dictadas por la incapacidad del niño de “asociar libremente, por la inmadurez del super-yo y por la resultante incapacidad de manejar las presiones del ello”. Concepción de Anna Freud.

En la escuela de psicoanálisis de M.Klein, se tuvieron en cuenta otras preocupaciones técnicas. Desde un comienzo se vislumbró en el juego libre, el equivalente de la asociación libre del adulto, aceptándose como base de interpretaciones simbólicas y vehículo de la transferencia.

---

<sup>2</sup> Freud, Anna, *El psicoanálisis infantil y la clínica*. Ed.Paidós, 1.986, p.11

El punto de coincidencia entre las dos escuelas estuvo dado por la formación de los analistas de niños. “Obviamente, por ese entonces, ninguna técnica aplicada en el análisis de niños, podía ser algo más que un producto derivado de la técnica utilizada con adultos, o sea una variación y adaptación de esta última. En concordancia, ningún estudioso del psicoanálisis habría de embarcarse en dicha experimentación antes de adquirir profundos conocimientos de la técnica utilizada en adultos. La técnica de niños siempre se enseñó como agregado de la técnica para adultos, una vez dominada esta última y, hasta cierto punto, con variación y modificación de ella”.<sup>3</sup>

Posteriormente la escuela de Viena estuvo dispuesta a admitir que debía ser distinta en la medida que los niños mismos son distintos.

### El psicoanálisis con niños, hoy

¿Dónde está hoy el psicoanálisis de niños? ¿Se trata de una especialidad o tiene el análisis con niños una especificidad? ¿Se requiere de una formación psicoanalítica básica para luego incursionar en una formación específica? ¿Habrá algún orden aconsejable? ¿Primero adultos, luego niños?.

Antonio Di Ciaccia nos dice al respecto que lo que existe no es el especialista de niños, sino el analista. Aunque piensa que es aconsejable no dedicarse de entrada a la cura con niños.

Antonio Di Ciaccia (*El niño, la familia y el inconsciente*), distingue dos opciones que le sirven al niño para defenderse de las pulsiones.

a) Identificación. Operación que significa hacer entrar al niño al orden significante: al significante paterno, materno. Es un emparejamiento significativo, al padre, al maestro.

---

<sup>3</sup> Freud Anna, *Op.cit.*, p.14.

b) Operación de enseñanza. Operación que se apoya en la adquisición de un saber. Le permite un dominio por medio de un saber.

El dispositivo analítico es otra operación. Es poner en descubierto la falta de significante y su correlación con el goce.

El niño se encuentra frente al Otro colocado como objeto de su goce y deberá responder correctamente al deseo del Otro, al Otro materno. Significación fálica que le permitirá situarse con relación a su posición, ser varón o ser mujer.

¿Cuál es el campo específico del análisis con niños? El campo específico de trabajo es el campo del Deseo. Es el hecho de saber identificar su posición con relación al deseo del Otro materno. La cuestión que debe resolver el niño es cómo colocarse para responder correctamente al deseo del Otro. Operación que el sujeto puede hacer por medio del significante paterno. El desafío de un psicoanálisis con niños nos permitiría un cambio en la posición subjetiva con relación a los síntomas que ocasionan la consulta y la demanda de análisis. Lo que debiera lograr el niño analizante es eliminar las identificaciones a las cuales sus síntomas se encuentran entrelazadas. El límite sería el atravesamiento del fantasma y el abandono de la posición de analizante para devenir analista.

### La transferencia

¿Cómo se inicia el análisis con un niño?. Al principio está la transferencia. Pero la particularidad de este trabajo la focaliza, al comienzo, en los padres.

No interesa la buena o mala relación con el analista, en la vertiente imaginaria. Lo importante es el significante de la transferencia, que el niño se pregunte qué significan ciertas cosas que le suceden y se repiten en su vida. Buscar con su analista un complemento de saber. Esto no es fácil para un niño ya que él encuentra por lo general en la madre un saber absoluto. Es decir que para analizar un niño debe darse una condición preliminar: padre y madre deben dejar de considerarse depositarios de un saber absoluto y definitivo sobre el deseo de su hijo. Lacan dice en la Conferencia de Yale (1.975): "Se trata de hacer entrar por la puerta, que el análisis sea un umbral, que haya una demanda

de verdad".<sup>4</sup> Esta demanda ¿qué es sino algo que los padres quieren quitarse de encima? Diríamos que el niño-síntoma de ellos. Al comienzo está la demanda de los padres, se deberá trabajar con ellos siempre que sea necesario y atendiendo la singularidad del caso, para permitir que transcurra el análisis con el niño. Digo trabajar en el sentido de mantener la transferencia.

En el decir de Lacan, no es el niño el que plantea problemas al psicoanálisis, sino que estos aparecen a consecuencia de las prácticas. Se trata entonces de articular la clínica con niños a la estructura propia del psicoanálisis, someterlo a una lógica para poder plantear desde allí una dimensión ética.

### **El psicoanálisis en la clínica con niños**

¿Cómo se trabaja en la clínica con niños?

Lacan, en el *Seminario XI*, resalta el estatuto del juego en los teorizadores: Winnicott, Manonni, Doltó, M. Klein. Pero lo que viene a subvertir es la concepción de la transferencia que fue tomada como relación inter- subjetiva, entre dos. Es allí donde se centra su crítica y no si en la práctica con niños se usan espejitos, dibujos etc. Lacan pone un tercer término SsS. Saber supuesto que significa que el analista no injerta significantes respondiendo desde una posición de saber a la producción del niño en los juegos.

Esa suposición de saber es el punto pivote de la transferencia, necesario para que el sujeto produzca la demanda que podemos reconocer en tanto la diferenciamos del querer, de la voluntad que reactiva el goce. La demanda despegá al sujeto de su goce. En cada demanda habrá un intercambio: goce por significante. De ello dependerá la entrada en análisis.

En relación con las entrevistas preliminares a las que damos un lugar de significativa importancia ¿se trata de hacer una anamnesis?

---

<sup>4</sup> Lacan, Jacques, *Intervenciones y textos 2*. Ed. Manantial, 1.986.

Lacan en el *Seminario XV* “El Acto analítico”, dice que la anamnesis se hace no tanto con las cosas que se recuerden, como con la constitución o retorno de lo reprimido. La escucha analítica marca una diferencia sustancial en las entrevistas preliminares. No es una biografía del niño contada por los padres la que interesa al analista. Si escucha la historia que cuentan los padres, lo hará para poder ubicar al niño en la estructura familiar, el relato de los padres es un saber que si actúa como referente puede obstaculizar la escucha del niño y su posibilidad de análisis. Sin embargo Freud ya advertía la importancia de la presencia de los padres en el análisis. Incluso es necesario tener en cuenta que escuchar a los padres permite hacer circular cierto goce que está instalado en la familia.

### Condiciones de analizabilidad

¿Es analizable un niño?

Desde que toma la palabra, el niño tiene la posibilidad de dirigir una pregunta al Otro en búsqueda de una respuesta ante la castración. Momento de estructura. Si hay síntomas, hay trabajo del inconsciente, por lo tanto el niño es “tan analizante como cualquiera” (Robert y Rosine Lefort). Hay neurosis infantil. Pero también es necesario que el síntoma sea analizable.

Los síntomas: el pis, toses, malas letras, los miedos, no justifican por sí solos un análisis porque el lugar del analista no es ser detector ni confirmador de ciertas anormalidades que molestan al adulto. En *Inhibición, síntoma y angustia* (1.925) Freud no autoriza a tomar como síntomas, en el sentido de división subjetiva, a los miedos; esto quiere decir que no es el miedo lo que podría ser la causa del análisis de un niño. Deberíamos plantearnos diferenciar la angustia del miedo, diferenciar la relación a ese goce del Otro que tiene el niño más allá de los miedos que puede tener.

Comprobamos que en el discurso del niño esas “molestias” o no aparecen o lo hacen esporádicamente y parecieran no tener el mismo costo subjetivo para el niño que para los adultos que demandan. Se pasará de una demanda por el niño a una demanda del niño. Sosteniendo la continuidad de

la transferencia con los padres. Se trata de esperar que la demanda esté articulada en palabras, una demanda verbalizada.

### ¿Cómo hacer para que el síntoma se transforme en analizable?

Debemos diferenciar el síntoma descriptivo, fenoménico, del síntoma analítico. El analista no debe confundir el síntoma con el relato de los padres, con lo que los molesta. No tomar el síntoma *al pie de la letra*. Colette Soler nos dice en *Finales de análisis*, que la incidencia del acto analítico es hacer al síntoma analizable. Debe ser tomado en el sentido de una producción. Para ello hace falta una pérdida de goce, que haga signo, un trueque por un valor de saber. Françoise Doltó nos dice que “el niño, en su relación con el tiempo, vive acontecimientos importantes con sus padres, pero no conserva más que trozos verdaderos o recuerdos pantalla en un espacio inquietante cuya clave sólo la tienen los adultos”.<sup>5</sup> Me parece interesante, sin extrañarnos en el discurso parental, pero ubicando al niño en esa particularidad.

### La interpretación

¿Qué hace el analista de niños cuando interpreta? Depende de su formación, de su posición, de su ética. No hace pedagogía, no enseña, no explica, no reeduca el síntoma, no hace alianzas con los padres, con el docente, no decide el destino del niño. ¿Cuál es el lugar de la interpretación?:

Develar el decir del niño. Quizás se trata de recibir al niño como un “dicho” de los padres, para luego extraer el decir que se devela tras el síntoma. Cederle la palabra para que pueda ser escuchada. La palabra como aquello que se dice pero que está en lo que se oye. De la misma forma que en el adulto, el intervenir en momentos prematuros, sin esperar el tiempo transferencial, intensifica las resistencias.

---

<sup>5</sup> Doltó, Françoise, *Op.cit*, p.69.

Es tarea del analista crear las condiciones de la alienación. Lacan, en el *Seminario XI*, dice: "La alienación consiste en ese vel que condena al sujeto a no aparecer más que en esa división que si aparece por un lado como sentido producido por el significante, por el otro aparece como *afanisis*".<sup>6</sup>

El analista crea las condiciones de la alienación hablando, interpretando, relacionando dibujos, juegos. "La consecuencia de la alienación, es que la última instancia de la interpretación no reside en que nos entregue las significaciones. El objetivo de la interpretación no es tanto el sentido como reducir las significaciones a su sin-sentido para encontrar los determinantes de toda la conducta del sujeto".<sup>7</sup> En la segunda operación de la constitución subjetiva, la separación, ve asomarse el campo de la transferencia.

Se interviene a través de la función de la palabra. En "Función y campo de la palabra y el lenguaje", Lacan nos dice: "Ya se dé por agente de curación, de formación o de sondeo, el psicoanálisis no tiene sino un médium: la palabra del paciente".<sup>8</sup> A condición de que medie la palabra, son aplicables las modalidades de la interpretación como en el psicoanálisis de adultos.

¿Qué ocurre en el niño que no habla? La propuesta del analista es la verbalización. Me permito pensar en un límite, pero también en cierto desafío. Una intervención en acto, puede llevar a la emisión de una palabra y marcar desde allí el comienzo del dispositivo analítico. Como en un tiempo preliminar al tiempo analítico en su rigor. Tomo las palabras de Alexander Stevens en *Tres lugares del saber en la institución*: "(...) este tratamiento preliminar a todo tratamiento posible, que puede exigir un cierto tiempo, no se inscribe en el discurso analítico y desde este punto de vista se presta asimismo a producirse en una institución como tiempo anterior a la cura

---

<sup>6</sup> Lacan, Jacques, *El Seminario. Libro 11, "Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis"*, 1.964, Ed. Paidós. 1.988, p.227.

<sup>7</sup> Lacan, Jacques, *Libro 11*, p. 219.

<sup>8</sup> Lacan, Jacques, "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis", *Escritos 1*. Ed. Siglo XXI, 1.988, p.227.

analítica propiamente dicha”.<sup>9</sup> Lacan señala con relación a la interpretación desde el equívoco, específicamente la homofonía, dos condiciones: la incorporación de la ortografía, la gramática, y un sujeto que habla.

Recordemos un caso célebre de la literatura analítica, el caso Dick de Melanie Klein, allí encontramos que la analista introduce los elementos significantes en este niño que no habla: el tren grande es el papá, el trencito es Dick y la ventana de la estación es mamá. Le da un código para leer desde allí sus acciones. Introduce un sentido, en un forzamiento signifiante.

¿Es diferente el psicoanálisis con un niño? El sujeto del inconsciente no tiene edad, ni crece, ni se adapta, ni madura. El recordado Michel Silvestre en un artículo llamado “La neurosis infantil según Freud” dice que ante la insistente pregunta sobre si hay psicoanálisis con niños le parece más interesante partir de la cuestión de si hay una neurosis infantil. La neurosis infantil es una manera de escapar del goce materno, es un recurso con que cuenta el niño ante la insuficiencia estructural de la función paterna como barrera de goce de la madre. Si el signifiante es separador de goce - y el síntoma tiene una estructura fundamentalmente signifiante - el síntoma mismo se constituye en barrera de goce. El síntoma del niño se ubica en un lugar de verdad, verdad de la estructura de la pareja parental. El caso más complejo pero el más abierto a la intervención analítica, dirá Lacan en la “Nota a Jenny Aubrié” en las Jornadas sobre psicosis infantil, 1.969. El sujeto del inconsciente está estructurado desde el inicio de la misma forma. Se trata de un sujeto estructurado por el signifiante, ya que para Lacan la diferencia en el manejo de la lengua no impide la ubicación en el lenguaje como tal, y a la vez indica que es necesario diferenciar las condiciones de analizabilidad.<sup>10</sup>

<sup>9</sup> Stevens, Alexandre, “Tres lugares del saber en la institución”, *Niños en Psicoanálisis*. Ed. Manantial, 1.989, p.31.

<sup>10</sup> Texto colectivo: *Transferencia e interpretación en la práctica con niños*, Presentación. Ed. Atuel, 1.992.



## La presencia de los padres

La presencia de los padres se manifiesta como un hecho fenoménico y como efecto de estructura.

Cuando los padres consultan por un niño, escuchar analíticamente significa tener como condición la pérdida de todo referente. Los obstáculos provienen de: la historia contada por los padres, las teorías sobre el niño, la familia. El analista dirige la cura para producir un sujeto dividido. Si no hay analizante no hay analista. El psicoanalista puede extraviarse en la ilusión de intentar reeducarlo, tomando el síntoma al pie de la letra. Podemos pensar en el caso de una reeducación pedagógica en los problemas de aprendizaje cuando se interpreta el síntoma como el problema que tiene el niño. Lo que un analista hace es analizar el tipo de respuesta que da el niño. Si el síntoma es una respuesta significa que hay una pregunta y ésta está del lado de los padres. Es llamativo que sea el mismo ambiente familiar el que consulta por el niño, cuando las preguntas dirigidas al Otro hacen que desfallezca ante la falta de respuesta. Los padres piden ser curados de eso llevando al niño al analista.

Los padres se dirigen al analista en forma irregular o continuada, a veces intempestiva, esto constituye una singularidad en el trabajo con niños. El analista que no cae en la vertiente imaginaria, usa esa presencia para trabajar interviniendo puntualmente para promover el despliegue del saber inconsciente.

## Para concluir

El análisis de un niño es una especie de libreto que se escribe a medida que el niño desarrolla la escena. El analista puede ser invitado a entrar en ella. Será oferta y causa de la posibilidad de escribir el libreto.

Es un dicho de actualidad "el niño como sujeto de derecho", en oposición al "niño como objeto de control". Si pensamos en la etimología de los términos encontramos que:

- *Sub-jectum* es el origen de la palabra “sujeto”, que significa “sujetar, poner debajo”. Aceptación que marca vínculos interpersonales y prácticas sociales fundadas en el control y el dominio.
- Derecho: del latín, *di-rigire*. Significa “dirigir, ordenar, mandar”. Expresa el ejercicio del poder de dominio.
- Infancia: del latín, *infans*. Significa: “no habla”, “no es legítimo”. Explica porqué el infante es la denominación que se da a los hijos del rey a partir del segundo, que está en la línea sucesoria del trono pero no puede ser nombrado mientras no muera o abdique el primero. Infancia designa a los que no tienen permitido hablar más que a los que carecen por edad de este atributo. “Niño”: en América es el tratamiento de la servidumbre a sus amos. Niña: es la manera que se denomina a la pupila del ojo. Del latín: pupilla. Es frecuente escuchar decir a las madres, tanto en la clínica como en la vida cotidiana: “es la luz de mis ojos”, para referirse a su hijo. A la vez significa huérfana, menor de edad y prostituta que trabaja para un regente. Estos términos se encontraban en un comentario donde se trataba de explicar cierto gatopardismo en los cambios de expresión lingüística.<sup>11</sup>

“El psicoanálisis apuesta al sujeto y otorga al niño, justamente lo que los otros discursos le privan: la palabra. Marca en la dirección de la cura la posición del analista como quién gobierna la misma pero no la vida del paciente. No dirige el ser del sujeto. No le impone una identificación. No toma partido sobre su goce, no lo evalúa, ni lo juzga”.<sup>12</sup>

La clínica con niños: ¿límite o desafío?. La práctica con niños nos permite hablar, a quienes hemos decidido escuchar el malestar infantil, sobre cierta especificidad que articula la cura con niños, al Uno del psicoanálisis. Pero también “al uno por uno” y a los límites verificables en la dirección de la cura.

---

<sup>11</sup> Wasserman, Teresa, “¿Quién sujeta al sujeto?”, *Revista Ensayos y Experiencias* n° 41. Ed. Novedades Educativas, 2.001.

<sup>12</sup> Soler, Colette. *¿Qué psicoanálisis?*, Clase N°1, 1.989, p.33. Colección Orientación lacaniana.

Quizás el trabajo con niños renueva el “no retroceder ante la psicosis” de Lacan. Me pregunto entonces: por qué retroceder si en nuestra consulta abrimos la puerta y se nos presenta tan sólo un bajito.

Lola López  
Barcelona

## Michael Balint o el fin de análisis como espejismo del amor

Conocer las aportaciones que algunos analistas hicieron al psicoanálisis permite estudiar las divergencias en el contexto histórico en el que se gestaron y analizar su origen y fundamento. Es evidente que las diferentes corrientes surgen de las diferentes formas de interpretar los conceptos freudianos y han producido, por otro lado, otras tantas variaciones en la clínica psicoanalítica. Asistir a través de la literatura a los debates de la Sociedad Psicoanalítica en los albores del psicoanálisis es indispensable para pensar hoy, cual es el lugar que ocupa el psicoanálisis en nuestro tiempo. Saber los entresijos del tejido freudiano, distinguiendo en los puntos de discrepancia lo que hay de común, de verdadero, es preservar al psicoanálisis de otras prácticas “psi” que nada tienen que ver con él.

Tal como menciona explícitamente en el “Acta de Fundación de la EFP”, bajo el epígrafe: “Comentario continuo del movimiento psicoanalítico”, Lacan no dejó de debatir con psicoanalistas contemporáneos a él, a los que consideró sus interlocutores; autores que lideraron algunas de estas desviaciones del psicoanálisis pero que lo hicieron existir. En sus *Escritos* y *Seminarios* hizo su crítica señalando lo que las funda en un intento de volver a los orígenes freudianos. La interrogación que hizo a la *doxa* freudiana de su tiempo le permitió reforzar su estructura y formalizar su enseñanza a partir de los conceptos fundamentales del psicoanálisis.

Michael Balint representa una de estas diversas formas de interpretar el psicoanálisis. La lectura de sus textos y el estudio de sus aportaciones teóricas a la luz de la enseñanza de Lacan, nos acercan a la reflexión sobre algunos conceptos que dan su especificidad al psicoanálisis. Lacan lo retoma en sus *Seminarios* para mostrar el alcance de una de las desviaciones que más consecuencias ha tenido para la clínica psicoanalítica.

Breve nota biográfica: Michael Balint fue analista del Instituto de Psicoanálisis de Budapest hasta 1936. Pertenecía pues al grupo húngaro de psicoanalistas que Lacan denominará “la tradición húngara” cuyo liderazgo ejerció Ferenczi. Representaba una posición que surgió en los años 38-40 y que nucleó al movimiento psicoanalítico en torno a la noción de la relación de objeto. Instalado posteriormente en Gran Bretaña, donde ejerció como Psiquiatra en la *clínica Tavistock*, inició junto a su mujer Alice Balint, lo que se llama “grupos Balint”, que todavía hoy están en vigor, grupos terapéuticos dirigidos a médicos cuyo objetivo es analizar la relación entre el médico y el paciente. Fue discípulo y analizado de Ferenczi, al que sostuvo y defendió de las críticas de que fue objeto por la Sociedad Psicoanalítica de Viena (recordemos las divergencias que no llegaron a zanjarse nunca entre Freud y Ferenczi). En gran número de sus artículos resalta con cierto énfasis la valentía de su analista al asumir el riesgo de la innovación así como su honestidad al reconocer sus errores, características que le conferían un estilo particular en la forma de abordar no sólo la clínica, sino también las cuestiones relacionadas con la formación del analista

### La teoría del Amor

Balint rescató algunos conceptos de Ferenczi, especialmente los que hacen referencia a la relación entre la madre y el niño, en los que se apoyó para desarrollar junto a su mujer, Alice Balint, su teoría que se instala de lleno en lo que se llama en psicoanálisis “la relación de objeto”.

En su artículo “Narcisismo y Amor Primario”, publicado en su libro *Amor primario y técnica psicoanalítica*, desarrolla esta nueva teoría de relación objetal a la que llamará “teoría del Amor Primario” y que sitúa en una clara discrepancia con el concepto de narcisismo primario. Allí critica la idea de Freud del narcisismo primario y del autoerotismo como la primera forma de investimento libidinal necesaria para la estructura subjetiva. Para Balint lo que sustituye al narcisismo primario de Freud es una relación primaria con el ambiente y toma como parangón de esta primera relación, la dependencia del feto de

su ambiente, es decir, de las sustancias que lo envuelven en el claustro materno al que llamará “ambiente madre”.<sup>1</sup> Para mantener el bienestar es esencial que el ambiente esté continuamente presente y dispuesto a satisfacer las necesidades en una armoniosa interpenetración. De lo que se trata, para Balint, es de un objeto externo que viene a satisfacer una necesidad. La madre es ese objeto primario, fuente de gratificación, vital para el sujeto y debe estar constantemente presente. Los deseos, expectativas e intereses serán únicamente las del propio individuo. El objeto sólo cuenta en la medida en que gratifica o frustra las necesidades y esta relación debe establecerse en los mismos términos por el lado del objeto, de la madre. Lo significativo de esta forma de relación es que no hay nada que dé cuenta de que existe un sujeto. Se trata de una forma primitiva de relación unificada entre dos personas (tomadas como objetos) es decir una relación recíproca, de satisfacción mutua, en la que una “falta de ajuste”, entre la madre y su hijo puede crear alteraciones importantes en la estructura psíquica del niño. Así la relación de objeto para Balint toma el modelo de este amor primario madre-niño.

Partiendo de la idea del objeto como lo que viene a saturar el desarrollo de la libido en su totalidad, la encrucijada está en encontrar las coordenadas que den cuenta de la relación genital, “*genital love*”, que aparece en la clínica envuelto con todos los emblemas del amor. A falta de otro elemento que le permita introducir el reconocimiento de otro sujeto, concluye que de lo que se trata finalmente en el amor genital es de la satisfacción lograda de los dos partenaires. La senda pantanosa de la relación de objeto por la que se introduce Balint le lleva a no poder explicar el amor genital más que buscando su origen en el amor primario. El amor genital es considerado como un amor dual, sin el tercer término mediador que es el significante. Es decir, se trata de un ensamblaje de, por un lado, el acto genital producto de la maduración de los instintos y, por el otro, la ternura que recubre el acto y arranca de lo pre-genital.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> M. Balint, *La falta básica. Aspectos terapéuticos de la regresión*, 1967, Cap. 12, p. 84, Ed. Paidós, Barcelona.

<sup>2</sup> J. Lacan, *El Seminario, Libro 2 El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, 1955, Lección del 8 de junio, p.393. Ed. Paidós, Barcelona.

En el *Seminario I*, Lacan hace un exhaustivo análisis de la obra de M. Balint señalando con precisión sus errores pero también sus aciertos. Define sus postulados teóricos como callejones sin salida en los que se introduce al considerar la relación analítica como una relación de objeto puramente imaginaria, lo que le permite introducir la importancia de lo simbólico, del lenguaje como mediador, como tercero en toda relación humana.<sup>3</sup> Para Balint la importancia del lenguaje se reduce a ser la forma de comunicación del adulto, el lenguaje convencional y reconocido. Sólo los pacientes que realizan sus análisis al nivel edípico se hallarían “en condiciones de entender el lenguaje adulto en que el analista interpreta, de aceptar las interpretaciones y de dejar que influyan en su psique”<sup>4</sup>, términos que nos evoca a Ferenczi. Los pacientes cuyos análisis son conducidos por el analista a niveles más profundos que el edípico sufren una “inevitable regresión... se hacen infantiles y experimentan intensas emociones primitivas en relación con el analista”.<sup>5</sup> Este analista reconoce en estos fenómenos regresivos la conducta temprana del niño, los rasgos infantiles del sujeto, “el niño que hay en el paciente” y explica el abismo que separa al analista de su paciente en estado de regresión por la imposibilidad de acceder al lenguaje del niño pequeño. La cuestión técnica que se plantea en este punto es cómo tender los puentes para salvar el abismo entre paciente y analista, tarea que queda del lado del analista, ya que del lado del niño-paciente está la imposibilidad.

Lacan es claro sobre este punto: el error de Balint es considerar que el niño sólo reconoce al otro como objeto de la necesidad. A pesar de que le reconoce el mérito de haberse percatado del valor del símbolo al intuir la trascendencia de la presencia y la ausencia de la madre para el niño, acaba interpretándolo en términos de completud y frustración; no puede considerarlo como un fenómeno de lenguaje.

<sup>3</sup> J. Lacan, *El Seminario, Libro 1 Los Escritos Técnicos de Freud*, 1954, lección del 9 de junio, p. 321. Ed. Paidós, Barcelona.

<sup>4</sup> M. Balint, *La falta básica. Aspectos terapéuticos de la regresión*, 1967, Cap. 3, p.26. Ed. Paidós, Barcelona.

<sup>5</sup> Idem. Cap. 14, p. 105

La posibilidad de la utilización del símbolo, de nombrar, está desde el inicio en el niño y es lo que le da la entrada a la dimensión de lo humano por el reconocimiento del deseo del Otro. La historia, lo primitivo que queremos alcanzar en el análisis sólo podemos hacerlo a través “del lenguaje del niño” en el adulto, es decir, reconociendo al niño como dueño de su palabra.<sup>6</sup> Porque la red simbólica pre-existe al sujeto, el inconsciente tiene estructura de lenguaje y el niño podrá acceder al dominio de la palabra. El verdadero valor de la palabra es que está tan llena de sentido para el niño como para el adulto. Toma el camino opuesto a Lacan, ya que para él, el inconsciente está poblado de palabras que no son más que meras representaciones objetales sin ningún valor simbólico. Lo simbólico será adquirido posteriormente en la medida que se afianza el sistema idiomático en que se apoya la competencia lingüística del adulto. Para él la situación analítica es un reflejo de la situación infantil, por eso sus intervenciones en la clínica van en la dirección de gratificar y restituir la falta, “la falta básica” que se originó en el registro del amor primario.

La cuestión de la falta básica fue desarrollada por Balint concretamente en 1967 en su libro *La falta básica. Aspectos terapéuticos de la regresión*. Se la encuentra al nivel del amor primario. Extrae el concepto de falta básica de la escucha de sus pacientes que utilizaban esta palabra: “falta”, para designar la falta de algo en su interior que debía ser reparada; se trata de algo que se tuvo y que se perdió por la falta de ajuste entre el niño y el objeto, entre las necesidades y la satisfacción.

El concepto de “falta básica” no tiene nada que ver con “la falta” que Lacan teoriza en relación al objeto *a*, objeto causa del deseo. El objeto irremediamente perdido pero que nunca se tuvo más que alucinatoriamente y que el mismo Freud ya reconocía. Para Balint este concepto no es más que el efecto de una frustración de satisfacción, una carencia que viene del otro, de la madre, del otro imaginario. Sin embargo Balint se aproximó, sin saberlo, a ese vacío estructural que da cuenta del sujeto dividido a través de lo que sus pacientes expresaban. Le faltaba el registro de lo simbólico y de lo real.

---

<sup>6</sup> J. Lacan, *El Seminario, Libro 1 Los Escritos Técnicos de Freud*, 1954, lección 2 de junio, p. 318-319. Ed. Paidós, Barcelona.



## De la técnica

Para Balint existen dos niveles del trabajo analítico: el trabajo que se realiza en el nivel edípico y el que se realiza en el nivel pre-edípico o del amor primario.

Cree en la existencia de un tipo de pacientes en los que la raíz de su enfermedad hay que buscarla más allá de los confines del Edipo y que por la fuerza de la regresión se hallan en el ámbito de la falta básica. Lo que observa en la clínica le lleva a concluir que dichos pacientes no son permeables a la interpretación del analista, lo que conduce a la interrupción del trabajo asociativo. La limitada utilidad de la palabra en estos casos hace necesario que la intervención del analista consista en propiciar una relación objetal entre paciente y analista. La ansiedad que aparece en esta fase se expresa en una “desesperada demanda de que el analista no le falle como le falló el objeto primario”.<sup>7</sup> A partir de este enfoque, desarrolló una técnica que tenía como objetivo permitir al paciente vivir una relación bipersonal que llama la *two bodies psychology*. El analista debe crear una “atmósfera” en la que tanto el paciente como el analista puedan tolerar esta situación regresiva, en una experiencia mutua. En ella, este último no pretende comprender ni interpretar el material analítico sino “dejar fluir”, y aceptar el surgimiento de los sentimientos y las emociones del paciente e incluso, de forma controlada, satisfacer algunas de sus demandas. Debe ofrecerse al paciente como objeto para ser catectizado por el amor primario al igual que fue primitivamente catectizada la madre “el papel del analista en ciertos períodos del análisis se parece en muchos aspectos al de las sustancias u objetos primarios. El analista debe estar allí presente, debe ser flexible en muy alto grado, no debe ofrecer mucha resistencia, debe ser indestructible y permitir a su paciente vivir con él en una especie de interpenetración armoniosa”.<sup>8</sup>

Lacan afirma que Balint percibió que algo existía entre dos sujetos pero la imposibilidad de poder definir lo simbólico no le permitió salir del concepto de la *two bodies psychology*, de la psicología de los dos cuerpos, de los dos objetos, ni concebir la

---

<sup>7</sup> M. Balint, *La falta básica...*1967, Cap. 4, p.35.

<sup>8</sup> Idem. Cap. 21, p.165.

transferencia más que como un desplazamiento de emociones a un objeto, sin ninguna posibilidad de simbolización, sin ninguna referencia a la palabra con la que el sujeto se compromete en la relación analítica.

Toda su obra está traspasada por la cuestión de cómo se desarrolla una cura y sobre todo en qué consiste un final de análisis. Explícitamente aborda estas dos cuestiones en sus artículos “La meta final del tratamiento psicoanalítico” de 1934 y “El fin del análisis” de 1949. A pesar de que entre estos dos artículos transcurren 13 años en ambos se mantiene fiel a la misma tesis: la salida del análisis por el amor.

Se trata, al final del análisis, del encuentro de un nuevo amor. El analista debe conducir la cura, a través de los deseos pulsionales infantiles, del odio y de la agresividad sobre el objeto, localizados en la repetición y en la transferencia, hacia lo que llama un “nuevo comienzo”. Ante este nuevo espejismo del amor, el yo del sujeto cree encontrar su pérdida complementariedad con el objeto, redoblando el circuito cerrado de la relación imaginaria de objeto, reforzándose en una nueva identificación: la identificación al yo del analista.

En 1949 escribe en relación al final de análisis: “es una experiencia profundamente emocionante; la atmósfera es la de un adiós definitivo a algo muy querido y muypreciado, con todos los sentimientos inherentes a la pena y el duelo, pero estos sentimientos están mitigados por un sentimiento de seguridad que toma su relevo en la nueva posibilidad de adquirir la verdadera felicidad”.<sup>9</sup>

Balint concibe el fin del análisis como la culminación de la relación de objeto paciente-analista según el modelo del amor primario, y que Lacan nombra como la exaltación narcisista del análisis balintiano. Se trata de la identificación imaginaria al analista como otro de la demanda, como otro de la satisfacción. El analista en el lugar de la madre buena, aquella que colmaría todas las necesidades en una especie de reciprocidad donde el

---

<sup>9</sup> M. Balint, “La fin d’analyse”, 1949, publicado en *Amour primaire et technique psychanalytique*, 1972, p. 254. Ed. Payot, París.

objeto *a*, queda totalmente intocado como, sin desvelar,<sup>10</sup> es decir la falta totalmente colmada.

La relación analítica en Balint es una relación de objeto a objeto. En realidad el analista ayuda al paciente a objetivarse, a captarse como objeto en esta comunicación no verbal en que transcurre el análisis en su fase más profunda. De hecho, es de esto de lo que se trata en un análisis, de que el sujeto se objetive, pero para él, esta objetivación tiene un signo distinto por el efecto de borramiento de lo simbólico e incluso de la dimensión imaginaria tal como la entiende Lacan, ya que el objeto en Balint adquiere un valor de acontecimiento, de realidad.

En esta época, en el 53/54, la apuesta fuerte de Lacan en la dirección de la cura era por la interpretación que apunta al deseo como efecto del lenguaje, pero más tarde, sin abandonar sus tesis anteriores, introduce la cuestión del goce del que dan cuenta los síntomas. En el discurso analítico, el analista en posición de objeto se dirige al sujeto dividido para que produzca un saber sobre el goce; el goce particular que se aloja en el síntoma. En la cura el analista no está en posición de sujeto, sino en posición de objeto, pero no como objeto de la pulsión como lo ubica Balint, por lo tanto no se trata de lo que el analista desea como sujeto, sino el deseo de analista, tomado como causa, lo que va en dirección contraria a la identificación.

### De la formación del analista y del análisis didáctico

Al igual que Ferenczi, estuvo interesado por la cuestión de la formación de los analistas. En la tercera parte del libro *Amor primario y técnica psicoanalítica* aborda en dos artículos - 1947 y 1953 - la formación del analista y el análisis didáctico poniendo de manifiesto los problemas intrínsecos a las sociedades psicoanalíticas. Mantiene una posición crítica hacia el sistema de formación de la Sociedad Psicoanalítica de Viena y revisa cuestiones emergentes de la formación, afirmando de forma contundente que la formación de los futuros analistas es la función más

<sup>10</sup> J. Lacan: *El Seminario, Libro 10* "La angustia". 1963. Clase 9, inédito.

importante en el conjunto de las actividades de dirección y enseñanza (transmisión) del psicoanálisis e insiste en sus escritos en que la discusión a propósito de la formación implica la discusión sobre la eficacia del psicoanálisis.

La rigidez programática de la Sociedad instaurada por Freud convirtió el sistema de formación de los analistas en una meta esotérica que recordaba “ciertas ceremonias primitivas de iniciación del candidato en las que los iniciadores detentan un saber oculto... la meta esotérica de nuestro programa de formación y la forma de hacerlo fue la de conducir a la nueva generación de analistas a identificarse a sus iniciadores y especialmente a sus ideas analíticas”.<sup>11</sup>

Aísla claramente lo que define como los dos síntomas de la Sociedad Psicoanalítica Internacional a propósito de la formación de analistas, síntomas que considera verificables porque se basan en hechos objetivos: la inhibición del pensamiento, que se materializaba en la ausencia de publicaciones y trabajos relacionados con esta cuestión, provocada por la propia institución que no había sido capaz de atender una de las funciones más importantes del psicoanálisis y la tendencia al dogmatismo, es decir, una posición cerrada alrededor de conceptos técnicos elevados a la categoría de axiomas. Y se reafirma en la posición que sostenía el grupo húngaro al que pertenecía, el cual defendía en contra de las premisas aceptadas por el Instituto de Berlín, la ausencia de diferencias entre el análisis didáctico y el análisis terapéutico.

Balint, que fue considerado por Lacan como una de las plumas más honestas que ha dado el movimiento psicoanalítico, muestra en lo que escribe a propósito de la formación psicoanalítica y al análisis didáctico la contradicción en la que cae su teoría del amor primario, pues él mismo reconoce que la salida del análisis por la identificación al analista es un obstáculo a la transmisión y por ende a la pervivencia del Psicoanálisis. La identificación al analista está articulada a la cuestión del análisis de la transferencia negativa - que fue el punto crucial de las

---

<sup>11</sup> M. Balint, “A propos du système de formation psychanalytique”, 1947, publicado en *Amour primaire et technique psychanalytique*, 1972, p.300. Ed. Payot, Paris.

dificultades de Ferenczi con Freud - en cuanto que si la transferencia negativa no es analizada o lo es demasiado pronto, se corre el riesgo de que el analizado reprima el odio, la desconfianza hacia su analista por la vía de la idealización y la introyección proyectando la agresividad hacia fuera, hacia el grupo y de elevar al analista a rango de ídolo. La salida por el amor del análisis balintiano encubre el odio y la agresividad que son inherentes a la relación imaginaria.

En 1964, Lacan rompe con esta concepción del psicoanálisis e imparte su enseñanza interrogando la doxa tradicional instalada en la S.F.P. Su interrogación alcanza también a los programas de formación de analistas, especialmente en lo que respecta al psicoanálisis didáctico y, en su "Acta de Fundación" de la E.F.P. formaliza las líneas que han de orientar la formación. Si bien su tesis central es que el analista se autoriza de él mismo es la Escuela quien dispensa la formación y "garantiza que un analista surge de su formación".<sup>12</sup>

---

<sup>12</sup> J. Lacan, "Proposición del 9 de Octubre de 1967 sobre el Psicoanalista de la Escuela", publicado en *Momentos cruciales de la experiencia analítica*, 1987, p. 8, Ed. Manantial.

## Contra Balint

Las referencias de Lacan a Balint acompañaron, desde 1954 y hasta 1976, sus reflexiones sobre lo que se está en derecho de considerar como el término de un análisis – en derecho y en deber –, porque es bien la ética del psicoanálisis la que funda su elaboración sobre este punto. Ellas le dieron a cada vez la ocasión de precisar su pensamiento, y nos permiten hoy localizar sus inflexiones. Es el propósito de este trabajo demostrar cómo, progresivamente, la concepción lacaniana sobre el final de la cura se elabora *contra* Balint.

La amistad de Lacan por este analista húngaro, alumno de Ferenczi, que devino un miembro eminente de la Sociedad Británica, es algo conocido. Sin duda se debe en parte a las posiciones muy críticas que sostuvo respecto del *establihsment* analítico<sup>1</sup>. Balint es aquel que, desde 1947, denunciaba respecto al análisis didáctico, “la colusión entre la jerarquía institucional y la ignorancia”<sup>2</sup>. Dicho esto, la insistencia de Lacan en citar a Balint no podría solamente explicarse por este hecho.

Precisión e insuficiencia. Al principio me pareció poder resumir así el juicio de Lacan acerca de la concepción de Balint:<sup>3</sup> precisión e incluso sutileza en su descripción, pero insuficiencia en su teorización. Sin embargo, este juicio sobre la concepción de Balint del final de la cura, no deja de conllevar un juicio sobre sus consecuencias para el analizante. La insuficiencia se convierte en defecto, por no decir falta. Y creo que sí, más allá de

<sup>1</sup> Ver la biografía de Balint a cargo de Michelle Moreau Ricaud, *Michael Balint. Le renouveau de l'École de Budapest*, Erès, Paris, 2000.

<sup>2</sup> M. Safouan, *Jacques Lacan et la formation des analystes*, Seuil, 1983.

<sup>3</sup> Este artículo retoma la presentación del 18 de diciembre de 2003 en el *Séminaire d'École* (EPCL) sobre las “Concepciones del final de análisis” bajo el título de “Precisión e insuficiencia del final de análisis según Balint”.

este juicio, severo, el interés de Lacan persiste, es en la medida en que se mantiene una cuestión respecto a la identificación del sujeto al final del análisis.

Para captar el alcance de esas repetidas referencias a Balint, más bien rápidas y alusivas en los años sesenta y setenta, debemos tomar en cuenta la crítica detallada y precisa que las fundó en la enseñanza de Lacan en el curso del decenio precedente. Lacan había en efecto llevado a cabo entonces una lectura muy atenta de una serie de artículos de Balint, fechadas en los años treinta y cuarenta.<sup>4</sup>

### Renovación o declive imaginario

En 1954, a lo largo de sesiones por entonces semanales de su seminario, durante los meses de mayo y junio, Lacan dedica mucho tiempo a los trabajos de Michael Balint. Allí elogia al analista: practicante excelente, bien orientado en su práctica, Balint es uno de los pocos que saben lo que dicen, es uno de los analistas más conscientes y más lúcidos. Y Lacan juzga como sumamente precioso su testimonio sobre la práctica.

Esta amplia referencia a la obra de Balint, se insertaba en el contexto de un seminario en el que se trataba de comentar los escritos técnicos de Freud para, entre otras razones, “percibir los impases a los que actualmente se ven llevadas las teorías de la técnica”.<sup>5</sup> Eso era en enero de 1954, y Lacan sostenía que debemos concebir la experiencia analítica no “en una relación entre dos” sino “en una relación entre tres”, siendo que la palabra es el punto central de la perspectiva: nada de *two-body psychology*. La expresión, debida a Ritman pero de la cual Balint se sirvió, corresponde a un fantasma que cubre una *two-ego analysis*, dirá Lacan en los *Escritos*<sup>6</sup>. (¡Todo está dicho! Ningún lugar aquí para el Otro).

---

<sup>4</sup> Cf. Michael Balint, *Amour primaire et technique psychanalytique*, Payot, 1972. El libro se publicó primero en Londres, en 1952. Balint publicó luego otras obras entre las cuales una, la última, con un título muy apto para retener nuestro interés, *La falta básica*, en 1968.

<sup>5</sup> J. Lacan, “*Los escritos técnicos de Freud*” Seminario I, Paidós, p.25.

<sup>6</sup> J. Lacan, “La cosa freudiana”, *Escritos*, Ed. Siglo XXI, 1997, Tomo I, p. 412.

Es pues con la intención de examinar “la técnica actual del análisis” y “la enseñanza que se os da en las supervisiones” que Lacan se ocupa entonces de Balint, uno de los pocos que escribió sobre este tema, puesto que las concepciones del análisis y de la transferencia en curso, derivaban, según Lacan, de allí.

De entrada, la referencia a Balint se hace sobre este punto preciso, su concepción del final de análisis. Y de entrada Lacan expresa su posición: Balint da una definición sensacional de lo que se obtiene cuando un análisis es llevado hasta su término, cosa que raramente ocurre. Pero lo que describe causa consternación. Más adelante, la descripción es calificada como emocionante, y Lacan la resume en estos términos: “El sujeto entra en un estado semimaniaco, en una especie de sublime desprendimiento, de libertad de una imagen narcisista a través del mundo; es preciso darle cierto tiempo para que se reponga y vuelva a encontrar solo las vías del sentido común”.<sup>7</sup>

Entremos en la concepción que Balint se hace del análisis y de su fin, tal como las retoma Lacan. El punto central viene constituido por la relación de objeto, concebida según el modelo de la relación madre-hijo. El objeto es un objeto de la satisfacción de la necesidad. Lo que funda el pensamiento de Balint, es la necesidad. El objeto está ahí para saturar las necesidades. Es todo del niño - ¡pero de repente, el niño es todo de él!, hay ahí, subraya Lacan, una estricta reciprocidad.

La noción de la que Lacan se sirve para atacar esta concepción es la intersubjetividad. Balint objetiva al sujeto, lo borra por desconocimiento, según señala Lacan. Y remacha: debemos admitir la intersubjetividad desde el origen. Es su caballo de batalla del momento - que más tarde va a recusar, en la “Proposición de 1967” - poniendo de relieve que la transferencia, por sí sola, objeta a ello. Pero en 1954 se trataba de hacer aparecer que el uso de la palabra implica la intersubjetividad, que la situación analítica es una experiencia de palabra, que la relación de transferencia se sitúa sobre el plano simbólico y no es reductible a un fenómeno imaginario.

---

<sup>7</sup> J. Lacan, “Los escritos técnicos de Freud” Seminario I, p. 440.



El amor llamado primario, que Balint sitúa en los estadios pregenitales, es una relación dual, inter-objetal. Y, según él, el analista debe pasar por ahí. Lo esencial en una cura “consiste en la tendencia del sujeto a reencontrar el amor primario”. Es lo que llama la renovación: el sujeto experimenta la necesidad de ser amado sin condiciones por un objeto respecto al que él no manifiesta la menor consideración. Un análisis suficientemente profundo comporta siempre el atravesamiento de una fase tal, en el curso de la cual, “son expresados deseos pulsionales infantiles”. Se trata de “evolucionar, a partir de la renovación de este amor objetal primitivo y pasivo, hacia un amor genital adulto...”<sup>8</sup>.

Nos podemos dar cuenta, si seguimos el comentario de Lacan en el libro *I del Seminario*, que bastaba con leer a Balint para que se impusiese la necesidad de un retorno a Freud. Así, por ejemplo, a la noción de amor primario Lacan opone la existencia de pulsiones parciales y la perversión polimorfa del niño; hasta llega a hablar de una perversión primaria, para hacer notar que toda manifestación perversa supone una intersubjetividad, que no hay relación de objeto cerrada. De una forma análoga, cuando Lacan destaca en Balint la falta de una distinción conceptual entre necesidad y deseo, vemos perfilarse la distinción que va a introducir poco después entre estos dos términos intercalando entre ellos un tercero, la demanda.

Esta fase de la cura que Balint llama la renovación no es, precisamente, nada más que la demanda, tal como Lacan la conceptualiza en “La dirección de la cura”, en particular en los párrafos 8 al 11 del capítulo IV, del cual extraigo estas líneas: “por el intermedio de la demanda, todo el pasado se entreabre hasta el fondo del fondo de la primera infancia. Demandar, el sujeto nunca hizo otra cosa, y nosotros tomamos el relevo. Es por esta vía como puede hacerse la regresión analítica [...]. La regresión no muestra otra cosa que el retorno al presente, de significantes que fueron usados en demandas para las cuales hay prescripción”.

---

<sup>8</sup> M. Balint, *Amour primaire...*, op. cit., “La fin d’analyse” (1949), p. 254.

Conocemos el principio que Lacan deduce de ahí para uso del analista: la necesidad absoluta de no responder a la demanda si se quiere abrir al sujeto el acceso al deseo. Balint, él piensa que se debe responder a la demanda. Refiriéndose a la renovación, escribe en 1949 sobre el final de análisis: “estos deseos no pueden nunca ser plenamente satisfechos en el marco de la situación analítica, pero deben ser totalmente comprendidos y además satisfechos en buena medida”. La idea es bien la de una reparación. Se trata de corregir “los errores en la educación” precoz del niño, que desembocaron en una dificultad e incluso una incapacidad, de amar.

El primer texto en donde apareció la tesis de la renovación data de 1932, “Análisis de carácter y renovación”.<sup>9</sup> Su punto de partida es sumamente pertinente, es un problema al mismo tiempo clínico y ético. Balint constata el alargamiento de la duración de las curas (¡ya entonces!), y se pregunta porqué los pacientes continúan sus curas siendo que ya se liberaron de sus síntomas. Formula la cuestión planteada por este problema en los siguientes términos: “¿Qué queremos de ellos, y cosa aún más importante, que esperan de nosotros?”. Lo que desde luego era una forma de interrogar la articulación entre la demanda del analizante y el deseo del analista.

Responderíamos sin duda hoy que estos analizantes continúan porque algo no funciona en el nivel de la economía de su goce. La respuesta de Balint es del mismo orden. Primero da cuenta de su queja: no encuentran su lugar, y no son capaces de encontrar placer en nada de lo que hacen. Añade que ocurre lo mismo en su vida sexual. Se trata pues de que no pueden amar ni gozar sin angustia, es por ello que continúan. Sin embargo, argumenta Balint, no basta con saber que las condiciones que limitan el amor tenían por finalidad impedir que el sujeto se abandonase y protegerlo así de una excitación demasiado intensa, tampoco basta con conocer el traumatismo que impuso estas condiciones, el analizante “debe aún aprender a

---

<sup>9</sup> Este texto fue primero presentado en alemán en el congreso de Wiesbaden. “Renovación” es la traducción dada en francés a *new beginning*. La cuestión de la renovación será luego retomada por Balint en varios artículos de su libro *Amor primario....*

amar inocentemente, incondicionalmente, como tan sólo los niños pueden amar. Es esta renuncia a las condiciones lo que (Balint) llama renovación”. Unas líneas después, la orientación reparadora es explícitamente formulada: “el desarrollo debe ser retomado allí donde el traumatismo lo había hecho desviarse de su curso primitivo”.<sup>10</sup>

Cuando el desarrollo de esta fase de renovación, que puede repetirse, no se ve perturbado, si ello es bien dirigido por el analista, entonces “una experiencia notablemente uniforme domina el período final del tratamiento”, es el estado semi-maníaco tantas veces recordado por Lacan<sup>11</sup>.

Al evocar “esta especie de erupción narcisista”, Lacan dirá, sobriamente, al final de su *Seminario I*, “no es de este modo como concibo el término analítico”. Para añadir luego: “se trata al término del análisis de un crepúsculo, de un declive imaginario del mundo, e incluso de una experiencia al límite de la despersonalización...”.<sup>12</sup>

Despersonalización. El significante elegido no es anodino. Por otra parte volverá bajo la pluma de Lacan cuando retomará, en la “Observación sobre el informe de Daniel Lagache”, el esquema óptico esbozado en 1954. Dirá entonces que “los efectos de despersonalización” en el análisis son “signos de franqueamiento”, lo que nos remite al “franqueamiento del plano de la identificación” de 1964, y, más radicalmente, a esta seguridad prendida al fantasma que el sujeto verá “zozobrar” al final del análisis (tal como nos es presentada en la “Proposición de 1967”). Una serie de fenómenos a situar sobre un mismo eje de la cura.

<sup>10</sup> M. Balint, “Analyse de caractère et renouveau”, *op.cit.*, p 181.

<sup>11</sup> Para dos descripciones dadas por Balint mismo, con quince años de distancia, cf.: *Amour primaire...*, p 209 (“Le but final du traitement psychanalytique”, 1934) et p. 254 (“La fin de l’analyse”, 1949).

<sup>12</sup> J.Lacan, *Seminario I*, *op.cit.*, p. 339.

## Insurrección del objeto o abolición del sujeto

Varias páginas del escrito “Variantes de la cura-tipo” que Lacan va a redactar unos meses después, en Pascua de 1955, son nuevamente dedicadas a Balint. “La identificación narcisista, tan finamente descrita por M. Balint” será entonces cuestionada con severidad en función de las consecuencias subjetivas que conlleva, porque “deja al sujeto, en una beatitud sin medida, más ofrecido que nunca a esta figura obscena y feroz que el análisis llama el Superyó y que hay que comprender como la hiancia abierta en el imaginario por todo rechazo (*Verwerfung*) de los mandamientos de la palabra”.<sup>13</sup> Se trata bien aquí de una puesta en cuestión de la responsabilidad del analista, como será nuevamente el caso en la “Proposición de 1967”.

A este extravío en lo imaginario, Lacan le opone en “Variantes”, así como en el *Seminario I*, el recurso a la palabra como mediación entre los sujetos. Las páginas 334 y 335 de los Escritos sintetizan, con la concisión gongorina de la que Lacan es capaz, varias sesiones del *Seminario*. Luego, vendrá a añadirse una noción, nueva, que precisa la evocación hecha en el 54 sobre el declive imaginario del mundo: la subjetivación de la muerte. A la exaltación narcisista de Balint, Lacan opone la reducción de la imagen narcisista; no es la ampliación del yo sino su final a lo que apunta la cura. La subjetivación de la muerte es pues promovida por Lacan “término ideal en donde el sujeto llega a su fin (del yo) (moi) en el análisis”.

Una breve indicación suplementaria nos ayuda a captar el alcance de lo que está en juego: “Porque, para el sujeto, la realidad de su propia muerte no es ningún objeto imaginable”. O sea que aquello a lo que se apunta al final, el término “ideal”, es una subjetivación paradójica, la subjetivación de algo que “no es ningún objeto imaginable”. Esto, desde luego, nos envía algunos años más adelante, hacia el objeto del cual Lacan dirá al introducirlo en “La angustia” que no es subjetivable, siendo la angustia su única traducción subjetiva. Por lo demás, será ocasión de una nueva nota crítica del fin de análisis según Balint.

<sup>13</sup> J. Lacan, “Variantes de la cura-tipo”, *Escritos*, Tomo I, p. 346.

Un párrafo de “La cosa freudiana”, escrito 6 meses después de las “Variantes de la cura-tipo”, merece ser recordado en este sentido. Para su crítica de Balint, Lacan ya no se apoya más sobre el sujeto ni sobre la palabra, sino sobre una referencia, inédita, al objeto. Denuncia nuevamente la técnica del “análisis sistemático de la defensa”. Y enumera las únicas salidas posibles para el analizante en las curas así conducidas: una es el *acting out* (cf. El hombre de los sesos frescos); la segunda, “la embriaguez megalomaniaca” que Balint “reconoce como índice del final del análisis” – “o la hipomanía transitoria por eyección del objeto mismo”.<sup>14</sup>

La novedad conceptual de este escrito es el gran Otro, que permite concebir la “situación analítica” como una estructura constituida no ya por tres sino por cuatro términos: “dos sujetos provistos cada uno de dos objetos, que son el yo y el otro”. Es indiscutible que el objeto eyectado del que se trata, es concebido en esta época como un objeto imaginario, especularizable. Sin embargo la articulación causal establecida por Lacan entre la eyección del objeto y la hipomanía del final es notable. Porque la estructura es ahí análoga a la que propondrá en “La angustia” cuando, habiendo adelantado que es como causa que debe concebirse el objeto, y habiendo explicado que es allí donde digo “yo” (je), que se sitúa el objeto en el nivel inconsciente, afirma que la identificación al yo del analista (en lo cual consiste finalmente el reforzamiento del yo evocado por Balint) tiene como resultado la crisis terminal maniaca “que representa la insurrección del *a* que quedó absolutamente intocado” (cf. Sesión del 23 de enero de 1963). El objeto eyectado, así como el *a* en su insurrección, es el sujeto mismo en tanto que radicalmente extranjero al yo, inasimilable.

En la considerable distancia temporal que separa estos dos textos de noviembre 1955 y de enero 1963 (siete años en la enseñanza de Lacan, es enorme), dos otras referencias a Balint puntúan la progresión de la conceptualización lacaniana del análisis y de su fin. Datan de 1958 y 1960.

---

<sup>14</sup> J. Lacan, “La cosa freudiana”, *Escritos*, Tomo I, op.cit., p. 412.

Al principio del capítulo IV de “La dirección de la cura y los principios de su poder”, *¿Cómo actuar con el propio ser?*, Lacan responde a la pregunta de Ferenczi sobre el ser del analista afirmando que es la falta en ser del sujeto que debe ser reconocida como “el corazón de la experiencia analítica”. “Fuera de este foco de la escuela húngara de tizones ahora dispersos y que pronto serán cenizas, sólo los ingleses en su fría objetividad han sabido articular esa hiancia de la que da testimonio el neurótico al querer justificar su existencia...”. Es Ferenczi a quien se cita en el párrafo precedente, a propósito de la introyección del yo del analista y de la confesión que sería necesaria para el final de la cura: la que le hace el médico a su paciente sobre la desolación que él mismo sufre. Confesión pues de una falta. La referencia a Balint que, también él, habla de las lágrimas del analista al final de la cura, es implícita. Lacan lee aquí “el precio en comicidad” pagado por el reconocimiento de la falta en ser.

Luego, continúa concediendo a los ingleses haber definido categóricamente el final de análisis por identificación del sujeto al analista. Ve ahí la influencia de Melanie Klein, de su manejo de los objetos fantasmáticos que “tiende a traducirse en la teoría en términos de identificación”: identificación al objeto. Lacan rectifica la perspectiva subrayando que “[estos objetos] el sujeto los gana o los pierde sin duda, es destruido por ellos o los preserva, pero sobretodo es estos objetos, según el lugar en el cual funcionen en su fantasma fundamental”.

Allí donde la referencia a la persona del analista tiende a reducir cuando no a borrar la dimensión del Otro, Lacan reintroduce el fantasma y reformula la cuestión ferencziana sobre la acción del analista en términos de deseo: “una ética debe ser formulada” que pondría “en su cúspide la cuestión del deseo del analista”. La inclinación a pensar la situación analítica en términos de “relación inter-humana”, reduciéndola así al registro imaginario, se verá contrapuesta con la introducción, por el lado analizante, de la falta en ser, y por el lado del analista, de la cuestión sobre el deseo del analista.

La ética, de la que Lacan hace el objeto de su seminario de 1960, es abordada en el escrito que redacta en Pascua de este mismo año, la “Observación sobre el informe de Daniel Lagache”.

Como lo hacía notar Guy Clastres,<sup>15</sup> en tanto que Lacan recusa los ideales de la persona, le es preciso elaborar una ética. También podemos decir que le es preciso en cuanto recusa la identificación como final de la cura, como lo hace al final de este escrito, y luego en 1964 en su *Seminario*, cuando declara que la identificación es un momento de detención del análisis, una falsa finalización a menudo confundida con el final.<sup>16</sup>

El “término verdadero del análisis”, que Lacan opone a Balint en la “Observación”, debe ser encontrado en el objeto *a*. Aún cuando sea llamado “objeto del deseo”, ya se perfila su estatuto aparte: es un punto al que se accede “más allá de los ideales”, y figura en el fantasma como “aquello delante de lo cual el sujeto se ve abolirse, realizándose como deseo”.<sup>17</sup>

Después del declive imaginario del mundo y la subjetivación de la muerte, es esta abolición del sujeto (frente al objeto) lo que marca el final del análisis. Vemos ahí destacados los dos términos que encontraremos nuevamente, después de pasar por el final del *Seminario XI*, en la “Proposición de octubre de 1967”. La palabra del final será entonces la destitución subjetiva.

En la “Proposición de 1967” – quizás debido al contexto histórico de este texto – me parece que el diagnóstico referido a la concepción balintiana del final de análisis se agrava. Lacan no solamente marca su desacuerdo con una concepción de la cura que admita como término un estado de exaltación narcisista, sino que denuncia más allá de lo que desde el inicio ubica como error teórico y técnico, una falta de orden ético – falta en relación al deber de bien decir, denunciada en una forma más acentuada de como la encontramos en los *Escritos*.

<sup>15</sup> En su presentación sobre “Las premisas del pase”, en ocasión de la primera sesión de este seminario, el 13 de noviembre de 2003.

<sup>16</sup> Lacan denuncia entonces “cualquier conformización, así fuera a un modelo ideal” en tanto “identificación alienante”. Ver el *Seminario XI*, “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”, Paidós, 1987, p. 152.

<sup>17</sup> J. Lacan, “Observación sobre el informe de Daniel Lagache”, *Escritos*, op. cit., p. 661-662.

En efecto, Lacan plantea de entrada – y es, según creo, una definición nueva – que la “finalización del psicoanálisis” es el paso del psicoanalizante al psicoanalista.<sup>18</sup> En este momento de pasaje, ubica la destitución subjetiva, de la cual dice luego que es objeto de “rechazo” de parte de los analistas. ¿Cómo no relacionar este rechazo a concebir la destitución del sujeto como final del análisis con lo que Lacan dice de Balint dos páginas después: “Con el final de análisis hipomaniaco descrito por nuestro Balint como la última moda, hay que decirlo, de la identificación del psicoanalizante con su guía, palpamos la consecuencia del rechazo antes denunciado”.<sup>19</sup>

En oposición al final hipomaniaco por identificación ideal al guía, tenemos aquí un pasaje a franquear, momento que Lacan asimila a la posición depresiva. Y me parece que “este rechazo antes denunciado” se adecua, también, a la concepción de Balint.

### Allí donde el análisis encuentra su final

Dicho esto, cabe pensar –lo propuse en el inicio– que el interés de Lacan por Balint, y en particular por la idea que tenía del final de análisis, perdura. Porque nos remite aún a los años setenta, por lo menos dos veces, y de forma significativa.

En primer lugar, en este pasaje de “El atolondradicho” que en cierto modo prolonga la “Proposición”, puesto que más allá del momento depresivo final se evoca: “[...] Entonces, en tanto dure su duelo del objeto (*a*) al que por fin lo ha reducido, el psicoanalista persiste en causar su deseo: más bien maniaco-depresivamente. Es el estado de exultación que Balint, pese a abordarlo por donde no es, describe muy bien: más de un “éxito

---

<sup>18</sup> El psicoanálisis “llamado superfetatoriamente didáctico”, precisa al pasar.

Y es cierto que, tal como lo recuerda Balint, Ferenczi ya afirmaba en 1928 la identidad entre análisis didáctico y análisis terapéutico.

<sup>19</sup> J. Lacan, “Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela, *Momentos cruciales de la experiencia psicoanalítica*, Ed. Manantial, Buenos Aires, p. 18-19.



terapéutico“ encuentra allí su razón [...]. Luego el duelo se consuma”.<sup>20</sup> De nuevo se le concede a Balint una descripción acertada. Su estado (no ya de exaltación sino) de *exultación* (que no es lo mismo) encuentra finalmente su lugar en la descripción que Lacan propone de la topología del período terminal del análisis, en el que el toro neurótico se transforma en banda (de Moebius) y esta banda es puesta a plano ... El estado de exultación forma parte integrante del período de duelo del objeto, y puede repetirse alternando con estados menos divertidos – Lacan dice claro “más bien maniaco - depresivamente”. Hay ahí como una intermitencia (en la causación) del deseo.

Parecería pues que Lacan matiza su apreciación de la descripción balintiana. Podemos pensar que es a tenor de su propia experiencia de los finales que eso cambió. Es lo que hace que resulte interesante ver como aún cita a Balint. Parece pues que tenía interés por su testimonio. Al paso del tiempo elaboró, perlaboró, su desacuerdo inicial. Pero no es hasta el 72, si no me equivoco, que la distinción sugerida en la “Observación” entre un término y un final de cura, es claramente formulada: el análisis no encuentra su final hasta que el duelo acaba. Terminado el duelo queda algo estable “donde el análisis encuentra su final” - final que “asegura” al sujeto de un saber sobre lo imposible que Lacan sitúa en las dimensiones del sexo, del sentido, y de la significación.

El análisis puede detenerse antes de acabado el duelo. Ahí encontramos el final, o para decir mejor el término descrito por Balint, al que Lacan reconoce ahora el estatuto de “éxito terapéutico”, ¡entre comillas! Estas comillas parecen reiterar lo dicho justo antes, Balint “se despista” (prend de côté) con el estado de exultación, o dicho de otro modo, lo interpreta erróneamente (de travers). Porque no se trata en absoluto de una felicidad reencontrada sino de un afecto pasajero – que quizás no es, a veces, extraño al entusiasmo de la Carta a los Italianos.<sup>21</sup>

<sup>20</sup> J. Lacan, *El atolondradicho* (julio de 1972), p. 59-60.

<sup>21</sup> “Nota italiana”

Finalmente, *last but not least*, a lo largo de su Seminario del 16 de noviembre de 1976, Lacan retorna sobre la identificación, interrogando de nuevo su estatuto, incluso propone una definición muy simple, “aquello que cristaliza en una identidad“, y luego retoma, incansable, su interrogación de siempre sobre el final de análisis: “¿Se trata de identificarse al analista? Por mi parte no lo creo, pero desde luego es lo que sostiene Balint, y resulta muy sorprendente.”

¡Lo que más nos sorprende es que Lacan tome tan en cuenta lo que sostenía Balint! Es a continuación de esta frase que viene el célebre pasaje referido a la identificación al síntoma: “¿A qué se identifica uno al final del análisis? [...] ¿En qué consiste esta demarcación que es el análisis? ¿Es que eso sería, o no, identificarse, [...] a su síntoma?”

Concluamos. Lacan parece dar por sentado que al final, uno se identifica. En lo cual suscribe lo que afirma la tradición psicoanalítica. Aunque se trataría de la identificación de un sujeto que ha sufrido su propia destitución. Siendo entonces la cuestión saber lo que puede ser una tal identificación.

Concedamos que el problema planteado por la identificación, Balint lo había percibido: se había preguntado como “deshacer” en el análisis la introyección, la identificación o la idealización. La respuesta le parecía indispensable para “ayudar al paciente a desembarazarse de ciertas partes de su superyó.”<sup>22</sup>

Con Lacan, descubrimos ahí la cuestión “intocada” de la relación al objeto *a*.

*Traducción: Marcel Ventura*

---

<sup>22</sup> M. Balint, *La falta básica* (1968), Paidós, 1982, p. 17.

Angela Mucida  
*Belo Horizonte*

## El sujeto no envejece Psicoanálisis y vejez

Me gustaría comenzar por una pregunta:

¿Por qué la vejez, que nos es tan familiar, nos aterra tanto y nos remite a lo que Freud llamó *das Unheimlich*?

En principio recordemos que una de las formas de *das Unheimlich* es el doble, “una duplicación de la imagen como defensa ante la extinción”.<sup>1</sup> La idea del doble no desaparece con el paso del narcisismo primario al secundario, adquiriendo un nuevo significado en estadios más avanzadas, como es el caso en la función de “observar y criticar”.<sup>2</sup> El doble se encadena de manera particular al fantasma y a algo mucho más primitivo, a una etapa en la que tendría un aspecto menos amenazante, pero que, después de la represión, deviene sinónimo de horror. El doble está además asociado al desamparo/abandono y a la repetición. *Unheimlich* nos remite también al futuro no advenido, a la caída de la omnipotencia del pensamiento y a la angustia (como dijo Lacan: cuando la falta, falta), a lo aterrador y a la muerte.

Todo ello guarda una proximidad con lo real de la castración, real ante el cual el sujeto está desamparado, separado de los significantes que lo nombran. O bien, como lo destaca Freud, es una extraña respuesta que reconocemos cuando desaparece la distinción entre lo imaginario y la realidad, como cuando se nos presenta como real algo que hasta entonces habíamos considerado fantástico o cuando un símbolo reviste toda la eficiencia y toda la significación de lo simbolizado<sup>3</sup> Todo esto no es ajeno al hecho de envejecer.

---

<sup>1</sup> Freud, S, “Lo siniestro”. *Obras Completas*. Biblioteca Nueva.Vol. VII.

<sup>2</sup> Id.

<sup>3</sup> Id.

Nosotros no nos vemos envejecer, ya que es un proceso silencioso, lento, que se hace paso a paso, trazo a trazo, pero de pronto, podemos tener del mismo una anticipación que nos viene del Otro. Un Otro en el que no necesariamente nos reconocemos. Percibimos más fácilmente la vejez en el Otro sobretodo si se trata de alguien a quien llevamos muchos años sin ver, olvidándonos de que a sus ojos somos nosotros los que hemos envejecido. Por cierto, en una fotografía, el doble puede hacer aparecer esa inquietante extrañeza; del mismo modo que muchas personas mayores afirman haber reconocido en sus fotos la imagen de sus padres o de sus abuelos.

Según Massy<sup>4</sup>, la palabra viejo (“vieux” en francés), incluye tanto la palabra vida (“vie”) como el pronombre personal ellos (“eux”). Viejo es siempre el Otro, en el cual no nos reconocemos. Pero, ¿qué es envejecer mas allá de la consistencia de la imagen que lleva huellas visibles, y sin embargo tantas veces imperceptibles para nosotros mismos? ¿A partir de cuándo somos viejos?

Hasta la fecha, el psicoanálisis mostró poco interés por esta cuestión. Tal vez porque no se ha interesado por la clínica de la vejez o también puede ser porque, en la herencia de Freud y particularmente en la de Ferenczi, persiste la idea de que con el envejecimiento, las defensas están sólidamente adquiridas y no permiten esperar rectificaciones y cambios subjetivos<sup>5</sup>. Es preciso recordar que, según los conceptos fundamentales del psicoanálisis, en un análisis sólo existe un sujeto, el del inconsciente y que éste no envejece. Tratándose de la realidad psíquica, no existe diferencia entre un hecho pasado y uno actual. El síntoma señala la actualidad del pasado, y lo que es importante en una indicación de análisis es la posición en que el sujeto se coloca frente a la falta en el Otro y su relación con el deseo, que no está determinada por la edad y menos aún por la cantidad de “material psíquico”, como pensaba Ferenczi. El concepto de pulsión se opone a cualquier noción de desarrollo; la pulsión es siempre parcial y la sexualidad adulta es la

<sup>4</sup> Massy, J, *La personne âgée n'existe pas*. Paris. Payot et Rivages, 2002, p. 18.

<sup>5</sup> Ver: Freud, S. “La sexualidad en la etiología de las neurosis” *Obras Completas*. Biblioteca Nueva. Vol. I

sexualidad infantil. Parafraseando a Freud en “Más allá del principio del placer”<sup>6</sup>, yo diría que cada uno envejece a su manera.

Es necesario asimismo recordar que la vejez no se inscribe hoy de la misma manera que en la época de Freud. La prolongación de la duración de la vida, el progreso de la ciencia, ocasionan diversas consecuencias a tener en cuenta.

La tesis fundamental del estatuto del sujeto, es decir, que éste no envejece, nos permite orientarnos en la conceptualización de la vejez, en la clínica de las personas de edad, pero ella no borra toda la complejidad de este concepto y de esta clínica. Los autores tomados como referencia para este trabajo de orientación analítica, dicen unánimemente que la vejez no equivale a un cúmulo de enfermedades, a la edad cronológica, o a la jubilación. Son unánimes al decir, que el inconsciente no envejece y que el deseo no es una cuestión de edad. Otros autores afirman que la vejez se refiere a la posición del sujeto frente a su deseo; por lo tanto, lo importante no es tener más o menos edad, sino lo que se experimenta frente a la actualidad. En este sentido se podría ser viejo a los veinte, treinta, noventa años. No hay que decir, sin embargo, que es lo mismo ser viejo a los veinte, treinta o noventa años. En cada una de esas edades, las cosas se inscriben de manera diferente. El plazo entre ciertos proyectos que nos gustaría realizar y su realización es diferente según se tengan veinte o noventa años, cuando se es joven no se lo percibe, pero el tiempo no se inscribe de la misma manera en esas dos edades extremas; no se puede desconocer que el tiempo pasa.

Para algunos autores, la vejez está asociada al fantasma de eternidad (la inmortalidad del yo), imponiendo una nueva prueba de realidad. Dentro de esta concepción encontramos una oposición entre la temporalidad del yo y la intemporalidad del inconsciente. O, dicho de otra manera, la vejez actualizaría la problemática de la castración a partir del duelo por lo que se ha sido y lo que se ha devenido. De todas formas, para la mayoría

---

<sup>6</sup> Freud, S, “Mas allá del principio del placer”. *Obras Completas*. Biblioteca Nueva. Vol. VII

de los autores se puede vivir hasta una edad muy avanzada sin entrar en la vejez. En ese sentido, la entrada en la vejez connota inevitablemente algo de una pérdida irreparable que hace signo de lo real. Aunque todas estas tesis nos remiten a puntos importantes a propósito de la vejez, éstas ponen el acento ya sea sobre la perspectiva de lo real, ya sea de lo imaginario o bien de lo simbólico. Lo que les falta a todas estas tesis, es una formalización según la cual la vejez pueda ser pensada en torno al anudamiento entre real, simbólico e imaginario. Si la vejez actualiza de manera intensa la problemática de la castración, ella impone también un tratamiento de lo real y de lo imaginario por lo simbólico.

A nuestro modo de ver la vejez está marcada por el desamparo, en el sentido freudiano del término, aunque el desamparo no sea privativo de la vejez, es en ella donde puede encontrarse su expresión más fecunda. Tal concepto fue desarrollado por Freud en diferentes momentos de su obra, habiéndolo relacionado a una situación traumática, a un exceso de excitación que no puede expresarse con palabras o a la inmadurez del yo y a la impotencia del sujeto para asegurar su supervivencia. Cada uno de estos elementos, no puede desaparecer ni incluso ser superado. Lo infantil es una parte constituyente del aparato psíquico y el desamparo se inscribe en éste bajo diferentes formas. Es, pues, fácil entender que lo infantil continuará imponiéndose en la vejez, bajo la forma del desamparo, del miedo ante la pérdida de amor, de la angustia frente al deseo del Otro y a su propio deseo. Puede ser, incluso, que durante la vejez, sea el momento en el que el sujeto viva el desamparo de manera más agudizada.

Que el sujeto del inconsciente no envejezca no implica que no exista la vejez. Hay un encuentro entre la intemporalidad del inconsciente, que desconoce la vejez, y lo que es temporal e inevitable. Tengo, entonces, la intención de problematizar un poco más la tesis de que el inconsciente no envejece articulándola con la perspectiva del tiempo que pasa y deja modificaciones inevitables.

El envejecimiento no cesa de escribirse para todo viviente, es un recorrido dentro del tiempo, desde el nacimiento hasta la muerte. En ese “no cesa de escribirse”, hay algo, que aún estando

inscrito, escapa a todos los seres hablantes y que queda abierto a la contingencia. Yo diría que la vejez, es un momento particular en ese recorrido del tiempo. Ella es variable para cada sujeto, y pone en escena lo real del cuerpo que se modifica de forma muy intensa y particular. Hay que tomar en cuenta que este período de la vida está marcado por diferentes pérdidas reales que fragilizan los lazos sociales y que exigen un nuevo anudamiento entre RSI, lo que hace necesario un intenso trabajo de duelo.

Siguiendo a Freud en “Mas allá del principio del placer”, podemos decir que no existe una vejez natural, aunque exista un cuerpo que envejece y una persona que se hace mayor. Ese “destino personal” es completamente singular y cada uno inscribe en él su goce personal.

### La vejez, el tiempo y lo intemporal

Freud tiene una manera muy original de abordar el concepto de tiempo, al principio por la concepción de un tiempo que se hace a posteriori, un tiempo que se actualiza en el presente y que puede darnos una idea de eternidad. Tal concepción es fundamental para pensar el concepto de vejez, puesto que ella deja abierta la posibilidad de una nueva inscripción a partir de rasgos ya marcados, e imborrables. Esta concepción implica, no solamente la necesidad de una inscripción, sino también la posibilidad de una reinscripción, de retomar lo que se ha escrito para el sujeto antes de todo sentido. Esto confirma nuestra hipótesis de que cada uno envejece a su manera, pues lo escrito será re-escrito y reactualizado a partir de los rasgos de cada uno. Hay una historia que se escribe en la diacronía del tiempo y hay algo ahí que hace corte, lo que permite re-escribirla. Podemos decir con Lacan que antes de acceder a la palabra, el sujeto recibe una serie de significantes que no constituyen todavía una cadena significativa y que se articulan en el *après-coup*.

A partir de los textos de Freud tenemos tres concepciones del tiempo: un tiempo fuera del tiempo, es decir la intemporalidad del inconsciente. Un tiempo que se hace *a posteriori* y por último, el tiempo del sistema de la conciencia.

En el texto “Lo inconsciente”, de 1915, Freud afirma que “los procesos inconscientes son intemporales; es decir que no están ordenados en el tiempo, no se modifican con el paso del tiempo, no tienen absolutamente ninguna relación con el tiempo. La relación con el tiempo está también vinculada al trabajo del sistema consciente”<sup>7</sup>. La primera tesis es clara, el inconsciente no se ordena conforme al tiempo cronológico, en el sentido de una historia lineal o del desarrollo. La otra tesis se refiere a la inmutabilidad de los rasgos; una vez inscriptos no desaparecen nunca. En este sentido, el sujeto en tanto efecto del significante no envejece nunca. Pero Freud escribió a Fliess en la “Carta 52”<sup>8</sup> que ese material recuperado en forma de rasgos va a sufrir de tiempo en tiempo reajustes de acuerdo a las nuevas circunstancias, a las nuevas reinscripciones. “La memoria está presente no solamente una vez, sino varias veces y ella se compone de diversas clases de signos”.<sup>9</sup>

Hay en Freud, como también en Lacan, dos inscripciones del inconsciente que no se excluyen la una a la otra. Al lado de la traza indeleble puede inscribirse algo que se modifica. El inconsciente se devela en la cadena significante, por las formaciones del inconsciente, por la vía metafórica del síntoma, que provocan efectos de interpretación. El inconsciente es también algo que impone sus efectos y repentinamente otras inscripciones, pero que no se modifica ni se traduce. Ese resto puede sufrir nuevas combinaciones, nuevas inscripciones y re-inscripciones.

Con Freud y Lacan, deducimos dos concepciones del sujeto que se entrecruzan, que no se anulan, ni se reducen. Hay un sujeto constituyéndose bajo el efecto de la acción del significante mientras tiene en el intervalo una relación de imposibilidad. Como señaló Lacan, en el discurso del amo o discurso del inconsciente, entre el sujeto y el significante que lo representa, está la barra de la represión.<sup>10</sup>

<sup>7</sup> Freud, S, “Lo inconsciente”. *Obras Completas*. Biblioteca Nueva. Vol. VI.

<sup>8</sup> Freud, S, “Carta a Fliess Nº 52” “Los orígenes del Psicoanálisis”. *Obras Completas*. Biblioteca Nueva. Vol. IX.

<sup>9</sup> Id.

<sup>10</sup> Lacan, J, “*El reverso del psicoanálisis*”. *El Seminario. Libro XVII*. Lecciones 1, 2 y 6. Ed. Paidós



$$\frac{S_1}{\$} \longrightarrow \frac{S_2}{a}$$

El sujeto “en sí” no existe, no existe más que como representado o como representación. El sujeto del inconsciente, tal como está inscripto en el discurso del amo, o sea, un sujeto que está bajo la barra de la represión, que sufrió la intervención de los significantes amos, un sujeto dividido al menos entre dos significantes y que tiene como verdad su propia división. Es un sujeto que surge en las formaciones del inconsciente, que hace actos fallidos, chistes, síntomas, etc.

Hay un sujeto situado sobre la barra, tal como lo está en el discurso del analista, situado en el lugar del trabajo, que puede construir lo que lo determina, así como un saber particular sobre sí mismo.

$$\frac{a}{S_2} \longrightarrow \frac{\$}{S_1}$$

Este sujeto no borra ni anula al primero. Podemos decir, simplemente, que se trata de un sujeto responsable de su división lo que trae consecuencias en el tratamiento de lo real y en las respuestas a las pérdidas fálicas que se imponen con la vejez.

También, hay un tiempo marcado por lo intemporal. Ese que no cesa de no escribirse, lo real o lo imposible, tiempo del inconsciente, tiempo del sujeto que no envejece. Hay además un tiempo que no cesa de escribirse y que pasa, que es del orden de lo necesario, y un tiempo que funciona *a posteriori*, que permite nuevas inscripciones, marcado por la contingencia y que cesa de no escribirse. Este tiempo sufre efectos tanto de lo imposible como de lo necesario que le dan sentido. Es exactamente ese intervalo de tiempo, el *a posteriori*, quien unifica a los otros dos tiempos: el intemporal y el temporal. Es el que hará el anudamiento de lo que no envejece con lo que envejece y pasa con el transcurso del tiempo. Todo esto nos remite de nuevo al concepto de actualización ya evocado en este texto.

Para Lacan el tiempo lógico es el que hace de corte entre los dos tiempos, el que pasa (el tiempo que está en movimiento y que tiene dos direcciones: el pasado y el futuro) y el que funciona por retroacción, el *après-coup*.<sup>11</sup> Es el tiempo lógico que permite inscribirlo en el momento mismo en que aparece.

Podemos concluir con Freud que el pasado se reactualiza; no existe un pasado inmóvil o muerto, aunque las personas mayores digan muy a menudo “En mis tiempos...”. En la vejez muchos de los rasgos hasta entonces adormecidos pueden manifestarse e imponer al sujeto diferentes respuestas, entre otras, nuevas formas de síntomas para tratar lo real.

La cuestión de la actualización es acorde con la estructura del acto concerniente al hacer analítico, que ha sido estudiado por Lacan en el Seminario *El acto analítico* (1967/68)<sup>12</sup>. Es el acto en el cual el sujeto está incluido, lo mismo que el objeto-causa de deseo. El sujeto está representado por este acto y percibe que hay un saber que deja un resto. El acto está articulado al significante y, al mismo tiempo remite a lo no nombrado del significante, poniendo un límite a la significación. Sin embargo, en la medida en que algo convoque la falta, todo acto es un acto fallido y, haciendo aparecer la verdad del sujeto, provoca efectos de sentido.

Podríamos pensar, entonces, que la vejez es un significante que representa al sujeto para otro significante: la jubilación, la tercera edad, la menopausia, se asocian en otra cadena discursiva. De esta manera, estos significantes en sí mismos no significan nada y sólo tomarán sentido a partir del acto que promueve el pasaje de ese saber general a los significantes particulares. El acto sería lo que permite que el sujeto pueda interrogarse acerca de ese saber “absoluto”, a menudo surgido del discurso de la ciencia, para reencontrarlo en un saber “no-todo” y particular. En este sentido podríamos decir que la relación del sujeto a la

<sup>11</sup> A propósito del tiempo, ver: “EL tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada” “Posición del inconsciente” “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis” *Escritos*. Siglo XXI editores. Ver también Los Seminarios “*Les non-dupes errent*”, “*L’insu que sait de l’une bevue s’aile à mourre*”, “*La identificación*”, “*Las formaciones del inconsciente*” y “Radiofonía”

<sup>12</sup> Lacan, J, “*El acto analítico*” *El Seminario-* Inédito. Lección del 29/1/67

vejez se mide por sus actos. Por los actos que el sujeto puede actualizar aquello que emerge a lo largo del tiempo. Análogo al funcionamiento del nudo borromeo, si una de estas dimensiones: el pasado, el presente o el futuro, se desata, provocará el desanudamiento de las otras; el pasado no será más actualizado en el presente y el futuro devendrá oscuro y sin perspectivas. Puede suceder que en el momento de la vejez, un debilitamiento del tiempo presente (a causa de una fragilización de los lazos afectivos, sociales, de numerosas pérdidas...), podría imponer al sujeto la creación de nuevas formas de actualizar el pasado anudándolo al futuro. Esto exigiría un nuevo anudamiento del tiempo. Lo importante es que en esta actualización se encuentre un “sujeto responsable” analíticamente hablando, de su propia historia.

### El significante “vejez” en el tiempo de un análisis

Para concluir, les hablaré brevemente de un caso clínico que ilustra algunas de las cuestiones planteadas.

Clara estaba en análisis desde hacía 7 años (era su segundo análisis, el primero había durado tres años) cuando, al aproximarse a sus *sesenta años, a la entrada en la tercera edad*,<sup>13</sup> presentó una importante crisis de angustia. Al principio respondió con una inhibición, rechazando venir a sus sesiones y hablar. Después de su cumpleaños, vuelve muy angustiada y al intentar hablar de ese real para el que no encontraba palabras, dice: ¡*Sessenta!* (Sesenta en portugués) En el momento de decir esto se sienta en el diván y añade: ¡*Qué espanto... realmente, hay que sentarse!* (sentarse, en portugués: “*se sentar*” que hace homofonía con “*sessenta*”, sesenta).

De entrada, lo que la asustaba era ese real, la causa de su angustia y que la obligaba a sentarse, *la entrada en la tercera edad, la vejez*, que ella hasta entonces había atribuido solamente al Otro pero que la había pillado, sin previo aviso.

---

<sup>13</sup> Nota del autor. *Todo lo que aparece en itálica indica que se trata de los significantes del analizante.*

*¿En dónde estoy entrando? ¿Cómo hacer? Todo esto me resulta insoportable*, me decía. Su angustia presentificaba no sólo el encuentro con el goce del Otro, sino que principalmente la remitía a su modalidad de goce y a las consecuencias, para ella, de su deseo en esta nueva etapa que empezaba. El horror de convertirse en un objeto a merced del goce del Otro había sido, al principio, la causa de su efecto de inhibición. Ese acontecimiento insoportable, imposible de nombrar, le ha permitido encontrar, poco a poco, en la cadena significativa, la forma de construir el camino que la ha conducido a la travesía de su fantasma.

Los significantes *sesenta* y *entrada en la tercera edad* (significantes del discurso social) no fueron indiferentes para este sujeto e hicieron serie con lo real de varios duelos vividos por ella en el curso de los dos últimos años (había perdido tres hermanos, dos amigas y otros parientes próximos, todos con más de sesenta años); a partir de ahora, ella también podría ser víctima de ese real. Pero el real, causa de su angustia y motivo de horror no era solamente la muerte. Ella podía sobrellevar el problema de la muerte, ella podía hacer un duelo, ella soportaba la falta de inscripción a la que toda muerte remite, de cada pérdida ella lograba obtener lo que la concernía.

Inicialmente, el significante *sesenta* hizo eco en la dependencia del Otro. Ella, que siempre *“había atendido”* y *“había sostenido”* a toda su familia, podría en adelante, cambiar de lugar y necesitar la ayuda de los otros. Los *“sesenta”*, la remitían también a algunos significantes amos de su historia: *fuerte, decidida, sostén de la familia* y *putas*, - un significante del discurso paterno que prohibía el goce: el placer es cosa de putas.

Algunos sueños tuvieron una importancia particular en el transcurso de la cura y en el final de su análisis. En el primero, una sombra le señala con el dedo: *“¡Mire Clara!”* Al mirar puede ver un huevo del que está saliendo un pollito. Su asociación va en el sentido de lo que le producía miedo, que no es la vejez, sino la perspectiva de una nueva etapa de su vida. ¿Qué es eso nuevo que es la causa de tanto miedo y horror, sino aquello familiar que le retorna bajo la forma de lo *Umheimlich*?

*Las oleadas (una mezcla de dolor y éxtasis, un goce inesperado, un estado de plenitud... y el miedo)* atraviesan su análisis desde hace tres años y se hacen cada vez más frecuentes. Ella se interroga si todo aquello no será más que la consecuencia de su menopausia. Pero reconoce que en medio de eso que le ocurre, algo escapa al discurso médico y concluye que es de otra cosa de lo que se trata.

A la sensación de soltar las amarras, de un placer intenso, difícil de describir, se mezcla el goce prohibido del discurso paterno, lo que del padre tomó como propio: *¿todo lo que ella no puede o no ha podido hacer?* Algunos meses antes de su cumpleaños, ella decide, en un momento importante de su análisis, hacer una reforma en su apartamento y aparece entonces la cuestión de la construcción de *una sala consagrada a los placeres*, un sitio consagrado a la música, a la danza y a la literatura, algunos de los placeres hasta entonces prohibidos. Ella dice entonces: *¿cómo me puede suceder todo esto ahora (la vejez), justo cuando mi sala de los placeres está casi terminada?*

En la misma época tiene un encuentro con otro real: un puente dentario colocado hace más de veinte años, se rompe. Se siente decepcionada y triste, *ella pensaba que ese puente estaría ahí para toda la vida...*, “*estaba hecho de oro para resistir el paso del tiempo, y he ahí que se rompe a sus sesenta años*”. Esto tuvo para ella el efecto de *una bofetada que le develó la vejez*. La analizante experimenta esto con ironía...romperse este puente, justo en el momento en que ella pensaba hacer el puente de un sitio al otro, hacia otra etapa...

Entre éxtasis y agonía, entre aquello que podría barrar su placer, Clara encontró una vez más la figura paterna. Un padre tiránico que imponía su ley de forma implacable no dejando lugar a ninguna dialéctica. Produce algunos sueños en los cuales aparece otra figura paterna, la de un hombre envejecido. Tomemos dos de estos sueños. En el primero un hombre muerto desde hace ya varios años reaparece y le pide que lo acompañe. Ante esta invitación, ella responde de manera determinante: “*No, yo no me marcho con usted*”. En otro sueño, la figura de la muerte, otra muerte, repite en eco, en la voz de otro hombre de mucho más edad que ella: “*Tu deberías preparar tus maletas*” Su respuesta es la misma: “*No, yo no iré*”.

Estos sueños no remitían a la analizante a la premonición de su muerte o al miedo de ella, sino que la remitían a la relación con su padre. Sus asociaciones evocaban a un padre que no era el de la interdicción, sino que hacía surgir otro padre que le indicaba que era posible que otros hombres la miraran. En la línea de sus asociaciones aparece la frase: “*¡Qué bonita es esta niña!*”. Ser bonita a los ojos del padre la autorizaba a ser bonita a los ojos de otros hombres. En estos sueños ella pudo oponerse, sin rabia ni pánico al mandato del padre: ella no lo sigue. Concluye que está preparada para aceptar un hombre en su vida. Abrirse a la posibilidad de una relación amorosa, fue el primer efecto de esta construcción, pues lo que llamaba el mal carácter de los hombres, un rasgo de la personalidad del padre, no era más válido para todos los hombres y en adelante no sería una característica solamente masculina.

Recuerda entonces que en el momento de la muerte de su padre, éste le pidió que se ocupara de su madre. Ella, tan diferente de las otras hermanas y hermanos: *tan valiente, tan fuerte, tan confiable... como él mismo*, podría entonces ocupar su lugar. Después de tener un sueño muy rico en metáforas, concluye que había pagado un precio excesivo habiendo respondido a la demanda del padre: sin poder asumir su sensibilidad y su feminidad, había transitado por la vida como un hombre.

Como signo necesario de corte con la prohibición paterna, estos sueños representaban más aún un punto de detención frente a la ley tiránica del padre, para quien todo había sido o verdadero o falso. Y como alguien que hubiese leído *Tótem y Tabú*, ella pudo decir: *Es mi padre muerto quién regresa ahí; pero el padre de hoy está verdaderamente muerto para mí. No tengo más necesidad de oponerme a él, ya que él ha sido simplemente un padre.*

A partir de este momento, otras asociaciones enriquecieron su construcción fantasmática. Como su madre, *ella también fue una puta vieja, una puta que aceptó la tiranía del padre.* “*Yo que creía haber sido tan independiente y orgullosa, de hecho, siempre he estado al servicio del otro*”. Anticiparse o responder inmediatamente a la demanda del Otro, fue para ella una forma de control, una forma de ejercer un dominio. Como su padre ella había dominado a todos toda la vida. “*Responder a los*

*otros inmediatamente, era responderme a mí misma, pues no soportaba la falta y buscaba a cualquier precio el amor. El amor por la dominación me protegía de la puta, pero yo lo fui, pues vendí mis favores a cambio de amor”.*

Fue construyendo y deconstruyendo sus puntos de identificación, que Clara logró posicionarse de otra manera frente al Otro. Como alguien que también puede recibir. Nombraba como “*las pequeñas delicias de la vida*” a eso que en adelante podría recibir del Otro.

Fueron necesarios algunos meses más de trabajo hasta finalizar su análisis. El encuentro con sus sesenta años y la idea de muerte - la otra muerte, la condujeron directamente a un punto de fijación de su niñez, a lo desconocido de la habitación oscura, cuando por la noche se despertaba sobresaltada con los gritos de las peleas de sus padres. Ella esperaba que ocurriera lo peor, un desastre que nunca llegó a producirse. Era un real delante del cual ella se sentía privada de significantes.

Varios sueños que la remitían a la identificación con la figura de la madre, le permitieron ver que esos rasgos de identificación eran falsos y que ya no tenía necesidad de ellos. Hasta el momento, ella *había creído que sin esos rasgos no habría podido sobrevivir.*

Habiendo relacionado su recorrido analítico a un proceso de construcción y deconstrucción pasa a representarlo como un círculo: “*En cada parte estaría una etapa de mi vida, en cada momento hay pedazos, aristas, excesos... cosas que he tenido que ir retirando hasta llegar al centro. Pero ¿qué es el centro?. El centro es el original, soy yo misma y este centro está agujereado pero sostiene todo el borde del círculo(...) era eso lo que me daba miedo, saber de mi libertad. Esto no es una sorpresa... es como si yo ya estuviese al corriente de esta posibilidad. Ustedes, los analistas deben terminar enloquecidos, tratando de develar el ser y encontrándose con el infinito, porque la posibilidad del ser es el infinito, pero un infinito agujereado”.*

Una serie de elaboraciones, ricas en imágenes llevan a Clara a hacer un resumen de su recorrido analítico. “*Cuando empecé mi primer análisis era como si estuviese en una habitación oscura,*

*no veía mi vida, apenas percibía nada, yo me sometía a las cosas, eso me irritaba y respondía con odio a las órdenes. Este primer análisis me permitió organizar esa habitación, levantando las opacidades en las que estaba, yo aprendí a hablar. El segundo análisis abrió una ventana, luego otra y otra y sin saber muy bien cómo, me siento liberada de esas cosas a las que estaba enganchada, a esas opacidades y puedo ver las mismas cosas que antes pero de otra manera. Puedo ver lo que me paralizaba, mis respuestas a los otros, mis crisis de cólera, mi odio sin fin... A partir de ahora yo puedo reír con situaciones que antes me producían odio. Me doy cuenta de que el odio de mi padre y de mi madre no son más el mío. Haberme dado cuenta de esta sutileza.... Esto no impide que yo pueda irritarme, pero yo consigo situarme de otra manera ante el hecho consumado. Esto ha sido una construcción... una reconstrucción de Hércules, con tantas piedras en el camino”.*

Clara ha ido tejiendo otro texto sobre un texto ya escrito. Se da cuenta de que el miedo en cuestión no era el de la muerte, sino el miedo a no poderse liberar de la “determinación” que había marcado una gran parte de su vida. Miedo al ver caer sus defensas, sosteniendo su *sala consagrada a los placeres*. El duelo de un goce perdido se manifiesta en lo que reconoce finalmente como “oleadas de angustia”.

En su última sesión, habla de una exposición de Picasso y en particular de un cuadro que le llamó la atención: el Minotauro acariciando a una mujer dormida. En sus asociaciones, los significantes furia y amor se dialectizan con paz y amor. Asocia el cuadro al dolor del Otro y habla de su relación a esto. Dice haber aprendido a soportarlo y a mirarlo de frente sin sufrir. Ella siente menos culpa porque a partir de ahora estará siempre lo temporal y lo intemporal. Lo temporal de “tener necesidad de”, arreglar la casa, responder a las demandas de su hermana...a la cadena infinita de la demanda del Otro. Lo intemporal, en ese momento fue para ella la exposición de Picasso. Escogió visitar la exposición en lugar de acompañar a su hermana preferida - que tiene el mismo nombre que la analista. “La he dejado porque era preciso hacerlo; ella se sabe cuidar...” y concluye: “No hay puente fijo que no caiga en la vida. Los sesenta años se pueden vivir bien... lo importante es no querer tenerlo todo previsto y controlado. Hay que poder dejar un lugar a la duda, poder interrogarse... De camino al



*dentista había también un puente y yo tenía miedo de atravesarlo. Un día me decidí y me lancé... veo que aquí también se acabó”.*

La entrada en la tercera edad fue un momento importante en el análisis de este sujeto, quien había podido poner en acto su *lugar consagrado a los placeres*. Ante un real que presentaba diferentes facetas, ella encontró una salida por “la contingencia” que ya se dibujaba anteriormente. Pero esto no hace tampoco respuesta a lo real.

De todas formas, una distancia se produjo entre el sujeto sometido a su filiación por los significantes familiares, y un sujeto devenido responsable de aquello que lo determina. Un sujeto que puede reír y hacer del odio otra cosa, la re-edición de otra forma de goce. Clara construyó un nuevo saber sobre su odio, haciendo de lo fijo algo móvil, ella puede entonces atravesar su puente.

*Traducción: María Jesús Pedrido*

*Revisión: María Eugenia Lisman*

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

**FREUD Sigmund**

Introducción al narcisismo

Más allá del principio del placer

Lo siniestro

Carta a Fliess Nº 52 y Nº 61

Lo inconsciente

La sexualidad en la etiología de la neurosis

**LACAN Jacques**

Escritos

Seminario XVII, El reverso del psicoanálisis

Seminario XX, Aún

Seminario XV, El acto analítico

Seminario XXI, Los incautos no yerran (Les non-dupes errent)

Seminario XXII, R.S,I

Seminario X, La angustia

Radiofonía

Seminario IX, La identificación

Seminario XXIV, “*L’insu que sait de l’une bevue s’aile à mourre*”

MASSY Jack, *La personne âgée n’existe pas*. Paris. Payot et Rivages, 2002, 222 pp

*Le vieillissement*. Champ Psychosomatique Nº 24, L’Esprit de temps, Paris, Presses Universitaires de France, 2001.

Fulvio Marone  
Nápoles

## Una ciencia que incluya al psicoanálisis

En la introducción a su célebre artículo "On psychoanalysis and neuroscience", M. Solms y M. Saling afirman que su "main intention is to show that psychoanalysis is based on sound neurological principles".<sup>1</sup> Aprobando por entero esta afirmación y esta intención, querría destacar otro aspecto a subrayar sobre este tema. Desde mi punto de vista, las raíces del psicoanálisis las encontramos en la neurología, ya que el psicoanálisis nace cuando la lógica de la neurología es llevada a sus últimas consecuencias; dramática *reductio ad absurdum* de la ciencia de la época: para continuar siendo una ciencia, tiene que reconocer sus límites, dando así lugar al origen de un nuevo saber. Querría basarme para ello en algunos textos de la juventud de Freud - el Freud neurólogo, evidentemente - no como se hace con frecuencia, para encontrar allí las primeras huellas de un diálogo jamás interrumpido entre psicoanálisis y neurociencias, sino más bien para tratar de demostrar las raíces neurológicas de un psicoanálisis concebido como una *Aufhebung* (negación/superación) radical de la neurología.

No comenzaré refiriéndome al "tristemente célebre" *Entwurf*, el "Proyecto"<sup>2</sup> de 1895 - cuando digo "tristemente célebre", no es porque no lo aprecie ni porque no lo haya apreciado el mismo Lacan (quien, como veremos, lo cita con frecuencia y, en el Seminario VII<sup>3</sup>, lo lee como un texto de ética haciéndolo dialogar con Aristóteles y Kant), sino porque es utilizado con frecuencia como "caballo de Troya" introducido en la ciudad

<sup>1</sup> M. Solms, M. Saling, "On psychoanalysis and neuroscience: Freud's attitude to the localizationist tradition", *Int. J. Psycho-Anal.* (1986), 67, p. 397.

<sup>2</sup> S. Freud, "Proyecto de psicología", *Obras completas*, Amorrortu, Buenos Aires, Tomo I pp. 323-408.

<sup>3</sup> J. Lacan, *El Seminario, Libro VII, La ética del psicoanálisis*, 1959-1960, Paidós, Barcelona.

psicoanalítica, para poner en evidencia lo que sería la verdadera naturaleza del psicoanálisis, en tanto que crypto-algo: biología, neurología, etc. De este modo, la verdadera naturaleza del psicoanálisis sería revelada – en contradicción con sus propias leyes – por la intención consciente (por un síntoma, osaría decir) de su creador: lograr que la fisiología, la anatomía etc., algún día confirmaran sus descubrimientos; por el contrario, creo que es la transmisión de su deseo lo que nos permite comprender mejor aún su obra que entonces. Por otra parte, se olvida a menudo que del “Proyecto”, han quedado tres capítulos y no sólo uno, que entre los dos capítulos más “neurológicos” hay un capítulo “psicopatológico” (con un caso clínico original alrededor del cual, se puede decir, gira toda la máquina freudiana).

Como decía, no quería partir del “Proyecto”, sino de dos textos precedentes del Freud neurólogo: “Zur Auffassung der Aphasien” (1891) y “Algunas consideraciones para un estudio comparativo de las parálisis orgánicas e histéricas” (1893). Es importante señalar – científicos de formación totalmente diferente como Solms<sup>4</sup> y John Forrester<sup>5</sup> lo señalan – que Freud llega por primera vez a sus conclusiones sobre la independencia de su objeto de estudio de la anatomía del sistema nervioso, no por la clínica de las neurosis, sino hablando de la afasia, que presenta una lesión visible y evidente.

“Se debe considerar – afirma Freud – la relación de una lesión parcialmente destructiva en el aparato afectado. Se pueden concebir dos situaciones que, por otra parte, se producen en la realidad: ya sea que el aparato se encuentre imposibilitado por la lesión de algunas zonas, mientras que otras intactas continúan funcionando igualmente, o ya sea que el aparato reacciona frente a la lesión como un todo solidario y no acusa la pérdida de alguna zona, pero testimonia en cambio de un debilitamiento en su funcionamiento. *Frente a una lesión parcialmente destructiva, responde con un trastorno funcional como el que se hubiera producido como consecuencia de un daño no ma-*

---

<sup>4</sup> K. Kaplan-Solms, M. Solms, *Clinical studies in Neuropsychanalysis. Introduction to a Depth Neuropsychology*, Karnac Books, London 2000, p. 18.

<sup>5</sup> J. Forrester, *Language and the Origins of Psychoanalysis*, Macmillan Press, London 1980.

terial.(...) El aparato del lenguaje parece dar prueba del segundo tipo de reacción. Responde a esta lesión solidariamente (o al menos lo hace solidariamente en parte) con un trastorno funcional”.<sup>6</sup>

Freud había señalado ya que la parafasia, que puede presentarse como un síntoma orgánico en focos y puede ser provocado por lesiones situadas en distintas zonas, “no se diferencia en nada de la confusión y la mutilación de palabras que puede observarse en una persona sana en caso de fatiga, de atención dividida, de influencia de afectos perturbadores, lo que por ejemplo – continúa Freud – nos puede hacer pesada con frecuencia la escucha de nuestros interlocutores”.<sup>7</sup> De este modo el *Spracheapparat* – el aparato a lenguaje, como Nassif<sup>8</sup> propone traducirlo – precursor de lo que luego devendrá el aparato psíquico, demuestra un margen de autonomía en relación con el organismo subyacente, una suerte de suplemento en relación con lo que está estrictamente condicionado por la sustancia neurológica: “una afasia sensorial dicha trans-cortical – como Freud lo dice en el lenguaje de su época – puede estar provocada por una lesión, pero (...) de todos modos, está igualmente favorecida por un trastorno funcional”.<sup>9</sup> Hay algo más que la anatomía, la fisiología y la patología del sistema nervioso, en las lesiones orgánicas: un excedente, un suplemento, un goce suplementario, es decir, algo que cumple con otras leyes que las de la anatomía. Freud demuestra que no es posible suprimir partes del lenguaje como si se tratara de las piezas de un puzzle, y que – aún en los casos de lesión orgánica – la explicación de los fenómenos afásicos debe ser comprendida independientemente de la localización de la lesión. De este modo prepara el camino para la comprensión de la histeria como lesión de una idea.

Pero la más lúcida falsificación freudiana de la tradición neurológica del siglo XVIII se encuentra en el artículo de 1893, escrito originalmente en francés, “Algunas consideraciones para un

---

<sup>6</sup> S. Freud, *Las afasias*, Nueva Visión, México, 1983, p. 80-81.

<sup>7</sup> S. Freud, *Las afasias...*, p. 63.

<sup>8</sup> J. Nassif, *Freud l'inconscient. Sur les commencements de la psychanalyse*, Flammarion, 1992.

<sup>9</sup> S. Freud, *Las afasias...*, p. 133.

estudio comparativo de las parálisis orgánicas e histéricas”.<sup>10</sup> En ese texto, Freud desprende completamente la patología histérica de la anatomía del sistema nervioso y la interpreta sobre una base puramente psicológica, o mejor dicho psicoanalítica. “Se ha atribuido con gran frecuencia a la histeria la facultad de *simular* las afecciones nerviosas orgánicas más diversas” dice Freud, situando así un rasgo diagnóstico diferencial decisivo: “La parálisis histérica es... de una *limitación exacta* y de una *intensidad excesiva*. Posee estas dos cualidades a la vez, y contrasta así máximamente con la parálisis cerebral orgánica, en la cual *no se asocian nunca estos dos caracteres*... Puesto que sólo puede haber una sola anatomía cerebral verdadera, y puesto que ésta se expresa en los caracteres clínicos de las parálisis cerebrales, es evidentemente imposible que tal anatomía pueda explicar los rasgos distintivos de la parálisis histérica.” Llevando al límite el rigor de la argumentación neurológica en la que se había formado gracias a sus maestros, Freud concluye: “la histeria se comporta en sus parálisis y otras manifestaciones como si la anatomía no existiera o como si no tuviera noticia alguna de ello”. Y, esbozando un boceto de su futura metapsicología: “Es la concepción banal, popular de los órganos y del cuerpo en general, lo que está en juego en las parálisis histéricas”.

Así pues, en qué consiste el carácter excepcional del psicoanálisis en el campo de las ciencias ?

Para intentar responder, dejemos hablar a Lacan:

”Puede afirmarse que el ideal de la ciencia consiste en reducir el objeto a algo que pueda clausurarse y delimitarse en un sistema de interacciones de fuerzas. El objeto como tal, a fin de cuentas, sólo lo es para la ciencia. Nunca hay más que un sólo sujeto: el sabio que mira el conjunto, y que espera un día poder reducir todo a un determinado juego de símbolos que englobe todas las interacciones entre los diversos objetos. Pero, cuando se trata de seres organizados, entonces el sabio debe suponer siempre que ahí hay acción. Puede considerarse, ciertamente, que un ser

---

<sup>10</sup> S. Freud, “Algunas consideraciones para un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas”, 1890-1920, *Obras completas*, Amorrortu, Buenos Aires, Tomo I, p. 191-210.

organizado es un objeto, pero mientras se le adjudique el valor de un organismo, se conserva aunque sólo sea implícitamente, la idea de que es un sujeto. Por ejemplo, durante el análisis de un comportamiento instintivo se puede descuidar, durante cierto tiempo, la posición subjetiva. Pero, cuando se trata del sujeto que habla, esta posición no puede ser descartada en absoluto. Al sujeto que habla es preciso admitirlo como un sujeto. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que es capaz de mentir. Vale decir que es distinto de lo que dice. Freud nos descubre, en el inconsciente, esta dimensión del sujeto que habla, del sujeto que habla en tanto que engañador. En la ciencia, el sujeto es mantenido únicamente en el plano de la conciencia, puesto que la *x* sujeto en la ciencia es en el fondo el sabio. El que posee el sistema de la ciencia es quien mantiene la dimensión del sujeto. Es el sujeto en tanto que reflejo, espejo, soporte del mundo objetual. Freud, por el contrario, nos muestra que en el sujeto humano hay algo que habla, que habla en el pleno sentido de la palabra, es decir algo que miente, con conocimiento de causa, y fuera del aporte de la conciencia. Esto - en el sentido evidente, impuesto, experimental del término - es reintegrar la dimensión del sujeto”.<sup>11</sup>

Leía recientemente, en un texto redactado por científicos de procedencia heterogénea, las siguientes definiciones: “...(la psicoterapia) no es otra cosa que el hecho de producir un desarrollo sináptico en las vías cerebrales que controlan la amígdala... y la mejor manera de hacerlo es obtener que el córtex controle la amígdala...”. Así la psicoterapia se puede considerar como “una terapia de extinción, una suerte de aprendizaje implícito (inconsciente) de descondicionamiento sobre la vía directa amígdala-zona prefrontal”.<sup>12</sup> Me parece que esto constituye una versión hyper científica del freudiano *wo Es war, soll Ich werden* que Lacan - tratando de simplificar el exceso de abstracción (y a veces grosería) metapsicológica de ciertas traducciones como el inglés: *where the Id was, there the Ego shall be*, o el italiano: *dove era l'Es, deve subentrare l'Io*, o del mismo modo el francés: *le Moi doit déloger le Ça* - proponía

<sup>11</sup> J. Lacan, *El Seminario, Libro I, Los escritos técnicos de Freud 1953-1954*, Paidós, Barcelona. p. 287.

<sup>12</sup> P. Calissano, “Mente/cervello: un falso dilemma?”, dans P. Calissano (éditeur), *Mente e cervello: un falso dilemma?*, il Melangolo, Genova 2001, p. 25.

traducir con elegancia: Allí donde *'se era' [s'était]*, mi deber es que yo venga a ser.<sup>13</sup> Es una fórmula operativa, que da el sentido preciso, la dirección del trabajo analítico. (sentido que queda oscuro en las otras versiones, ya sean metapsicológicas o científicas) : *Ich, je*, el sujeto de la enunciación, *dois (soll)* – “Es un trabajo de cultura – dice Freud – como el desecamiento del Zuiderzee”.<sup>14</sup> Así *sollen, deber* en un sentido moral, y no *müssen*, el *deber* de la ley natural – *yo debo advenir*, llegar a, venir a ser, llegar a ser, advenir (*werden*) también el sujeto de mi enunciado, *wo Es war, allí donde se era* – allí donde estaba el impersonal, la tercera persona, *el ça*. En resumen: “yo” debo llegar a ser el sujeto de ese “Es ” - que utilizaba para decir lo que “*me ha pasado*” - para hacerme así responsable. Es evidente –lo sabe bien cada analista– que no se trata del yo y del ello, sino de “yo, je..” y de lo que, en mi discurso, no está subjetivado. ¿Acaso el “desarrollo sináptico en las vías cerebrales”, o “aprendizaje de descondicionamiento en la vía amígdala-zona prefrontal”, nos dicen –y sobre todo nos ayudan – en nuestro trabajo, mejor que el freudiano *wo Es war, soll Ich werden?*

Sobre este tema, tengo la suerte de tener como aliados a científicos influyentes y totalmente imparciales:

“Si se hace la reseña – afirman Solms et Kaplan-Solms, en la introducción de su texto *Clinical Studies in Neuropsychanalysis* – de los trabajos científicos producidos en los últimos años sobre las posibles correlaciones físicas de las funciones y de los mecanismos psicológicos que el psicoanálisis ha esclarecido, quedamos sorprendidos por el hecho de que numerosos autores procuran encontrar directamente sus correlaciones físicas en los conceptos fundamentales o en los descubrimientos de la neurofisiología, de la anatomía funcional, incluso en la biología molecular”.<sup>15</sup> Lo que esos autores ignoran es el hecho de que el psicoanálisis es, ante todo y sobretodo, una disciplina clínica, y, más aún, una psicología.

<sup>13</sup> J. Lacan, “La cosa Freudiana”, *Escritos I*, Siglo XXI, México, 1975, p. 400.

<sup>14</sup> S. Freud, “Nuevas lecciones de introducción al psicoanálisis”, *Obras completas*, Amorrortu, Buenos Aires, Tomo XXII, p. 74. Dans cette nouvelle traduction, le *wo Es war, soll Ich werden* est traduit : “là où était du ça, du moi doit advenir”.

<sup>15</sup> K. Kaplan-Solms, M. Solms, *Clinical studies in Neuropsychanalysis...*, p. 5.

No comencé por el *Entwurf*, pero no obstante ya llego a él. Sobre el Proyecto para una psicología científica – o “Psicología para neurólogos”, como Freud lo llama a veces – existe abundante literatura científica: como intento de interpretar, en el interior de la obra freudiana, ese “monstrum” que, a primera vista, parece contradecir la actitud precedente de Freud. En efecto, en su texto de 1892 sobre las afasias, Freud había criticado vivamente lo que Gruhle denominara la *Hirnmythologie*, la mitología cerebral, en oposición a todos los modelos cerebrales que numerosos autores de esa época –entre los cuales, uno de sus maestros, Meynert – habían concebido para explicar las diferentes formas de patología mental. Sin embargo el “Proyecto” parece, paradójicamente, la enésima mitología cerebral, es decir una construcción neurológica, aparentemente fantástica, que busca explicar ciertos datos clínicos. Como ejemplo del criterio de cientificidad en psicoanálisis, querría presentar ahora el *Entwurf* freudiano desde la lectura de Lacan, a comienzos de los años 50.

*El Proyecto para una psicología científica* es un texto que puede situarse a medio camino entre el período caracterizado por la fuerte influencia breueriana – 1895 es también el año de publicación de *Estudios sobre la histeria* – y la influencia de Fliess, con sus consecuencias sobre Freud: su autoanálisis y la invención del psicoanálisis. Lacan nos recuerda que el *Entwurf* es un texto que Freud no tenía intención de publicar; es una de las obras concebidas a finales de 1895, escrita rápidamente, en un mes, octubre, aunque su elaboración había comenzado en abril, como aparece en las cartas a Fliess. Freud lo escribió de prisa, pero luego de enviarlo a Fliess, comenzó ya a tener dudas sobre su valor. Lo revisó en parte, transformándolo según el esquema presentado a Fliess, en la carta del primero de enero de 1896. Después lo abandonó definitivamente. En su *Seminario*, Lacan ha comentado ampliamente el “Proyecto” en dos ocasiones y según dos perspectivas diferentes: en el segundo seminario, desde el punto de vista de lo simbólico, mientras que en el séptimo, la perspectiva es de lo real, concepto que Lacan estaba ya en vías de reelaborar. En el seminario sobre *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, Lacan emprende la lectura del primero de los cuatro capítulos que debían componer el “Proyecto”. En efecto, Freud escribió solamente tres: el primero es el esquema general; el segundo es la aplicación psicopatológica del



esquema, acompañado de un caso de histeria que no volverá a aparecer en los escritos freudianos posteriores; el tercero es la tentativa de aplicar el esquema a los procesos psíquicos normales. Así pues este escrito está justificado por su necesidad de ofrecer no una nueva mitología cerebral, como las que él mismo había criticado y – se puede decir – demolido, sino dotar a su clínica de un riguroso punto de referencia.

La lectura lacaniana apunta a poner en evidencia el rigor del “Proyecto”. Lacan comienza la segunda parte de la octava lección – que el editor del *Seminario* ha denominado “Introducción al *Entwurf*” – haciendo un poco de historia de este escrito, cuya edición se remonta exactamente a los años 50. Se trata de una parte del texto que estaba en posesión de Fliess – en efecto, la copia de Freud no está disponible, y probablemente ha sido destruida – y los herederos dejaron caer el texto en manos de Marie Bonaparte, mientras que Freud, vivo aún, habría querido que fuese destruido. Lacan hace una corta introducción para dar paso a la cuestión de cómo se representaba Freud el aparato psíquico. Es así como invita a uno de los participantes, Didier Anzieu, para proponerle una lectura del texto freudiano. Anzieu<sup>16</sup> explica en primer lugar que, de los tres capítulos que componen el manuscrito freudiano – el esquema general, su aplicación a los fenómenos psicopatológicos, la tentativa de esclarecer los procesos psíquicos normales –, él se referirá sólo al primero, proponiendo para ello una subdivisión original:

1) en la primera parte, una descripción de la estructura y los principios del aparato neuronal.

2) a continuación, una descripción del funcionamiento de la “máquina”, construida según una lógica “genética” – de tal modo que, recorriendo el funcionamiento del aparato de las neuronas, se ve aparecer sucesivamente las diferentes funciones psicológicas – lo que recuerda naturalmente la “Estatua de Condillac”,<sup>17</sup>

<sup>16</sup> En lo que concierne a la exposición de Anzieu, me referiré al registro inédito de la transcripción integral de los Seminarios de Lacan, que comprende las intervenciones de los invitados - como Anzieu, en la lección del 26/1/1956

<sup>17</sup> Condillac, en su *Tratado de las sensaciones* (1754), propone una suerte de “experiencia mental”, por la cual obtiene progresivamente, en una estatua de mármol, todas las facultades superiores partiendo de la percepción del perfume de una rosa.

que parecería inscribir de pleno derecho a Freud en la tradición del atomismo psicológico.

3) en la tercera parte, un efecto retroactivo de ese mismo funcionamiento, que deja las huellas que van a constituir un saber, que deviene, a su vez, el origen de las funciones psicológicas más complejas.

4) el punto culminante de ese proceso es la creación del Yo

5) el mismo Yo hace efecto retroactivo sobre el sistema precedente

6) Freud define la distinción fundamental entre proceso primario y proceso secundario

7) Finalmente, presenta el dormir y el sueño como ejemplos del funcionamiento del proceso primario.

El primer capítulo del *Entwurf*, que concierne al esquema general, comienza por una célebre introducción epistemológica, que podría recordar las primeras páginas del *Capital* de Karl Marx: a la intención freudiana de ofrecer una lectura desde la física del cerebro, corresponde el mismo deseo de Marx, pero aplicado a la economía política.<sup>18</sup> La introducción al *Entwurf* es bien conocida: "La finalidad de este proyecto es la de estructurar una psicología que sea una ciencia natural; es decir, representar los procesos psíquicos como estados cuantitativamente determinados de partículas materiales especificables, dando así a esos procesos un carácter concreto e inequívoco. El proyecto entraña dos ideas cardinales: 1) lo que distingue la actividad del reposo debe concebirse como una cantidad (Q) sometida a las leyes generales del movimiento; 2) las partículas materiales en cuestión son las neuronas".<sup>19</sup>

Retrospectivamente, se puede señalar el interés lacaniano por este texto, que ya se sitúa en la lógica de los tres registros;

---

<sup>18</sup> "Mon point de vue... considère le développement de la formation économique de la société comme un processus d'histoire naturelle", K. Marx, Avant-propos (1867) à la première édition du *Capital*.

<sup>19</sup> S. Freud, "Proyecto ...", p. 339.

precisamente la del propio Lacan. Se trata de fenómenos psíquicos – lo que aparece, es decir lo imaginario – reducidos a *Q*, la cantidad, cuyo resultado será la pulsión en tanto que real, lo que pone en marcha; y *N*, las neuronas, la red neuronal, que no es más que una de las formas de *representación* de la red significativa. Así pues lo Imaginario, lo Real, lo Simbólico. La lógica del “Proyecto” es la misma que la lectura freudiana – y lacaniana – del delirio de Schreber: también en este caso, la red de rayos divinos representa la red de los significantes. Para dar cuenta de los procesos psíquicos, Freud intenta encontrar una estructura – ya sea de neuronas, de rayos o de significantes, poco importa – que incorpore e inscriba un *quod real*: un *Q*, la cantidad, la pulsión o la energía psíquica, indiferentemente.

A continuación de la introducción, en la “Primera proposición principal” sitúa el concepto de cantidad: “Esta concepción, se deriva directamente de observaciones clínicopatológicas, en particular las relativas a “representaciones hiperintensas”, (como en la histeria y en la neurosis obsesiva)”.<sup>20</sup> A partir de la introducción epistemológica freudiana, se percibe inmediatamente que el resorte de la lectura es su interés clínico. En la primera noción fundamental concerniente a la concepción cuantitativa, se enuncia un principio freudiano que tendrá futuro: “*el principio de inercia de las neuronas [das Prinzip der Nerven-Trägheit]*; según el cual, las neuronas procuran aliviarse de la cantidad (*Q*)...”.<sup>21</sup> Aquí encontramos el origen de lo que será luego el Principio de constancia, de nirvana, del placer, y todo lo que sigue a esta lógica: reducir la energía a su nivel más bajo. De este modo, la cantidad en el sistema debe ser reducida a su nivel más bajo. “El proceso de descarga... constituye la función primordial del sistema de las neuronas. Aquí hay lugar para el desarrollo de una función secundaria, pues entre los caminos de descarga, son preferidos y mantenidos, los que conllevan un cese del estímulo, por ejemplo, una *huída* del estímulo”.<sup>22</sup> Si la función primaria [*Primärfunktion*] es la descarga de la cantidad, la función secundaria [*Sekundärfunktion*] de evitar la cantidad por la reducción de los estímulos, exteriores e interiores.

<sup>20</sup> S. Freud, “Proyecto...”, p. 339.

<sup>21</sup> S. Freud, “ Proyecto...”, p. 340.

<sup>22</sup> S. Freud, “ Proyecto...”, p. 340.

La segunda noción fundamental de este texto es la teoría de las neuronas: "...el punto esencial es que el sistema de neuronas se compone de neuronas distintas, pero de idéntica arquitectura, que están en contacto entre ellas por mediación de una sustancia ajena y que terminan unas en otras como en partes de tejido ajeno. En ellas están prefiguradas ciertas orientaciones de conducción, pues con prolongaciones celulares (dendritas) reciben, y con cilindros-eje (axones) descargan. A esto se suma, además, la abundante ramificación con diversidad de calibre".<sup>23</sup> La teoría de la neurona había sido enunciada cuatro años antes: el término neurona había sido introducido por Wilhelm Waldeyer en 1891.

"Si uno combina este cuadro de las neuronas con la concepción de "la teoría de la cantidad" (*Qh*), obtiene la representación de una neurona (N) "investida" que está llena con cierta cantidad (*Qh*), y que otras veces puede estar vacía".<sup>24</sup> El asunto es que la neurona esté investida, o vacía - a ello se refiere el primer comentario de Lacan: "En 1895, la teoría de la neurona no existía. Las ideas de Freud sobre la sinapsis son enteramente nuevas".<sup>25</sup> [el término "sinapsis" no existía aún.] "Freud toma partido por la sinapsis como tal, es decir, por la ruptura de continuidad entre una célula nerviosa y la siguiente".<sup>26</sup>

Según Freud, "existen dos clases de neuronas. En primer lugar, aquellas que dejan pasar cantidades (*Qh*) como si no tuvieran ninguna barrera-contacto, y por ende tras cada decurso excitatorio quedan en el mismo estado que antes, y aquellas cuyas barreras-contacto se hacen valer de suerte que (*Qh*) sólo con dificultad o sólo parcialmente puede pasar por ellas".<sup>27</sup> Freud distingue así las neuronas *permeables*, que dejan pasar la energía como si no tuvieran barrera de contacto, y las neuronas *impermeables*. Denomina  $\phi$  al primer sistema y  $\psi$  al segundo. El sistema  $\phi$  designa la percepción, el sistema  $\psi$  la memoria.

<sup>23</sup> S. Freud, "Proyecto...", p. 342.

<sup>24</sup> S. Freud, "Proyecto...", p. 342.

<sup>25</sup> J. Lacan, *El Seminario. Libro II. El yo en la teoría de Freud y en la experiencia psicoanalítica*, Paidós, Barcelona, p.153-154.

<sup>26</sup> J. Lacan, *El Seminario. Libro II...*, p. 154.

<sup>27</sup> S. Freud, "Proyecto...", p. 344.

Freud señala a continuación: "la memoria está constituida por las distinciones dentro de las facilitaciones existentes entre las neuronas  $\psi$ ".<sup>28</sup> Qué es la facilitación (*Bahnung*)? Es el trayecto que la abertura de un canal energético permite crear entre una neurona y otra: la relación entre las dos neuronas está facilitada por un investimento energético, y la memoria no es otra cosa – desde el punto de vista "neurológico" – que esta facilitación de relaciones – digamos "la asociación", un término freudiano posterior, la asociación entre dos neuronas, favorecido por el pasaje de energía de una neurona a otra.

En las páginas consagradas a "El punto de vista biológico", Freud afirma: "desde el comienzo, el sistema de neuronas tenía dos funciones; recoger los estímulos de afuera y descargar las excitaciones endógenamente generadas".<sup>29</sup> El estímulo puede provenir tanto del interior como del exterior – es la idea que Freud desarrollará en escritos posteriores: del exterior uno puede escaparse, pero del interior no es posible. "El sistema  $\phi$  sería aquel grupo de neuronas al que llegan los estímulos exteriores; el sistema  $\psi$  contendría las neuronas que reciben las excitaciones endógenas... De hecho, por la anatomía tenemos noticia de un sistema de neuronas (la sustancia gris espinal) que es el único en entramarse con el mundo exterior, y de un sistema superpuesto (la sustancia gris encefálica) que no tiene conexión periférica alguna, pero al cual competen el desarrollo del sistema de neuronas y las funciones psíquicas".<sup>30</sup> Freud parece localizar incluso lugares anatómicos – pero sólo de un modo hipotético, un esbozo de lo que será lo "metapsicológico". En efecto, afirma a continuación: "la arquitectura del sistema neuronal estaría al servicio de *retener*, fuera de las neuronas, una cantidad (*Qh*), mientras que su *función* sería de *descargarlas*".<sup>31</sup> La estructura del sistema neurológico está diseñada para retener la cantidad de energía, pero su función es descargarla. ¿Pero por qué es necesario que el sistema nervioso no se descargue enseguida? Porque al guardar la energía se cumple la función de descarga, siendo que – como lo explica mejor Freud – sólo hay descarga de energía si hay una cantidad suficiente de energía

<sup>28</sup> S. Freud, "Proyecto...", p. 345.

<sup>29</sup> S. Freud, "Proyecto...", p. 347.

<sup>30</sup> S. Freud, "Proyecto...", p. 347.

<sup>31</sup> S. Freud, "Proyecto...", p. 350.

para permitir el proceso de descarga de la excitación endógena. El segundo comentario de Lacan se refiere a ello: “Lo que se nos propone como sistema vitalista, arco reflejo, según el esquema más simple estímulo-respuesta, parece obedecer únicamente a la ley de la descarga. Hay una pura y simple inercia general. El circuito se cierra por la vía más corta. Ahí Freud conecta un sistema-moderador, sistema en el interior del sistema, que es el origen del sistema del yo. El principio de realidad es introducido aquí en referencia al sistema y, vuelto hacia el interior. Más tarde, los términos habrán de entrecruzarse”.<sup>32</sup>

Después de esta primera parte consagrada a la descripción de la estructura y de los principios del aparato de las neuronas, Freud analiza el funcionamiento del aparato. La primera función psíquica que analiza es el dolor: “El sistema de neuronas tiene la más decidida inclinación a huir del dolor...el dolor consiste en la irrupción de grandes cantidades ( $Q$ ) en  $\psi$ ”.<sup>33</sup> En este punto, Freud introduce el problema de la “calidad”, problema que desde el punto de vista lógico, sucede al de la cantidad. Si la cantidad es la energía, qué es lo que Freud denomina, en el “Proyecto”, la calidad? Es la función psíquica de la conciencia, introducida inmediatamente después del dolor: “La conciencia no nos proporciona una noticia completa ni confiable de los procesos neuronales; y estos, en todo su radio, tienen que ser considerados en primer término como inconscientes y, lo mismo que otras cosas naturales, deben ser inferidos”.<sup>34</sup> Como saben los lectores de Freud, la idea de que lo psíquico es, por su naturaleza, inconsciente, recorre toda su obra y definido en estos términos, está siempre presente hasta su gran obra final, el *Esquema*.<sup>35</sup> “La conciencia nos da lo que llamamos cualidades, sensaciones que son algo otro dentro de una gran diversidad (“de diferencias”) y cuya alteridad es distinguida según nexos con el mundo exterior”.<sup>36</sup> En la percepción, los sistemas  $\phi$  y  $\psi$  de la percepción y la memoria, se conducen en forma conjunta: la neurona permeable imprime una huella sobre la neurona impermeable, es decir en la memoria; la percepción es

<sup>32</sup> J. Lacan, *El Seminario, Libro II...*, p. 154

<sup>33</sup> S. Freud, “Proyecto...”, p. 351.

<sup>34</sup> S. Freud, “Proyecto...”, p. 352.

<sup>35</sup> S. Freud, “Esquema del psicoanálisis”, *Obras completas*, Amorruutu, Buenos Aires, Tomo XXIII.

<sup>36</sup> S. Freud, “Proyecto...”, p. 352.

de este modo transmitida por  $\phi$  y registrada en  $\psi$  ...Un solo fenómeno psíquico se produce exclusivamente y sin ninguna duda en  $c$  - reproducción o rememoración - y este proceso de un modo general, está desprovisto de cualidad", es decir que le falta la cualidad perceptiva. "El recuerdo no produce, de norma, nada que posea la naturaleza particular de la cualidad-percepción. Así, uno cobra valor para suponer que existiría un tercer tipo de neuronas, [ $W$ , como *Wahrnehmung*, "percepción", ó  $\omega$ ] que es excitado juntamente a raíz de la percepción, pero no a raíz de la reproducción, y cuyos estados de excitación darían como resultado las diferentes cualidades, vale decir, serían sensaciones conscientes".<sup>37</sup>

Así vemos introducidos los tres sistemas. En sus cartas a Fliess, Freud se referirá con frecuencia a este escrito denominándolo el " $\phi\psi\omega$ ", el nombre de los tres sistemas de neuronas que ha identificado: percepción/memoria/conciencia. "Las neuronas perceptivas son incapaces de recibir cantidades ( $Qh$ ), a cambio de lo cual se apropian del período de la excitación".<sup>38</sup> Dicho de otro modo, las neuronas  $\omega$  no reaccionan a la energía; las que reaccionan son las neuronas  $c$ , que no transmiten a continuación la energía directamente a las neuronas  $\psi$ , sino que transmiten el período, es decir una cualidad temporal. Las neuronas  $\omega$  son lo que actualmente definiríamos "moduladores de frecuencia". "...y su estado de afección por el período, cargado con un mínimo de cantidad ( $Qh$ ), es el fundamento de la conciencia".<sup>39</sup> Lacan comenta: "El sistema  $\omega$  es ya una prefiguración del sistema del ello".<sup>40</sup> Al leer esta formulación, puede sorprender esta observación lacaniana, tan alejada del sentido común: en efecto, no parece haber ninguna razón lógica por la cual el sistema  $\omega$ , que provee la cantidad consciente, pueda ser considerado como la "prefiguración del sistema del ello", en el que la "cualidad" se define por el hecho de ser de naturaleza inconsciente. Se podría suponer, al revés, que el sistema  $\omega$  sería una anticipación del Yo, tal como aparece en la segunda tópica freudiana (en "El Yo y el Ello"): pero, continuando la lectura del "Proyecto", se advierte que el yo es introducido aquí por Freud, totalmente separado de

<sup>37</sup> S. Freud, "Proyecto...", p. 353.

<sup>38</sup> S. Freud, "Proyecto...", p. 354.

<sup>39</sup> S. Freud, "Proyecto...", p. 354.

<sup>40</sup> J. Lacan, *El Seminario, Libro II...*, p. 124

la conciencia. Entonces: cómo es que Lacan afirma que el sistema  $\psi$  es una prefiguración del sistema del ello?. Lacan mismo nos lo explica: "Explique la necesidad de su invención. Porque, a fin de cuentas, hasta allí todo funciona perfectamente. No hay la menor conciencia. Sin embargo, es preciso reintroducirla, y Freud lo hace bajo la paradójica forma de un sistema que obedece a leyes absolutamente excepcionales...Nos hallamos por vez primera ante una dificultad que se reproducirá a cada rato en la obra de Freud: no se sabe qué hacer con el sistema consciente. Es menester atribuirle leyes específicas y ponerlo fuera de las leyes de equivalencia energética que presiden las regulaciones cuantitativas. ¿Por qué no puede Freud omitir su intervención? ¿Qué hará con él?".<sup>41</sup> ¿Para qué sirve?".<sup>42</sup> Se puede comprender mejor la posición de Lacan en las lecciones siguientes, "Par o impar" y sobre "La carta robada".<sup>43</sup> Lacan pone el ejemplo: sucesiones aparentemente aleatorias del "más" y del "menos", como la de par e impar, para decir que, también en las secuencias aparentemente menos ordenadas - sobre el plano consciente, o en el registro imaginario, es decir allí donde se sitúan los dos jugadores que se desafían, uno a adivinar el juego del otro -, es posible extraer reglas - sobre el plano inconsciente o sobre el registro simbólico - aunque a primera vista o aún después, no se las conoce o localiza. En realidad el sistema está estructurado por su naturaleza, es decir por la presencia o la ausencia de un cifrado, de una codificación. Es lo que Freud formulará luego como determinismo psíquico, es decir la lógica de todas las formaciones del inconsciente - sueños, lapsus, agudezas, síntomas -: la conciencia es un sistema aparentemente inútil en la economía del aparato psíquico, regido por leyes excepcionales, sin autonomía propia como sistema, tomando su organización de la modularidad del sistema del inconsciente.

Por último Freud introduce el placer, tercera función psíquica, casi simétrica en relación al dolor:

"Pero hasta aquí hemos descrito de manera incompleta el contenido de la conciencia; además de las series de las cualidades

---

<sup>41</sup> Mais la version de la sténotypie dit : "... il ne peut pas se dispenser de faire intervenir *le je*" [italique de F.M.].

<sup>42</sup> J. Lacan, *El Seminario. Libro II...*, p. 154.

<sup>43</sup> J. Lacan, *El Seminario. Libro II...*, p. 263-330.



sensibles, muestra otra serie, muy diferente de aquellas: la de las sensaciones de placer y displacer, que ahora demanda interpretación. En efecto, siendo consabida por nosotros una tendencia de la vida psíquica, la de *evitar displacer*, estamos tentados a identificarla con la tendencia primaria a la inercia. Entonces, *displacer* se coordinaría con una elevación del nivel de la cantidad (*Qh*) o un acrecentamiento cuantitativo de presión; sería la sensación frente a un acrecentamiento de la cantidad (*Qh*). Placer sería la sensación de descarga”.<sup>44</sup>

De este modo, la acumulación de energía en  $\psi$  aparece como dolor en  $\omega$ , la descarga – que es lo opuesto – produce placer. Desde el punto de vista de la conciencia, la satisfacción y el dolor son las dos experiencias del sistema de las neuronas. “El llenado de las neuronas del núcleo en  $\psi$  tiene por consecuencia un afán de descarga, un esfuerzo (*Drang*) que se aligera hacia un camino motor”.<sup>45</sup> Hasta aquí, se trata de la lógica del arco reflejo.

”De acuerdo con la experiencia, la vía que a raíz de ello primero se recorre es la que lleva a la *alteración interior* (expresión de las emociones, el grito, la inervación vascular). Ahora bien, como se expuso al comienzo, ninguna de estas descargas tiene como resultado un aligeramiento, pues la recepción de estímulos sólo es posible mediante una intervención que elimine por un tiempo en el interior del cuerpo el desprendimiento (desligazón) de (*Qh*)”.<sup>46</sup> ...”y ella exige una alteración en el mundo exterior (provisión de alimento, acercamiento del objeto sexual) que, como acción específica” [*spezifische Aktion*], sólo se puede producir por caminos definidos. El organismo humano es al comienzo incapaz de llevar a cabo la acción específica. Ésta sobreviene mediante auxilio ajeno; por la descarga sobre el camino de la alteración interior, un individuo experimentado advierte el estado del niño. Esta vía de descarga cobra así la función secundaria, importante en extremo del *entendimiento*, (comunicación). Y el inicial desvalimiento [*Hilflosigkeit*] del ser humano es la *fuentes primordial* de todos los *motivos morales*”.<sup>47</sup>

<sup>44</sup> S. Freud, “Proyecto...”, p. 356.

<sup>45</sup> S. Freud, “Proyecto...”, p. 362.

<sup>46</sup> Pensemos en el estímulo pulsional proveniente del interior, para pacificarse, debe ser satisfecho.

<sup>47</sup> S. Freud, “Proyecto...”, p. 362.

La primera fuente de la moralidad es entonces la identificación a la impotencia del otro, que recuerda al sujeto su propia impotencia original.

”Entonces, por la vivencia de satisfacción se genera una facilitación entre dos imágenes-recuerdo y las neuronas del núcleo que son investidas en el estado de esfuerzo (*Drang*). Con la descarga de satisfacción, sin duda también la (*Qh*) es drenada de las imágenes-recuerdo. Con el refluoramiento del estado de esfuerzo o de deseo, la investidura traspasa sobre los dos recuerdos y los anima. Tal vez sea la imagen-recuerdo del objeto la alcanzada primero por reanimación del deseo... Esta reanimación ha de producir inicialmente el mismo efecto que la percepción, a saber una alucinación. Si a raíz de ella se introduce la acción reflectoria, es infaltable el desengaño”,<sup>48</sup> en tanto que percepción sin objeto.

Cuando el estado de necesidad (hambre, sed, necesidad sexual) atraviesa la red de neuronas, también se activa el sistema central. La activación del sistema se acompaña de la activación, por un lado de la imagen del objeto de satisfacción, por el otro de la imagen de la acción por la cual la satisfacción ha sido obtenida. Si nada más interviene, la consecuencia es la alucinación. La experiencia dolorosa efectúa las mismas conexiones, pero de signo opuesto: de un lado la activación de la imagen del objeto amenazante (*feindlich*), del otro la activación de la imagen de la acción dolorosa.

”De manera normal  $\psi$  está expuesto a (Q) desde las conducciones endógenas; de manera anormal, si bien todavía no patológica, toda vez que (Q) hipertróficas perforan los dispositivos-pantalla en  $\phi$ , es decir en el caso del dolor. El dolor produce en  $\psi$ : 1° Un gran acrecentamiento del nivel que es sentido como displacer por W; 2° Una inclinación de descarga, que puede ser modificada según ciertas direcciones, y 3° Una facilitación entre ésta y una imagen-recuerdo del objeto excitador de dolor. Además, es indiscutible que el dolor produce una cualidad particular, que se hace reconocer junto al displacer.”

---

<sup>48</sup> S. Freud, “Proyecto...”, p. 364.

Las experiencias de dolor y de satisfacción entrañan la aparición de nuevos mecanismos psicológicos: "Los restos de las dos variedades de vivencias...[los que engendran satisfacción y los que producen displacer] son los afectos y los estados de deseo... Todo estado de deseo crea una *atracción* hacia el objeto de deseo, respectivamente su huella mnémica; de la vivencia de dolor resulta una repulsión, una desinclinación a mantener investida la imagen mnémica hostil. Son éstas la atracción de deseo primaria [*Wunschanziehung*] y la defensa primaria [*primäre Abwehr*]"<sup>49</sup>

El comentario de Lacan concierne justamente a este punto:

"En relación con los estados de deseo, Freud pone en juego la correspondencia entre el objeto que se presenta y las estructuras ya constituidas en el yo. Destaca lo siguiente: o aquello que se presenta es lo esperado, y no tiene ningún interés, o no cae bien, y entonces sí es interesante, pues toda especie de constitución del mundo objetal siempre es un esfuerzo por redescubrir el objeto, *Wiederzufinden*... El objeto se encuentra y se estructura en la vía de una repetición: reencontrar el objeto, repetir el objeto. Pero lo que el sujeto encuentra jamás es el mismo objeto. Dicho de otro modo, el sujeto no cesa de engendrar objetos sustitutivos...Es el esbozo de algo fecundo que va a constituir el fundamento de la psicología del conflicto, que hace de puente entre la experiencia libidinal como tal y el mundo del conocimiento humano que se caracteriza por el hecho de que en gran parte escapa al campo de fuerzas del deseo. El mundo humano no es para nada estructurable como un *Umwelt* ensamblado con un *Innenwelt* de necesidades; no está cerrado, sino abierto a una multitud de objetos neutros de extraordinaria variedad, objetos que incluso en su función radical de símbolos, ya nada tienen que ver con objetos"<sup>50</sup>

El cuarto punto de este primer capítulo concierne a las primeras nociones del Yo (*Einführung des Ich*): "Con el supuesto de la "atracción de deseo" y de la inclinación a reprimir hemos tocado un estado de  $\psi$  aún no elucidado. Los dos procesos nos

<sup>49</sup> S. Freud, "Proyecto...", p. 366.

<sup>50</sup> J. Lacan, *El Seminario. Libro II...*, p. 154-155.

muestran, en efecto, que en  $\psi$  se ha formado una organización...Esta organización se llama el Yo".<sup>51</sup> Así, el Yo es introducido en el sistema de los afectos y los estados de deseo. Pero qué es el Yo?" ...Un grupo de neuronas que está constantemente investido" - y esta carga constante es la razón por la cual la descarga no puede ser nunca completa; es necesario que en el yo haya una cantidad de carga tal que permita descargar las otras cargas que intentan agredir el sistema. Si no hubiera un stock de energía, no podría existir ninguna función secundaria, que consiste en evitar los estímulos dolorosos y en buscar los objetos satisfactorios. Así pues el yo es un grupo de neuronas "deviene... el portador del reservorio requerido por la función secundaria", es decir la función de canalizar las cargas que irrumpen en el sistema. "Cabe entonces definir al yo como la totalidad de las respectivas investiduras  $\psi$ , en que un componente permanente se separa de uno variable (...) Mientras que el afán del yo tiene que ser librar sus investiduras por el camino de la satisfacción, ello sólo puede acontecer influyendo él sobre la repetición de vivencias de dolor y de afectos, por el siguiente camino, que en general se define como inhibición...Por lo tanto, si existe un yo, por fuerza inhibirá procesos psíquicos primarios",<sup>52</sup> es decir la tendencia demasiado precipitada a la descarga, que produciría así una experiencia falsa de satisfacción, como hemos visto en la alucinación: donde la imagen del objeto es reinvestida, pero de hecho el objeto no es alcanzado y no puede aligerarse la tensión, sino que continúa en ser realimentada.

De allí la segunda función del yo: "el índice de realidad objetiva" (*Realitätszeichen*). "La noticia de descarga proveniente de  $W$  ( $\omega$ ) es, pues, el signo de cualidad o de realidad objetiva del yo. Si el objeto-deseo es investido vastamente, y así es animado por vía alucinatoria, este signo de descarga o de realidad se produce lo mismo que a raíz de una percepción exterior".<sup>53</sup> Ésta es efectivamente la calidad de la alucinación: aparece en la conciencia como si se tratara de una realidad - Freud lo explica en términos energéticos - y ello se debe a la sobreabundancia del investimento interior, que lleva a reinvestir lo que fue sobreinvestido. Pero "el índice de cualidad se produce desde afuera con

---

<sup>51</sup> S. Freud, "Proyecto...", p. 366-68.

<sup>52</sup> S. Freud, "Proyecto...", p. 368-69.

<sup>53</sup> S. Freud, "Proyecto...", p. 371.

*cualquier* intensidad de la investidura, y *desde y sólo* con intensidades fuertes”. Es decir que, mientras la percepción exterior deviene consciente, incluso si la excitación es muy pequeña, para activar un recorrido regresivo es necesaria una carga interior considerable. De allí que “*Es la inhibición por el yo la que suministra un criterio para distinguir entre percepción y recuerdo. (...) Llamamos procesos psíquicos primarios a la investidura-deseo hasta la alucinación, el desarrollo total de displacer, que conlleva el gasto total de defensa; en cambio, llamamos procesos psíquicos secundarios a aquellos otros que son posibilitados solamente por una buena investidura del yo y que constituyen una morigeración de los primeros*”.<sup>54</sup> Aquí se puede hacer intervenir una vez más a Lacan: “El yo experimenta la realidad no sólo en la medida en que la vive sino en la medida en que la neutraliza todo lo que puede”.<sup>55</sup>

Freud describe a continuación el conocimiento y el pensamiento reproductivo en términos puramente asociativos, y demuestra cómo un análisis de los distintos investimientos, a nivel de la red de neuronas, puede dar cuenta del juicio: “En términos generales la investidura-deseo alcanza una neurona *a* + una neurona *b*; las investiduras-percepción, neurona *a* + una neurona *c* ... El complejo-percepción *W* se descompondrá, por comparación con otros complejos-percepción *W*, en un ingrediente neurona *a* que la mayoría de las veces permanece idéntico, y en un segundo neurona *b*, que casi siempre varía. Después el lenguaje creará para esta descomposición el término juicio (...) El lenguaje describe la neurona *a* como “la cosa del mundo” *das Ding*<sup>56</sup> y la neurona *b*, como su actividad o propiedad –en suma su predicado o “atributo” – El juzgar es, por tanto, un proceso y sólo posible luego de la inhibición por el yo, y que es provocado por la semejanza entre la investidura-deseo de un recuerdo y una investidura-percepción semejante a ella. (...) Pongamos por ejemplo el caso de un bebé, que la imagen mnémica deseada es la imagen del pecho materno y su pezón en visión frontal, y que comienza a percibir el mismo objeto de lado, sin el pezón.

<sup>54</sup> S. Freud, “Proyecto...”, p. 372.

<sup>55</sup> J. Lacan, *El Seminario. Libro II...*, p. 155.

<sup>56</sup> Pasaje freudiano de donde Lacan toma el *das Ding*, término al que volverá con frecuencia. (p. ej. En su relectura del *Entwurf* en *La ética del psicoanálisis*, lecciones del 9 y 16/12/1959).

Él ha guardado en su memoria el recuerdo de una experiencia vivida por azar al mamar: la de que con un determinado movimiento de cabeza la imagen frontal se muda en imagen lateral. La imagen lateral ahora vista lleva al movimiento (a la imagen movimiento) de cabeza; un ensayo muestra que tiene que ser ejecutado su recíproco, y se gana la percepción de la visión frontal”.<sup>57</sup>

Y agrega, en relación a la memoria y el juicio: “Supongamos que el objeto que brinda la percepción es parecido al sujeto, es decir al semejante, un prójimo. El interés teórico que suscita se explica por el hecho de que un objeto como éste es simultáneamente el primer objeto-satisfacción y el primer objeto hostil, así como el único poder auxiliador. Sobre el prójimo, entonces, aprende el ser humano a discernir (...) Otras percepciones del objeto, además - p. ej., si grita - despertarán el recuerdo del gritar propio y, con ello, de vivencias propias de dolor”, por eso conocer es reconocer por sí mismo. El complejo perceptivo, que habíamos presentado anteriormente con el ejemplo de las neuronas *a* y *b*, se propone aquí como el “complejo de un otro ser humano “ [*Komplex des Nebenmenschen*]: ”El complejo del prójimo se separa en dos componentes, uno de los cuales se impone como una estructura constante, se mantiene reunido como una cosa del mundo, mientras que el otro es *comprendido* por un trabajo mnémico”.<sup>58</sup>

Una vez más leemos el comentario de Lacan:

”En este primer esbozo del yo, hay un anuncio de lo que se revelará como condición estructural de la constitución del mundo objetal en el hombre: el redescubrimiento del objeto. Pero la referencia al otro, también esencial para la estructuración del objeto, se elude completamente. En otros términos, como en la estatua de Condillac, la organización objetivada del mundo parece obvia. El descubrimiento del narcisismo cobra para nosotros todo su valor por el hecho de que en ese momento Freud no lo advierte en absoluto. Siguiendo a los filósofos del siglo XVIII, y como todo el mundo en su época, Freud lo reconstruye todo,

---

<sup>57</sup> S. Freud, “Proyecto...”, p. 373-74.

<sup>58</sup> S. Freud, “Proyecto...”, p. 376-77.

memoria, juicio, etc., a partir de la sensación, deteniéndose sólo un momento en la búsqueda del objeto en sí misma. Pero tiene que volver sobre el proceso primario en tanto que éste incumbe al dormir y a los sueños. Así es como esta reconstrucción mecánica de la realidad culmina, de todos modos, en el sueño”.<sup>59</sup>

El punto culminante de la última parte de este primer capítulo, el sueño, es considerado como el prototipo de esos procesos que, incluso siendo psíquicos, son descuidados generalmente por todas las psicologías que exaltan únicamente los procesos conscientes. “Meta y término de todos los procesos de pensar es, entonces, producir un *estado de identidad*, el traslado de una (*Qh*) de investidura procedente de afuera a una neurona investida desde el yo. El pensar discerniente o judicativo busca una identidad con una investidura corporal; el pensamiento reproductor con una investidura psíquica propia (una vivencia experimentada por el sujeto)”. Freud introduce aquí lo que en *La interpretación de los sueños* será la oposición “identidad de percepción-identidad de pensamiento”: el proceso primario tiende a reencontrar la percepción, mientras que el proceso secundario busca reencontrar la huella mnémica. En esta primera versión, las identificaciones son presentadas como “pensar discerniente o judicativo”, que busca identificarse a un investimento somático (= identidad de percepción), y “pensamiento reproductivo”, que tiende a identificarse a un investimento psíquico (= identidad de pensamiento).

Partiendo de la función secundaria, Freud retorna sobre los procesos primarios, el dormir y el sueño: “Mientras dormimos, estamos frente a procesos primarios  $\psi$  como aquellos que en el desarrollo  $\psi$ , poco a poco han sido sofocados por las necesidades biológicas, que se presentan en nuestros sueños (...) los mecanismos patológicos que el más cuidadoso análisis pone en descubierto en las psiconeurosis, tienen la máxima semejanza con los procesos oníricos”.<sup>60</sup> Aquí Freud comienza a esbozar un adelanto de lo que llegará a ser su análisis de los sueños. En estas páginas, Freud traza algunas características que desarrolla-

<sup>59</sup> J. Lacan, *El Seminario. Libro II...*, p. 155.

<sup>60</sup> S. Freud, “Proyecto...”, p. 378.

rá luego, sobre todo en la *Traumdeutung*. Los caracteres esenciales de los procesos oníricos son: ” 1) Los sueños están privados de descarga motriz... 2) En el sueño, los enlaces son en parte contrasentidos, en parte imbéciles o aun carentes de sentido... 3) En los sueños, las representaciones son de índole alucinatorio, despiertan conciencia y suscitan creencia”. Durante el estado de vigilia, el flujo que va de la neurona perceptiva hacia la neurona motora impide todo movimiento de retroceso de la energía: ”La corriente desde  $\phi$  hacia la motilidad ha impedido (en estado de vigilia) una investidura retrocedente de las neuronas  $\phi$ , a partir de  $\psi$ ”. Pero cuando se duerme, sobreviene la inhibición del movimiento, el arco reflejo ya no funciona y el recorrido inverso, regresivo, se hace posible:

“Con el cese de la interrupción de la corriente,  $\phi$  se encuentra retroactivamente investido y así están dadas todos los requisitos para la condición de cualidad... Es característico del dormir que se invierta aquí toda la relación, cancele la descarga motriz de  $\psi$ , y posibilite el retroceso hacia  $\phi$ . (...) 4) ... *Los sueños son cumplimientos de deseo (...) la investidura-deseo primaria fue también de naturaleza alucinatoria*. 5) Los sueños siguen facilitaciones antiguas(...) 6) ...La conciencia en el sueño brinda cualidad de manera tan imperturbada como en la vigilia, lo que demuestra que la conciencia no está limitada al yo, sino que puede añadirse a todos los procesos  $\psi$ . Nos advierte además, que no hemos de identificar procesos primarios con procesos inconscientes”.<sup>61</sup>

En el párrafo siguiente, el último párrafo del primer capítulo, Freud hará alusión a un sueño célebre: “ Examinemos un sueño, por ejemplo en el que O. ha aplicado una inyección de propilo a Irma. Yo veo frente a mí *triméthylamina* muy vívidamente, alucinada como fórmula”.<sup>62</sup> Es el sueño de la inyección de Irma, sueño clave de la *Traumdeutung*, que figura aquí casi como un “testigo” que pasa entre el análisis de los sueños de la *Psicología para neurólogos* y la verdadera *Ciencia de los sueños*<sup>63</sup> es decir, el psicoanálisis.

<sup>61</sup> S. Freud, “Proyecto...”, p. 386-87.

<sup>62</sup> S. Freud, “Proyecto...”, p. 388.

<sup>63</sup> *La Science des rêves* es el título de la traducción francesa de la *Traumdeutung*, que Lacan utiliza a menudo en sus comentarios.



Qué sería entonces una ciencia que comprenda al psicoanálisis? La pregunta de Lacan, a partir de su *Seminario XI*,<sup>64</sup> es una reformulación de la antigua interrogación sobre la cientificidad del psicoanálisis, afirmando que ésta es la verdadera pregunta de nuestra época, y no si el psicoanálisis es una ciencia o no. Una ciencia que comprenda al psicoanálisis es una ciencia que salvaguarda la posición freudiana de lo que no se reduce al “destino de la anatomía” – pero que se distingue también de la charlatanería de lo que Lacan denomina “la psicologización del sujeto”. Podemos simplemente denominarlo como “psicologismo”, pudiendo dar cuenta de ello – en esta época de grandes y pequeñas tragedias, de catástrofes planetarias y singulares – en los ejemplos claros y frecuentes que aparecen en los medios de comunicación. Actualmente se explican los crímenes de los pedófilos, la violencia de los aficionados al fútbol o de los manifestantes, las acciones homicidas y las suicidas de los terroristas, por el reciclado repetido de los mitos, creencias, sentimientos supuestamente “humanos, demasiado humanos” y, sobre todo, demasiado conscientes – como por ejemplo: la revancha por las propias frustraciones, sociales, colectivas, culturales; o incluso como ataque contra los símbolos (tal vez fálicos) del poder.

Estaba leyendo la “brillante interpretación” que una analista americana habría dado al hecho de que numerosos policías de New York – comprometidos en las operaciones de socorro después del ataque de las Twin Towers – habrían manifestado la misma “reacción histérica”, una parálisis temporal de la mano derecha: “Ellos están habituados a extraer su revólver en las situaciones de peligro – decía la analista – frente a este peligro nuevo los revólveres eran inútiles, y esto los dejó paralizados”.<sup>65</sup> La utilización del término “reacción histérica” habría bastado sin embargo para explicar con menor esfuerzo lo que un analista es capaz de explicar por su lectura de la *Massenpsychologie*: bastaría recordar la tercera de las identificaciones en “Psicología de las masas y análisis del Yo”, – precisamente la identificación histérica – que se transmite por

<sup>64</sup> J. Lacan, *El Seminario. Libro XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Barcelona.

<sup>65</sup> A. Stille, “New York, se l’allarme arriva sul lettino dell’analista”, la Repubblica, 27 settembre 2001, p. 27.

”contagio” en una comunidad, cuyos miembros perciben en el otro una analogía significativa en un punto”.<sup>66</sup>

Explicaciones como ésta, presentan por el contrario, este aspecto de (des)calificación: forcluyen, todas, la verdad freudiana, es decir, el rol determinante del inconsciente en la acción humana. Efectivamente, no basta con decir que *ich*, *je*, el sujeto del inconsciente, no es *das Ich*, el *yo*. La psicologización del inconsciente es un intento de volver a “hacer marcar el paso” a Freud; induce a pensar, en efecto, que el sujeto del inconsciente es el *yo* verdadero, haciendo entrar el *je* en el *moi* (*yo*)– o, si lo prefieren, el *yo* en el *je* (*el yo debe desalojar al Ello*) suturando así la *Spaltung* freudiana, el sujeto dividido. La enseñanza lacaniana ha procedido siempre al revés, intentando restablecer la exacta perspectiva – la perspectiva freudiana – de la excentricidad del sujeto con respecto a su *yo*, restableciendo las distancias entre el psicoanálisis y cualquier otra psicología del *yo*, es decir cualquier psicología que gire ”ptoléméennement” alrededor del *Yo*.

Entre la ciencia tradicional y “una ciencia que comprenda al psicoanálisis” existe la misma relación que he intentado demostrar entre la neurología y el psicoanálisis: resumiendo, una ciencia que comprenda al psicoanálisis sería una ciencia perfecta, una ciencia que ha asumido y cumplido por entero su mandato, que ha sacado todas las consecuencias de sus premisas. Una ciencia que incluya al psicoanálisis intenta sobre todo abordar lo que el mismo Lacan denominó el “campo lacaniano”,<sup>67</sup> en tanto que campo donde es primordial la cuestión del goce en tanto que real” – y, de lo real trágico de este goce que, como bien sabía Freud, se nutre de *Thanatos* más que de *Eros*; todos somos testigos de ello en la actualidad. El psicoanálisis debe diferenciarse de las otras ciencias en que, mientras éstas tienen solamente en cuenta al sujeto determinado por entero por la estructura ( en el campo lacaniano, lo que denominamos lo simbólico), el psicoanálisis hace ciencia ante todo del sujeto y de su relación libidinal con lo que lo causa – en tanto que

<sup>66</sup> S. Freud, “Psicología de las masas y análisis del yo”, Obras completas, Amorrortu, Barcelona, Volumen XVIII-p.63.

<sup>67</sup> J. Lacan, *El Seminario, libro XVII. El reverso del psicoanálisis. 1969-1970*, Paidós, Barcelona, p. 86-87.

sujeto – es decir en su excepcional singularidad. La relación entre el sujeto y la causa – entre el sujeto y el goce – queda expresada por la fórmula lacaniana del fantasma:  $\$ \diamond a$ . Que es en el fondo la estructura de la frase (sujeto, verbo, complemento), y de las formaciones freudianas del inconsciente: síntomas, agudezas, fantasías diurnas. Algo así como: “se introducen las ratas por el ano” o también: “los lobos me miran”. Allí es donde el sujeto psicoanalítico termina por coincidir con el sujeto gramatical – y la prueba de ello es el nombre que la literatura psicoanalítica adjudica a los autores de esos enunciados: *Rattenmann*<sup>68</sup> y *Wolfsmann*<sup>69</sup>.

Para que sea posible el diálogo verdadero entre las neurociencias y el psicoanálisis – termino con una última cita de Solms y Kaplan-Solms<sup>70</sup> – siempre deben recordar, cada una, que Freud ha transferido de la neurología a la psicología un método – el método clínico descriptivo de Charcot – que nos permite analizar los síndromes psicológicos sin preocuparnos si tienen una etiología orgánica. Y efectivamente, todos los que se inclinan por el psicoanálisis estarán de acuerdo con este punto de vista fundamental de Freud: poco importa que el psicoanálisis y las neurociencias se entiendan, si eso implica abandonar todo lo que el psicoanálisis ha adquirido y realizado durante un siglo.

*Traducción: Ana Canedo*

*Revisado por el autor*

<sup>68</sup> S. Freud, “El hombre de las ratas”, *Obras completas*, Amorrortu, Barcelona, Volumen X, p.119.

<sup>69</sup> S. Freud, “El hombre de los lobos”, *Obras completas*, Amorrortu, Barcelona, Volumen XVII, p. 1.

<sup>70</sup> K. Kaplan-Solms, M. Solms, *Clinical studies in neuro-psychoanalysis...*, p. 25.

**...Y SUS INTERPRETACIONES**

Marc Strauss  
París

## El equívoco y la letra

*El texto que sigue fue presentado el 7 de febrero de 2004 en las Jornadas del Comité Científico de la Asociación Lacaniana Internacional, sobre el tema "El significante, la letra, y el objeto". Este comité científico, además de los miembros de la ALI, se componía de cierto número de invitados de otras asociaciones de psicoanálisis, de entre los cuales Marc Strauss por los Foros y La Escuela de Psicoanálisis del Campo Lacaniano. Ese mismo tema ya había sido estudiado por los miembros de la ALI, los días 19 y 20 de octubre de 2002. Los trabajos habían sido difundidos en un texto preparatorio de las jornadas de 2004.*

### Lectores de Lacan

La lectura de la publicación que recoge los trabajos de 2002, confirma enseguida lo adecuado de la pregunta de partida del actual proyecto de la ALI. Esta pregunta que parte de la constatación de hecho de que todos leemos Lacan en nuestras instituciones desde hace más de 20 años, es la siguiente: ¿lo leemos todos de idéntica manera?

¿Quiere esto decir que leemos en Lacan cosas distintas? Ahí debemos precisar que la pregunta es doble:

1) En primer lugar, ¿leemos los mismos textos? ¿y en los mismos textos, ponemos el acento sobre los mismos pasajes, o incluso las mismas palabras?.

2) Y en segundo lugar, de aquello que leemos, ¿sacamos idénticas o distintas conclusiones?

Dicho de otra manera, la primera pregunta atañe a la lectura misma, y la segunda a sus consecuencias, teóricas y prácticas. Si bien es fácil responder a la primera pregunta, responder a la segunda es infinitamente más complejo; ni siquiera estoy seguro de que sea posible.

Partamos pues de lo más sencillo: no, no leemos los mismos textos de Lacan.

Lo que voy a desarrollar es desde luego una opinión personal, que no compromete a mi asociación. Se funda en mi experiencia de participante con bastante regularidad, y de oyente, tan atento como sea posible, sabiendo que no es posible escuchar todo, primero porque falta tiempo, y luego porque lo que se escucha viene seleccionado por los propios intereses y preguntas.

Si adelanto que no leemos los mismos textos de Lacan, lo que se dice pronto, debo explicarme, lo que ya resulta menos fácil. Desde luego que todos leemos los *Escritos*, el Seminario sobre la Identificación, *Aún*, “Radiofonía”, “el Atolondradicho”, “RSI”, “el síntoma”, y que los citamos a menudo.

Para ir deprisa y hacer un poco una caricatura, diré que los significantes “letra” en Lacan, sus consideraciones sobre lo escrito y la escritura, no han sido objeto en los Foros en Francia de una reflexión colectiva, metódica y sistemática.

No es en absoluto el caso del tercer término de nuestra serie de hoy, el objeto, y más precisamente el objeto *a*, del cual no cesamos de hablar, y sobre el cual no hemos cesado de interrogarnos desde 1981. Y este objeto, que desde luego no puede existir como concepto más que tomado en una serie con otros términos, se inscribe según creo en una serie casi obligada que es ésta: significante-objeto-deseo-goce, a lo que podríamos añadir – fantasma y real. Ustedes lo constatarán, en los trabajos de 2002 que fueron publicados, el término goce se halla presente pero no en exceso, y el de fantasma se halla ausente o casi.

Partiendo de ahí se plantean tres preguntas:

1) ¿Cómo tratamos estas cuestiones sobre el significante, la letra, y el objeto, que tanto nos ocupan y que no hemos podido dejar completamente de lado?

2) ¿Cómo interpretar, en el sentido de explicar, las razones de esta diferencia de inflexión?

3) La tercera es la misma que mi segunda de antes: ¿cuáles son las consecuencias de esta diferencia?

### La letra con el significante

¿Cómo tratamos pues la cuestión de la letra y de la escritura? Y, volviendo a decir que no hay doctrina de los Foros sobre esto, y siendo que tampoco yo he trabajado estas cuestiones de cerca, pienso poder representar una especie de “vía intermedia”.

Pasaré rápidamente sobre un punto que encuentra consenso en todos nosotros, y que no se halla además en el corazón de vuestras preocupaciones, la letra en tanto soporte material del significante, tal como Lacan lo aborda en los Escritos, con la referencia central al texto “La instancia de la letra”. En el fondo, la letra se descuelga de ahí, tanto en la teoría como en la práctica, en beneficio del significante y de su lógica. Y si hay que tomar el deseo a la letra, como viene dicho en el encabezado de un capítulo de “La dirección de la cura”, es bien de la articulación significativa de lo que se trata. Añadiré que la letra en este período, es el acento puesto en la “materialidad”<sup>\*</sup> del significante, en detrimento de su sentido, con lo que la búsqueda de sentido supone de impase. Hay pues ahí una primera oposición, interna al significante, entre fijeza por un lado, el lado “materialidad”, y deslizamiento por el otro, el lado del sentido; y en consecuencia, también entre certeza e indeterminación.

Es esta oposición la que creo se encuentra como punto de partida en el planteo de Serge Leclair, por no decir en su herejía, que consistía en encontrar un “nombre inconsciente” del sujeto, un nombre estable y fijo, oponiéndose así a la facticidad de las identificaciones. Las identificaciones son facticias porque se sostienen en el Otro, y se articulan pues en una cadena que las hace lábiles, sustituibles, y cuya única razón común es la significación fálica.

Observemos por otra parte, puesto que Leclair se interesaba enormemente por la neurosis obsesiva, a propósito del Hombre

---

<sup>\*</sup>N T.: condensación de “mot” -palabra- y materialidad.

de las ratas de Freud, que Lacan nunca hizo de la palabra “rata” el nombre último del ser del paciente de Freud. Esta palabra, en la encrucijada de las cadenas asociativas del Hombre de las ratas, ¿cómo podríamos hoy llamarla, en el punto en el que nos hallamos en nuestras consideraciones sobre la letra y lo escrito: se trata de un significante, un significante asemántico, un significante unario, una letra, en el sentido de una inscripción de un real que determina toda la organización de la cadena simbólica?

En el momento de plantear esta pregunta, debo confesar que solamente la planteo porque no tengo una respuesta. En cualquier caso, no tengo una respuesta inmediata porque esta pregunta nunca me la había planteado hasta ahora, y porque no recuerdo que haya escuchado ninguna respuesta. Lo que sé es lo que Lacan dijo del efecto resolutorio del análisis del Hombre de las ratas con Freud sobre el síntoma de la obsesión de las ratas, y también lo que dijo del final del análisis del Hombre de las ratas. Lo que dijo del efecto resolutorio sobre el síntoma, sobre el efecto curativo, es que no es debido tan sólo a que las cadenas asociativas fuesen llevadas a la luz, sino y sobretodo a una interpretación del goce del paciente. Lo que llamaré su goce “ratero”, que depende de su ser de rata, goce de morder y de destruir, un goce pues pulsional.

Además, Lacan adelantó con una fuerza no exenta de sarcasmo, que no consideraba terminado este análisis, en particular porque no había desvelado los verdaderos esponsales del sujeto, con la muerte más que con el dinero de la hija de Freud. Hay una diferencia pues en la interpretación del material de sueño, y del estatuto dado a los “ojos de betún que lo apuntan”. Ustedes ya lo saben, Lacan llega a considerar que esta insuficiencia en la interpretación no es ajena a la muerte del sujeto durante los enfrentamientos de la Gran Guerra, lo que resulta cuanto menos rudo, cuando se sabe el número de muertos que hubo durante esta guerra, pero no deja de interrogarnos sobre la radicalidad de lo real en juego en un análisis. Entonces, con todo esto, ¿es la palabra rata un significante? Diría que sí, un  $S_1$ , un  $S_1$  identificatorio, producido por la operación analítica, en tanto que es causada por un objeto que divide al sujeto, al poner en juego un goce que le es no sabido. Seguro que ahí reconocen la escritura del Discurso analítico tal como Lacan propuso escribirlo, formalizarlo, en 1969-70 en *El reverso del psicoanálisis*.



Pero insistamos, desde las variantes de la cura-tipo, la producción de este significante no lo es todo en el análisis. Y veremos a Lacan, después de haber producido el objeto *a* si no me equivoco en el seminario sobre “La angustia”, buscar a partir de 1964, con el *Seminario XI*, poder precisar el pasaje del plano de la identificación y de sus consecuencias, consecuencias sobre la conducción de la cura y su terminación.

### La letra separada

Nuestro desarrollo nos lleva al segundo punto, aquél en el que la letra y el significante se oponen. No se trata ya de una oposición, en el significante mismo, entre una vertiente de letra, donde se aloja el equívoco como acabamos de verlo con el Hombre de las ratas, y una vertiente de sentido. El corte se encuentra ahora entre letra y significante. Esta oposición se superpone más o menos a otras en serie, desde la que figura en el *Seminario XI, Los 4 conceptos*, entre el sujeto en el campo de la pulsión y el sujeto en el campo del Otro. Tenemos así la oposición entre el ser y el pensamiento – allí donde soy no pienso; allí donde pienso no soy –, entre el ser y la letra, en el seminario *Aún* a propósito de las parejas Marx-Lenin y Freud-Lacan, y sobretudo la gran oposición entre el sujeto del significante, el sujeto vacío del significante, y el ser de desecho, con la cuestión de su marca.

¿Cómo representarnos esta oposición, si es ello posible, en el caso del Hombre de las ratas que hasta aquí nos ha acompañado? Si la palabra “rata” no se halla del lado de la letra sino del lado del significante, ¿donde estaría la letra? Sigamos el hilo del objeto, que resulta ser doble: por el lado pulsional, se expresa por el fantasma de mordedura – dejemos de lado por el momento el aspecto de equívoco – para tomar el fantasma: “hacerse morder”, tanto como “morder”.

Por el otro lado, quizás en la vertiente del ser, el dinero y el objeto anal aún son una cobertura significativa, falicizada, del betún de la muerte. La verdad última, más allá de este ropaje imaginario, la verdad caída de la cadena significante, es la tachadura que oblitera los ojos del Otro que se halla frente al sujeto.

¿No es entonces la letra esta tachadura primera – ¡todavía la rata! – esta tachadura primera que ordena la sucesión implacable de los significantes a los que el destino del sujeto se mantuvo atado hasta – es momento de requerir el equívoco que habíamos dejado a un lado: la muerte segura –, hasta su encuentro último con su único partenaire, la muerte?

Intentemos deducir de estas consideraciones las consecuencias sobre la conducción y el final de la cura, tal como Lacan nos invita a hacerlo, quien da a entender que un análisis llevado a término habría dispensado al Hombre de las ratas de toparse en las trincheras de la guerra con la bala que le fue fatal. El Hombre de las ratas supo con Freud que era un rata. Eso le permitió desprenderse del dominio que ejercía sobre él el escenario del capitán cruel. Pero no aprendió que la rata que es, y que quiere contar, morder, poseer, controlar, sigue siendo un velo. Más allá del plano de la rata, está su ser de muerte, amo absoluto, que sustrae a todo intercambio verdadero, y al que no renuncia. La nada de representación más allá de la rata, no es un vacío de goce: detrás del horror que legítimamente puede inspirarle la imagen poco reluciente de la rata, goza de la anulación signifiante.

Dicho de otro modo, descubrirse siendo animado por un goce ratero, ser un rata, no es aún el todo del análisis, aún cuando no sea nada. No es alcanzar todavía lo que Lacan considera ser casi el signo clínico de un análisis en vía de terminar, la destitución subjetiva. La destitución subjetiva es otra cosa que desvelar una identificación, con los efectos de despersonalización transitoria que pueden ocasionalmente acompañarla. La destitución subjetiva corresponde a un cambio de plano, a un atravesamiento del plano de la identificación, para retomar una vez más esta fórmula. Da lugar a un ser que ya no es la falta en ser del sujeto del signifiante, sino un ser “singularmente fuerte”, como lo dice Lacan, en la medida en que no logra su seguridad por la indeterminación signifiante, sino por el rasgo de su singularidad.

Espero que me perdonarán estas elucubraciones sobre un final de cura que no tuvo lugar. Mi propósito era, lo habrán adivinado, inventar para la ocasión un Hombre de las ratas que se habría hecho pasante, o más bien para el cual podríamos decir en qué no llegó hasta este pasaje. Mi objetivo es intentar dar cuenta del hecho de que, en las elaboraciones teóricas de la clínica a las que

estoy acostumbrado, hablamos sin dificultad del significante y del objeto, pero bastante poco de la letra. Me parece que la razón se encuentra en el acento puesto desde los inicios, en las asociaciones en las que he participado, en una reflexión sobre el pase y su clínica.

### El síntoma y la letra

Tal como se desarrolló esta reflexión, fue la expresión de travesía del fantasma la que durante tiempo retuvo la atención. Precisarla implicaría desde luego precisar los dos términos del fantasma, el sujeto del significante,  $\$$ , y el objeto  $a$ . Así fueron extraídos lo que se han llamado los “momentos de pase”, vacilaciones generadas por el levantamiento de una identificación, y el pase como momento decisivo de destitución. La pregunta concierne entonces al ser que allí se produce, en lugar de la falta en ser que es lo propio del sujeto del significante. Quizás es allí, en un más allá de la cura, donde podemos reencontrar la problemática de la letra, como marca absolutamente singular que lleva el sujeto por el hecho de su captura en el significante, problemática de la letra que no es sin relación con un real residual.

En efecto, en relación con las teorías del final del análisis, sabemos que Lacan no se detuvo en la destitución subjetiva sino que propuso más tarde la identificación al síntoma. Así, para retraducir la cuestión de la letra en un vocabulario que me resulta más familiar, interrogaría con ganas la relación entre la letra y el síntoma, precisando: no cualquier síntoma, el síntoma del final de análisis. Seguramente sería éste el lugar para hablar del estilo, por lo que presentifica de marca singular para cada cual, en un manejo del significante que supone el anudamiento de un real del goce y de un Otro simbólico.

Lacan sostuvo esta interrogación, a propósito de un sujeto que no es ni un analizante ni un pasante sino un escritor, Joyce, que llamó como saben Joyce el *sínthoma*, llegando a decir que Joyce fue con su escritura directamente a lo mejor que se puede esperar de un análisis. Colette Soler, en su libro *La aventura literaria o la psicosis inspirada*, hizo un estudio de Rousseau, Joyce, y

Pessoa, interrogando en ellos la función de la escritura. Pero es cierto que estos sujetos son todos psicóticos. ¿Por qué razón la relación a la escritura parece más fácil de aclarar en la psicosis que en la neurosis? Es una pregunta apasionante, a la que fui llevado por aquel trabajo, y que espero proseguir. A la espera de hallar una respuesta satisfactoria, planteo una hipótesis: ¿no sería que en la psicosis la función de la letra, función de goce, hace retorno e impregna el conjunto del significante, palabra y escritura? La escritura resulta entonces un medio para controlar la pulverulencia del significante, significante fundamentalmente alucinatorio, un medio para constituir algo de unidad inexistente, mientras que en la neurosis, la letra se reduce a una marca, y le hace de borde al ser. Por decirlo de otro modo, separa este ser, es la separación misma. En ambas, neurosis y psicosis, estaría concernido un goce no fálico, pero según haga borde a lo simbólico o bien se difunda en él, hará la diferencia entre los escritos inspirados y los escritos impuestos.

### Traumatismo

Una palabra todavía para concluir, sobre la escritura en la neurosis, cuya función quizás se encuentra más velada que en la psicosis, pero no es por ello menos esencial. ¿Por qué escribimos? O más bien, ¿para quien? En todo caso, el primer lector de quien escribe es el escritor mismo, en un desfase temporal irreducible: nunca la escritura irá tan aprisa como la palabra, ni como el pensamiento. Es pues necesario cuando se escribe retener, seleccionar, disponer, lo que me parece tornar sospechoso todo proyecto de escritura automática. ¡Ya la asociación libre es algo imposible, a más razón la escritura! Escribir, bajo el punto de vista temporal, es constreñirse a cierto retraso, es diferir la acción, también es trazar una línea hacia el futuro. Lo que está escrito, aún siendo un simple garabato en un papel, es susceptible de ser releído más tarde. Ah, releerse... por ejemplo cuando se ha terminado el primer chorro de un texto destinado a ser presentado a colegas... Al releerme, ¿reencontraré lo que me hizo escribir lo que escribí? ¿Reencontraré la necesidad que me llevó a escribir lo que escribí y no otra cosa? Esta necesidad, no puedo al escribir escribirla, sino ya no escribiría lo que ahora estoy escribiendo. ¿Se perderá entonces, evaporándose en los limbos de la perplejidad, o acaso

irá tejiéndose el hilo de lo que he escrito, a medida que me releo, con la misma evidencia que cuando lo escribía?

Apartarse en búsqueda de un reencuentro, de una coincidencia, ¿no está ahí el principio mismo de la escritura, que constituye lo que llamaría su erótica? Por lo común, a esto se le llama comprender, pero sabemos bien que este reencuentro no puede ser más que evocado, rozado, que no puede otra cosa que siempre fallar su aprehensión final. Por ello diré que la escritura en la neurosis es una puesta en acto de la castración, lo que puede dar cuenta de cierto número de conductas particulares frente a la escritura en los hablanteseres que somos. Y proponer su propio escrito para ser leído o escuchado por otros, también es la castración segura. Queda el poder contar con los oyentes para que, desde su lugar de *dritte Person* retornen hacia el escribiente-locutor, según la estructura del chiste, un poco del placer de este reencuentro.

Antes de poderme remitir a lo que desde vosotros retorne, una última palabra a propósito de una escritura otra, que Lacan evoca en su lección del 13 de abril de 1976 del seminario “El síntoma”. Habla allí del Real en cuestión en el psicoanálisis, del cual intentó hacer una escritura con los nudos borromeos. Califica precisamente de traumatismo esta escritura de un Real: “Considero que haber enunciado, bajo la forma de una escritura lo Real en cuestión, tiene el valor de un traumatismo/.../ Digamos que es un forzamiento. Un forzamiento de una nueva escritura”. En efecto, un real que no es llevado a la existencia por una escritura, simplemente no existe para el “hablanteser”, y hacerlo aparecer, crearlo, es traumático porque esta escritura, “por metáfora, tiene un alcance. Un alcance que bien debe ser llamado simbólico”. Observemos que esta escritura es diferenciada netamente por Lacan, en su estructura, de la idea que florece espontáneamente, por el solo hecho de que algo hace sentido, es decir, de lo Imaginario. Seguramente sería éste el lugar de interrogar la función de subversión radical del conjunto del campo de la realidad que provoca una nueva escritura de lo Real, que Lacan ya había puesto en relieve con Descartes y con Newton. El alcance del forzamiento lacaniano nos es aún ampliamente desconocido.

*Traducción: Marcel Ventura*

Jean-Jacques Gorog  
París

## Algunas observaciones sobre la interpretación equívoca, la alusión y la voz

La cuestión del equívoco, tal como es tratada en “El atolondradicho” a propósito de la interpretación, es en sí misma “equívoca”. Si recordamos los modelos que Lacan asigna a la interpretación en este mismo texto, a saber el oráculo y la interpretación delirante: “En ella este decir se renombra, por el embarazo que delatan campos tan desperdigados como el oráculo y el fuera-de-discurso de la psicosis, con tomar prestado de ellos el término interpretación”,<sup>1</sup> lo que designa como “apofántico” me parece poder oponerse a lo modal de la demanda: “Otro decir, para mí, es allí privilegiado: la interpretación, que no es modal sino apofántica. Añado que, en el registro de la lógica de Aristóteles, ella es particular, porque concierne al sujeto de los dichos particulares, los cuales *notodos* (asociación libre) son dichos modales (la demanda entre otros)”.

### ¿Apofántico?

Término sin duda de la lógica de Aristóteles pero retomada por Heidegger<sup>2</sup> de modo que la función apofántica<sup>3</sup> sea, en el origen, la de dejar aparecer la cosa de la cual se habla, volviéndola manifiesta.<sup>4</sup>

<sup>1</sup> “El Atolondradicho” en *Escansión*, p. 44-45, Ed. Paidós, Argentina.

<sup>2</sup> Lacan lo recuerda al principio de “El Atolondradicho”: “Y vuelvo al sentido a fin de recordar el esfuerzo que necesita la filosofía – la última en salvar su honor por estar al día y haber llegado a la página que el analista hace ausente – para percibir aquello que, del analista, es recurso cada día: que nada esconde tanto como lo que revela, que la verdad, *Ἀληθεια = Verborgenheit*. De modo que no reniego de la fraternidad de este decir, puesto que lo repito sólo a partir de una práctica que, al situarse desde otro discurso, lo vuelve incuestionable”, p. 20, op. cit.

<sup>3</sup> Esta es la definición del Robert: Teoría de las proposiciones (en griego *apofansis*) de los enunciados susceptibles de ser considerados verdaderos o falsos (aserciones) de griego *apofantikos*, adj., “que puede ser considerado verdadero o falso, que puede ser objeto de un juicio”, en Aristóteles.

<sup>4</sup> Martín Heidegger, *Ser y tiempo*, Ed. Universitaria, Col. El saber y la cultura, p. 55-56

Se opone muy claramente a la hermenéutica que apunta a la significación<sup>5</sup> y es bien por ello que Lacan requiere este término de apofántico; la interpretación por principio excluye la demanda en tanto que modal.

Bien se trate de una afirmación, o de un desvelamiento de la verdad, comporta según la definición heideggeriana esta dimensión de equívoco. Pero lo que Lacan quiere decir se encuentra como siempre ahí a partir de una práctica particular del desvelamiento, la suya, la del psicoanalista. La frase de partida, “Que se diga queda olvidado tras lo que se dice, en lo que se escucha” no es otra cosa que la interpretación misma en este escrito, cuya arquitectura en doble rizo realiza una especie de fuga a varias voces, siendo esta frase el tema principal.

### Fuga a varias voces, el equívoco.

¿Será preciso recordar aquí, un aspecto que nos va a interesar particularmente, que el equívoco, doble voz, comporta esta particularidad propia a la voz de la que se ignora su procedencia, como es el caso de la voz alucinada?<sup>6</sup> Incluso hay un efecto de doble voz que se puede captar fácilmente en el uso que hace el ventrilocuo, por poco que proponga a nuestras miradas una muñeca a la cual le será atribuida sin dificultad la voz que corresponde, engañándonos así sobre el origen. Para que la interpretación del analista sea equívoca, es decir eficaz, debe ser equívoca en el sentido de que debe ignorarse, también, desde dónde se enuncia. Quizás hay que ver de dónde procede su proximidad con la interpretación delirante, pero también lo que la diferencia de ella, ya que es una respuesta que - a la inversa de la alucinación - proviene del Otro,

<sup>5</sup> “Pues bien, a nosotros los analistas nos interesa esta hermenéutica porque la vía de desarrollo de la significación que propone se confunde, para muchos, con lo que el análisis llama interpretación.” *Seminario XI Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, 1964, Ed. Paidós, Barcelona, p. 16

<sup>6</sup> A propósito de la alucinación, “su estructura propia (de una cadena significante) en cuanto significante es determinante en esa atribución (subjética) que, por regla, es distributiva, es decir con varias voces, y que pone pues, como tal, al *percipiens*, pretendidamente unificador, como equívoco.”, en “De una cuestión preliminar...”, *Escritos*, Tomo II, p. 515, Ed. Siglo XXI, México.

pero de tal modo, que el sujeto deberá tomarla como si la hubiese formulado él mismo, hasta el punto de que pueda olvidar que procede del analista. ¿Cómo concebir que pueda ser aceptada si proviene de un otro, sea cual sea la estima que se le tenga?

El seminario sobre *Las psicosis* constituye un verdadero contrapunto de la frase llamada “tema” del “Atolondradicho”. Me parece que encontramos aquí el esfuerzo particular para precisar la función de la interpretación del analista, con respecto a la interpretación que hace el sujeto psicótico, que le es un soporte.<sup>7</sup>

El modelo que Lacan instauró para la psicosis con el diálogo: “Vengo del fiambrero... Marrana”<sup>8</sup>, no sólo desvela el mecanismo de la alucinación y la interpretación delirante, sino también, el de la interpretación analítica propiamente dicha, a condición de examinarla cuidadosamente. Para ello debemos volver al ejemplo tal como Lacan lo utiliza en su seminario: “El mensaje del que se trata no es idéntico, lejos de esto, a la palabra, al menos en el sentido en el que os la articulo como esta forma de mediación en la que el sujeto recibe su mensaje del otro bajo una forma invertida”.

El mensaje en la alucinación no se encuentra invertido, porque la inversión consiste justamente en colocar en ella al sujeto – “Tú eres mi mujer”, tiene como consecuencia “Soy tu marido”, indica una inversión del tú al yo -. Lo que causa la alucinación es que el sujeto no se hallaba en su lugar, no estaba representado, lo que le da al fenómeno su carácter exterior. A diferenciar por el resultado obtenido, el mensaje en la alucinación da un lugar al sujeto que lo había perdido, lo que va a ser precisado en esta ocasión en el artículo de los *Escritos*.

---

<sup>7</sup> Observemos que esto apenas aborda la cuestión de la interpretación del analista en la psicosis, de la que no tratamos en esta ocasión.

<sup>8</sup> Seminario III, *Las psicosis*, p. 69-(80)-86, Ed. Paidós, Barcelona, y “De una cuestión preliminar...”, op. cit., p. 516.



### La alusión...

La primera parte de la frase, “Vengo del fiambrero...”, que Lacan calificará de alusiva, es esencial. Apunta al Otro, intenta alcanzarlo al tiempo que lo esquiva; este término de alusión es muy importante:

“Solamente hay dos formas de hablar de ese S, ese sujeto que somos radicalmente; o bien dirigirse verdaderamente al Otro, con mayúscula, y recibir de él el mensaje que lo concierne a uno de forma invertida; o bien indicar su dirección, su existencia bajo la forma de alusión. Si esta mujer es estrictamente una paranoica...” “es que la alocución, a saber el “yo vengo del fiambrero”, presupone la respuesta “Marrana”, *precisamente porque la respuesta es la alocución (con “la”), o sea lo que verdaderamente dice la paciente. Hice observar que hay algo completamente distinto de lo que ocurre en la palabra verdadera, en el “tú eres mi mujer” o el “tú eres mi amo”, en donde al contrario la alocución es la respuesta, lo que responde a la palabra es en efecto esta consagración del otro como mi mujer, o como mi amo, y entonces aquí la respuesta, a diferencia del otro caso, presupone la alocución*”.<sup>9</sup>

Así la fórmula de Lacan sobre la inversión del mensaje puede ser leída no solamente como la posición del sujeto recibida a través del Otro, con o sin guión de réplica, sino también como la respuesta que precede o que sigue a la alocución. Respuesta antes de la alocución para la voz alucinada, y después para el sujeto neurótico.<sup>10</sup> Parece claro que el estatuto de la interpretación se halla en cuestión en esta repartición de las formas de la palabra según las estructuras clínicas: ¿tiene o no la interpretación estructura alusiva, hay mensaje del analista - y todo nos indica que si lo hay debe tener un estatuto muy particular -, y finalmente, con o sin inversión?

¿Puede reducirse la interpretación al acto del analista, lo que implicaría un decir sin contenido, o bien, si hay un mensaje, éste

<sup>9</sup> id. p. 80-81.

<sup>10</sup> Conviene precisar que la forma “normal” del mensaje invertido corresponde a aquella en la que la respuesta sigue a la pregunta, mientras que el mensaje no invertido, en la psicosis, es conforme a la ley del significante según la cual la respuesta precede a la pregunta.

viene del Otro bajo una forma invertida, o más bien procede como alusión indicando el lugar del Otro, lugar al que algo es llamado y de donde la voz va a responder en *off*?

- a lo cual debemos intentar responder pasando por el efecto sujeto: “Ello se debe a que el discurso analítico versa sobre el sujeto, que, como efecto de significación, es respuesta de lo real. Esto lo articulaba yo, desde el 11 de abril del 56, y está recogido en texto, con una cita del significante asemántico, para gente a quien hubiese podido interesarle por sentirse llamada a una función de deyecto”.<sup>11</sup>

Veamos cómo Lacan formulaba estos dos puntos, sujeto respuesta de lo real y significante asemántico, en su seminario: “Es que todo verdadero significante es, en tanto tal, un significante que no significa nada.” ... lo subjetivo no está del lado del que habla. Lo subjetivo es algo que encontramos en lo real. Sin duda, lo real en juego no debe tomarse en el sentido en que lo entendemos habitualmente, que implica objetividad, confusión que se produce sin cesar en los escritos analíticos. Lo subjetivo aparece en lo real en tanto supone que tenemos enfrente un sujeto capaz de valerse del significante, del juego del significante”.<sup>12</sup>

Podemos esperar que la interpretación, al menos para Lacan en la época de la “Cuestión preliminar”, ponga el acento esencialmente sobre la dimensión del “significante asemántico”, sin significación, lo que no implica que se trate de un mensaje que tenga propiamente hablando un contenido, una significación, porque si no inmediatamente se plantearía la cuestión: ¿de dónde la puede recibir sino de un pequeño otro, el de la confrontación imaginaria con el paciente, lo que Lacan no cesó de mostrarnos, a propósito de Dora por ejemplo, como precisamente aquello que hay que evitar? Pero, ¿no es lo que, con una mínima modificación de vocabulario, se enuncia en el “Atolondradicho”? “...nos basta para ver que la interpretación es sentido y va contra la significación. Oracular, cosa que no es de extrañar por lo que sabemos ligar de oral a la voz, del desplazamiento sexual “.<sup>13</sup>

<sup>11</sup> “El Atolondradicho”, op. cit., p. 28-29

<sup>12</sup> Seminario III *Las psicosis*, op. cit., p. 264 y 266

<sup>13</sup> “El Atolondradicho”, op. cit., p. 52.

No insistiré sobre este “desplazamiento sexual” siempre presente en cuanto se trata de interpretación freudiana, a condición de que, también aquí, sea comprendido correctamente y no como una hermenéutica de la significación sexual, tal como insiste el discurso corriente al caricaturizar al Edipo freudiano. La interpretación apunta no a la significación fálica sino a la relación sexual que no existe, a la que el sexo no hace más que suplir. Es en esta línea que la psicosis constituye su contrapunto, a falta de esta significación fálica.

Procediendo paso a paso, volvamos a la alusión, sensiblemente transformada en el texto de los *Escritos*: “Para nuestro fin presente basta con que la enferma haya confesado que la frase era alusiva ... En el lugar donde el objeto indecible es rechazado en lo Real, se deja oír una palabra, por el hecho de que, ocupando el lugar de lo que no tiene nombre, no ha podido seguir la intención del sujeto sin desprenderse de ella por medio del guión de la réplica: oponiendo su antistrofa de depreciación al refunfuño de la estrofa restituida desde ese momento a la paciente con el índice del yo (*je*), y reuniéndose en su opacidad con las jaculatorias del amor ...”

Esta vez se detalla el mecanismo que comporta diversos tiempos. Es el “yo” (*je*) de la frase “Yo vengo del fiambrero...” que no alcanza a designar al sujeto como siendo el que pronunció la frase. Es solamente después de haber escuchado la frase, o sea gracias a la alucinación, que la paciente puede saber, *après-coup*, que la frase ha sido enunciada por ella, que el “yo” (*je*) toma así el lugar que habría debido ser el suyo al inicio. La frase alusiva toma entonces su sentido, en el momento en que se rompe este momento de transitivismo. Digamos que la alusión es lo que en el orden del lenguaje corresponde al flotamiento de la relación imaginaria, de lo mismo a lo mismo, impidiendo a cada cual distinguirse del semejante, lo que Lacan designa como “diagonal imaginaria”. Pero la alusión encuentra un fin en un marco simbólico, neo-formado y procedente de lo real como en el caso referido, o bien *ready made* como es el caso para el sujeto “edípico”.

Curiosamente es a este mismo término alusión, al que Lacan se refiere un poco más adelante en el seminario, cuando comenta la primera escena de Atalía, de la que extrae la eficacia

del significante y el punto de capitón: “.. si nos quedamos en el plano de la significación, nada habría ocurrido. En ese plano todo puede resumirse en algunos esbozos. Cada uno sabe un poquito más de lo que está dispuesto a afirmar. El que más sabe es Joad, pero para ir al encuentro de lo que el otro pretende saber, sólo hace una alusión...”<sup>14</sup>

El punto de capitón es la palabra “temor”<sup>15</sup>...

...y su retorno : - Tú lo has dicho

Gracias al significante, la alusión encuentra su resolución en el punto de capitón, el enganche a la cadena significante – el temor de Dios equivale al Nombre del padre – es allí donde en el ejemplo clínico se resuelve en alucinación. Pero no puedo evitar pensar que se trata también aquí de un ejemplo que plantea la cuestión de la naturaleza de la interpretación.

Planteemos como hipótesis que la intervención de Joad es de la misma naturaleza que la interpretación analítica, aunque sólo fuese por su eficacia, la de lograr que el interlocutor, en este caso Abner, llegue a saber lo que ya suponía, sin que ningún secreto – la existencia de un heredero superviviente de la masacre – haya sido traicionado, es decir sin que nadie se lo haya dicho más que por alusión. Todo tiene lugar como si la cadena significante hubiese sido restablecida por Abner, con Joad en el rol de único catalizador. Encontramos la misma forma que Lacan toma como modelo mínimo de la interpretación: “Yo no te lo hago decir”. ¿No se encuentra ahí lo mínimo de la intervención interpretativa? Pero no es su sentido lo que importa, sino lo que la formulación que utilizo aquí de “lengua” permite ceñir; lo que hace que la amorfología de un lenguaje abra el equívoco entre “Tú lo has dicho” y “Eso corre a cargo mío, tanto menos cuanto que, cosa semejante, no te la he hecho decir por nadie”.<sup>16</sup>

El equívoco así desplegado entre dos afirmaciones muestra en

---

<sup>14</sup> Seminario III *Las psicosis*, op. cit., p. 378

<sup>15</sup> id.

<sup>16</sup> “El Atolondradicho”, op. cit., p. 65.

qué no es contradictorio<sup>17</sup> con lo apofántico: “El decir del análisis en tanto que es eficaz, realiza lo apofántico”.<sup>18</sup>

En efecto, la primera afirmación “Tú lo has dicho”, es la consecuencia directa de la regla fundamental que condiciona la experiencia analítica, a recordar cada vez según las modalidades propias a cada cual. Este recordatorio es un decir que no enuncia como tal ninguna significación nueva para el analizante. Al “Tú eres mi mujer”, esta interpretación le retorna algo que autoriza al sujeto a deducir “Yo soy tu hombre”, lo que hasta este momento se habría prohibido pensar, caso de lo más frecuente en la clínica ordinaria. Esto corresponde a lo que Lacan estableció algunos años antes en su seminario “El Acto analítico”<sup>19</sup>; el acto del analista, del cual la interpretación es un elemento esencial, es un “decir”, que en su dimensión de acto supone que no se trata de un dicho, insistiendo en su dimensión de enunciación, en sentido contrario a los “dichos” que conciernen al saber inconsciente del analizante.

A esta primera afirmación se le añade una segunda, referida esta vez al lugar del analista. Continuemos la homología con Joad con algo así como: “Que quede bien claro que nuestra conversación no incluía ninguna información, y que nada he sugerido que no hayas deducido por ti mismo”.

Así lo entiende Edipo cuando en Colona considera que ya nada tiene por escuchar del oráculo, que tan sólo dice lo que él ya sabe. No deja de tener cierta dosis de ironía si recordamos los efectos de los oráculos anteriores, en el origen mismo del drama edípico. Estos oráculos, al menos los del inicio, enmascaran el equívoco, olvidan decir que al tiempo que predicen son actores, comandan el drama, en el sentido de que aquello que digan no se llevará a cabo más que por el hecho de que, primero Layo y luego Edipo lo creen. El acto analítico también comanda lo que

<sup>17</sup> El hecho de decir que se trata de una afirmación habría podido parecer contradictorio con el equívoco en el sentido corriente de simple error y con el cual juega Lacan. Pero desde luego también juega con el otro sentido corriente de la palabra equívoco, por el cual más o menos todo en el lenguaje puede ser interpretado en referencia a lo sexual para tomarlo a contrapié (excusen el equívoco que aquí va a servir de ejemplo)

<sup>18</sup> “El Atolondradicho”, op. cit., p. 62.

<sup>19</sup> 1967-1968, no publicado.

se desarrolla sobre el diván, pero a diferencia del oráculo, no pretende no tener nada que ver con lo que allí ocurra. Al contrario, y es algo incluido en esta negación del lugar del analista que bien podría parecer sospechosa: ¿cómo no habría sugestión – “yo nada tengo que ver con esto” –, y como bastaría con negarla para que no estuviera? En realidad, más allá del contenido, que en efecto “yo“ (*je*) no hice decir por “cualquiera“ - fíjense en este cualquiera con aires de gran Otro - hay este: “Y aún menos lo tomo a mi cargo...” que subraya lo que no se dice, aquello que efectivamente está a cargo del analista, o sea el conjunto de condiciones para que ello haya podido ser dicho.

### **Ninguna interpretación que no sea de la transferencia**

Así la tercera oreja revela ser una doble voz. Allí donde el psicótico escucha su propio pensamiento en lo real y no lo reconoce como propio pero encuentra en él una seguridad de sujeto –un modelo de sujeto respuesta de lo real, luego generalizado al neurótico - el analista intérprete es también una voz, incluso dos. Esta voz tiene como primera función la que aparece en segundo lugar en el ejemplo de Lacan ; tiene a su cargo precisamente hacer cesar la alusión en la que el analizante intenta instalar al analista – esto que la tradición analítica llama “interpretar la transferencia”- pero en una modalidad tal que esa voz sea, como les ocurre a ciertos psicóticos, sin contenido, tan sólo presencia. Y la segunda voz es un corte que autoriza al sujeto a extraer de ahí su propio descubrimiento, alentándolo a responder de sus dichos, ya que es esto lo que quiere decir sujeto respuesta de lo real, sin dejarse impresionar en exceso por la presencia del analista.

*Traducción: Marcel Ventura*

Susana Díaz  
Buenos Aires

## El sentido de las letras

*“No sabían, como tampoco tú sabes, ni sabe tu máquina, que cada letra está ligada a uno de los miembros del cuerpo, y si desplazas una consonante sin conocer su poder, una de tus extremidades podría cambiar de posición, o de naturaleza, y quedarías brutalmente contrahecho, por fuera, de por vida, y por dentro, para toda la eternidad.”*

Umberto Eco, *El péndulo de Foucault*.

Isabel de R, la paciente de Freud, había comprobado dolorosamente, antes incluso que el mismo Humberto Eco, la verdad de las afirmaciones que introducen estas líneas. En el momento mismo en que se desplazó el sentido de sus intenciones con su cuñado, la metáfora se apoderó de su cuerpo y, literalmente, no pudo dar un paso más en sus propósitos, quedó contrahecha; en espera del analista que descubriera el sentido que se albergaba en el orden de las letras que servían de sustento a su síntoma.

En nuestra disciplina, en lo que concierne a la interpretación, al igual que en la Biblia, en el principio era el verbo. Desde el origen, en la invención, en la fundación, que podemos fechar en 1900, en la *Interpretación de los sueños* o en *Psicopatología de la vida cotidiana*, la interpretación analítica opera, tiene por instrumento, se sirve del bisturí formado por el cristal de la lengua.

La interpretación desanda las vías del cifrado inconsciente, descifra entonces. El descifrado encuentra su ejemplo emblemático en el olvido del nombre Signorelli. Es ahí donde Freud nos enseña los derroteros que toma el mismo en la serie que conduce al elemento suprimido del recuerdo. El ejemplo encuentra su límite en el hecho de que fue un olvido propio, es decir, en la convergencia de analizante y analista.

Los casos de Freud, los 5 psicoanálisis, dan pruebas irrefutables del procedimiento que juega con el cristal de la lengua, según la expresión de Lacan en *Radiofonía*.<sup>1</sup> Evoco por un instante la serie de la rata en el caso que toma su nombre del roedor mismo. Rata, cuotas, rata de juego, etc.

Sin embargo, no basta decir que la interpretación en psicoanálisis opera con el material de la lengua, con la materia del significante, son necesarias algunas precisiones: ¿Cómo opera? ¿Adónde apunta? ¿Cuál es su blanco? ¿Cuál es su objetivo?

### El equívoco

La interpretación apunta a la sorpresa, sostiene Lacan en 1967: "... el psicoanalista (no) hace de la interpretación una hermenéutica, un conocimiento en modo alguno iluminador o transformador... lo esperado es justamente lo que uno se niega a esperar: la sorpresa".<sup>2</sup>

El analista cuando interpreta, interviene con un medio decir, de este modo, la interpretación tiene que tener la estructura de un enigma para producir el efecto de equívoco, equívoco y sorpresa.

¿Qué es un enigma entonces? Una enunciación que no corresponde a una enunciado de saber. Es palpable su efecto en el hecho de que el sujeto no puede reproducir bien lo que el analista ha dicho, queda de algún modo en suspenso, y se aboca entonces a producir el enunciado. El efecto que se busca es desestabilizar en cierto modo el saber fijado y poner a trabajar al sujeto en su reconstrucción.

Otro modo de incidencia del equívoco es la cita: a partir de un enunciado de saber del analizante extraído del contexto el analista intenta hacer surgir la enunciación latente. Cuando un

<sup>1</sup> Lacan, J., *Psicoanálisis Radiofonía y Televisión*. Anagrama Barcelona, 1977.

<sup>2</sup> Lacan, J., " Del psicoanálisis en sus relaciones con la realidad", *Intervenciones y textos* I. Manantial, Buenos Aires, 1988



enunciado se recorta de la trama del discurso puede tornarse enigmático. Este recorte de los dichos del sujeto, este procedimiento de poner entre comillas, de resaltar alguna palabra o frase, es entonces una técnica para producir un sentido distinto del explícito. La interpretación enigmática, la que logra el efecto de sorpresa apunta a hacer surgir algo más que lo dicho, un plus.

La operación completa se inicia en este vaciamiento de la significación que tiene como antecedente la palabra vacía de los primeros escritos de Lacan, y es retomada en nuestros días por autores de otras disciplinas como Laclau<sup>3</sup> y Badiou<sup>4</sup>, entre otros, que con nociones tales como significante vacío, o, conjunto al borde del vacío confluyen en el privilegio otorgado al vacío. Desocupar o vaciar la adherencia a las convicciones fijas habilita el advenimiento de un orden nuevo, múltiple, flexible.

Respecto del procedimiento, Lacan sostiene que la interpretación juega con “estos equívocos con que se inscriben los ribetes de una enunciación”.<sup>5</sup>

Indica tres tipos de equívoco:

1. La homofonía.

Alude a lo que libra la homofonía. Son ejemplos donde juega con el cristal lingüístico. La homofonía difracta las significaciones e introduce una dimensión de interrogación. Por ejemplo: un travesti que afirma: “Estoy siempre en la cómoda”. La interpretación trataría de restituir el sentido latente que bascula entre la posición cómoda y el mueble, el tocador.

2. Los equívocos que operan por la gramática apuntan a situar al sujeto del inconsciente. Por ejemplo ante una afirmación como “dice mi mujer que el análisis no me sirve para nada”, la intervención analítica: “Ud, lo ha dicho”, implica al sujeto en su afirmación. Es un modo de devolver al sujeto la enunciación, algo así como “el que lo dice lo es”.

<sup>3</sup> Butler, J, Laclau, E, Zizek, S: *Contingencia, Hegemonía, Universalidad*, Fondo de cultura económica, Buenos Aires, 2003.

<sup>4</sup> Badiou, A., *El ser y el acontecimiento*, Manantial, 1999.

<sup>5</sup> Lacan, J., “El atolondradicho”, *Escansión*, Paidós, 1984, p.52.

3. Los de lógica son equívocos que operan por la vía de restituir aquello que tacha el signo de la negación. El ejemplo paradigmático lo da Freud con “soñé con una mujer que no era mi madre”.

El equívoco hace vacilar lo sabido hasta el momento, y luego se precipita en certeza por la respuesta del sujeto, quien decidirá sobre el sentido del dicho de la interpretación. Designa entonces, y moviliza, la falla del saber en la medida en que le deja al sujeto, al analizante, la parte que le corresponde en la elaboración de saber.

La interpretación divide, es decir, suspende la respuesta, hace mella en la fantasía, en la sutura que ésta constituye. Ataca como falso todo lo que venga a ocupar el lugar del objeto causa. Operación de vaciado y oportunidad de una nueva elaboración.

Ahora bien, no se trata solamente de jugar con el reflejo del cristal de la lengua y deslumbrar así al amante en análisis, me valgo aquí de la ecuación que nos enseña Lacan en el seminario sobre *La transferencia* y que extrae del *Banquete* de Platón. Si sólo se tratara de enceguecer, estaríamos en la vía de la sugestión, es decir, hacer algunas cosquillas en el “sentimiento” sin lograr conmover la satisfacción dolorosa que anida en el síntoma. Eso no tiene otro fin que la decepción o la resignación, respuestas más o menos adaptativas, ante la reaparición o el desplazamiento del padecer.

Por el contrario, en psicoanálisis, se trata más bien de concentrar el poder abrasador del cristal de modo de hacer resonar la interpretación en los intersticios del significante. Ya que es precisamente ahí donde anida el goce infinito, incontable del continuo. Ese es el verdadero límite interno al significante, el que quedó fijado a las letras que marcaron el cuerpo.

De la enseñanza de Lacan se deducen dos axiomas aparentemente contradictorios:

- Por una parte: hay una incompatibilidad entre el goce y la palabra. Es decir, la satisfacción y la representación son excluyentes.

- Y por otra: el goce parasita el significante. Es evidente que si lo parasita, las fronteras no parecen tan radicales.

El primer axioma, incompatibilidad entre el goce y la palabra podría ilustrarse con los textos de Freud y Lacan acerca de La negación. Sobre el fondo de lo Real, sobre el Aleph descrito por Borges en su cuento homónimo, se imprimen las marcas que configuran el significante. Se abre la dimensión de la cuenta, el conjunto significante. Conjunto abierto al modo del ombligo del sueño o del modelo del núcleo patógeno en los textos freudianos acerca de la histeria. La conclusión es que la fundación misma del sistema simbólico opera exclusión del goce, por la operación de la *Ausstosung*.

La segunda tesis: el goce parasita la representación, conduce a concebir la satisfacción en el intervalo entre un significante y otro, entre una representación y otra. Es decir, entre los elementos discretos,  $S_1$  y  $S_2$ , se aloja el continuo cantoriano, el infinito número de divisiones que aloja el intervalo. De este modo obtenemos un límite interno al significante: el territorio de la satisfacción. Esto nos permite concebir que la palabra pueda con-mover al goce, pueda incidir sobre él.

Ambas tesis no son incompatibles si reintroducimos un sujeto que no es sólo efecto en el sistema psi, un sujeto que no es sólo lo que un significante representa para otro. Lacan repone este sujeto agente bajo el nombre de parlêtre, ser parlante o hablanteser, aquel que vuelve a traer la experiencia traumática como un acontecimiento que atraviesa el tiempo cronológico, un acontecimiento del futuro anterior.

### Conmover la satisfacción ó la confusión de las lenguas

La interpretación analítica tiene por objetivo desasir la fijación de goce. Atravesar la significación que responde monótona al compás del fantasma. En el efecto de la interpretación se produce un desprendimiento de la satisfacción.

El instrumento es el equívoco que desgarrar, aunque sea por un instante, el aparato de interpretación del mundo con que cuenta

cada sujeto. De ese modo, introduce un desmentido en el uso que el neurótico hace de la lengua, un contrasentido, inserta un sentido obtuso que resquebraja la significación establecida.

El goce que se suelta, deja de estar ligado al saldo significante, busca un nuevo destino. La tarea del analista es arrinconar ese goce desligado, perseguirlo hasta los confines del trauma, allí donde se produjo la respuesta del sujeto, en su origen mismo; la respuesta que siempre es del orden de la castración, privación, frustración, para cernir ahí lo imposible más allá de los ornamentos de la fantasía. En el análisis se trata de descifrar hasta llegar a la ficción que recubre el punto de fijación que determina al hablanteser. En el límite de lo ininterpretable el ser toma consistencia.

Se pueden señalar dos registros de la interpretación:

- 1) La interpretación de significación. La del neurótico, aquella que le permite organizar su mundo según la gramática que rige su fantasía fundamental.
- 2) La del equívoco. El instrumento del analista en la cura. La interpretación que objeta la significación del neurótico por medio del sentido obtuso.<sup>6</sup> “Cuando los dichos de un sujeto toman sentido, pierden su significación”<sup>7</sup> indica Lacan. La interpretación es del sentido, va contra la significación que es, en cambio, gramatical, sintáctica.

La interpretación objeta la adhesión que tiene el analizante en sus significaciones, porta un rasgo de negatividad bastante perceptible en las tres fórmulas de equívoco, de interpretación por equívoco que Lacan presenta:

- Homofónica: lo que dices no es lo que crees decir.
- Gramatical: yo no te lo hago decir. No es el Otro quien lo dice.
- Lógica: sólo preside enunciados negativos, no hay, no hay relación sexual, no hay límite a la serie del sentido, no hay diálogo. Si retomamos nuestro ejemplo anterior: no es verdad que la dama del sueño no era su madre.

<sup>6</sup> “el sentido obtuso parece que se manifestara fuera de la cultura, del saber...”

Roland Barthes: *Lo obvio y lo obtuso*, Paidós, Barcelona, 1986.

<sup>7</sup> Lacan, J. , “El atolondradicho”, *Escansión*, Paidós, 1984.

La pérdida de la significación es homóloga a la pérdida de adhesión a las significaciones gramaticales de los dichos. Estas significaciones que habitan en la gramática del fantasma pueden cesar de cautivar al ser parlante, pueden abandonarlo. En ese caso nuestro fantasma ha sido conmovido. Cada vez que el sentido de un discurso aparece es porque ha habido travesía de significaciones. Travesía de significaciones implica entonces: pérdida de adhesión, pérdida de significación. El elemento de adhesión, el elemento de credibilidad implica una satisfacción que habita ahí.

La interpretación del analista es una estocada cristalina del sentido que rasga el velo del fantasma para dejar entrever la verdad de la castración. Este corte que lleva a cabo la interpretación es en términos de Lacan, pas de sens, paso de sentido o sinsentido. El hecho de que haya un paso, que se de un paso tiene como consecuencia una cierta toma de distancia con el precedente, desde el nuevo e inestable sentido que queda a cargo del sujeto establecer, se puede divisar, a través de la significación perforada el reino de lo imposible. Ese paso puede liberar al sujeto de la fijación que lo determinaba como objeto, puede ensanchar los límites de su libertad de consentir a las letras de su goce con el sentido de su deseo.

Albert Nguyên  
Bordeaux

## Entre retorno y decir: el saber en lugar de verdad<sup>1</sup>

”Retorno a Freud”: Lacan interpreta la desviación de la letra de Freud por los psicoanalistas, para devolverlos al surco que había abierto y trazado sobre la *terra incognita* del inconsciente. A su vez, el inconsciente freudiano será interpretado cuando enunciará el decir de Freud, formulado en su “no hay relación sexual”. ¿Cómo llegó a ser posible esta interpretación? ¿Qué modificaciones, desplazamientos, inventos, hubo que llevar a cabo para alcanzar el punto que quedó enmascarado en quien fue el descubridor?

La interpretación del psicoanálisis depende estrictamente de la interpretación en el psicoanálisis... y recíprocamente. Se halla condicionada por aquella que permite finalizar un análisis. El saber analítico tiene esta particularidad de implicar en cada cura no solamente su propio redescubrimiento sino también la invención de un saber singular. No todas las curas presentan un final tan feliz, pero en cualquier caso, la interpretación del psicoanálisis se halla ligada al punto de finitud, y a la forma que toma en cada caso como límite, tope, impase o pase.

En el Seminario “Problemas cruciales”,<sup>2</sup> Lacan indica a los psicoanalistas que deben soportar la relación que mantienen con el psicoanálisis mismo, más allá de que sea clara su relación con el analizante. En otro lugar dice que nadie se adelanta en el análisis más allá del punto a donde él mismo llegó: su posición liga estrictamente el psicoanálisis a la experiencia del mismo, y por lo tanto a los psicoanalistas. El psicoanálisis “es la cura que se espera de un psicoanalista”: a partir de ahí es fácil entender por qué, repetidamente, Lacan inquietó y

<sup>1</sup> Seminario Libro XX “Aun”, p. 111, Ed. Paidós, Barcelona.

<sup>2</sup> Seminario “Problemas cruciales para el psicoanálisis”, inédito.

puso en el banquillo a los psicoanalistas. Y se puede inferir, a partir de esta solidaridad entre el análisis y los analistas, sus posiciones institucionales y su invención del pase.

### Los desplazamientos de “el inconsciente”

Es clásico decir que Lacan inventó el objeto pequeño *a*. Las consecuencias de esta invención se hallan articuladas en el Seminario *El reverso del psicoanálisis* que constituye un punto pivote en la interrogación constante del significante elegido por Freud: inconsciente. Pivote porque el “retorno a Freud” va a decantarse hacia una crítica y distanciamiento de Freud, especialmente sobre la cuestión del padre y del goce. La continuación de la enseñanza de Lacan más allá de este *Seminario XVII*, desvelará progresivamente a lo largo del Seminario *Aún*, pero también en *RSI*, el *Sínthoma*, y los textos de *Scilicet (Radiofonía, el Atolondradicho)* los desarrollos, las consecuencias y las transformaciones que opera este giro, que aparece justo después de un tiempo institucional fecundo puesto que entre 1964 y 1967 Lacan fundó la EFP, ubicando el cartel en el corazón de la Escuela y proponiendo el pase.

Hay quien pretende demostrar que todo lo que se encuentra en Lacan ya se hallaba en Freud. Si así fuese, Freud habría enmascarado muchas cosas. Lacan no dudó en criticar, contradecir, marcar distancias, retomar cuestiones dejadas en suspenso, e incluso adjetivar como “delirantes” algunos propósitos de Freud. No es sin embargo contradictorio con tal posición el que se llame freudiano. Es más, de la interpretación que hizo de Freud dependen sus propios avances. Planteó la hipótesis de que su constante trajín con el término mismo de inconsciente dice del lazo dinámico que mantenía con el saber freudiano.

Sin embargo, para avanzar un poco y salir de la continua oscilación entre el “todo se halla en Freud” y el “todo es distinto de Freud”, es preciso constatar que entre 1973 y 1974, en dos ocasiones, Lacan propone llamar *hablanteser* (parlêtre) lo que Freud llama inconsciente, y de sustituir las tres letras ICS por las suyas RSI.

Si en Freud predomina el desciframiento del inconsciente, en

Lacan se trata más bien de las relaciones entre el desciframiento del sentido y el cifrado del goce: la relación del significante al goce se afirma hasta tal punto que el goce se halla incluido en aquél: oigo-sentido, palabras gozadas (*j'ouis-sens, mots jouis*). La distancia se acentúa, no solamente sobre la cuestión de la mujer sino también sobre el síntoma, porque Lacan inventa además con el sínthoma, como inventa con el amor, como sale del dualismo pulsional freudiano con la promoción del *hétéros*<sup>3</sup>, de la heteridad en respuesta al Otro que no existe pero que sin embargo se encarna en el lazo social.

Una teoría del lazo social distinta a la de “Psicología de las masas” y del “Malestar en la cultura” va a ser desarrollada a partir de los discursos y del examen de la cuestión de la identificación: el rasgo unario no es lo mismo que el *líder*.

En definitiva, si el grafo de “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo” consagra la articulación de la economía freudiana de la pulsión, a la palabra y al deseo, la versión lacaniana, a través de los discursos, apunta a la economía del goce a partir del agujero central de la Cosa anunciado en la *Ética*, pero que el *Seminario XVII* transpone en el lazo social con la escritura de los cuatro discursos.

Y, lógicamente, Lacan pone el acento en el *plus de gozar* capitalista, que deberá ser ubicado a nivel de la doble articulación de la Cosa para un sujeto, por el lado del deseo y por el lado del goce: el objeto *a* lacaniano es el nombre de la cosa freudiana: la cosa deja lugar a la causa, tal es el veredicto precisamente desarrollado en *El reverso del psicoanálisis*. En esta operación el deseo del analista juega el rol crucial.

El lugar de la verdad es interrogado por esta posición sobre la causa, mediante el saber que deposita el inconsciente. La interpretación lacaniana no se sitúa ya en el tratamiento de la cuestión de la verdad, que se hurta siempre al enunciado, verdad no-toda, sino en el de las relaciones del saber y de lo real, entre saber y goce, a partir del punto de ininterpretable que el goce inscribe en la letra del síntoma. Toda interpretación del

---

<sup>3</sup> “El Atolondradicho” en *Escansión*, p. 37, Ed. Paidós, Argentina.



análisis se asienta en este punto de ininterpretable ligado a un punto de imposible de decir. Por ello dice Lacan que “la castración es real” y que “el Ics es real”: toda la clínica depende de ello, toda la clínica depende del caso “hecho” de real y en esto no es ni la clínica de la palabra, ni la del objeto, sino la clínica de la causa, en tanto que determina lo real, o sea, en el análisis, esclareciendo aquello de lo que da testimonio el síntoma: “modo de gozar del inconsciente que lo determina”.<sup>4</sup>

### Lo insuperable de la castración

La mitología freudiana de la castración va a ser deconstruida por Lacan, quien hace surgir de ahí lo real en tanto imposible. La experiencia muestra la imposibilidad de ir más allá de este punto, pero Lacan y Freud no sitúan las cosas de la misma manera. Hay que ubicar en este punto lo ineliminable, lo insuperable. Lo que puede ser eliminado es, siguiendo a Lacan en su Seminario “La Angustia”, lo que propone como fin de análisis, y que transporta más allá del dicho de Freud: franquear la angustia de castración y el *penisneid*, lo que no equivale a franquear la castración. Aquello que Freud concluye sobre los sucesivos mitos que elaboran su teoría del padre, Lacan lo deconstruye para señalar que la castración, cuyo agente es el padre, no es ni mítico, ni fantasmático, sino real: la castración de goce ligada a la entrada del sujeto en el lenguaje no se asienta sobre ninguna *historieta*, ni que sea sofocleana, ella es de estructura: el “...apresamiento del ser que habla en un discurso, en la medida en que dicho discurso lo determina como objeto”.<sup>5</sup>

Este objeto que es *causa vacía*, en tanto es el mismo que el del efecto, este objeto *a* no es sin relación con la angustia, aunque no se trate de la angustia de castración, es angustia de separación, de división. La angustia de separación reitera para el sujeto su encuentro con la lengua del Otro, y más allá, la extracción, el desprendimiento, la caída del objeto que será la causa de su deseo pero que no puede nombrar ni representarse.

<sup>4</sup> RSI, lección del 18.02.75, inédito (en francés, en *Ornicar* n° 4).

<sup>5</sup> Seminario Libro XVII *El reverso del psicoanálisis*, p.162, Ed. Paidós, Barcelona.

Lacan propone pues el franqueamiento de la angustia de castración, que pone en conexión con el deseo del analista en tanto éste puede ofrecer una garantía real a la angustia, la de haber franqueado él mismo este punto de la angustia de castración. Pero en ningún caso propone el franqueamiento de la castración, el más allá del Edipo incluye la castración pero no requiere toda esta construcción freudiana sobre el padre y el asesinato. Ningún franqueamiento de la división inaugural es posible, la división es el nombre propio de la castración freudiana.

La roca de la castración no se desmorona, no se franquea, no se elimina, no desaparece sino que al contrario constituye el punto de arranque de las relaciones del lenguaje y del goce para un sujeto: la entrada en el lenguaje viene marcada por una *castración de goce*. Se puede hacer la hipótesis de que la castración de goce, irremediable, imposible de sellar, tan sólo deja al sujeto enfrentado con lo que puede recuperar de este goce perdido en la operación, recuperación que al término del análisis lleva un nombre: el síntoma.

El síntoma, la interpretación del análisis por el síntoma como producto, es el modo en que Lacan, precisamente en el Seminario “RSI”, articula este \$, el producto de la división, lo Simbólico en tanto conlleva un agujero inviolable, a lo real como letra de goce del síntoma, goce residual, goce permitido:

“El inconsciente es lo real en tanto que en el hablanteser está afligido por la única cosa que hace agujero, que nos asegura del agujero, es lo que llamo lo simbólico, encarnándolo en el significante.... El significante hace agujero”.<sup>6</sup>

Así, la experiencia analítica une inconsciente y goce, inconsciente y síntoma, inconsciente y real.

Tiempo atrás, Colette Soler dió un curso llamado “Los poderes de lo simbólico”. La experiencia analítica conduce a esta observación: tan sólo la potencia de lo simbólico extirpa al sujeto del trauma que le impone lo real (*el sujeto sintraumatizado [symptraumatisé]*), y con ello obtiene una mutación del goce.

---

<sup>6</sup> Seminario RSI, lección del 18.03.75, op. cit.

La interpretación lacaniana del análisis promueve el examen de este más allá de la castración bajo la forma del goce del síntoma, pero no hay allí ninguna contradicción, antes al contrario, con la castración. La castración es lo real en tanto que es imposible borrarla, no porque sería un accidente de la historia del sujeto sino porque afecta al sujeto hablante desde el inicio. La función del padre, reducido a agente de la castración, dice bien que es “correa de transmisión” antes que iniciador de esta transmisión. El padre desde el origen se encuentra él mismo castrado, hasta el punto de que el padre de *Tótem y Tabú* es totalmente improbable. La castración se transmite de padre a hijo, dice Lacan, a partir de los efectos de lenguaje, a partir de lo que el lenguaje impone: el neurótico no quiere admitirlo, evita la castración según las diversas modalidades que Freud asignó a la represión.

¿Dónde se localiza la castración real? Respuesta: en la no-relación sexual: todo encuentro falla, no solamente bajo la perspectiva del goce que no hay, ni porque el que hay es “el goce que haría falta que no fuese”<sup>7</sup>, sino a causa de la disimetría de los goces para ambos partenaires.

Es este tercer término que Lacan llamó la realidad sexual, cuyo rol crucial en la transferencia hay que recordar (puesta en acto de la realidad sexual).<sup>8</sup>

También es esta imposibilidad de decirlo todo y de decirlo todo a la vez. Es esta barra sobre el sujeto, para siempre dividido entre su deseo y su goce, división que intenta superar por el amor. Pero este nudo del amor, del deseo, y del goce, no impide a la castración de ex-sistir. La ex-sistencia de la castración impide al sujeto reunirse con su ser, a despecho de su síntoma.

S( $\bar{A}$ ) no se borra, sea cual sea la alianza llevada a cabo por el amor, el deseo y el goce. El goce es condescendiente respecto al deseo, marcado como está por este S( $\bar{A}$ ). Aún después del análisis, el sujeto continúa hablando, o al menos podemos formular este deseo: es lo que hace de la castración una *constante*.

<sup>7</sup> Seminario XX *Aún*, op. cit. p. 74.

<sup>8</sup> Seminario XI, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, p. 152, Ed. Paidós, Barcelona.

Hago la hipótesis de que esta constante de la castración constituye el punto de partida de la deconstrucción por Lacan del mito de la pulsión. Para él la pulsión no tiene sentido más que “nombrada”, articulada en la cadena significante. El célebre factor cuantitativo que Freud atribuye a la pulsión para hacer de ella una constante que apunta a la *Befriedigung*, la satisfacción, se transforma con Lacan en constante de castración ligada al efecto de lenguaje.

El principal efecto del lenguaje es constante, la castración, y hacer de la castración una constante es bien distinto que reservar este principio de constancia para la pulsión. Es la castración la que determina la causa del deseo:

“Se trata ahora de saber qué quiere decir esta castración, que no es un fantasma, y de la que resulta que sólo hay *causa del deseo* como producto de tal operación y que el fantasma domina toda la realidad del deseo”.<sup>9</sup>

Desde ahí se puede prolongar el enunciado sobre el deseo: “El deseo es su interpretación” hasta decir “el deseo es la castración” y de ahí deducir que la *interpretación, es la castración*.

A partir de eso el psicoanalista es solidario de la interpretación que se puede hacer *dentro y del* psicoanálisis. Dos significantes mayores de Lacan se imponen: el deseo del analista y el acto analítico. El deseo del analista porque debe querer el desprendimiento, el corte del objeto, obtener la diferencia absoluta que es el nombre lacaniano de la castración. El acto analítico comporta también esta separación entre el sujeto y el objeto, entre la castración y el objeto: Lacan puso una condición expresa a la realización del acto, que se puede leer al final del *seminario* sobre la *transferencia*: el deseo del analista tiende hacia este saber sobre lo imposible que le hace no desearlo. Sabe que ningún objeto vale más que otro.<sup>10</sup> “No hay objeto que valga más que otro – éste es el duelo a cuyo alrededor se centra el deseo del analista”.

<sup>9</sup> *Seminario XVII El reverso del psicoanálisis*, p 136, Ed. Paidós, Barcelona.

<sup>10</sup> *Seminario VIII La transferencia*, p. 440, Ed. Paidós, Barcelona.

La interpretación del psicoanálisis se encuentra bajo la dependencia de la puesta a punto del deseo inédito y del acto en tanto que, démonos cuenta, es también una experiencia de separación, un pase (cf. la segunda operación de causación del sujeto que Lacan desarrolla en su “Posición del inconsciente”, en los *Escritos*).

¿Ahora bien, qué hace el pase más allá de seleccionar los analistas? Consagra la reconciliación del sujeto a quien la castración ya no angustia, que más bien asume como un real ineliminable, con aquellos con quienes se asocia para hacer “obra humana”.<sup>11</sup>

Esto es exactamente lo que constituye a los analistas como conjunto cuyo funcionamiento difiere del de los demás grupos: lo real de la causa es el centro de este conjunto en tanto que inscribe en él la dimensión de lo imposible. Lo que es la causa no se transmite, pero el lugar, la fuerza de este punto vacío, su existencia, se transmiten: “el analista debe llevar su marca. A sus congéneres el saber encontrarla, el pase la autentifica”.<sup>12</sup>

La interpretación pasa bajo la égida de la experiencia singular aunque articulada a su posible colectivización, colectivización particular por no recubrir, o cuanto menos es ésta la posición deseable, el real que la centra. Se enuncia entonces la interpretación del psicoanálisis: la interpretación es la Escuela, que articula lo singular y lo colectivo. Es la Escuela si puede verificar que en el caso por caso, en el “uno por uno”, hay psicoanalista.

La sucesión, la cadena de los significantes de Lacan, y ya decliné más de uno (el deseo del analista, el acto analítico, el pase, la Escuela, los goces y el síntoma, y sobretodo el real de lo cual hizo su síntoma), constituyen su interpretación del psicoanálisis como saber disjunto, articulado, único en la cadena de los saberes, disarmónico, marcado por un punto de incognoscible, por un punto que se opone al saber y que concierne

<sup>11</sup> *Escritos* 1, “Función y campo de la palabra”, p.309, Ed. Siglo XXI, México.

<sup>12</sup> “Nota italiana”.

al sexo, un punto de imposible. Sobre este punto de lo real, Lacan mismo dice ser más claro que Freud, embrollado en su realidad psíquica como solución del Edipo: a ello Lacan le opone la realidad sexual, el defecto no se halla en lo psíquico sino a nivel del sexo. El abordaje de la cuestión sexual, y en particular la división hombre-mujer, permitirá luego tratar esta realidad.

A fin de cuentas, se puede declinar una interpretación hecha a partir de los significantes de Lacan:

La interpretación, es la castración (el deseo).

La interpretación, es el deseo del analista.

La interpretación, es el acto analítico.

La interpretación, es el pase y la Escuela.

Y habría que concluir que estas interpretaciones de las que se podría decir que son equivalentes constituyen las respuestas aportadas a lo real, a tomar aquí como “excluido del sentido”.

Sobre la cuestión del síntoma, y de nuevo hay disparidad, es la elucidación del *sinthoma* en donde aloja el goce incurable la que confirma dicha disparidad: el trabajo del analista no solamente libra el sentido de los síntomas, sino que le añade el gozamiento (*jouis-sens*), el goce que no pasa al saber del desciframiento. “El síntoma es lo que el sujeto tiene de más real”, real que *ex-siste* a lo simbólico y cuya importancia viene indicada por Lacan cuando en su Seminario “Los incautos yerran” afirma que el inconsciente es real. Lo confirma luego en “RSI” subrayando que sus tres letras “RSI” pueden reemplazar a las tres de Freud ICS: se observa al comparar las dos escrituras que lo que en verdad cambia es la R, la letra que escribe lo real.

### La interpretación hablanteser y por la letra\*

En otro lugar, en el *Seminario XX*, Lacan substituye el término de inconsciente, que no cesó de reinterrogar todo a lo largo de su recorrido, de tan poco satisfactorio que le resultaba, por otro más preciso que llama el *hablanteser* (*parlêtre*). ¿Por qué?

---

\* N.T: L'interprétation parlêtre et par la lettre

Serían necesarios amplios desarrollos para justificar tal denominación, pero para resumir digamos que el *hablanteser* articula la palabra (lo simbólico) y el ser (lo real, el goce del síntoma) bajo la égida del saber. El *hablanteser* no es solamente el ser hablante sino aquél que *habla el ser*, unido a aquel a quien *la letra hace hablar*. En esto la denominación *hablanteser* es más homogénea en vista de la experiencia, corroborada por la elaboración teórica de Lacan. La experiencia libra un ser bajo la forma de la falta, falta en ser, \$, que viene a conectarse al punto de goce que constituye su único ser: "El inconsciente, es que el ser hablando goce, y, agrego yo, no quiera saber nada más de eso".<sup>13</sup>

Si este ser siempre faltante en lo que atañe a la palabra y al goce, se implica en la relación intersexual, va a verificar que la verdad se escribe castración, y que no hay otra verdad (vérité) que la *variedad* ((N.T: condensación de variedad y verdad-varité) de las respuestas singulares.<sup>14</sup>

No hay verdad que permita decir lo haría ser al sujeto, sólo queda medio-dicha. Lacan añade un término a la dialéctica parmenidiana del Ser y del No-ser retomada por Plotino y los Neoplatónicos, la *dicho*-mención (dit-mension) de falta-en-ser. Esta dimensión recubre lo imaginario del ser y lo real del no-ser por lo simbólico de la falta-en-ser.

Desembocamos ahí sobre una interpretación decididamente lacaniana del psicoanálisis: lo simbólico determina lo real,<sup>15</sup> o aún, la cuestión en psicoanálisis es tratar lo real por lo simbólico.<sup>16</sup> El psicoanálisis trata el goce por lo simbólico, o dicho de otro modo, es por la castración como se trata la privación. Se podría a partir de la privación desarrollar todo un campo en el cual Lacan se separa de Freud. Ni siquiera podemos decir que se separe, puesto que lo retoma a partir del punto en el que "Freud nos ha abandonado", a saber, la cuestión de las mujeres.

<sup>13</sup> *Seminario XX Aún*, op. cit. p. 128.

<sup>14</sup> *La variedad* del síntoma, en el Seminario *Lo no sabido que sabe de la una* equivocación se ampara en la morra, lección del 19-04-77, inédito.

<sup>15</sup> "La nota italiana".

<sup>16</sup> *Seminario XI, Los cuatros conceptos fundamentales del psicoanálisis*, op. cit. p. 14.

## El goce problemático

El punto que en este terreno aporta algo de luz sobre la NRS (no-relación sexual) se sitúa a nivel del goce de una mujer, goce desdoblado bajo el apremio del no-todo que la caracteriza: no-toda fálica y no-toda Otro. Para una mujer que se interese por la relación sexual, no hay modo de prescindir del falo del partenaire ni del goce que a él se liga, y no hay forma de pasarse de él para la obtención de este goce “entre pura ausencia y pura sensibilidad”<sup>17</sup> que le hace “realizarse a porfía del deseo que la castración libera en el hombre dándole su significante en el falo”.<sup>18</sup> Dicho de otra forma, puede soñar con un goce todo-Otro, pero como escribe Lacan, este goce la convierte “en ese Otro para sí misma”<sup>19</sup>, y “el goce que un hombre tiene de una mujer la divide convirtiendo su soledad en su pareja, mientras la unión queda en el umbral”.<sup>20</sup>

También aquí, los avatares de la degradación de la vida amorosa descritos por Freud encuentran en Lacan su peso de real, a partir de la disimetría de los goces. Es por ello que invita al estudio de la economía del goce, no solamente en el nivel del sujeto sino a escala de grandes grupos (cf. *Seminario XVII* el examen del discurso del Amo, hoy relevado por el discurso capitalista). En efecto, la expansión consumista ha modificado el estatuto del plus de gozar vertiendo a raudales en el mercado lo que se ha llamado “los plus de gozar de camelo”, y para los que Lacan acuñó el significante de *letosa*<sup>21</sup> (lathouse). Le corresponde al psicoanálisis funcionar a la inversa que el mercado para restablecer el verdadero alcance del plus de gozar, conectado al deseo.

La profusión de los plus de gozar deja al sujeto insatisfecho y lo lanza en la falta de gozar, en el *Zwang* del tener, por lo tanto en todo aquello que no tiene: de ahí el aburrimiento y la dilación, que desembocan en la depresión moderna. La falta en gozar ha suplantado a la falta en desear que le corresponde al

---

<sup>17</sup> “Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina”, *Escritos 2*, op. cit., p.712.

<sup>18</sup> idem, p. 714.

<sup>19</sup> idem, p. 711.

<sup>20</sup> “El atolondradicho”, op. cit., p. 37.

<sup>21</sup> *Seminario XVII El reverso del psicoanálisis*, op. cit., p.174.



análisis restaurar, devolver a su lugar: puede tomarse apoyo sobre “síntoma y fantasma” para que el sujeto construya en la experiencia un saber “de su cosecha” en cuanto al objeto, el goce, y la desfalicización, un saber que le permita soportar la inexistencia del Otro y de la relación sexual, en lo cual deberá vivir.

La división del sujeto es inaugural, así como el psicoanálisis es una experiencia inaugural (cf. “Radiofonía”, donde Lacan se explica sobre lo que entiende por inaugural, lo inaugural que subvierte). Es en la medida en que la experiencia analítica reconduce al sujeto hasta las marcas en donde se apartó de su deseo que, a fuerza de insistir, se produzca por contingencia el desgarrar que provoca la mutación, la que apaga la repetición y permite otra salida al goce allí apresado. Este desgarrar es inaugural en el sentido de que el sujeto ya no será como antes, y desplaza el goce inasimilable que antes lo traumatizó. Pero es indiscutible que el encuentro con lo sexual siempre es traumático. La experiencia analítica desdramatiza lo que implica lo sexual traumático en tanto respuesta sintomática y fantasmática de parte del sujeto, para desvelar la dimensión de comicidad y de semblante de falo que a partir de entonces ya no será misterio. Sin embargo, no por ello la relación sexual se escribe: lo real del sexo queda por fuera del alcance de lo simbólico. El goce sexual no lo es todo del goce, es fálico y nada más. No hay pues lugar para soñar con un goce absoluto, que el fantasma del hombre atribuye a las mujeres, y no es hacerles ofensa decir que no todas, lejos de ello, acceden al goce Otro que les es propio. Que la relación intersinthomática pueda no ser devastadora constituye uno de los resultados demostrativos que puede lograr un análisis. Sería útil desarrollar algunas figuras de relación hombre-mujer a partir de un “intersinthomático” no devastador. Digamos al pasar que el estrago no es monopolio de las mujeres, y no olvidemos que cuando Lacan dice que una mujer es un síntoma para un hombre, le atribuye un sentido particular al síntoma en tanto articulación simbólico-real, inconsciente-goce, a lo que conviene añadir el amor, que se sostiene “en cierta relación entre dos saberes inconscientes”.<sup>22</sup>

---

22 *Seminario XX Aún*, op. cit., p.174.

Toda interpretación en y del psicoanálisis no puede prescindir de los aportes lacanianos sobre el problema de los goces pero, más allá de eso, la experiencia de cada cual dentro y fuera de la cura debe permitirle enunciar su propia interpretación. La *doxa* que siempre amenaza a una Escuela, podría verse ensanchada por las contribuciones de cada uno y cada una, precisamente a partir del estilo, del modo en que Lacan interrogó las elaboraciones freudianas y de lo que también tomó de la experiencia. Los psicoanalistas tienen entre sus manos el destino del psicoanálisis, porque en el fondo el psicoanálisis son los psicoanalistas –y quizás haya que inquietarse a la vista de la diseminación actual. Es evidente que un repliegue solipsista o la tentación endogámica no los salvará de enfrentarse a este destino, así que mejor mantener un trabajo de Escuela que permita a cada uno saber en qué punto se encuentra en su relación al psicoanálisis, relación que no es posible sin su propia interpretación, la cual queda bajo la estricta dependencia de lo que pudo o no encontrar en su cura.

*Traducción: Marcel Ventura*

Mario Uribe Rivera  
Santiago de Chile

## ¿Ké (a) ser del sujeto en el momento de concluir?

El pasaje del analizante al analista remite a algo del orden de una transformación subjetiva a verificar en el dispositivo del pase. Se trata de identificar un punto de corte que marque un antes y un después en la experiencia del deseo y del saber. En varios pasajes de su obra Lacan nos invita a seguir el hilo lógico de tal metamorfosis desde la perspectiva de la pregunta por el ser. En el “Discurso a la Escuela Freudiana de París”, por ejemplo, la destitución subjetiva es concebida como “un efecto de ser”.<sup>1</sup> Conviene entonces interrogarse, desde la singularidad de la experiencia analítica, sobre las declinaciones de la pregunta por el ser en el desarrollo de la cura, con el propósito de acentuar la identidad fenoménica, existencial y ética de la misma en el momento de concluir.

Describiré aquí la diacronía particular de algunos de esos momentos subjetivos con el fin de demostrar que el dispositivo analítico promueve el pasaje de la lógica del fantasma a la lógica del *sinthome* (*saint homme*), es decir, de lo “insultante” a lo “ex-ultante”. Dicho de otro modo, el pretendido ateísmo no consiste en proclamar indefinidamente y de “manera insultante” la muerte de Dios en tanto que “principio supremo del orden en el mundo”<sup>2</sup> sino en “Introducir un nuevo orden en el mundo”<sup>3</sup>: el orden “exultante” del ser sin esencia.

En este contexto, es posible distinguir tres tiempos lógicos: un primer tiempo que, por evocar el significante del “aún no” propuesto por Heidegger, bien puede llamarse tiempo del *pre-ser-se*, el tiempo de la *falta en ser* y el tiempo del *efecto de ser*.

<sup>1</sup> Lacan Jacques, *Autres écrits*, Editions du Seuil, Paris, 2001, p. 273.

<sup>2</sup> Lalande André, *Vocabulaire technique et critique de la philosophie*, PUF, Paris, 199, p. 230.

<sup>3</sup> Lacan Jacques, *Le Séminaire, Livre XV*, “L’acte psychanalytique”, inédit, Paris. 1967-1968.

El tiempo del *pre-ser-se*, es solidario de la pasión de la ignorancia. Se trata del tiempo pre-ontológico del inconsciente cuyo orden, recuerda Lacan, aún no remite al ser: “es que no se trata ni de ser ni de no ser sino de lo no realizado”.<sup>4</sup> Es a partir de esta hiancia del ser aún no dialectizado que emergerá la necesidad de la pregunta por el ser. El sujeto de ese primer franqueamiento, tal ha sido el caso en mi experiencia, viene al análisis con la siguiente pregunta: “¿a qué causa dedicar la vida?”

El tiempo de la *falta en ser* es el correlato lógico del ejercicio de la palabra en el marco de la histerización progresiva promovida por la transferencia. Una promoción de la neurosis que acentúa el desconocimiento del goce pulsional o de vida en beneficio del goce de la mortificación de la vida. La pregunta por el ser surge aquí en toda su facticidad. Es decir como el efecto epistemofílico de un ente que, lejos de dejarse reducir a la noción del ser identificado con la objetividad, es siempre un ente inmerso en una situación, a saber ser-ahí. Y su horizonte último es un buscar. Toda pregunta es un buscar, dice Heidegger. Sí, todo “preguntar por” es un “preguntar a”.<sup>5</sup> En la “Cuestión preliminar...”, Lacan confirma explícitamente la facticidad de ese ente que se pregunta por su existencia. En efecto, la pregunta no es, en ese texto, formulada en los términos de un “¿Qué soy yo?” a secas, sino contextualizada con el aditivo del *Da-ahí-*, a saber “¿Qué soy yo ahí?” La alienación estructural del sujeto a los significantes del Otro implicará que toda respuesta posible revele el ser bajo la forma de la *falta en ser*. Puesto que es “el *significante* el que instala la *falta en ser* en la relación de objeto”<sup>6</sup>

Ahora bien, si como lo sostiene Lacan, *la palabra es la revelación del ser*, en este tiempo lógico del desarrollo de la cura aún no se trata de una verdadera realización del ser, sino de un ser a venir, a saber de una exigencia de realización del ser. Puesto que, de lo que se trata aquí es de la pregunta por el ser desde la perspectiva del deseo puro kantiano, a saber el ser del sacrificio. Un modo de existencia experimentado como *falta en*

<sup>4</sup> Lacan Jacques, *Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*, Editions du Seuil, Paris, 1973, p. 32.

<sup>5</sup> Heidegger Martin, *El ser y el tiempo*, Fondo de cultura económica, México, 1962, p.14.

<sup>6</sup> Lacan Jacques, *Ecrits*, Editions du Seuil, Paris, 1966, p. 528

ser desde la perspectiva del falo y del objeto. El deseo, recuerda Lacan, “es la metonimia de la falta de ser”.<sup>7</sup>

En el registro imaginario, la *falta en ser* inherente al sujeto alienado del deseo puro se actualiza en el atravesamiento del fantasma. A la pregunta: “¿Qué soy-ahí?”, inauguralmente situada en el eje  $\$-A$ , responde en el eje  $a-a'$ , una identificación imaginaria que esconde la identificación reprimida al “padre humillado”, “soy un insultante”. Una respuesta yoica que, en virtud de la estructura narcisista del yo y de la alienación del sujeto en el fantasma, implica un “no querer saber nada” ni de la identificación reprimida ni de la castración, explicando que la *falta en ser* pueda ser representada por la figura antitética de la *oblatividad*. Se establece así una correspondencia lógica entre la *falta en ser* y el *sujeto oblativo*, a saber el sujeto mesiánico de una guerra de puro prestigio. De una guerra que es antes que nada y después de todo la guerra contra el padre. Puesto que el *insultante* es en esencia un transgresor de la ley, o lo que es lo mismo, un sujeto cuya existencia necesita sí y solo sí remitirse a aquel que hace la ley.

El Aguirre de Herzog, el Hamlet de Shakespeare y el Severino de Masoch, son tres figuras del arte que ilustran bien esta acepción de lo *oblativo* en el orden imaginario. La gesta *insultante* del adelantado Aguirre en América tiene como horizonte último la subversión del orden del padre. La *oblatividad* y la disponibilidad fundamental en Hamlet apuntan en última instancia a salvar el honor del padre. En fin, el romanticismo *oblativo* del contrato masoquista debe leerse en la perspectiva de la amenaza siempre presente representada por el padre en la exterioridad del mundo de Masoch.

Si para Lacan, la *oblatividad* debe entenderse como un “derramar su sangre por una causa noble”,<sup>8</sup> hay al menos otras dos acepciones del diccionario que interesan en una declinación imaginaria de la *falta en ser* [falta en ser]: relativo a la oblación, del latín *oblatio*, sea como ofrenda y sacrificio que se hace a Dios, sea como modo de legitimación de los hijos naturales en el código romano.<sup>9</sup>

---

<sup>7</sup> Id., p. 622.

<sup>8</sup> Lacan Jacques, Séminaire “Le désir et son interprétation”, inédit Paris, 1959, leçon 18.

<sup>9</sup> Diccionario de la Real Academia Española, Vigésima Edición, 2001

Articulando esta declinación etimológica con la clínica, se puede decir que, si el deseo puro va al encuentro del goce, y si el dispositivo analítico promueve el goce de la mortificación de la vida, en algún momento del desarrollo de la cura debería ser posible poner en evidencia una posición límite del sujeto compatible con la oblación *-falta de ser-* en su acepción de ofrenda y sacrificio que se hace a Dios. La revelación del ser como *falta en ser* en ese momento del desarrollo de la cura implicaría concebir el límite de tal revelación en la actualización del masoquismo originario de la estructura. Una actualización que exigirá de la dirección de la cura un franqueamiento hacia una posición del más allá del sacrificio, a saber, del más allá de lo simbólico.

El dispositivo analítico garantiza las condiciones necesarias para que surja en el sujeto la exigencia de una *realización del ser*, no obstante no siempre garantiza la emergencia de las condiciones contingentes que preludian el *efecto de ser*. Una de ellas es la función del operador padre real. Cuando el agente de la castración opera, es decir cuando al efecto subjetivo de una relación con el Otro que dice siempre no a la demanda de amor se agrega algo inesperado del orden de la alucinación del padre real, se precipita el rompimiento de la pantalla que separaba el semblante de lo real, generándose el corte que permite la verdadera efectuación del ser. En esa coyuntura, el sujeto queda liberado de la represión que operaba sobre la identificación reprimida al padre humillado, y su *père-version* [padre-versión] puede al fin ser concebida no como un obstáculo que obstruye su búsqueda de su causa vital sino como una posibilidad, a saber el modelo mismo del síntoma amor.

Dicho esto, cualquiera sea la deriva de la *falta en ser* del sujeto *oblativo* alienado en su fantasma, desde la perspectiva del sujeto que exige la *realización* de su ser, la pregunta por el ser se sitúa siempre en el campo del Otro. Esto implica que el sujeto de la oblación es un sujeto identificado por el significante. Y si el tiempo de la *falta en ser* es solidario del *pathos* histérico, éste participa del estatuto de enfermedad ontológica.

El tiempo del *efecto de ser* supone la destitución subjetiva, la cual en el dispositivo analítico supone la caída del *insultante*

bajo el escabel de la castración. La *destitución subjetiva*<sup>10</sup> es el correlato de un nuevo acontecimiento de lo real: momento de angustia crepuscularizante en que a la experiencia de la falta se sustituye la experiencia de la pérdida. El sujeto abandona el *falsus* -falso-estatuto identificatorio soportado por el significante para (a)-*ser-se*<sup>11</sup> realmente *falsus* -caída-. Se trata esta vez de una identificación real. Es decir de un punto de la experiencia en que el sujeto alcanza aquel "*límite extático del: Tú eres eso*".<sup>12</sup> A la irrupción alucinatoria del padre real en la pantalla del fantasma se sucede la singular experiencia de la voz alucinada del objeto, mueca de lo real que lo objetiva: "*Tu eres un santón*"<sup>13</sup> [*sinthome, saint homme*], a escribir *santo-nn*. Tú eres eso, un *santo-nn*, no identificado, no representado por el nombre, un innumbrable, ya no más el ser en estado de "yecto" de la identificación por el significante sino el ser separado del Otro y realizado en tanto deyecto. Un efecto contingente que desplaza al ser del lado del objeto al mismo tiempo que desaparece la necesidad del cuestionamiento ontológico. La certidumbre aportada por la identificación real, (a)-se que el sujeto pueda al fin, como lo señala Lacan en la Conferencia de Ginebra, "prescindir de la palabra ser", operándose un pasaje de la enfermedad ontológica a la ética del (a)-ser. Es decir que a la pregunta por el ser se sustituye el (a)-kto, el cual marca el límite de la predicación y la metáfora.

<sup>10</sup> Dans le "Discours à l'École freudienne de Paris", Jacques Lacan introduit la notion d'une destitution subjective dans sa salubrité à partir d'un exemple extra-analytique: le roman *Le guerrier appliqué* de Jean Paulhan. " Mais pour ce qui est de l'effet d'être, ça se touche mieux chez Jean Paulhan. Le guerrier appliqué, c'est la destitution subjective dans sa salubrité". Jacques Lacan, *Autres écrits*, Éditions du Seuil, Paris 2001, p. 273.

<sup>11</sup> Dans la version en espagnol, l'écriture (a)-*ser-se* a l'intérêt d'inclure le verbe être [*ser*], le (a) de l'objet, tout en renvoyant, par homophonie, au verbe faire [*hacer*].

<sup>12</sup> Lacan Jacques, *Écrits*, Éditions du Seuil, Paris, 1966, p. 100.

<sup>13</sup> Le mot "*santon*" existe aussi bien en espagnol qu'en français. En espagnol, il prend un accent sur le o : *santón*. Dans les deux langues la signification est analogue. Selon le "Nouveau dictionnaire étymologique et historique" Larousse, 1971, ce mot vient du latin *sanctus* et renvoie à, au moins, deux emplois : soit figurine de crèche, soit "petit saint". En espagnol, il renvoie également au personnage du saint, il a été emprunté à la tradition musulmane. On remarquera le rapprochement homophonique avec les mots *sinthome* et *saint homme* utilisés par Lacan dans le but de cerner l'identification réelle du passage à l'analyste. Et pourquoi ne pas évoquer d'autres déclinaisons homophoniques allusives telles que "petit saint", "petit sain", "petit sein", etc. ?

A propósito del Santo, Lacan ve en la actitud de Santo Tomás al final de su vida un buen modelo del pase al analista. *Sicut palea* dice el Santo a propósito de su obra gigantesca aquel día iluminado en que se le revela el sentido de la verdad y del goce de la vida. Renuncia a seguir escribiendo sobre la verdad de Cristo y se obliga a un enigmático silencio del “*más allá del ser*”.<sup>14</sup> Puesto que, todos sus razonamientos ya no eran para él sino “briznas al viento”. Con ello da cuenta de una posición inédita respecto del saber. ¿No es acaso este gesto la certidumbre de un juicio íntimo según el cual todo su saber no era sino “*saber vano de un ser que se sustrae?*”.<sup>15</sup> La máxima elaboración del saber de Santo Tomás implica la certidumbre de la vanidad de su saber toda vez que se trata de un saber sobre las aporías del saber. Acto seguido, se dirige aplicadamente al Concilio de Lyon para morir en el trayecto. En esto el Santo, y Santo Tomás en particular, es un ser auténtico, a saber desabonado de la *oblatividad* de la impostura. Es por ello que Lacan postula que el verdadero Santo es aquel que ha renunciado a serlo. El Santo es aquel que en su modo de existencia en tanto *ser - para - la muerte* ha experimentado la angustia del “*no ser ya más*” que, al remitirlo a la experiencia de su propia muerte, le permite asumir la existencia como suya. Es más, la santa existencia es en verdad una *ex-sistencia*. El Santo no participa entonces de lo “*insultante*” sino de lo “*ex-ultante*” (ex-sultante).

En *El peregrino querubínico*,<sup>16</sup> “uno de los momentos más significativos de la meditación humana sobre el ser, “al decir de Lacan, Angelus Silesius, contribuye a profundizar aún más la identidad fenoménica, existencial y ética del *ser realizado*. Si Santo Tomás ve en el conocimiento y el amor de la causa primera el fin último de toda persona creada, en Silesius esta misma causa se llama esencia. “*Hombre hazte esencial, pues cuando el mundo perece, la contingencia cesa, la esencia perdura*”. Tal es la ética que anima a Silesius a contribuir a causar la realización del ser en todo humano que quiera devenir esencial. Él nos aporta además las coordenadas de esta búsqueda. Se trata de un peregrinaje que implica siempre el paso por el estado de

<sup>14</sup> Forte Bruno, *El silencio de Tomás*, Paulinas, Buenos Aires, 1998, p. 62.

<sup>15</sup> Lacan Jacques, *Autres écrits*, Éditions du Seuil, Paris, 2001, p. 254.

<sup>16</sup> Silesius Ángelus, *El Peregrino querubínico*, Ediciones Nueva Héliade, 2000.



ser nada. El resultado es el hombre esencial, una dimensión a-temporal del ser, *“como la eternidad, que permanece inalterada por toda exterioridad”*. Ya que la esencia no se mide, *“no hay principio, tampoco hay un fin, ni centro, ni círculo”*. El Santo es también en Silesius el modelo del hombre esencial. Un ser que es, en última instancia, un efecto directamente proporcional del amor. Su Santo es el “más enamorado”. Es decir, *“el amor hace que uno sea escogido Santo”*. Es precisamente en este mismo sentido que el Santón [*Santo-nn*] participa del amor. Sí, él participa del amor toda vez que el encuentro con su *k-(a)-usa*, o lo que es lo mismo, *el (a)-ser-se-k-(a)usa* para otros es un efecto del amor de transferencia.

Por último, el genio de Johannes Angelus, también termina por leer la identidad entre la letra y la esencia: *“Amigo, es suficiente. En caso de que quieras leer más, ve y vuélvete tú mismo la escritura y tú mismo la esencia”*. Así concluye el libro VI de *El Peregrino querubínico*.

Jorge Zanghellini  
*La Plata*

## En busca del vagido de lo real

Pobre, la interpretación! Es verdad que infinidad de trabajos psicoanalíticos han dado muestra de su lugar privilegiado en la clínica.

Pero, pobre la interpretación! Lejos está de ser la espada filosa de los heroicos tiempos freudianos, en los que sólo un seco silbido anunciaba que había dado en el blanco. Es su misma madre, la figura desconocida del sueño...

Pero ahora ese filo parece haberse vuelto romo. Y así como las monedas gastadas solo tienen valor para los historiografistas, las espadas envejecidas van a parar a los coleccionistas que guardan en sus paredes la vida ya muerta de antaño.

Tanto el rey Arturo como Freud extrajeron su espada de una roca, con la fuerza que les daba su convicción épica.

Pero, escribí, pobre la interpretación, si se trata de leer algunas referencias que le dan su sentido actual. Lejos también de lo que propuso Strachey haciendo de ella una varita mutativa.<sup>1</sup> Interpretación mutativa es la que produce cambios estructurales apuntando tanto al estado de tensión y angustia así cuando se contrasta el objeto real con el arcaico (transferido). La interpretación debe ser concreta y específica. Debe ser progresiva, bien dosificada.

Claro que esta lectura de la interpretación llevó en la IPA por el camino, cuando los tiempos heroicos dieron paso con la muerte de Freud, a que su eficacia hiciera pie en la técnica y la interpretación pasó a ser una verbalización explicadora de la

---

<sup>1</sup> La naturaleza de la acción terapéutica del psicoanálisis (comunicación del 13 de junio de 1933). *International Journal* de 1934).

comprensión del buen técnico.<sup>2</sup> Lo que a Kohut, por ejemplo llevó a definir la interpretación como aquella que establece una buena relación entre la explicación de lo comprendido por el analista y la buena teoría sustentada por el analista. Para él, por cierto, el análisis del *self*.<sup>3</sup> Pero claro muy lejos de los aires sibilantes freudianos y sí muy cerca, del sentido concluido, cristalizado. Aquello que algunos terapeutas gestálticos les dan a sus pacientes guardado en un cassette, para que lo tengan presente, para que se aseguren de que el olvido no haga su estrago...

Pero también fuera de la IPA y en el campo de los que se orientan por Lacan, se puede leer los signos de lo que el óxido hace con los mejores hierros. Cuando Miller sostiene con cierto espíritu provocador, la muerte de la interpretación, refiriendo que las teorías analíticas de la interpretación solo dan testimonio del narcisismo de los analistas.<sup>4</sup> Y que la edad en la que Freud conmocionaba al discurso universal con la interpretación se ha cerrado. Concluía: la interpretación ha muerto, no la resucitemos.

En un texto más cercano, el mismo autor, quizás dando una respuesta que va más por el lado de la política buena (se trataba de un encuentro entre lacanianos de la EOL y analistas de APA y APDEBA)<sup>5</sup>, liga a la interpretaciones con el arte de dar respuestas, con la misma esgrima de las réplicas brillantes. Los analistas como brillosos replicantes (¿poco que ver con los robots replicantes de Blade Runner o no...?) pero si el brillo permanece en la espada del analista, ¿no queda más cerca del lugar de lo propiamente ornamental, fashion, que de la función de corte?.

Última referencia de estos signos de la pobre interpretación:

<sup>2</sup> Ver la enumeración de ello en libro de Horacio Etchegoyen, *Los fundamentos de la técnica analítica*, lo que dedica a la interpretación. La polémica Wallerstein Etchegoyen 35° congreso IPA 1987. La interpretación es una metáfora.

La interpretación debe ser considerada una metáfora teórica, pues se formula en una lengua que no es la lengua común de la clínica. Se convierte en una construcción.

<sup>3</sup> Ver Heinz Kohut, "Cómo cura el análisis hoy", Paidós.

<sup>4</sup> Jacques Miller, "La interpretación al revés". En *Entonces shh...* Libros Eolia, Barcelona, Buenos Aires, 1996.

<sup>5</sup> Encuentro de Buenos Aires: *Miller, Etchegoyen y otros...*, Editorial Polemos, Buenos Aires, 2001.

otro analista, Juan David Nasio<sup>6</sup> define a la interpretación psicoanalítica como la representación en palabras, hecha por el analista, de la escena imaginada tal como se dibuja en su espíritu. El terapeuta la comunicará al paciente o por el contrario, la guardará para sí.<sup>7</sup> Lo que resulta de gran espiritualidad para la posición del analista, pero no se diferencia demasiado de la llamada explicación que deja fuera a la interpretación de la dimensión de acto y por ende de corte conmocionante y sí, dentro del sentido del sentido. Justamente aquello que Lacan oponía a la interpretación analítica, que justamente no da testimonio de ningún saber. Una enunciación que no hace existir al Otro, plantea Colette Soler, refiriéndose al decir interpretativo.<sup>8</sup> No hace ni debe hacerlo existir. Que no es el sentido verdadero lo que hace que los analistas estén en lo verdadero respecto a la interpretación, puesto que de lo que se puede decir, sus efectos, son incalculables mientras que el saber verdadero sólo se asegura en una posible previsión.

Lacan, es indudable, siempre prefirió definir por el desvío. Un desvío que lleve lejos de las amplias avenidas de los manuales universitarios, esos desvíos que hagan despertar del sopor que las buenas líneas rectas provocan en las mejores voluntades.

Eso nos conduce a nosotros, analistas del Campo lacaniano, a volver en su lectura, nunca por lo mismo; mas bien, como por donde se fuga el sentido, por la chicana.

De allí que nunca me causaron mucho entusiasmo esas lecturas históricas de la enumeración de citas lacanianas que llevan a un sentido final. Se sabe, los sentidos finales son religiosos, cardenalicios.

Lacan es un campo tan amplio que no tiene un solo ojo de agua donde saciar la sed, ni tampoco esas fuentes se suelen disciplinar obedientes sin hacer un exceso de la voluntad universitaria.

---

<sup>6</sup> Juan David Nasio: Los más famosos casos de psicosis, Paidós, Buenos Aires, p. 200

<sup>7</sup> Jacques Lacan: "Introducción a la edición alemana de los escritos", Revista Uno por uno, Nro. 42, 1995.

<sup>8</sup> Colette Soler, *El decir del analista*, Nueva Biblioteca Freudiana, Paidós, Buenos Aires, 1995.

Si bien se puede decir que el “L’Etourdit”<sup>9</sup> es uno de sus últimos escritos sobre la interpretación, no podría decirse que ahí dice lo “último” sobre la interpretación.

El decir de Lacan, parafraseando lo que el mismo Lacan hace referencia al decir de Cantor, en tanto un dicho no va sin el decir y el de Lacan que allí no es sin Cantor, nos lleva hacia el muro de lo imposible de decir, allí donde surge el vagido que clama por lo real.

Y de lo que se aísla en la lógica, le permite hacer de refutar, incompletar, inconsistir, indemostrar e indecidir, nombres que dar a lo que del analista guardan estilos, la variedad de las intervenciones.

Se trata de las formas de la interpretación? No, más bien que la interpretación no es sin ellas.

Quizás aquí ya no se trate de la interpretación que abre a una nueva vía asociativa, que remite a otra cadena de significantes. Sino de una interpretación que lleve mas bien hacia la exhaustación del dicho, al borde de lo imposible de decir.

Es de los dichos de lo que llama la ‘superyomitad’, la voz del mas allá del goce fálico, sobre los cuales pueden completarse, inconsistirse, indemostrarse, refutarse, indecidirse. Quizás la manera de cómo declinar la interpretación de otros decires que intervienen en la dirección de la cura.

- Se completa... aquello que el analizante estaba a punto de decir, si el mismo goce no lo detuviera, me refiero al goce cristalizado, haciendo simbiosis con el significante.

- Se inconsistie... lo que es del pensamiento ocluyendo todo intervalo.

- Se refuta... la leyenda con la que el yo se da un sentido inamovible, un ser en la vida familiar. Se refuta el sentido común con que el yo sufre su pasión neurótica.

- Se indemuestra... las conclusiones con las que se muestran la inevitabilidad de ciertos actos, haciendo causa en la

---

<sup>9</sup> Jacques Lacan , “El atolondradicho”, en *Escansión* 1, Paidós, Biblioteca freudiana, Buenos Aires, p. 17 a 69.

demanda del “Otro que existe”. Es el Otro quien explica mis actos...

- Y por último, se indecide... estableciendo lo imposible de establecer la verdad o falsedad de determinado dicho.

Tal como recordaba a un viejo exponente de nuestro ser nacional que nos permitió esclarecer lo indecible: “Yo no estoy ni a favor ni en contra, sino todo lo contrario”. (Saúl Ubaldini *dixit*, respondiéndole al presidente Alfonsín)

Todas esas intervenciones abren del dicho a su ser en falta, los ponen en cuestión, los abre a la fuga de sentido, de la que decía Lacan por donde se orienta hacia lo real. Pues el goce sexual está en el ciframiento del inconsciente.<sup>10</sup> Lo que permite dar testimonio de un real es pues, la fuga de sentido a la que responde todo discurso. De allí, otra forma de decir que no hay complementariedad sexual.

Pero Lacan refiere un poco más de la interpretación, de la especie de un decir apofántico.<sup>11</sup> Asertivo, cuando es eficaz y que se distingue de la proposición que es enunciado afirmativo de verdad o falsedad. Se trata de un decir sustractivo, que hace resonar el goce. Sustraer no es lo mismo que extraer, que es lo que tira a partir de. Lo que sustrae, tira hacia abajo, descompleta.<sup>12</sup>

Por eso podría sostener que las diferentes intervenciones que apuntan a los giros de los dichos, se nominan como interpretación cuando como efecto del decir se realiza una sustracción de goce. Eso que aliviana, aligera al significante. Es decir, cuando hace acto. De allí que se pueda afirmar que no hay tantas interpretaciones en un análisis y claro, no pocas intervenciones.

Interpretación, esa particular relación estrecha entre sentido y sonido, que a veces hace parecer la verdad como poética y en otras hace brotar el in-humano vagido que clama por la falta en su ser de goce. “Por qué habré nacido...?”

<sup>10</sup> Lacan, J., “Introducción a la versión alemana...”, citada anteriormente.

<sup>11</sup> “Atolondradicho” antes citado, p. 62.

<sup>12</sup> Ver Alain Babiou, conferencia sobre la sustracción. En *Filosofía y psicoanálisis*. Ed. Trilce, Montevideo. 1995.

Entonces, si es así, estamos en condiciones de refutar la proposición “Pobre interpretación”, del comienzo. Es probable que la espada freudiana no tenga ya el brillo para encandilar el discurso universal, pero seguirá soportando su capacidad de hendir goce y significante, mientras haya quien sostenga su vigorosa apuesta ética.

Maria Anita Carneiro Ribeiro  
*Río de Janeiro*

## Una interpretación a la entrada en análisis

Que el inconsciente opera por ciframientos, es la suposición que autoriza la interpretación. El descifrado del goce, ya produce, per se, un efecto terapéutico, de lo cual, cualquier terapia que emule la *talking cure*, puede dar testimonio. No solamente las terapias, también el hombro amigo donde derramar las lágrimas produce un alivio, poniendo en evidencia el vaciamiento de goce, producido por el deslizamiento de la cadena significante, por la atribución de nuevos sentidos, por el desplazamiento metonímico de la significación.

No es un efecto para descuidar, pero no está ahí lo particular del psicoanálisis. Si el desciframiento es tarea del analizante, Freud apunta en “Construcciones en Psicoanálisis” [1937] que la construcción es tarea del analista. Se trata de hacer surgir lo que ha sido olvidado “a partir de las huellas que ha dejado tras sí”, es la “sustitución y combinación de los restos que sobrevivieron”.<sup>1</sup> Se trata de una tarea de ciframiento. Mientras tanto, es un cifrado *sui generis*, puesto que no pretende la construcción de una significación última en la que se depositaría la verdad del sujeto.

Lacan, en la “Proposición del 9 de Octubre de 1967”,<sup>2</sup> señala la paradoja del saber del analista que sostiene la interpretación. Nos recuerda que, si Freud insiste en recomendar que abordemos cada caso nuevo como si nada hubiésemos adquirido en los primeros desciframientos, esto no autoriza en modo alguno al psicoanalista a contentarse con “saber que no sabe nada”.<sup>3</sup> Lo que está en juego es lo que el psicoanalista tiene que saber.

<sup>1</sup> Freud, Sigmund (1937) “Construcciones en el análisis”, *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1985, p. 269.

<sup>2</sup> Lacan, Jacques, “Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela”, *Momentos cruciales de la experiencia analítica*.

<sup>3</sup> *Ibid.* p. 208.



La recomendación freudiana de abordar cada caso como nuevo, suspendiendo cualquier saber que pudiese haber sido depositado a partir de los primeros desciframientos, muestra que no hay un universal que pueda fundar la interpretación. No hay un producto final que se adquiera de la suma de los desciframientos, pero así y todo, hay algo que el analista debe saber.

En 1973, en el Epílogo del Seminario *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Lacan se refiere al psicoanalista como aquel que tiene el deber de interpretar. Por lo tanto, hay allí un imperativo ético que sostiene la tarea del analista: en que, lo que él tiene que saber ordena el deber de interpretar (ordenar ahí en el doble sentido de poner en orden y de reforzar el imperativo).

En 1967, Lacan indica que lo que el analista tiene que saber: “Lo que él tiene que saber puede ser delineado con la misma relación “en reserva” según la cual opera toda lógica digna de ese nombre. Eso no quiere decir nada “particular”, pero eso se articula en cadena de letras tan rigurosas que, a condición de no fallar ninguna, lo no-sabido, se ordena como marco de un saber”.<sup>4</sup>

En el Epílogo de 1973, Lacan introduce el deber de interpretar del analista al hablar de lo escrito: “No estaría mal que se entendiese el leerse adecuadamente entre los que tienen el deber de interpretar. Que sea justamente la palabra donde no se lee lo que dice es algo que sobresalta al analista una vez pasado el momento en que se obstina ¡oh! en la escucha hasta no tenerse en pie”.<sup>5</sup> Lacan prosigue recordando la anécdota freudiana sobre Cracovia, y añade un poco más adelante: “Pero la función de lo escrito no está entonces, en la guía sino en la propia vía férrea. Y el objeto (a), tal como lo escribo, es el riel por donde llega el plus-degozar aquello con que se habita y aun se abriga la demanda que hay que interpretar”.<sup>6</sup>

Si la demanda que hay que interpretar, habita y se abriga en el objeto *a*, tenemos ahí una referencia precisa de la diferencia

<sup>4</sup> Ibid. p. 208-209.

<sup>5</sup> Lacan, Jacques (1964), *El Seminario, Libro XI, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós 1973, p. 288.

<sup>6</sup> Ibid. p. 289

entre un análisis y cualquier otra psicoterapia de “inspiración psicoanalítica”. En “L’Etourdit” Lacan afirma que la interpretación produce un efecto de subversión topológica. “Así, el corte, el corte instaurado desde la topología (...) es el dicho del lenguaje, pero por no olvidar ya su decir”.<sup>7</sup> Poco antes, Lacan ya había advertido que “La topología no está hecha para ‘orientarnos en la estructura’. Ella es la estructura: como retroacción del orden de la cadena en que consiste el lenguaje”.<sup>8</sup>

Si la topología no es una metáfora, sino la estructura, vemos que la interpretación apunta a lo que hay de más radical en el sujeto. Es esta radicalidad la que diferencia al psicoanálisis de las psicoterapias y hace que el cifrado del analista, se articule con el desciframiento del analizante para conducirlo más allá del Edipo, más allá del padre.

Hay, por lo tanto, construcción significativa por parte del analista: si bien ésta no apunta a una significación última que capture y aprisione el ser del sujeto, ella es, sin embargo, significativa. En su texto de 1937, Freud - al responder a un interlocutor imaginario hostil al psicoanálisis por la arbitrariedad de la interpretación - demuestra rigurosamente que hay un saber que delimita y da un encuadre a la interpretación del analista.

En relación a ello, dice Lacan: “Todos los golpes, (las intervenciones del analista) están permitidos”, sólo es preciso que los utilice donde conviene para su fin. O sea, hay una libertad táctica en el uso de la interpretación, pero está sometida a la finalidad del análisis. Aún en el mismo texto, Lacan dice que “El decir del análisis, en tanto es eficaz, realiza lo apofántico, que con su sola ex-sistencia se distingue de la proposición”.<sup>9</sup> En otras palabras, es por la eficacia de la intervención del analista que podemos verificar que su operación fue mas allá de sus dichos, realizando lo apofántico del decir.

Un niño, P., fue orientado a un analista por su psiquiatra, quien lo atendía en el hospital donde estuvo a punto de morir por

---

<sup>7</sup> Lacan, Jacques (1972), “El atolondradicho”, *Escansión*, Paidós, 1984, p. 56.

<sup>8</sup> *Ibid.* p. 55.

<sup>9</sup> *Ibid.* p. 62.

un estado de anorexia grave. Salvado por una intervención medicamentosa arriesgada, se le propone entonces un análisis, con el apoyo del pediatra.

El padre parece colaborador, había ya hecho un análisis, hacía mucho tiempo que deseaba que su hijo fuera tratado mediante el psicoanálisis. La madre era simpática, habladora y escéptica. Adepta a terapias alternativas, dice que también el hijo hace una terapia corporal. Después de la primera entrevista con la analista, cancela la sesión del hijo porque el consultorio, según ella, era sombrío, no era “apropiado para niños”.

P. tiene trece años. La psiquiatra insiste en dirigirlo al psicoanálisis y P. asiste a la primera entrevista. Es muy pequeño, parece tener entre siete u ocho años de edad. No muestra señales externas de pubertad. Cuando lo llamo en la sala de espera, está agarrado a su madre, gimoteando. La analista insiste secamente para que entre solo en la sala. Cambia inmediatamente de actitud y entra. Más tarde en una entrevista, su madre dirá en tono de queja: ¡“Cuando él entró solo, yo entendí que esto valía!”

La primera entrevista, es totalmente hablada, aunque la analista le haya ofrecido papel, lápiz y juegos. Dice que no consigue dibujar y esto para él es un enigma que retorna innumerables veces. Habla de sus crisis de anorexia, confunde fechas, es impreciso y las asocia de inmediato a la hepatitis que dejó a su padre en la cama y que hasta hoy le impide beber. Su padre sólo puede tomar cerveza sin alcohol y dice: “¡Es horrible! ¡Prefiero no tomar “nada” que tener que tomar una cosa ruin!”

Dice que es un excelente alumno, se vanagloria de su formación intelectual. Lee mucho, le gusta estudiar y escribir, y pregunta de nuevo: “Escribir es diseñar letras, eso yo lo hago muy bien. ¿Entonces, por qué no consigo dibujar?”

P. acostumbra a tener crisis de vómitos, se queja de dolores en el cuerpo, se le duermen los miembros, y durante sus “crisis” presenta contracturas en los pies. Trabaja bien en análisis, produce muchas asociaciones. Cuenta, por ejemplo, que cuando tenía dos

años de edad llamó al padre “papá pingüino”, por el pingüino diseñado en la lata de cerveza “Antártica”<sup>10</sup> que el padre bebía. En otra sesión recuerda el pingüino y se ríe mucho diciendo que el pingüino es cómico, porque parece una mujer embarazada “con aquel barrigón”.

Interrogado sobre el embarazo de su madre (tiene un hermano de tres años), pide para ir al baño a vomitar, pues está mareado. Estas puntuaciones pretenden localizar los principales trazos característicos de la histeria masculina: la feminización del padre (como en el caso del pintor Christoph Haizmann, analizado por Freud) y la fantasía de embarazo (como en el caso de Joseph Eissler, citado por Lacan en el Seminario *Las Psicosis*).

Los padres habían contado, en las entrevistas preliminares, que P. “parecía otro” cuando iba a la hacienda del tío, en el interior. Ordeñaba las vacas, salía montado a caballo con los peones, trabajando el día entero. Ahora P. es muy pequeño, cuerpo de fideo sin señales de pubertad. A pesar del relato de los padres que fechan la anorexia desde hace apenas tres años, se puede desconfiar de la imprecisión de tales informaciones. La madre lo trata como un pedazo de sí misma. Hace poco tiempo, el niño fue solo al barbero para cortar su larga cabellera femenina. Para pavonearse luego frente a la analista preguntando: “¿No me encuentra con cara de hombre?”. La madre entretanto gemía en la sala de espera, pasándose la mano por la cabeza: “¡Ay, mis ricitos! ¿Por qué ha hecho esto?”

Por su parte, el padre relata que sólo recientemente, al ver a su hijo en compañía de los compañeros de estudio, se dió cuenta de la diferencia de tamaño y desenvoltura entre él y los otros. La alteración de la imagen corporal que impide al chico dibujar – recordemos, con Lacan, que el dibujo es una representación simbólica de los blasones del cuerpo – parece ser compartida por su familia, que no lo ve tal como él es.

Según su relato, en la hacienda del tío, con los peones, juega a “hacer el hombre”, como en los westerns. Ordeña las vacas, pero, al contrario de lo que dicen los padres, no bebe la leche,

---

<sup>10</sup> Un pingüino de perfil es el logotipo de esta marca de cerveza brasileña.

porque tiene náuseas. Cabalga el día entero y come churrasco como los hombres. El *churrasco*,<sup>11</sup> según dice, es su plato favorito y el de su padre, que siempre lo comía bebiendo la latita de cerveza, la del pingüino. Dice que adora la “*picanha*”,<sup>12</sup> que nunca le dio asco. ¡Lo come todo! ¿Cómo no leer ahí la fantasía de incorporación oral del falo paterno, detectada por Kris en su paciente de los “El hombre de los sesos frescos”, diagnosticado por Lacan como histérico?

P. juega a hacer el hombre, pues, para él, está claro que ser hombre es un puro semblante. Es lo que la pregunta histórica ilustra. Si no hay en el inconsciente un significante que represente a la mujer, el hombre es apenas un significante, que, como todo significante, en sí mismo no significa nada. La “nada”, objeto de la demanda oral ( “no “tomar nada”, para no tomar una cosa horrible”) revela esta opción radical, nada de semblantes!

Pero, para ir más allá del objeto de la demanda, es la “nada” que el deseo busca, tal como el paciente de Kris que comía con los ojos la nada de los sesos frescos. Nada de cuerpo y, para hacer el hombre ante la analista, nada de ricitos de mamá.

En la primera entrevista con los padres, la madre, en un lapsus, se refiere al hijo como a “un niño muerto”. La analista narra ese detalle a la psiquiatra, detalle que a continuación la analista olvida. En la segunda entrevista, esta vez con el chiquillo, después que él explica que duerme en la misma habitación con el hermano de tres años, la analista interviene: “Un adolescente, necesita su espacio”. Él parece aturdido por el significante “adolescente” y, esa misma noche, hace un *acting out* que marca su entrada en análisis. Dice a su padre que la analista le había pedido que la llamara para marcar el inicio del análisis, pues él era “un caso urgente”.

A posteriori, la analista realizó esta construcción - el significante “adolescente”, introducido por la analista, había entrado

<sup>11</sup> Plato brasileño de carne a la parrilla.

<sup>12</sup> “Picanha” es una morcilla muy apreciada por los portugueses. En esta palabra, encontramos el significante “pica”, palabra obscena y habitual para designar el pene.

en oposición dialéctica con el significante “niño” usado por la madre (cf. el consultorio no era apropiado para niños) creando así un espacio para la emergencia del sujeto del inconsciente:

$$\begin{array}{ccc} \frac{\text{Niño}}{S_1} & & \frac{\text{Adolescente}}{S_2} \\ & & \frac{\$}{\text{Caso urgente - nuevo } S_1} \end{array}$$

Después de la rectificación aportada por la psiquiatra, que recuerda a la analista el lapsus de la madre, es posible construir otro par en oposición:

$$\begin{array}{ccc} \frac{\text{Niño muerto}}{S_1} & & \frac{\text{Adolescente}}{S_2} \\ & & \frac{\$}{\text{Caso urgente - nuevo } S_1} \end{array}$$

El olvido del lapsus de la madre, operó al servicio del deseo del analista: no es posible analizar a alguien que es designado en el deseo de la madre como “niño muerto”. El significante “adolescente”, cargado de significación sexual, no solamente precipitó la entrada en análisis de ese sujeto, sino que ha permitido designar el lugar simbólico, desde donde, para esta analista, él podría ser aceptado como analizante.

En el transcurso del análisis, P. intenta con frecuencia seducir a la analista, haciéndose el enfermito. Dado el riesgo de vida que rodea este caso, la analista se ha mostrado muy severa ante esos intentos. Después de uno de ellos, él se ríe y dice: “No es necesario que me lo diga, ¡ya lo sé! Usted cree que un hombre de mi edad debe cuidar mejor de su salud, ¿no es cierto?”

Tenemos así el deslizamiento significante: Niño muerto – adolescente – hombre.

El significante “adolescente”, introducido por la analista operó como interpretación, pues tuvo la eficacia de precipitar la entra-

da en análisis del sujeto. El deslizamiento “adolescente – hombre” muestra que, en la operación, el dicho, ha sido superado por lo apofántico del decir y que el sujeto, lejos de haberse identificado al significante adolescente, se valió de él para salir de la posición mortífera designada por el deseo de la madre.

Más recientemente, la madre nos dice que P. había dejado de ir la terapia corporal ya que, según dice, la terapeuta sólo hablaba tonterías y comparándola con la analista, agrega: “Ella (la analista) no dice “nada”, pero, suceden muchas cosas cuando voy allí”.

La “nada”, objeto consistente que taponaba el vacío del deseo, se sitúa ahora del lado de la analista. Es a partir de la posición de “de ésta que no dice nada”, que su decir puede operar, mas allá de sus dichos.

*Traducción: María del Mar Criado*

*Revisión: Carme Dueñas*

## El lugar de la interpretación

Hay dos textos de Freud, uno de 1923: "Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación" y otro de 1937: "Construcciones en el análisis" que son fundamentales para entender la propuesta de Lacan en "L'etourdit" sobre la interpretación psicoanalítica: la interpretación como posibilidad de realización del inconsciente, entendiendo por inconsciente lo no realizado. El corte interpretativo pone de manifiesto un espacio que por sí mismo no tendría existencia. En el texto de 1923, Freud, diferencia dos fases de la interpretación: la traducción y el sentido dado a dicha traducción. Es decir, la escritura y la lectura que de ella se hace. En la primera fase, la escritura, no es necesario tener en cuenta la transferencia, ya que se trata de la elaboración inconsciente y la transferencia no modifica dicha elaboración. En la segunda fase: dar sentido o leer, sí es necesario tener en cuenta la transferencia ya que la transferencia sí modifica el sentido. A partir de los sueños de transferencia Freud deduce el mecanismo por el que el analista pasa a formar parte del deseo inconsciente del sujeto y a poder operar desde allí.

Freud se pregunta: ¿Cuál es la fuerza inconsciente que se pone en juego en el análisis para ayudar al analista? Su respuesta es el superyo, la docilidad derivada del superyo, heredero del complejo de Edipo. El analista ocupa su lugar y la docilidad al superyo, es ahora, docilidad al analista, a su deseo, deseo de que la cura progrese.

Así, se pone de manifiesto, una satisfacción contraria al principio del placer y que obedece a la repetición. La fuerza capaz de imponerse a la represión sujeta al principio del placer, no es otra que la repetición. Freud concluye que la repetición supone una ayuda para el analista, una vez instalada la transferencia. La una apoya a la otra pero no se confunden. La transferencia es la



puesta en acto de la realidad del inconsciente y la repetición el encuentro, siempre fallido, con lo real.

En el otro texto, el de 1937, la novedad que plantea Freud, es la renuncia a obtener, mediante el recuerdo, la totalidad del desciframiento inconsciente. Por esta razón el analista debe arriesgar una interpretación, o construcción que apunte, precisamente a lo que falta. Es decir, porque en la estructura significante hay un vacío significante, podemos crear a partir de ese vacío. La falta significante, es condición de posibilidad. Como la interpretación se dirige a un lugar de falta, el hecho de que el paciente acepte o rechace la construcción, no tiene ningún valor de verdad. La verdad pasa a un segundo plano, porque el nivel del lenguaje al que se dirige la interpretación, es anterior a la instauración de la verdad o falsedad del enunciado ¿Qué nos guía entonces? Lo que nos guía es que este lugar de la falta al que se dirige la interpretación pertenece al inconsciente y por lo tanto está estructurado como un lenguaje.

En “L’etourdit”, Lacan trabaja la interpretación refiriéndose en todo momento a esta zona o nivel del lenguaje que llama decir por oposición a dicho. El decir es lo que se olvida en el dicho, es el nivel del lenguaje que no es nivel de significación y que por lo tanto es equívoco. Se trata del nivel de la enunciación y no del enunciado, y esta enunciación asoma en los equívocos de una lengua, en los equívocos en los que lo real va dejando su sedimento a lo largo del tiempo. Si el decir es lo que falta en el dicho, la interpretación tiene que dirigirse allí, a lo que falta en el dicho.

En el texto de Freud, es interesante ver como nos dice que precisamente ese lugar de la falta es un lugar de posibilidad, de posibilidad de creación a partir de la interpretación, y que esa interpretación es tarea del analista.

En la cura, la posibilidad de entrar en este nivel del lenguaje, en esta zona de creación de la palabra, se va constituyendo, a medida que avanza la cura, en un movimiento que no es progresivo sino de vaivén como la demanda.

En primer lugar se tiene que instalar el SsS, pero la interpretación no es un enunciado de saber, ya que si así fuera nunca alcanzaría la zona del lenguaje ajena al saber. Lacan propone la

interpretación como equívoco en todas sus variedades dado que en este nivel del lenguaje estamos en el equívoco, porque si bien hay ya afirmación primordial de atribución, todavía no se ha realizado el juicio de existencia portador de la verificación y la falsación. Equívoca quiere decir que no cierra nunca el sentido en torno a un objeto, que no señala un objeto para un sujeto.

Sea cual sea la interpretación ha de producir un corte en el discurso, abrir un espacio entre un significante y el otro que le da la significación, entre el  $S_1$  y el  $S_2$ , la zona del lenguaje ajena al saber. Lugar vacío y causa del deseo.

Las dos ideas fundamentales de los dos textos de Freud que se anudan con "L'etourdit", son:

-La interpretación entendida como creación en el lugar de la falta de significante. Lo que Lacan denomina "interpretación apofántica".

-La transferencia aliada con la repetición permite que la cura avance en contra del principio del placer.

Trataré de mostrar estas dos ideas con dos momentos de un caso clínico de una paciente de cincuenta y cinco años que desde los diecinueve realiza terapias de diferente signo, lo que supone una inflación de la interpretación. Su historia tanto clínica como familiar es muy rica en contingencias especiales que narra desde la distancia que le da el no haber sucumbido a las mismas. Privada de los estudios a los 12 años en contra de su voluntad, el saber ocupa el lugar del ideal. El saber es el significante de la transferencia. Significante anudado a su síntoma: "no puede entender lo que lee y a veces lo que escucha cuando se trata de saber textual". Privada del saber textual, primero por sus padres y después por su síntoma, cultiva con esmero el saber de la intuición. El denominador común que pone fin a sus terapias es la impotencia del terapeuta para hacerse cargo de ella. Desde la humildad de su "yo no sé" consigue llevar a la impotencia al otro al que supone el saber. El saber médico tampoco se libra de esta impotencia y su recorrido terapéutico no es menor que su recorrido psicoterapéutico.

A los pocos días de llegar a mi consulta con la demanda de querer dejar de ser la niña que es, interrumpe con motivo de una

intervención quirúrgica y al poco tiempo de reiniciar el análisis llama desde urgencias, tiene una oclusión intestinal que obliga a una intervención quirúrgica. Se siente culpable de todo lo que le pasa y está harta de hacerse daño. Le digo que uno no siempre es causante y culpable de todo lo que le pasa. Al día siguiente llama para darme, dice, una buena noticia: ya no la operan, después de hablar conmigo se tranquilizó y la oclusión empezó a remitir. Este episodio me parece significativo por la paradoja que entraña: yo le digo que no todo daño y sufrimiento se deriva de una intención inconsciente, que no hay que interpretar todo en clave inconsciente, y ella con su rápida curación me dice lo contrario: "porque hablé con usted no hubo que intervenir quirúrgicamente", es decir, la afección del cuerpo responde a una intención inconsciente. Podemos decir entonces que restar interpretación fue en sí mismo una interpretación ya que operó como corte en su discurso, lo que evitó cortar al nivel del cuerpo. Esto significó abrir el espacio entre un  $S_1$  y un  $S_2$ , introduciendo una suspensión del sentido. Y con la alusión a un no saber se consolida mi lugar de sujeto supuesto saber.

Desde niña está fascinada por el plus de sentido de la interpretación psicológica, plus de sentido que busca en las diferentes terapias. Un sentido más allá de lo textual que encuentra su réplica en su síntoma. Su historia terapéutica es la historia del fracaso del saber textual que supone al analista. Pero también le supone otro saber, el saber que acompaña al plus de sentido, es decir, al goce. Cuando el saber textual falla y el SsS se reduce a eso, ella está ahí para sostener el otro saber, lo que resulta insostenible para el terapeuta que acaba abandonándola.

El otro momento de la cura elegido es el pase al diván ya que tuvo el efecto de interpretación que pone de manifiesto el nudo entre transferencia repetición e interpretación: Hace un año que comenzó el análisis y su trabajo tiene como efecto movimientos en su posición subjetiva, uno significativo, en relación a su síntoma, es su deseo de estudiar gramática. Un sueño cuyas asociaciones la llevan a hablar de la "penetración" como condición erótica, me decide a pasarla al diván. En el sueño tiene la sensación confusa de ser también el hijo pequeño del marido, personaje que le interroga mucho ya que ella que es una persona muy afectuosa, siente por este chico un rechazo y un asco inexplicable. Dice que es como su hermana: "tiene un rostro impenetra-

ble". Adoraba a su hermana, su rostro inexpresivo, sin vida, provocaba en ella la fuerte necesidad de arrancarle una sonrisa. Un día lo consiguió y fue feliz. La hacía sentir muy sola y temía que estuviese muerta (le cuesta respirar) Tenía un "rostro impenetrable", como el hijo del marido, es decir, un rostro que ni permite interpretar el deseo ni devuelve la propia mirada modificada por el deseo. Dice: "La mirada de los demás me apoya, me realza, me acoge y también hay una mirada mía que hace ese papel". Se trata de la misma mirada, la mirada que la mira y que le devuelve su propia mirada modificada tras haber pasado por el otro. Pero hay otra mirada, la mortífera, la que no devuelve nada más que el vacío que encuentra en el otro: el rostro de su hermana y el del hijo del marido.

Le pongo en paralelo las dos palabras: penetración/impenetrable que no son más que el anverso y el reverso de la misma. Dos significantes que son polo de atracción de diversas significaciones, y que están abiertas a muchos sentidos. La interpretación no cierra los diversos sentidos pero lee en el contexto de la paciente: La penetración como posibilidad y lo impenetrable como imposibilidad. Corto la sesión y a la siguiente la conduzco al diván. Está bloqueada en todos los sentidos (impenetrable), experimenta una gran molestia por el cambio y dice que en el diván no entiende lo que digo, que le falta la mirada para comprender, es como lo que le pasa con los textos, dice. Experimenta el cambio como privación, privación de la mirada del otro que es su apoyo. Cuando acaba la sesión me dice: "no sé si se habrá dado cuenta de que me he levantado a buscar el pañuelo". El pañuelo es un objeto transicional, objeto que ahora ocupa el lugar que en su infancia ocupó una sillita que arrastraba a todos lados, silla en la que se recogía cada vez que su madre se la sacaba de encima y se sentía desamparada, la silla era su refugio. El pañuelo, como la silla le dan seguridad y lo aprieta entre sus manos en momentos de ansiedad.

Un sueño de transferencia ordena un poco las cosas: "Estábamos en el campo, había bastante gente, mi madre, mi hermana, José (uno de sus terapeutas) Había mucha comunicación no verbal, mucho deseo oculto, mucha picaresca, muchas miradas. Todo era como oculto, no se tenía que notar, como a escondidas. Preparamos la comida y pienso si decirle a José que se quede a comer, en contra de la voluntad de mi madre, que no

aceptaba nuestra relación. Me lanzo y se lo digo con naturalidad, mi madre da un respingo pero no dice nada, acepta. José se queda y entonces toda la escena cambia, desaparece la ocultación y hay una sensación de bienestar, placentera”. Lo asocia, sin ninguna duda, con una decisión tomada en la que se puso firme por primera vez. Teniendo en cuenta sus asociaciones introduzco en mi interpretación una lógica temporal que articula el sueño en un antes y un después como consecuencia de su acto. Ella dice que es la toma de decisión, yo añado que esta toma de decisión tiene consecuencias que marcan un antes y un después. Un antes en el que ella está sujeta a lo que quiere la madre y a la vez (rebelde) se satisface de lo que oculta a la mirada de la madre mediante la picaresca, los gestos, el juego, el juego infantil de ocultamiento. Una vez tomada la decisión más allá de lo que opina la madre y aceptando el riesgo que supone, puede aparecer una satisfacción de otro tipo, el bienestar que le supone la decisión tomada. Pérdida por un lado, ganancia por el otro.

”Tengo que decirle dos cosas que hoy la oigo hablar apasionada, hasta la entiendo más”. Indudablemente apunta al deseo del analista, a la enunciación y no al enunciado, mostrándonos de forma ejemplar que el deseo es su interpretación.

No muestra su acuerdo o desacuerdo con lo que digo sino que se refiere a cómo lo digo, al apasionamiento que le permite volver a entender lo que escucha.

Transferencia y repetición se dan la mano. Con el cambio al diván se siente privada de la mirada como apoyo, y en su repetición como desencuentro, cobra presencia la mirada mortífera taponando la salida del inconsciente. Un objeto que es el resto de la pulsión escópica que no pasó por el Otro.

La interpretación moviliza de nuevo el objeto como obstáculo; ¿por qué? Porque el deseo es el deseo del Otro, y ese deseo le lleva a ella a poder dar sentido a lo que escucha. Hay una pérdida de goce: el malestar y una ganancia simbólica: la comprensión. Entre una y otra está el deseo del analista, aquello con lo que interpreta.

Lo impenetrable, bajo el significante de la incompreensión se pone en juego en la transferencia traído por la compulsión de

repetición, el más allá del principio del placer. Frente a la penetración o comprensión que está en la línea del principio del placer. La interpretación opera con la transferencia que, apoyándose en la repetición, pone en acto las dos caras de la pulsión: la mirada que mata, que deja en el desamparo, que devuelve el vacío y la mirada que sostiene que indica un deseo, la vida, el apasionamiento.

Secuencia:

- Instalación del sujeto supuesto saber con la interpretación "uno no es culpable de todo lo que le pasa", que cuestiona al sujeto en el lugar de la causa introduciendo un corte en su discurso (histérico)

- Señalamiento de la interpretación, propia de la paciente, acerca lo "penetrable" como posibilidad y lo "impenetrable" como imposibilidad.

- Paso a diván que sitúa al analista del lado de lo impenetrable mostrando, así, el reverso del ideal, es decir, el objeto.

- Sueño

- Interpretación del sueño

- Vuelta al otro lado, nueva apertura del inconsciente.

Esta secuencia muestra que el movimiento de la cura no es progresivo sino de vaivén, pero en este vaivén tocamos en la estructura inconsciente, la zona ajena al saber, un resto de real atrapado en las redes significantes pero ajeno al significante. Lo alcanzamos para perderlo en el momento siguiente. Si la interpretación tiene efecto, es sólo porque alcanza al sujeto ahí, ahí donde no llega la sugestión.

# **INTERPRETACIONES DE TEXTO**

Mónica Gabler Cruz  
Chile

## A propósito de Martín, de *Sobre Héroes y Tumbas*: La cloaca es el destino

Ernesto Sábato nos presenta los avatares de un sujeto respecto de una posición subjetiva que le es insoportable.

Y le es insoportable dada la imposibilidad de escapar de aquella. Lacan, en el Seminario XI, a propósito del inconsciente, plantea que “La naturaleza proporciona significantes que organizan de manera inaugural las relaciones humanas, proporcionando las estructuras de estas relaciones así como modelándolas”.<sup>1</sup> De este modo, aún antes del alumbramiento hay una determinación, un destino prefigurado, del que el sujeto, no tendrá noticia. Podríamos hablar entonces que el inconsciente nos hace un destino.

Martín, muchacho de diecisiete años, llega al mundo sin ser deseado. Su madre, a gritos, le explica: “*existís porque me descuidé... ha sido un milagro que no fueses a parar a la cloaca... hice todo lo posible por abortar, menos el raspaje*”. De este modo es inserto Martín en la cadena signifiante, en el campo simbólico de su madre, no del lado del deseo sino por el contrario, del lado del deshecho. Y no de cualquier deshecho sino uno que va a parar a la cloaca.

Detengámonos en éste último signifiante. Lo sitúa en un lugar muy particular; a saber, en los mundos subterráneos e inaccesibles para los seres humanos por donde corren las aguas sucias e inmundicias: “*Ahí abajo, en obscuro y pestilente tumulto donde corrían mezclados los excrementos, los preservativos, los fetos de miles de abortos, los restos de comidas*”. Obteniendo el estatuto de objeto excrementicio, una de las figuras del objeto *a*.

<sup>1</sup> Lacan, J., *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis Seminario XI*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1987, p. 28.



La importancia del significante cloaca radica en que opera como sino para nuestro personaje. Un destino que al decir de San Agustín se constituye como fatalidad puesto que no está sujeto a la voluntad de los hombres ni tampoco a la de Dios, siendo eventos producidos en función de un orden ineluctable. Es así como Sábato nos lo presenta: *“el destino elige sus instrumentos, enseñada se encarna y luego viene la joda... es algo confuso y un poco equívoco: él sabe bien lo que quiere, pero la gente que lo ejecuta no tanto”*.

Así Martín se (des)encuentra con Alejandra. En su itinerario amoroso se encuentra con la fatalidad y no podrá escapar de ella: *“y, no obstante, aun así, aun sabiendo de antemano todo lo que luego me sucedió, habría corrido a su lado”*. Sitúa en ésta la esperanza de algo distinto, la esperanza de que al fin, alguien lo va a desear: *“Había esperado algo distinto y seguramente maravilloso en aquella mujer, había vuelto, después de semejante desastre con la especie de albañal de su madre, a tener fe en las mujeres al encontrarse con Alejandra”*. Sin embargo, en esta desolada búsqueda no encuentra sino la repetición de un destino ya escrito: *“Tenía la exacta sensación de conocerla, esa sensación que tenemos de haber visto a alguien en una vida anterior”*.

Colette Soler<sup>2</sup>, señala que la repetición en la elección de objeto no es sino un aspecto del destino. Es en la elección del *partenaire*, como síntoma, que se pone en juego la repetición. El inconsciente hace un destino y a Martín su inconsciente le ha programado de acuerdo al modelo de relación con su madre. Repetición que encontramos al menos en dos aspectos: uno de ellos, referido a que en la búsqueda de reconocimiento de algo del orden del deseo no encuentra nada del lado del deseo sino del capricho y de la necesidad. Alejandra lo expresa claramente a través de oscuras (y ya conocidas) palabras que él no sabría interpretar sino como signos de amor: *“Te buscaré cuando te necesite, yo sabré cómo encontrarte”*. Momento de angustia producto de la confrontación de nuestro personaje ante este punto Real e insostenible: ser aprehendido como objeto del Otro. Podemos afirmar que algo del orden del goce ha invadido la relación imaginaria con Alejandra en tanto que i(a)

<sup>2</sup> Soler, Colette, *La Maldición sobre el sexo*, Buenos Aires, Editorial Manantial, 2000.

En la lógica de la búsqueda de un deseo de reconocimiento se encuentra con la constatación de que lejos de ser un objeto de la mirada del Otro, él es la mirada del Otro. Conminado por un destino fatal, cada vez que solicita la mirada no es mirado. Y en el lugar que él espera ser mirado sólo se encuentra como objeto del ojo del otro. Él encarna la ceguera de la mirada, quedando situado en el punto de nada donde se encuentra. Aspectos presentados por Sábato como “Los rostros invisibles” en tanto que cada vez que Martín demanda amor es posicionado como la mirada. Y la mirada no se ve a sí misma.

Podemos entender esta situación como golpes del Otro, de su inconsciente; golpes del Otro coherentes con su posición subjetiva: una posición masoquista.

En el Seminario V, Lacan plantea que en esta posición el sujeto, en la relación fundamental con la cadena significativa, ha devenido un signo toda vez que es un “nada de nada”, rehusando toda consideración en tanto sujeto. Éste se constituye en un signo por volverse el pivote de relación con el deseo del Otro.<sup>3</sup> Así, este sujeto se ofrece a los designios del Otro: posición sacrificial en la que Martín goza, goza de la mortificación de la vida en oposición al goce pulsional o de vida.

En el Seminario XI, encontramos que ésta significa que en el objeto de nuestros deseos encontramos el testimonio de la presencia del deseo del Dios oscuro, como lugar del Otro que evoca la figura del padre en tanto deseo enigmático: “*De pronto se quedó paralizado y en tensión por un indefinido temor. Si Dios se aparecía ¿cómo lo haría? ¿Y qué sería? ¿Una presencia infinita y aterradora, una figura, un gran silencio, una voz, una especie de suave y tranquilizadora caricia? ¿Y si se aparecía y él era incapaz de advertirlo?. Entonces se mataría inútil y equivocadamente*”.

Martín se plantea la posibilidad del suicidio como una salida a esta posición que le es insoportable: “*¿No había ya intentado suicidarse por esa especie de albañal que era su madre?*”. Sin embargo, Lacan en el Seminario V, señala que ésta sería nada

---

<sup>3</sup> Lacan, J., *Las Formaciones del Inconsciente, Seminario V*, Ed. Paidós, Buenos Aires.

más que la confirmación de la posición de deshecho: “*entonces se mataría inútil y equivocadamente*”. Señalando a su vez, que en los sujetos que no han sido deseados por sus madres encontramos una fuerte tendencia hacia el suicidio, a caer en el vacío. No quieren esta cadena significativa en la cual han sido admitidos muy a pesar de su madre. Y cuanto más se afirma con ayuda del significante como queriendo salir de ella, más se integra, deviniendo como signo y siendo abolido puesto que es en el momento en que el sujeto está muerto que se vuelve un signo eterno para los demás.<sup>4</sup>

Martín no elige el suicidio; aunque sueña con caer. Jugando a ser perverso trata de asegurarse al Otro sin poder desprenderse del mismo: “*empezó a caminar nerviosamente y mordiéndose las uñas y pensando, pensando como en un avión que cayese a tierra dando vueltas vertiginosas y al que merced a un esfuerzo sobrehumano, lograrse enderezar precariamente*”.

Sin embargo, no cae. No puede caer. Y lo sabe. Él no es la manzana de Newton sino el deyecto que debe gatear a ciegas y trashumante detrás de todas las escenas del mundo. Su viaje es y debe ser horizontal y sin destino. Ese es su único destino: la soledad acompañada, el camionero Bruno y la Patagonia, fin del mundo. Mundo que contempla en silencio, estrellas de esos parajes australes que sólo pueden ser vistas por la mirada que él es, mirada sin voz, que mora en el único lugar desde donde le está permitido proyectarse: desde lo *in-mundo*. Mártir-Martín es un “testigo de la fortaleza de la fe”.<sup>5</sup>

---

<sup>4</sup> Lacan, J., *Las Formaciones del Inconsciente*, obra citada.

<sup>5</sup> Corominas, J. *Diccionario Etimológico de la Lengua castellana*.

Jesús Mansilla Navarro  
Barcelona

## Una modalidad de saber llamada “Docta Ignorancia”

“Un cierto cardenal llamaba “ignorancia docta” al saber más elevado. Era Nicolás de Cusa”. Así se expresa Lacan en 1971 en su Seminario *El saber del psicoanalista*.

Por lo general, nos dice Nicolás de Cusa en *De docta Ignorantia*, cuando se investiga la verdad acerca de las diferentes cosas se compara y se pone en relación lo incierto con lo cierto, lo ignorado con lo conocido. Por lo tanto, cuando se indaga en el ámbito de las cosas finitas, el juicio cognoscitivo será fácil, o si se trata de cosas complejas, difícil, pero será posible en todas las cosas. No ocurre lo mismo cuando se investiga lo infinito, ya que esto en cuanto tal escapa a cualquier proporción. Ésta es la causa de nuestro no saber acerca de lo infinito: precisamente, su carecer de proporción. La conciencia de la desproporción estructural entre la mente humana finita y lo infinito hacia lo que sin embargo aquella aspira y tiende, junto con la consiguiente investigación que siempre se mantiene rigurosamente en el ámbito de tal conciencia crítica, constituye la *docta ignorancia*. Para alcanzar de modo inalcanzable lo Infinito, la Verdad, lo Absoluto, la Sabiduría –todos ellos nombres de Dios –, partir de la *docta ignorancia*, a sabiendas de que el verdadero conocimiento de lo absoluto, es un sapiente no-saber, una cognoscible incognoscibilidad, un conocimiento nesciente, una ignorancia docta.

Es en su obra *Idiota de Sapiencia* donde Nicolás de Cusa trata, prácticamente de forma monográfica, su concepción de la verdadera sabiduría, guiado –¡cómo no!– por ese principio básico en él: la “docta ignorancia”. Para desarrollar su exposición adopta el género literario del diálogo. Un orador – personaje infatuado – debate sobre arduos temas filosófico teológicos con un profano – el idiota – ignorante, iletrado en el foro romano desplegando hábilmente sus argumentos. El juego del diálogo muestra una

paradójica inversión de papeles: quien se cree sabio es el verdadero ignorante, quien se reconoce ignorante es el auténtico sabio, nada extraño, pues, después de todo, no es la ignorancia la que puede llevar al saber a su nivel más bajo, antes bien lo contrario. Resuena aquí, una vez más, la "docta ignorancia", fórmula chocante que liga el conocimiento – y por ello "docta" – con la carencia – y por ello "ignorancia" –, único camino para alcanzar la verdad de suyo inalcanzable. El núcleo del diálogo viene dado por la búsqueda de la verdadera sabiduría, cómo alcanzarla inalcanzablemente.

El término "sabiduría" está tomado en dos dimensiones, de un lado la sabiduría es Dios; del otro, la sabiduría es ese peculiar saber que el hombre posee acerca de lo absoluto. El verdadero sabio será aquel que intente alcanzar respecto de lo absoluto lo que le es dable obtener: la "scientia ignorationis". Llama la atención que Nicolás de Cusa use el término "ignoratio" y no "ignorantia"; la diferencia no parece casual, pues si la desinencia "io" alude más bien a un proceso y, por tanto, el saber ignorante se hace fundamentalmente una tarea, "ia", en cuanto derivada de participio pasado, designa algo que al poseerlo perdura.

En el primer libro del *Idiota de Sapientia*, el Cusano formula diversas definiciones de sabiduría: la suma sabiduría consiste "en saber de qué modo se alcanza, de manera inalcanzable, lo inalcanzable"; la sabiduría es "más alta que toda ciencia; inasequible, ininteligible, indeterminable, improporcionable...; es lo que tiene sabor; es la vida espiritual del intelecto, éste tiene en sí cierta pregustación de aquélla; es la ciencia de la incomprehen-sibilidad; la sabiduría eterna no es otra cosa que Dios". "Saber del goce", con toda la fuerza y sentidos del genitivo, define Lacan a la sabiduría a partir de su referencia al Eclesiastés en 1972 en el Seminario ...*Ou pire*.

Leídas con detención, las definiciones de sabiduría que nos da Nicolás de Cusa marcan el límite de la inteligibilidad, aquello que se encuentra a un lado y otro de la misma. Si bien toda ciencia apunta a algo cognoscible, inteligible y expresable con ciertos criterios de medida, por su parte la sabiduría sobrepasa el umbral de la cognoscibilidad y de la expresión; sus caminos son divergentes a los de la ciencia; encuentra en una experiencia propia el alimento del espíritu que da origen a un saber de distinto

cuño; puede estar al alcance del hombre culto y del inculto; el acceso a ella pide el reconocimiento de la propia ignorancia y en él encuentra su propia medida, pues es este reconocimiento el que hace más sabio al que se sabe ignorante. Nicolás de Cusa relaciona este saber con la antigua sabiduría de Pitágoras, de Sócrates, de Aristóteles y de Salomón; para él, saber (*scire*) es ignorar (*ignorare*) – resuenan aquí las palabras de Lacan en 1955 que vuelve a retomar en 1966 cuando dice: “El fruto positivo de la revelación de la ignorancia es el no saber, que no es una negación del saber, sino su forma más elaborada” y continúa “La formación del candidato no podría terminarse sin la acción del maestro o de los maestros que lo forman en ese no saber”- pues el saber comienza cuando el intelecto “sano y libre”, aspirando a buscar la verdad, se da cuenta de la desproporción entre su capacidad y el objetivo que se ha propuesto y del carácter relativo de la verdad concreta alcanzada: “La unidad de la verdad inalcanzable es reconocida por nosotros en la alteridad conjetural”, dice Nicolás de Cusa.

Con ello la ignorancia se vuelve ciencia, implica una disposición determinada hacia el conocimiento, equivale a un estado de apertura, forma parte del saber y denota una actitud que de ningún modo ha de ser considerada como “déficit”.

Es la ignorancia que se va instalando en el diálogo la que permite al “idiota” encaminar al “orador” por la senda que lleva al alcance inalcanzable de la sabiduría. A ellos, a quienes desde una posición de “docta ignorancia” aspiran al saber, Nicolás de Cusa les llama “*scientes*”, los que saben, saber que consiste en un “*sapere*” de lo absoluto en su doble significación etimológica: saber y gustar. El “sabor” de la sabiduría es un saber sabroso que el hombre puede gustar, es condición de posibilidad de lo que puede decirse sobre el infinito absoluto, ni conceptual ni experiencialmente puede determinarse, pues ello entrañaría una delimitación entre distintos contenidos y los límites de los mismos, y ya sabemos la sentencia medieval: “*finiti et infiniti nulla proportio*”; gracias a la sabiduría, esto es, a partir de ella y en ella, existe todo “sabor interno”; y “De ninguna manera se han de tomar por sabios a aquellos que hablan sólo con la palabra y no con el gusto”, afirma el Cusano; hablan de la sabiduría con sabor, con el gusto, aquellos que por medio de ella saben de las cosas de tal manera que se percatan de no saber

nada de ellas; gustan a la sabiduría de manera indigestible; hacia ella, aun sabiendo de su inaccesibilidad última, aspira el intelecto humano; es la ciencia de lo inaprehensible y en eso estriba la “docta ignorancia” que sabe a su modo de lo que no sabe.

Para Nicolás de Cusa, el gusto es algo que el “intelecto” posee, de donde, por la vía del gusto, nos encontramos con la afinidad entre el intelecto y la sabiduría. Ontológicamente el intelecto es el más alto de los grados de vida, tal como se afirma al final del libro *Idiota de Sapientia*, y epistemológicamente es la facultad suprema en el esquema de los modos de conocimiento la cual posee la actitud para elevarse al gusto de la sabiduría.

Distingue Nicolás de Cusa en su “Apología de la docta ignorancia” entre “ratio” e “intellectus”; el modo de operar y el comportamiento ante los principios lógicos los diferencia. La “ratio” encuentra su límite en el principio de contradicción, mientras que el “intelecto” es capaz de captar la unidad contradictoria en la medida en que en él los opuestos no se excluyen. Propio del entendimiento es no solamente un “intus legere”, sino también un “intus ligare”. Como quiera que sea, para el Cusano el aprehender intelectual consiste en una degustación sin gusto; su modo de conocer es un “ver” en una multiplicidad de relaciones la excelencia de un objeto que permanece inaprehendido.

Supuesta la afinidad entre el intelecto y la sabiduría cabe resaltar que “intelligere” designa, para Nicolás de Cusa, la intelección de la sabiduría infinita, y que la experiencia de la sabiduría se alcanza “cuando su suavidad vital es gustada de modo indigestible por el afecto y es comprendida de modo incomprendible por el intelecto...y quien intenta gustarla con gusto y comprenderla de manera comprensible queda completamente sin gusto y sin intelecto”. A esta modalidad de conocimiento que viene marcada por la sabiduría llamaremos “docta ignorancia”. Y es en las vías de una “docta ignorancia” donde el análisis, al decir de Lacan en “Variantes de la cura tipo”, encontrará su medida.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

---

- Lacan, J. *El Seminario, Libro 19: El saber del psicoanalista, 1971-72*. Inédito.
- Lacan, J. “Variantes de la cura tipo” en *Escritos II*. México: Siglo XXI, 1981.
- Nicolás de Cusa. *La docta ignorancia*. Esplugues de Llobregat: Orbis, 1984.
- Nicolás de Cusa y Juan Wenck. *Apología de la docta ignorancia de Nicolás de Cusa y la Ignorada sabiduría de Juan Wenck*. Pamplona: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1985.
- Nicolás de Cusa. *Un ignorante discurre acerca de la Sabiduría: Idiota de Sapientia*. Buenos Aires: Eudeba, 1999.
- Nicolás de Cusa. *Diálogos del Idiota*. El Possest. La cumbre de la teoría. Pamplona: EUNSA, 2001.



## NOTA DE PEDIDO

Solicito:

- número(s) 1 de Heteridad : “Campo Lacaniano”
- número(s) 2 de Heteridad: “La odisea Lacaniana”
- número(s) 3 de Heteridad: “El tiempo del psicoanálisis”
- número(s) 4 de Heteridad: “El psicoanálisis y sus interpretaciones”

Nombre : .....

Apellidos : .....

Dirección : .....

.....

.....

.....

Fecha ..... Firma:

Dirigido a:

Internacional de los Foros del Campo Lacaniano  
Escuela de Psicoanálisis del Campo Lacaniano

## ZONA AMÉRICA LATINA NORTE

- COLOMBIA

Foro del Campo Lacaniano de Medellín,  
Calle 40, 74B, 19, Medellín, (57) 412 19 49 - foroslacan@epm.net.co  
Foro del Campo Lacaniano del Caribe - fcldelcaribe@hotmail.com

- PUERTO RICO

Foro del Campo Lacaniano de Puerto Rico - janeiro@coqui.net

- VENEZUELA

Foro del Campo Lacaniano de Venezuela  
Av.Caurimare,Qta125,P.A,Colinas de Bello Monte,Caracas, (58) 754 14 94 - 751 50 82  
maria-izaguirre@yahoo.com

## ZONA AMÉRICA LATINA SUD

- ARGENTINA

Foro Psicoanalítico de Buenos Aires  
Callao 741,1º,5º, (C1023AAA) Com. Aut. de Buenos Aires - www.fpba.org  
Foro del Campo Lacaniano (Tucumán-Salta)  
Santiago 641, (4000) San Miguel de Tucumán - gmattalia@arnet.com.ar  
Foro de La Plata  
Calle 14, 1563, 1º, C, (1900) La Plata - bilkis@fibertel.com.ar

- CHILE

Foro de Santiago de Chile  
Padre Mariano 236, Dto. 206, Providencia, Santiago - mauri@manquehue.net

## ZONA ESPAÑA

Foro de Andalucía occidental  
Claudio Guerín 1, 4º,B, (41005) Sevilla  
Foro de Euskal – Herria - cawpa@teleline.es  
Foro Lacaniano de Valencia  
Forum Opció Escola de Barcelona  
Muntaner 440, Ppal. 1º, (08022) Barcelona, 34-618898374 - info@foe-epcl.com  
Forum Psicoanalític Barcelona  
Aribau 127, 2º,2º, (08036) Barcelona,34-93108317 - epcl-fpb@wanadoo.es  
Foro Psicoanalítico de Galicia  
Puerta del Sol11-bis,3º,(36202) VIGO,34-986222920 -forodegalicia@arrakis.es  
Foro Psicoanalítico del País Vasco  
Oquendo 5, 2º, ( 20004) San Sebastián  
Grupo de Estudios Psicoanalíticos de Asturias  
Manuel Llana 32, 3º, (33208) Gijón - satya@cgtrabajosocial.es

# Sumario

## Editorial

Fulvio Marone

## Preludios

Susana Díaz, *Introducción*

Gabriel Lombardi, *Un límite al no-diálogo*

Guy Clastres, *La práctica y el acto analítico*

Marc Strauss, *Haga una oferta!*

Luis Izcovich, *El inconsciente (por) venir*

Colette Soler, *Las interpretaciones del psicoanálisis*

Lydia Gómez Musso, *Sándor Ferenczi : el psicoanalista y la cura*

Jacques Adam, *Práctica analítica e inventario del Campo lacaniano*

Nicole Bousseyroux, *Las interpretaciones del psicoanálisis*

Gladys Mattalia, *Interpretación – Interpretaciones*

Antonio Quinet, *Histerosomática*

## El psicoanálisis...

Jacques Adam: La entrada en análisis: las entrevistas preliminares

Marta Elena Rocha: Niños en psicoanálisis: límite o desafío?

Lola López: Michael Balint o el fin de análisis como espejismo del amor

Sol Aparicio: *Contra* Balint

Angela Mucida: El sujeto no envejece. Psicoanálisis y vejez

Fulvio Marone: Una ciencia que incluya al psicoanálisis

## ...y sus interpretaciones

Marc Strauss: El equívoco y la letra

Jean-Jacques Gorog: Algunas observaciones sobre la interpretación equívoca,  
la alusión y la voz

Susana Díaz: El sentido de las letras

Albert Nguyên: Entre retorno y decir: el saber en lugar de verdad

Mario Uribe Rivera: ¿Ké (a) ser del sujeto en el momento de concluir?

Jorge Alberto Zanghellini: En busca del vagido de lo real

Maria Anita Carneiro Ribeiro: Una interpretación a la entrada en análisis

Rosa Roca: El lugar de la interpretación

## Interpretaciones de texto

Mónica Gabler Cruz: A propósito de Martin, de Héroes y tumbas. La cloaca  
es el destino

Jesús Mansilla Navarro: Una modalidad de saber llamada "Docta ignorancia"

